

CAPITULO I "SOMBRAS"

Caía la noche en el patio del palacio. El frío invierno se había instalado en las calles de la ciudad hacía unas semanas, y su proximidad al mar, lo convertía en una pesadilla para los menos afortunados, que vivían en los rincones más inhóspitos de los barrios pobres.

La débil luz que iluminaba los arcos del patio era fruto de unos candiles prácticamente vacíos de aceite, y junto con la brisa que envolvía el patio, creaba figuras que atemorizarían a cualquier buen creyente si les dijeran que eran obra del mismísimo diablo. En el centro del patio había una fuente de la que emanaba un débil chorro de agua, y en el fondo de su circular forma, siete peces de color naranja y dos blancos subsistían a las bajas temperaturas. Y es que este invierno estaba siendo especialmente duro, pues desde el año 1.330 no se recordaba uno igual...y de eso habían pasado ya veinte años. Unas palmeras de pequeño tamaño, en sus propios tiestos, flanqueaban el patio, que debía de medir unos veinte metros de lado, y tenía forma cuadrangular. Y entre las palmeras y la fuente, seis naranjos jóvenes, de unos tres metros de altura cada uno, envolvían la fuente como si de un abrazo se tratara.

Los contrafuertes del Palacio Real se mostraban vetustos y seguros, y daban al edificio mayor solidez si cabe. Nada hacía sospechar que, en semejante escenario de belleza arquitectónica, podía ocurrir lo que ocurrió.

Una sombra se movía con una rapidez inusitada, y tras conseguir salir por una de las ventanas del primer piso, hizo uso de una de las palmeras para bajar cautelosamente hasta la cota cero del patio. Jadeaba fuertemente, pues la tensión del momento junto con el esfuerzo físico que le había supuesto el bajar hasta el patio, y seguramente, alguna carrera por el interior de los corredores del palacio, demostraba que no se encontraba en su mejor forma física. La sombra destacaba por llevar una capa con capucha, que le cubría hasta prácticamente los tobillos. Aquí se dejaba ver unas botas de cuero desgastado, de color oscuro y que llevaban auestas muchos pasos ya. Además, el roce con el tronco de la palmera las había dejado en peor estado si cabe. No debía llegar al metro ochenta de estatura, y cuando se giró rápidamente para verificar que no había nadie en los alrededores, se pudo ver que se trataba de una figura delgada. Esto le había posibilitado el salir por la ventana con mayor facilidad. Cuando la capa volvió a su sitio habitual, y tras haber mirado a los cuatro lados del patio, decidió dirigirse hacia el lado que, tras un pequeño corredor, desembocaba en el perímetro de la antigua muralla romana de la ciudad.

Sin embargo, y después de apenas dar nada más que un par de pasos, escuchó el ruido provocado por unas botas tras él, en el arco central del lado sur del patio. En ese momento, se quedó congelado, como si la temperatura, ya baja de por sí, hubiera bajado varias decenas de grados instantáneamente. Fue entonces cuando escuchó una voz ronca que provenía de allí:

- ¿Lleva usted prisa? Porque por ahí no está la salida.

Giró su cabeza poco a poco para tratar de ubicar con exactitud el origen de la voz, pero solo pudo ver unas botas saliendo de la oscuridad. Nada más. Se trataba de otra sombra a la que no podía identificar. Ningún rostro se había visto hasta ahora. El ruido provocado por el chorro de agua de la fuente era lo único que se escuchaba, hasta que hizo sonar su voz:

-La verdad es que prisa no tengo, pero igual usted podría indicarme la salida.

Esas palabras sirvieron para enmascarar el ruido producido por el filo de la espada saliendo de su vaina, con la que se aseguraba el factor sorpresa. Sin embargo, no había acabado de salir toda la espada de la vaina cuando el sonido del mecanismo de una ballesta que se accionaba, acabó por enmascarar del todo al de la espada.

Él, que se encontraba justo un paso por delante de la fuente, de repente notó un estremecimiento en su pecho. Bajó la mirada y vio como una flecha había impactado en el centro de su pecho. Acercó la mano izquierda para cerciorarse de que aquello era real, y se llenó la misma de la sangre que empezaba a emanar de aquella herida. La vista se le empezó a volver borrosa y a continuación se venció hacia atrás, cayendo dentro de la fuente, pero las piernas le quedaron colgando por la parte de fuera. El agua comenzó a teñirse de rojo debido a la herida del pecho. Los peces nadaban cerca del cuerpo inerte a la vez que lo esquivaban. Todo había vuelto a quedar en silencio, el cual solo interrumpía el débil chorro de agua que emanaba de las piedras del centro de la fuente. La sombra avanzó desde la penumbra de las arquerías, dejando ver en su mano izquierda, en la cual llevaba una muñequera de cuero y la ballesta con la que la flecha había sido disparada. Al llegar a la fuente, apoyó su bota derecha en el borde la misma y dejó caer la ballesta a su lado izquierdo. El tensor aún humeaba después de la rápida fricción. Un sombrero de gran voladizo cubría el rostro de esta sombra, y una capa oscura le tapaba el cuerpo casi hasta los tobillos. Observó durante unos segundos el cuerpo que yacía en la fuente, y que había sido ensartado por la flecha que acababa de disparar. En ese momento pudo ver el zurrón que estaba atado en el lado izquierdo del cuerpo, y que hasta ahora había ocultado la capa, también de color oscuro. Estiró la mano derecha y la metió dentro del zurrón, que medio flotaba. De él sacó un artilugio de pequeñas dimensiones, que se caracterizaba por ser un cilindro de metal, con tres engranajes en dos de sus lados, que apenas sobresalían de las dimensiones del mismo. En uno de sus extremos había una pequeña caja cuadrada que albergaba el final de del cilindro, y del que aparentemente salía algún tipo de engranaje por el interior. Por el otro, el cilindro acababa en plano, y en este lado, disponía de tres ruletas numeradas del cero al nueve, por lo que podían ofrecer miles de combinaciones. Sobre las ruletas, había una pequeña inscripción que rezaba *Deus Manibus*, formando un pequeño arco. Según lo cogió, lo observó durante unos segundos a la vez que decía con una característica voz ronca:

-Vaya, vaya...no sé cómo has conseguido esto...pero aquí acaba tu aventura, amigo...

Guardó el artilugio en su capa y se encaminó hacia la penumbra de las arqueras nuevamente, mientras el chorro de la fuente combinaba su sonido con el de los pasos.

Y cuando todo parecía que había acabado sin testigos, no había sido así. Justo al final del corredor que desembocaba en la parte alta de la antigua muralla, una tercera sombra había observado con detalle lo ocurrido. Y no era casualidad su presencia, pues estaba esperando al malogrado que yacía en la fuente, para ser su relevo y a la vez escapar juntos. Sin embargo, con los ojos vidriosos, aún no podía creer lo que había sucedido. Trataba de contener todavía el grito ahogado que le había generado la muerte de su compañero. Y es que Markus era alguien muy especial para Marion, pero haberlo visto morir antes sus ojos, había sido un golpe muy duro. Pero cuando la sombra que había acabado con Markus estaba a punto de desvanecerse por completo en la penumbra, una de las piedras sobre las que se apoya Marion en la muralla, cedió. Se produjo un ruido al caer hasta abajo, lo que sería una altura de entre dos y tres metros. Entonces se agarró a un saliente de la muralla para no caer al vacío, y quedó justo por debajo de la raíz de un árbol que había tomado la muralla como tiesto improvisado. La sombra se paró en seco al escuchar el ruido y dio media vuelta con un movimiento ágil y rápido. Se dirigió hasta la muralla, que le llegaba a la altura de la cintura, ya que el verdadero desnivel estaba por la parte exterior del recinto. Miró hacía abajo, sin escamotear ningún rincón desde su ángulo de visión. Pese a ello, Marion se encontraba en el único lugar donde no podía ser vista, y contuvo la respiración un largo minuto. En ese instante, un gato negro como la oscuridad que le rodeaba, mostro sus ojos a la sombra mientras se le erizaban el pelaje. Al verlo, la sombra desistió de seguir mirando, pero el gato, que se había sentido incomodo por la presencia de él, dio un brinco y le soltó un zarpazo en la cara, produciéndole un arañazo en el lado izquierdo del rostro, concretamente en su pómulo. Seguidamente, se lo quitó de encima con un puñetazo, cayendo el gato por la muralla hasta el nivel de la calle junto a un maullido de dolor. Entonces dedujo que el ruido de la piedra caída había sido obra del gato, por lo que giró sobre sí mismo y volvió hacia la penumbra de las arqueras del patio.

Al escucharse como se cerraba una puerta, Marion ya pudo volver a recuperar el aliento. Poco después, aún con el temblor en el cuerpo, pudo bajar hasta el nivel de la calle y salir corriendo. No podía volver a por el cuerpo de Markus, era demasiado peligroso. Además ya no podría volver a abrazarlo, sentir su calor, el roce de su piel...

CAPITULO II “AMETS”

La mañana había sido calurosa, y la cantidad de palomos que venían a refrescarse a la fuente así lo atestiguaba. Mientras unos bebían desde el borde de la fuente circular, otros se mojaban con el agua que brotaba del pitorro que sobresalía de las rocas centrales. Reinaba un clima de tranquilidad y sosiego en el patio. Una joven estaba sentada en uno de los bancos que había bajo los porches que formaban las arquerías. En sus manos tenía un ejemplar de una novela de fantasía que había sido muy exitosa años atrás, pero que, por azares del destino, no había leído aún. Estaba tan absorta en la historia que la presencia de las aves pasaba inadvertida. En el otro extremo del patio, una señora de avanzada edad, con unas gafas de diseño, miraba a contraluz como se movían los palomos desde otro de los bancos y con una sonrisa como la de quien sabe lo que es disfrutar de cada momento de la vida. Ambas estaban siendo observadas por una figura que se dejaba entrever a través de los cristales de la arquería del primer piso, que era un calco de las de la planta baja. Allí dentro el calor del verano se llevaba mejor, incluso en la zona más interior del museo el fresco generado por los potentes equipos de climatización, ponían en duda si hacer solo uso de la manga corta o quizás algo más.

- ¡Venga! ¡Que ya no te queda nada! – dijo Olga desde el pasillo de acceso de la primera planta con su característico acento ruso.

- ¡Calla, calla! Con lo bien que se está aquí me da pereza marcharme a casa, allí no tengo aire acondicionado y lo paso fatal – contestó.

- Pues deberías comprarte algo, que si no siempre vienes con esas ojeras porque dices que el calor no te deja dormir – apuntó Olga – Además, no creo que te mueras por pagar algo más de luz, Amets.

- ¡Uf! ¡Ojalá pudiera! Pero este mes tengo muchos gastos, y con el sueldo del museo puedo darme algún capricho, además de vivir, pero este no será el mes

- Es que, si el dinero que te gastas en las clases de aikido, lo ahorraras y lo invirtieras en un aire acondicionado, aunque sea portátil, vivirías mejor – poco a poco Olga se iba crispando – es que, ¿para qué demonios te a servir el aikido? ¿Acaso piensas ir pegándote con la gente por la calle? De verdad, Amets, piénsatelo.

- Vamos a ver Olga, sabes que me gusta hacer deporte y estar en forma. Y que no me gusta tener que cargar con ruedas de tractor. Así que, entre ir a crossfit o aikido, me quedo con el aikido. ¿Y si un día las esculturas cobran vida y nos atacan? – dijo Amets mientras iba esbozando una sonrisa – ¡Ese día te salvaré! Y entonces darás gracias de que yo hubiese elegido el aikido.

Olga no se lo pensó dos veces y le dio un golpecito en la nuca, mientras también sonreía. Acto seguido se escucharon unos pasos que cada vez se notaban más cerca, hasta que alguien giró la esquina de la sala catorce. Era Samantha, que llegaba puntual como un reloj suizo. Su metro y sesenta centímetros de altura no representaban ningún problema para intimidar a Amets, pues lo que de verdad le atemorizaba era el carácter de ella.

- Con que cotilleando lo que pasa en el patio, ¿eh? – dijo Samantha mientras se detenía, posaba los brazos en jarra y movía su cabeza con gesto de desaprobación –

sabes de sobra de que este patio es muy tranquilo, nunca ha pasado nada interesante. Como mucho que se peleen dos palomas por unas migajas.

- ¡Ya nos pilló la policía museística cotilleando! ¡Estamos perdidos! ¡Sálvese quien pueda! – dijo Amets mientras hacía gestos simulando sorpresa por la presencia de su compañera - ¡Ah no! Es Samantha, tranquilos.

Entonces a Olga se le escapó una pequeña sonrisa mientras miraba de reojo a Samantha como se ponía colorada de rabia.

- ¡No le rías tú también las gracias! ¡Que al final se creará gracioso y todo! – retrajo Samantha a Olga mientras ella también empezaba a sonreír y a abandonar su cara de rabia – En fin, ¿qué tal la mañana?

- Bastante tranquila, como siempre. Como tú misma has dicho, en este patio nunca pasa nada interesante – contestó Amets.

- Entonces me quedo más tranquila. ¡Anda! ¡Márchate ya! – le espetó Samantha.

Amets no se lo pensó dos veces y tras despedirse de sus dos compañeras se dirigió hacia las escaleras interiores del museo para bajar hasta recepción. Allí las demás compañeras que entraban y salían de sus respectivos turnos intercambiaban palabras aprovechando que se veían.

- ¡Mirad que contento está Amets! Como se nota que se va ya – señaló una de las compañeras

-Y me marcho corriendo, que hoy tengo clase de aikido a primera hora de la tarde – añadió Amets - ¡Así que ya hablamos otro día mejor!

-No te olvides de firmar y dejar la llave de la taquilla, que siempre te pasa lo mismo y te la llevas a casa – le recordó la coordinadora del museo desde su pupitre.

- ¡Tranquila! – dijo Amets mientras firmaba en la hoja de control horario y depositaba la llave de su taquilla en la caja donde se guardaban – hoy tengo tanta prisa que ya lo he cogido todo. ¡Hasta pasado mañana!

- ¡Estate atento al móvil! ¡Puede que te llamen por si falla alguien! – le gritó la coordinadora mientras este ya se encaminaba a la salida.

- ¡De acuerdo! Pero no prometo nada – dijo mientras sacudía la cabeza

Y así se marchó Amets del museo aquel día, corriendo a coger el metro para ir a casa. Debía darse prisa, pues eran casi las tres y la clase de aikido comenzaba a las tres y media. La suerte era que no le cogía lejos de casa, y su buena forma física le permitía ir a toda prisa sin perder tiempo. Hoy le tocaría comer más tarde.

Solo tuvo que pasar por casa a recoger la mochila donde tenía las cosas para la clase. Corrió por las calles de la ciudad, las cuales parecían todas iguales, ya que el diseño del ensanche le había dado esta característica morfología.

Después del aikido, su cuerpo se sentía en plenitud física, algo cansado, pero satisfecho. Él media aproximadamente un metro y ochenta y cinco centímetros, lo que, en el cuerpo a cuerpo de las clases, podía hacerle estar algo en desventaja contra rivales más pequeños. Aun así, pese a su estatura, era bastante ágil, pues cuidaba su alimentación y además con tanto ejercicio estaba en forma. Tenía el pelo corto, de color castaño, con algo más de mata por la zona de frente, donde era bastante irregular y tenía un llamativo mechón rubio que cuidaba con bastante esmero. Le gustaba llevarlo así, con un toque desenfadado, no le iban los aspectos formales. Su tez era algo morena, ya

que, a pesar de no tomar el sol, la genética, por parte de padre, había hecho el trabajo. Y su madre no se había quedado atrás, pues le dio unos hermosos ojos claros, en un color entre el verde, el azul y el gris. Si por algo destacaba Amets, aparte de por el mechón, era por sus ojos y su mirada. Pero como le había dicho Olga, el dormir mal le pasaba factura, y hoy por hoy tenía unas considerables ojeras, que acentuaban aún más si cabe su particular mirada. Un poco más abajo tenía unos pómulos robustos, donde comenzaba una barba de color castaño también, tal vez algo más oscuro que el resto del pelo, pero que no desentonaba con este. Sin embargo, esta sí que estaba algo descuidada, pues a Amets le daba bastante pereza arreglarse. Aun así, no la llevaba muy larga. Por último, su nariz no destacaba por ser especialmente ni grande ni pequeña, pero estaba bien formada.

El día a día de Amets era habitualmente tranquilo. Por las mañanas trabajaba en el museo como controlador de salas, y por las tardes, alternaba las clases de aikido con leer novelas históricas. De vez en cuando quedaba con los amigos para tomar unas cervezas y pasar buenos momentos. Ni si quiera estaba muy interesado en buscar pareja, lo que veía demasiado complicado, ya que a él le gustaba la tranquilidad. Aunque esa misma sobredosis de tranquilidad a veces le hacía desear todo lo contrario: algo de emoción. Y es que, a sus veintiocho años, había vivido pocas experiencias estimulantes, si no tenemos en cuenta sus repetidas visitas a los parques de atracciones.

Su familia vivía lejos, y eso favorecía su independencia, a pesar de que los echaba mucho de menos muy a menudo. Su padre le había enseñado a estar familiarizado con el bricolaje, por lo que podía hacer frente a pequeñas chapuzas con bastante soltura. De su madre echaba de menos el afán de superación que le había llevado a ser alcaldesa de su pueblo, que no era precisamente pequeño. Pero esto mismo había sido uno de los factores de su marcha, ya que Amets no quería que se le relacionara con ningún asunto en el mismo por ser “hijo de”. En cambio, su hermana sí que había seguido viviendo en el pueblo, ya que aún estaba en edad escolar y estaba cursando bachillerato. Una vez accediera a la universidad, sería otro cantar. Pero ya hacía un tiempo que no los veía, y eso le traía consigo un sentimiento de pesar, pues hasta dentro de unos meses, no tendría vacaciones para poder ir a visitarlos.

La noche había caído ya sobre la ciudad, y dado que hacía una brisa agradable que contrarrestaba el asfixiante calor, Amets decidió seguir leyendo la novela con la que se encontraba ocupado las últimas semanas. Salió a la terraza del ático donde vivía con tres compañeros de piso, y se tumbó en su hamaca, la cual tenía allí preparada, y se puso a leer. La novela estaba ambientada en época medieval, ya que le encantaba esta etapa de la historia, entre otras. Era muy aficionado a conocer y estudiar la historia, pero nunca se había animado a hacerlo de forma reglada. Después de leer una buena cantidad de páginas, dio por acabada la lectura del día y se marchó a dormir. Al día siguiente no trabajaba y quería descansar todo lo posible, así que se metió en la cama sin mucha dilación.

CAPITULO III “EL GABINETE DEL COLECCIONISTA”

Desde las seis de la mañana, el tráfico generaba un ruido considerable, pero esto no era impedimento para que Amets continuara durmiendo a pierna suelta. Y eso que su habitación daba a la calle. Sin embargo, sobre las nueve de la mañana, el teléfono móvil que estaba en la mesita de noche, comenzó a vibrar. Abrió los ojos y con las legañas pegadas aún, pudo ver que era el número de la empresa. En ese momento recordó las palabras de la coordinadora, y muy a su pesar, descolgó:

- ¡Buenos días Amets! Hemos tenido una baja en el museo para la mañana de hoy, ¿te interesaría trabajar? – dijo una voz femenina a través del auricular.

-Emmmmh... ¡Sí! ¡Sí! Voy enseguida... ¿A qué hora tengo que ir? – contestó él.

- ¡A las diez en punto se inicia el turno! ¡Gracias! – dijo la voz y acto seguido se escuchó el sonido de haber colgado el teléfono.

- ¡Bueno! ¡Pues al lío! Habrá que levantarse y ponerse en marcha, que remedio – dijo mientras se sentaba en la cama y dejaba el móvil nuevamente en la mesita.

Se dio una ducha rápida, tomó un café y se marchó casi con la tostada en la boca. Le gustaba ser puntual, que no tuvieran que esperarle. Y ser cumplidor y profesional. Tomó el metro como cada día que iba a trabajar, pero al tratarse de un sábado, había algo menos de presencia de viajeros en el suburbano. Llegó con el tiempo suficiente para echar un vistazo al exterior de la catedral, que estaba al lado del museo. Siempre le gustaba intentar descubrir algún detalle que se le hubiera pasado por alto de la descomunal construcción gótica, y conocía la fachada palmo a palmo. Los demás edificios que había en la zona, también recordaban a la Edad Media, y eso a él le fascinaba. Le hacía sentir como si estuviera dentro de la novela que estaba leyendo. Además, el subsuelo de toda la zona albergaba restos arqueológicos, que eran en parte visitables ya que formaban parte de otro museo anexo. Muchas veces Amets los había visitado al salir de trabajar, pues le fascinaba pasear por aquellos sótanos repletos de ruinas e imaginar cómo había sido la vida entonces.

El museo donde él trabajaba era esencialmente de escultura religiosa y coleccionismo, pero albergaba un pequeño sótano con una cripta, donde se exponían las esculturas realizadas en piedra. Posiblemente esta cripta y los sótanos del otro museo estuvieran conectados, pero él nunca lo había podido averiguar y era una idea que le andaba rondando la cabeza hacía tiempo. Todo lo que custodiaba el museo de Amets había sido la colección particular de un famoso escultor del siglo XX, Francesc Merás, que decidió donarla a la ciudad a cambio de que esta se encargara de exponerla, y concretamente en el edificio en el que se encontraba, donde parte de sus estancias habían pertenecido a lo que en tiempos pasados fue el Palacio Real Mayor. Siempre se había comentado el afán de Merás por tal de que su colección se expusiera en este edificio, cosa que no dejaba de ser curiosa, pero como siempre se ha dicho que los artistas tienen sus locuras y manías, no se le daba mayor importancia. Amets entró a la

recepción del museo, donde firmó su control horario de entrada y preguntó a la coordinadora en qué posición le tocaba comenzar.

-Veamos...Empiezas en Info 4 - dijo la coordinadora.

- ¡Estupendo! Pues me voy para arriba – contestó él con una sonrisa en el rostro.

No tardó mucho en llegar hasta el segundo piso, ya que su envidiable forma física se lo permitía, y la escalera no supuso un obstáculo.

- ¡Buenos días Olga! ¡Hoy te haré algo de compañía! – le espetó Amets a Olga que estaba sentada en el taburete que tenían para descansar cuando no hubiese visitantes.

-Vaya, vaya...con que “yo mañana descanso”, ¿eh? – le dijo Olga con un ligero tono burlón – La que no va a descansar soy yo de ti, jejeje.

-Tranquila, me iré al estudio de Merás a leer, estoy enganchadísimo a la novela que estoy leyendo ahora. Sí surge cualquier cosa, ¡avísame! – dijo Amets mientras se encaminaba hacia el interior de la segunda planta, llamada Gabinete del Coleccionista.

Y es que en esta planta del museo se albergaban cosas muy distintas a las de las plantas inferiores. Cada sala era monotemática, y exponía una amplia gama de objetos de los dos anteriores siglos:

La sala femenina tenía un amplio catálogo de objetos de uso cotidiano de las mujeres en esa época(abanicos, guantes, agujas de tocados...); en la sala previa de acceso a la femenina, estaba la llamada sala de los trabajos de forja, con una ingente cantidad de llaves, llamadores o clavos de hierro; la sala del fumador, contigua a la de los trabajos de forja, contenía una gran cantidad de objetos varios, no solo relacionados con los fumadores, como eran recibos antiguos, balanzas o distintas bajeras de cartas; en la siguiente lo que había era toda una serie de objetos relacionados con la fotografía, desde cámaras antiguas hasta retratos y daguerrotipos; desde la sala de fotografía se podía acceder a otras dos más, la de los relojes y la masculina; la de los relojes se caracterizaba por eso mismo, por tener una gran cantidad de relojes expuestos, principalmente frontales de reloj, aunque en el centro de la sala había una maquinaria de lo que seguramente fue un reloj de grandes dimensiones; la masculina servía de nexo entre la sala de fotografía y la de la fe, y exponía una serie de objetos como bastones, gafas...; pasada la pequeña sala masculina, la sala de la fe era más grande y de forma alargada, llegando a conectar por el otro extremo con la sala de la cerámica, y esta a su vez, con la de los relojes, formando un entramado de salas rectangular. Una vez entrabas a la sala de la fe, girabas a la izquierda y accedías al estudio-biblioteca de Francesc Merás. En él se exponían toda una serie de esculturas realizadas por este, fruto del trabajo en vida y que le catapultó a la fama. Se trataba de una amplia estancia, con el techo mucho más alto que las demás estancias de la planta, y hacia forma de ele hacía la izquierda, donde se encontraba la biblioteca de Merás en una suerte de altillo, al que se accedía por el final de la sala a través de una escalera de madera. El estudio desprendía

un característico olor a madera y libros viejos, ya que el suelo de toda la estancia era madera similar al parquet. En el centro de la sala había un banco donde Amets se solía poner a leer en los momentos que no había visitantes. Estaba rodeado de esculturas realizadas en diferentes materiales, como bronce, mármol o madera, y entre las que destacaba un relieve adosado a la pared de unos siete, el Emperador Carlos V con su comitiva. También destacaban varias esculturas femeninas e incluso una de Francisco de Goya a tamaño natural.

Amets cruzó cada una de las salas del Gabinete del Coleccionista, y tras girar a la izquierda, entró al estudio-biblioteca. Una vez allí, confirmó su posición por el walkie talkie y se sentó en el banco como era costumbre. Todavía no había entrado nadie al museo, todo estaba en orden y abrió su libro. Comenzó a leer por la página por la que lo había dejado la noche anterior. Nada hacía presagiar que el día iba a dar un giro impensable en apenas un rato.

CAPITULO IV "AIKIDO"

No había pasado ni media hora, cuando escuchó por el walkie talkie que subía un visitante a su planta. Curiosamente la señal del walkie talkie se cortó bruscamente sin que su compañera pudiera acabar la frase, pero no era la primera vez que pasaba, ya que esos aparatos de vez en cuando daban muchos problemas. Se levantó del banco y marchó hacia la puerta del estudio-biblioteca, y tras entrar a la sala de la fe, pudo ver a un hombre de considerable estatura hablando con Olga en la sala de trabajos de forja, a la entrada de la planta. El hombre, que vestía con ropa oscura, y era un poco calvo, no se había percatado de la presencia de Amets, que los observaba a través del largo pasillo que conformaban la sala masculina, de fotografía y la del fumador. Sin embargo, Olga sí que pudo ver al joven al final de la planta. Después de unos instantes, el hombre se dirigió hacia la pequeña sala de trabajos de forja contigua a la que hacía las funciones de hall, y una vez dentro, empezó a mirar todas las llaves expuestas en unos tablones de madera rectangulares, en la parte alta de la sala. Cada uno de los tablones tenía entre ciento veinte y ciento cincuenta llaves expuestas, todas agarradas por pequeñas bridas o soportes de plástico. Olga le siguió de cerca, después de volver a mirar a Amets con una cara un tanto extraña. Esto hizo que él comenzara a caminar desde la sala de la fe hasta el hall sin apenas generar ruido, pasando inadvertido para el visitante. Entonces, de repente, el hombre levantó los brazos para coger uno de los tablones de llaves. Con cara de estupefacción, Olga le dijo:

- ¡Caballero! ¿Qué hace? No se puede...

Y antes de que la joven rusa acabara la frase, el visitante le propinó un empujón, cayendo hacia atrás y golpeándose en la cabeza con el marco de la puerta. Olga quedó inconsciente mientras se deslizaba hacia el suelo con la espalda apoyada en la pared. Amets, que ya se encontraba a la altura de la sala del fumador, había asistido atónito a la impactante escena, y vio como el hombre descolgaba por completo uno de los tablones para dejarlo en el suelo. En ese momento, no sabía qué hacer, si avisar a coordinación y seguridad, o ir directamente a pedirle explicaciones al violento visitante por su actitud. Vaciló un segundo. Pero rápidamente le pudo el ímpetu y se dirigió a por él.

El hombre, que aún no se había percatado de la presencia de Amets, y que estaba mirando las llaves del tablón una por una, notó como una mano se postraba en su hombro derecho desde atrás. Su primera reacción fue girarse de golpe hacia su derecha, con el codo en posición de ataque para golpear a quien le estuviera interrumpiendo. Sin embargo, Amets, que había practicado como esquivar este tipo de golpes, solo tuvo que arquear el cuerpo para evadirlo con unos reflejos felinos. Como el atacante estaba agachado, al fallar el golpe, se tambaleó hacia atrás, pero pudo apoyar los brazos en el suelo y levantar las piernas para propinar una patada. Ya había visto que quien tenía enfrente no era la joven empleada del museo, sino un muchacho que no había visto hasta ese momento. Pero la patada lanzada fue esquivada con destreza por Amets, que aprovechó la circunstancia para recular hacia la parte de fuera de la pequeña sala,

llegando hasta el hall, pues un espacio tan diminuto le restaría amplitud a la hora de realizar sus movimientos. El atacante, al ver que su inesperado enemigo se retiraba hacía atrás, se incorporó del todo frente a él, dejando patente que le sacaba una cabeza de altura. Sin embargo, una vez salió de la pequeña sala para enfrentar al joven muchacho, acababa de sellar su futura derrota.

Ya se encontraban los dos en la sala contigua que hacía las veces de hall de la segunda planta y que además tenía diversos trabajos en forja. Los segundos que pasaron mirándose ambos, le fueron más que suficientes a Amets para planificar una estrategia doble, tanto de ataque como de defensa, dado que el enfrentamiento iba a ser inevitable. Y rápidamente tuvo que poner en práctica la segunda opción, pues el visitante se abalanzó sobre él con la intención de agarrarlo. Pero lo esquivó a la vez que le cogió el brazo, e hizo server la propia fuera del hombre para proyectarlo y lanzarlo contra una serie de candelabros de hierro de más de un metro de altura que había en uno de los lados de la sala. El impacto le causó al atacante varias brechas en el rostro, en especial una en la frente que enseguida empezó a sangrar abundantemente. Aun así, consiguió levantarse e intentar volver a agarrar a Amets otra vez, y como era de esperar por su lamentable estado, volvió a fallar. Pese a ello, Amets no desperdició la oportunidad de cogerle nuevamente y lanzarlo contra un baúl que exponía clavos de todo tipo bajo un cristal, el cual se rompió con el golpe del cuerpo del atacante. Quedó totalmente desorientado y aturdido sobre el baúl. Entonces agarró uno de los clavos que había dentro del mismo, y se giró hacía Amets, con la cara ensangrentada a la vez que dijo con voz ronca y balbuceante:

- ¡Maldito hijo de perra! ¡Me las pagaras por esto!

Lanzó como una puñalada con el clavo, pero Amets estuvo rápido, lo esquivo y tras practicarle una llave del aikido, consiguió lanzarlo al suelo otra vez, con el consiguiente impacto, que le hizo soltar el clavo y quedar ya del todo inmóvil.

Los últimos segundos del enfrentamiento habían sido presenciados por Olga, que había despertado de su aturdimiento. Se había quedado petrificada al ver como su compañero de trabajo noqueó al atacante con semejante facilidad, pero lo que más le había impactado fue que se desarrollara el propio enfrentamiento. Sabía de la maestría de Amets en aikido, pero nunca lo había visto en directo, y mucho menos para salvar su vida. Se levantó poco a poco mientras aún se dolía del golpe en la cabeza, cuando Amets se le acercó para preocuparse por su estado:

- ¿Te encuentras bien, Olga? ¿Te duele mucho? – le preguntó

-Me duele bastante la cabeza y estoy algo mareada, pero estoy bien, tranquilo, ha sido el golpe inesperado.

- ¿Qué te dijo este personaje cuando hablaste con él?

-Me preguntó si teníamos más llaves a parte de las que hay aquí, y le dije que creía que no, que solo las expuestas – Olga hizo una pausa – y entonces dijo algo sobre la *llave rondé jambe*, pero claro, eso me sonó a chino, pese a ser francés.

- Ni idea, pero parece que esa llave que anda buscando debe ser importante, y que no le importa cómo conseguirla. Y mira que las llaves que hay aquí no parecen nada especiales, pero al parecer algo me dice que alguna sí...

- ¿Has avisado a seguridad? ¿A la coordinadora? – preguntó Olga

- No me ha dado tiempo. He visto lo que te hacía y solo he reaccionado yendo a por él para pedirle explicaciones, pero no me las ha querido dar...

No llegó a acabar la frase porque una sombra apareció detrás de Amets. El visitante había “resucitado” y agarró al joven desde atrás con un brazo y con el otro intentó ahogarlo. Ni Olga ni el propio Amets se habían dado cuenta de la “resurrección” del atacante, ya que el estado de shock en el que aún estaban les había hecho perder la noción de todo lo que pasaba a su alrededor.

- ¡Maldito bastardo! ¡Voy a acabar contigo, cerdo! ¡Te voy a arrancar ese mechón rubio de cuajo! – le gritó al oído el atacante mientras seguía haciendo fuerza para ahogarlo - ¡Nadie se interpone en el camino de los *Hombres de Gerión*!

Olga se volvió a quedar petrificada al ver la escena que tenía enfrente, incapaz de reaccionar en aquel momento. Pero Amets consiguió zafarse de la llave del atacante con un movimiento tan rápido, que este no pudo verlo hasta que se había escabullido de sus brazos.

- ¡Apártate Olga! ¡Corre! – le dijo Amets a una estupefacta Olga que salió corriendo.

El hombre cogió uno de los candelabros de hierro que habían quedado por el suelo, y lo asió con la intención de usarlo como garrote. Entonces empezaron a girar mientras se miraban, y cuando Amets estuvo a la altura del acceso a la sala del fumador, empezó a recular hacia esta, que era muchísimo más amplia que la de la forja. Sí había ganado en maniobrabilidad con el primer cambio de estancia, ahora se iba a sentir como pez en el agua. Tras varios segundos de observación, el atacante le lanzó una estocada con el candelabro, pero pudo esquivarlo al hacerse a un lado, a la vez que le agarró el brazo y lo lanzó de cabeza hacia adelante, con lo que dio una voltereta, cayendo boca arriba, y por supuesto, habiendo soltado el candelabro. Mientras caía al suelo, Amets le siguió agarrando el brazo, pero hizo un giro de cintura para agarrarle también el brazo con las piernas en una llave propia del aikido. Se lanzó dando una voltereta hacia delante también, sin soltarlo, y con una de las piernas le hizo girar todo el cuerpo hasta dejarlo boca abajo completamente, y lo aguantaba con los brazos, de forma que estaba completamente sujeto e inmóvil.

- ¿Quién eres y que buscas aquí? – le dijo Amets mientras lo sujetaba

- ¿Crees que voy a decirte algo, niño?

-Bueno, tú mismo, vamos a comprobar tu resistencia al dolor – le espetó mientras comenzó a hacer fuerza en la postura en la que se encontraban, con lo que la llave iba provocando la ira del atacante.

- ¡Maldito niño! ¡Para o me romperás el brazo, desgraciado!

-Veamos si eres capaz de soportarlo – dijo Amets a la vez que se escuchó un crujido en el brazo de su presa

- ¡Dios! ¡Me has dislocado el hombro! ¡Maldito bastardo! ¡Paraaa!

-Último aviso, ¿quién eres y que buscas? – en el rostro de Amets se reflejó una seriedad inusitada y poco habitual en él – tres, dos, uno...

- ¡Está bien! ¡Suéltame y hablaré! ¡Pero por Dios! ¡Suéltame que tengo el hombro fuera del sitio y me estoy muriendo de dolor!

Entonces, Amets empezó a aflojar la llave y se fue zafando poco a poco el atacante hasta quedar prácticamente liberado. Su estado era deplorable, tenía la cara ensangrentada y llena de cortes. Además, el hombro lo tenía fuera de lugar, lo que le provocaba un gran dolor, por lo que apretaba los dientes con fuerza para poder sopórtalo. Consiguió erguirse pese a las condiciones en las que se encontraba, y con el brazo sano, y un duro gesto, consiguió encajarse el hombro otra vez en su lugar, mientras dio un alarido de dolor. Y cuando parecía dispuesto a hablar, lanzó su última ofensiva contra su rival, a la desesperada. Se intentó abalanzar sobre Amets, que esta vez sí se vio sorprendido ante la maniobra del hombre, y ambos cayeron al suelo, quedando este último sobre el joven, que quedó algo aturdido.

-Has tenido suerte hasta ahora, chico, pero eso se acabó – dijo el atacante mientras cogía un clavo del suelo con su mano y se disponía a clavárselo a Amets – veamos si tú también tienes resistencia al dolor...

Y justo cuando iba a clavárselo en el pecho, se escuchó un fuerte golpe. El atacante dejó caer el clavo y se desmayó *ipso facto*. Detrás del cuerpo inerte de este, la figura de Olga se dejó ver, con uno de los candelabros en las manos.

-Mucho aikido, pero al final un buen coscorrón ha hecho falta... - dijo Olga con algo de resquemor – por cierto... ¿está...muerto?

- ¡No! ¡Qué va! Pero esta vez dormiré un buen rato – dijo Amets tras observarlo y quitárselo de encima – Muchas gracias Olga, ¡me has salvado la vida!

Amets lo apartó hacía un lado. Esta vez parecía que no se iba a volver a levantar, ya que el golpe que le propinó Olga, lo había dejado noqueado del todo. Entonces empezó a cachearlo, mirando en los bolsillos del abrigo del misterioso atacante, que permanecía inmóvil y sin visos de volver a moverse.

- ¿Qué estás haciendo Amets? – le preguntó Olga

-Sí no ha querido decirnos quien es, se lo preguntaremos a sus bolsillos

- ¿No avisamos a la coordinadora o a seguridad?

-Lo que me parece raro es que con el alboroto que se ha organizado, no haya venido nadie aún – dijo Amets mientras seguía buscando en los bolsillos y levantaba la mirada hacia la escalera – pregunta por el Walkie talkie a ver si han oído algo.

-Info 5 a coordinadora...- dijo Olga a través del Walkie - ¿coordinadora? ¿Alguien me escucha? ¿Hola?

-Pues parece que nadie nos escucha...comienzo a entender porque no ha venido nadie hasta ahora...aquí pasa algo – Amets puso cara de preocupación – ves abajo y avisa. Tranquila, no se va a levantar otra vez. Y si lo hace, lo volveré a dormir.

-Está bien, pero ten mucho cuidado por favor.

-Como si no lo hubiese tenido ya, jajaja - sonrió Amets – pero gracias a ti... ¡Un momento! ¿Qué tenemos aquí?

Amets sacó una cartera de cuero de uno de los bolsillos, bastante desgastada y algo mugrienta. De otro de los bolsillos sacó lo que al principio parecía un papel, pero que, tras sacarlo completamente, pudieron ver que era un rollo de pergamino muy antiguo. Con ambas cosas, por el momento, la búsqueda había sido provechosa. Mientras, Olga cogió el pergamino, él abrió la cartera, donde pudo ver una tarjeta de crédito, un tipo de identificación y... monedas antiguas.

-Pues parece que a este tipo le gustan las cosas viejas, porque estas monedas son de vellón, concretamente del reinado de Pedro IV de Aragón. Y la tarjeta de crédito parece propia de los años noventa del siglo XX – entonces cogió la identificación – veamos...Cirilo Carrión...parece un carnet de algún sitio, pero está bastante desgastado y no lo veo bien. Parece de algún tipo de asociación, diría que algo relacionado con museos. Hay que ver cómo han cambiado los métodos de investigación últimamente, debo haberme quedado desfasado. Pero que yo sepa, si quieres consultar alguna pieza de un museo, este no es el procedimiento habitual.

- ¿Y por qué querría llevarse alguna de las llaves de esta manera? – preguntó Olga con mucha intriga - ¿No podía pedirla al museo de forma normal para estudiarla?

-Igual es que no le gustan los trámites burocráticos...un momento...hay algo más en el bolsillo – dijo Amets mientras volvía a meter la mano él.

Había visto algo similar a un papel, y lo sacó con agilidad. Estaba doblado un par de veces, y era de tamaño similar a un folio. Lo entreabrió y pudo ver lo que había en él: un dibujo en carboncillo de una llave, y en la parte inferior derecha, unos caracteres que rezaban:

“Merás GC, S2, TAB 3, 38I, 3V”

Amets lo delectó en voz alta ante la atenta mirada de Olga, que aún tenía el pergamino en la mano sin abrir. Entonces dijo ella:

-Pues ya sabemos lo que buscaba y donde, porque cuando entró, me preguntó si esto era el Gabinete del Coleccionista, y que donde estaba la sala número dos – miró los caracteres – y, por ende, buscaba la tabla tres, y lo demás no lo acabo de pillar.

-Es fácil – contestó Amets – como jugar a hundir la flota, treinta y ocho izquierda, tres vertical. Esa es la llave que quería.

-Toma el pergamino, es bastante curioso. Seguro que lo ha robado de otro museo.

-Veamos... - Amets lo iba desenrollando – parece antiguo, pero no tanto como debería. Fíjate. Aquí. Parece un documento escrito en latín, y la fecha es doce del duodécimo mes del año del señor mil trescientos treinta y nueve.

- ¿Me estás diciendo que este pergamino tiene setecientos años y está así de bien? – Olga estaba perpleja – pero sí parece que tenga tan solo unos años.

-Pues sí, podría ser una falsificación, pero algo me dice que no lo es. Pero no acabo de saber el qué – Amets hizo una breve pausa – no tengo muy frescos mis conocimientos de latín, pero algo puedo hacer. Dice más o menos: *La puerta al reino de los cielos cerrada está. Una llave la abrirá, en el... no sé qué significa esto...adecuado, y habrás pasado.*

Olga alucinó con la facilidad que tenía Amets para traducir el latín.

- ¿Cómo puedes traducir tan rápido?

-Tuve un profesor de latín en la carrera que era bastante pesado, la verdad, y ahora lo agradezco – le contestó mientras se incorporaba.

-Voy a bajar para avisar de lo que ha pasado

-Sí, por favor, porque sigo pensando que es muy raro que no haya venido nadie, ni hayan visto algo por las... - Amets se interrumpió al mirar una de las cámaras de seguridad cercana – ahora entiendo. Esa cámara está apagada, fíjate que el piloto rojo que habitualmente está encendido, está apagado. Aquí está pasando algo más.

Amets se levantó del todo y comenzó a andar hacia la escalera con aparente sigilo. Olga le siguió de cerca, y miraba hacia atrás, viendo el cuerpo inmóvil de Cirilo en el suelo.

- ¿No pensarás dejarlo ahí así? ¿Y sí se vuelve a levantar?

-Acércame esa catenaria de ahí por favor.

Amets sacó la cinta de la catenaria, y de un estirón, la rompió para tenerla toda en sus manos, prescindiendo del soporte. Entonces cogió de los brazos a Cirilo y lo arrastró hasta uno de los radiadores de la calefacción, que ahora estaban apagados. Allí, ató a Cirilo con la cinta de la catenaria fuertemente, para que en caso de que se despertara, estuviera bajo control. Después, cogió la cartera y demás pertenencias que había obtenido de su chaqueta, y los guardó en los bolsillos de su chaleco.

Habiendo dejado resuelto el “asunto Cirilo”, Amets y Olga se encaminaron a la escalera para bajar y dar parte de lo ocurrido. Las escaleras de madera crujieron al comenzar el descenso, como era habitual, y cuando llegaron al primer piso, se asomaron a la posición que solía ocupar uno de los compañeros. Allí, estaba Coral, tendida sobre el banco de madera, sin moverse. Se acercaron ambos rápidamente para ver cómo estaba.

-Respira, parece dormida – apreció Olga

- ¡Menos mal! Por lo que se ve, Cirilo fue más cauteloso aquí. Mira, hay restos de algún líquido y... la botella del líquido vacía – Amets se agachó a coger el bote del suelo – yo diría que es...

Entonces, Olga, como por acto reflejo, se acercó a oler el bote, y poco después empezó a cerrar los ojos, precipitándose hacia adelante, cayendo en los brazos de Amets, que había soltado el bote al ver que Olga caía fulminada.

-... cloroformo – finalizó Amets la frase que Olga había dejado a medias.

Con sumo cuidado, dejó a Olga sentada junto a Coral, pues había caído en un profundo sueño. Mientras se apartaba pudo ver a Samantha en el suelo, tendida, a unos escasos metros, junto a las vitrinas que albergaban unas cajas de madera de pequeñas dimensiones, pero de bella factura. Se acercó hasta donde estaba, y comprobó que también se encontraba sumida en un profundo sueño. La incorporó un poco, hasta dejarla apoyada en la pared, en una posición más cómoda. Volvió a la escalera, para bajar hasta la recepción del museo.

Allí el panorama era desolador: había restos como de algún tipo de gas o humo en recepción. No tardó en encontrar su origen, Se trataba de un pequeño bote del que aún salía algo de humo, que le recordaba a las granadas de humo que había visto en las películas. Sacó el pañuelo de su bolsillo, y se tapó la boca y la nariz con él. Desde la distancia pudo observar como todos los que estaban en recepción habían sufrido la misma suerte que las compañeras del primer piso. Incluso los vigilantes de seguridad estaban dormidos en la zona reservada para ellos. Al parecer, Cirilo había dejado fuera de combate a todos, cosa que después posiblemente aprovechó para apagar las cámaras de seguridad. Avanzó entre el poco humo que quedaba, hasta la puerta que daba al patio interior, para abrirla y que se ventilara la estancia. Luego volvió atrás sobre sus pasos, hasta la puerta principal, donde accionó el mecanismo que la dejaba abierta

permanentemente. Así se formaría una corriente de aire eficaz para despejar y ventilar bien toda la recepción.

Tras unos segundos, y después de hacer recuento de personas, se dio cuenta de que allí estaban la coordinadora, la taquillera y los de seguridad. Incluso el señor que se encargaba de la limpieza estaba tendido junto a su carro con los artilugios y productos que utilizaba habitualmente. Pero, no había ni rastro de Rodolfo José, el compañero que a esa hora debía estar controlando los visitantes de la planta baja. Tal vez estaba en alguna sala leyendo y no se había percatado de lo ocurrido, pero Amets decidió ir a dar una vuelta por la planta baja para comprobarlo y asegurarse de que se encontraba bien.

Se adentró en esa zona del museo buscando a su compañero, pasando por delante toda una serie de figuras de época ibera y de esculturas romanas. Destacaba en aquella sala un frontal de sarcófago tallado en mármol blanco, que representaba un pasaje bíblico, desde el punto de vista de la antigüedad tardía. Una vez pasado este, siguió por las salas anexas, que albergaban una gran cantidad de tallas de Cristos Crucificados y vírgenes sedentes con el niño, todas en madera. Tras serpentear por las primeras salas, se dio cuenta de que el pañuelo con el que aún se cubría la boca y la nariz ya no era necesario desde unos metros atrás, pues no quedaba ningún rastro de humo. Se lo quitó de la cara y lo guardó en el bolsillo. Entonces llegó a la sala en la cual comenzaban las esculturas del gótico, donde encontró a Rodolfo José, sentado en el banco que había en el centro de la sala leyendo un libro con el que solía estudiar inglés. No debía de medir más de un metro sesenta y cinco centímetros, y tenía la tez morena. Tenía el pelo muy oscuro, corto y bien aseado. Llevaba unas gafas de pasta negra y calzaba unos zapatos bien pulidos. Al ver a Amets, levantó la cabeza.

-¡Rodolfo José! ¡Estás bien! – dijo Amets Aliviado - ¿No has escuchado nada?

-No sé de qué me habla Amets. Yo estoy aquí bien tranquilo – contestó con su clásico acento sudamericano y entonces le miró con detalle - ¿Qué le pasó a sus ropas? ¿Acaso estuvo ordenando libros en los fondos de la biblioteca otra vez?

Amets lo miraba con cara de incredulidad. Por lo visto, Rodolfo José no se había percatado de nada de lo ocurrido, cosa que por otra parte, era lógica. Aquella sala estaba aislada por unos buenos muros, lo que impedía que cualquier sonido llegara hasta allí, si provenía de la recepción. Y obviamente, el humo de la granada no había llegado por la larga distancia de pasillos y salas que le separaba de la recepción.

-¿En serio que no oíste ni viste nada raro? – seguí preguntando Amets

-De verdad, ¡créame! No oí nada ni vi nada - Rodolfo José pareció enfadarse

-¡Menos mal entonces! Me alivia ver que estas bien y qué...

Rodolfo José interrumpió en ese instante:

-Tan solo lo único que vi fueron los dos visitantes que entraron hace unos minutos. ¡Y pienso quejarme a recepción! ¡No me avisaron que entraban!

El rostro de Amets cambió de golpe y exclamó:

-¿Cómo que dos visitantes?

-Pues lo que le digo, dos visitantes. Un señor que iba de oscuro y era un poco calvo, y que le dijo al otro que marchaba hacía plantas superiores.

-¿Y el otro? ¿Dónde está el otro? – exclamó Amets nuevamente mientras empezaba a sudar cada vez más.

-Pues bajó a la cripta. Pero ya sabe usted que yo no bajo por mis problemas en la rodilla. ¡Maldito esguince que aún colea!

-¿Y no ha vuelto a subir?

-Creo que no, si no, lo hubiese oído. Todo el mundo hace bastante ruido en la escalera al subir y al bajar por ella, ya sabe, por los peldaños de madera.

Amets comprendió en ese instante que Cirilo había venido acompañado, y que el acompañante se encontraba en la cripta esperándolo por algún motivo.

-Escúchame atentamente Rodolfo José – Amets cogió aire – esos dos visitantes han venido con la intención de robar algo del museo. El que subió, intentó coger una de las llaves de la sala de la forja. Han dormido a todos los compañeros con algún tipo de gas, incluso a los de seguridad. No les importa hacer lo que sea para conseguir lo que han venido a buscar, como agredir a Olga, que se ha llevado un buen golpe, aunque afortunadamente está bien. Yo he conseguido reducir al de arriba, de ahí el estado de mis ropas.

La cara de Rodolfo José era de auténtico asombro al escuchar todo lo que Amets le estaba contando.

-Usted me vio de bonachón y trata de engañarme, ¿verdad?

-¿No me crees? ¡Muy bien! ¡Ven conmigo!

Ambos salieron de la sala y Amets lo condujo por los pasillos hasta una de las salas que tenía una puerta para comunicar el montacargas con recepción. En ambos lados de la puerta, había cristales, a través de los cuales se podía ver la recepción. Fue entonces cuando Rodolfo José vio el desalentador panorama que había en la taquilla, y su cara se descompuso por momentos. Miró a Amets incrédulo, y comprendió de golpe que todo lo que había dicho era cierto. Habían atacado el museo con total impunidad, y eso para Rodolfo José suponía un sacrilegio, pues él era muy recto y respetuoso, por lo que según iba asimilando la situación, la cara de incredulidad se volvía de enfado.

- Veamos... dices que el otro está en la cripta y que aún no ha subido, ¿cierto?

-¡Eso es! Si no, lo habría escuchado subir.

-Muy bien. Tengo un plan para reducirlo a él también. Escúchame atentamente – y Amets empezó a murmurarle al oído.

Después de unos segundos, la estrategia había sido comunicada. Era hora de actuar.

CAPITULO V "ESTRATEGIA"

La cripta era un espacio amplio, ubicado en el sótano del museo, por el que se accedía mediante una escalinata en forma de U, donde gran parte de los peldaños eran de madera. Se trataba de una sala de forma rectangular, con dos alturas.

En uno de los extremos, el más cercano a la escalera de acceso, había un pequeño recoveco, el cual albergaba una de las obras más espectaculares del museo: una portalada de una iglesia románica. Había pertenecido a una pequeña iglesia que se encontraba cerca de la localidad aragonesa de Esquedas, a unos escasos kilómetros de Huesca. Merás había conseguido traerla hasta el museo hacía muchos años, en una decisión que generó no poca controversia por aquel entonces. Pero el siempre aseguró que lo hizo por buenos motivos. En la actualidad, en la ubicación original de la iglesia, esta se había convertido en un almacén de grano, y justo al lado, otra iglesia de mayores dimensiones presentaba un avanzado estado de abandono, con gran parte de sus muros derruidos. Esto era presumiblemente porque se encontraba en medio de ningún sitio, pues todos los edificios colindantes que en su momento le dieron cobijo y razón de ser, habían desaparecido en su práctica totalidad, salvándose la propia iglesia y los restos de una antigua edificación contemporánea. La llanura en la que se encontraba la iglesia solo se veía interrumpida a lo lejos por las estribaciones montañosas al norte de Huesca.

La portalada se componía de cuatro jambas a cada lado que sostenían sus respectivos capiteles, sobre los cuales se encontraban los cimacios, que servían a su vez para que descansaran los arcos de medio punto denominados arquivoltas. En el centro de la portalada, se encontraba el tímpano, que albergaba una escena conocida como La Virgen de la leche. Este descansaba sobre el dintel. Todo el conjunto debía medir algo más de tres metros de altura por otros tantos de ancho.

Cruzando la portalada, había un pequeño habitáculo donde había más elementos arquitectónicos similares a esta, pero en este caso se trataban de dos ventanales, ambos del siglo XIII. Uno era de la iglesia de San Miguel de Tubilla del Agua, en la provincia de Burgos, y destacaba por tener en el centro una figura antropomorfa que causaba más temor que otra cosa. La otra era de una iglesia que había en Naclares de Gambo, cerca de Vitoria, en la provincia de Álava.

Por lo que respecta al resto de la sala, que era la parte dominante, se encontraban expuestos un sinfín de capiteles de diversas épocas históricas, en una serie de estanterías sujetas en las paredes. También había varias esculturas de carácter religioso por la sala, que representaban santos. En el otro extremo de la sala, en un espacio minúsculo, separado del resto, se encontraban en su interior varios sarcófagos esculpidos en mármol. Todo estaba muy bien iluminado y la temperatura era la adecuada para la conservación de todos lo que allí había.

Deambulaba por la sala, sin un rumbo claro, dando pasos cortos. Rogelio llevaba un buen rato esperando a que Cirilo acudiese con la llave, pero no sabía lo que le iba a costar encontrarla, por lo que no se extrañaba de la tardanza de su compañero. Entre paso y paso, observada los capiteles y las estatuas esculpidas en piedra. A la vez, hacía repaso mental de la operación realizada, que había sido todo un éxito: mientras Cirilo hablaba con la taquillera, él soltó el bote de gas prácticamente inapreciable que acabó por dormir a todos en la recepción. Tan solo pudo verse humo cuando el bote de gas somnífero comenzó a dar señales de que se había expulsado todo. Ellos aguantaron la respiración lo suficiente hasta que comenzó a hacer efecto el gas, y todos empezaron a caer presos del sueño. Entonces sacaron sus máscaras anti gas, que usaron para poder acceder a la planta baja del museo sin inhalar gas.

Pasaban los minutos y Rogelio empezaba a impacientarse ya que Cirilo podía haberse entretenido, pero no tanto. De repente, se escuchó el ruido producido por los escalones de madera al crujir. Alguien bajaba. Enseguida pudo ver la figura de Rodolfo José, que bajaba lentamente por las escaleras. Rogelio, extrañado, recordó que no habían dormido al controlador de la planta baja porque les dijo que no podía bajar a la cripta, ya que tenía algún tipo de dolencia en una pierna, y por esto les pareció completamente inofensivo para su plan. Por eso, verlo bajar con dificultades le produjo cierto recelo, y a la vez sospecha de que algo pasaba. Sin embargo, si la cosa se ponía fea, sabía que no le costaría mucho deshacerse de él, pues además de la ostensible cojera que mostró al bajar, Rodolfo José era un hombre de aproximadamente unos sesenta años de edad y de baja estatura, por lo que no opondría gran resistencia. Poco a poco se le iba acercando, a ritmo bastante lento, y lo observaba con gran expectación desde el centro de la sala. Paso a paso, llegó hasta su posición, y cuando esperaba que le dijese algo, Rodolfo José pasó de largo. Rogelio seguía observándolo, con más incredulidad aún, y vio como siguió caminando hasta el pequeño habitáculo donde se encontraban los sarcófagos de mármol. Entró y desapareció del ángulo de visión suyo. En ese momento, le pareció escuchar que el veterano empleado hacía uso del walkie-talkie, pero no lo podía escuchar con claridad al estar dentro de la pequeña sala y producir un eco excesivo. Le extrañó aún más que este se estuviera comunicando con alguien, ya que en teoría, todos los que trabajaban en el museo deberían estar fuera de combate a excepción de él. Sin embargo, de repente, Rodolfo José se asomó por la entrada a la minúscula sala y le dijo:

-¡Disculpe! ¡Caballero! ¿Podría venir a ayudarme un segundo?

-Ehhhm... ¡Sí! ¡Por supuesto! – contestó Rogelio mientras ya iba pensando en dejarlo fuera de combate.

Se encaminó hasta la entrada a la pequeña sala y vio a Rodolfo José en su interior. Este estaba frente a uno de los dos sarcófagos, de pie, mirando algo en la parte superior de la pared. Dio un paso más y entró, sin dejar de mirarlo.

-Dígame buen hombre, ¿en qué puedo ayudarle? – dijo Rogelio mientras metía las manos en los bolsillos de su propia chaqueta, con la intención de coger el bote de cloroformo y un pañuelo.

Tanto él como Cirilo, habían preparado este producto para dormir a quien se resistiese, y el próximo iba a ser Rodolfo José.

Aprovechando que el empleado del museo estaba de espaldas a él, sacó todo de los bolsillos. Impregnó el pañuelo con una buena cantidad de cloroformo y lanzó el bote al suelo. Acto seguido, fue a agarrarlo con un brazo por detrás, mientras con la otra mano, le pondría el pañuelo en la cara hasta dormirlo. El ruido causado por el impacto del bote en el suelo, hizo que Rodolfo José se girara bruscamente alarmado, viendo a Rogelio con el pañuelo en la mano dirigirse cara a él.

Estaba a punto de alcanzarlo cuando surgió la figura de Amets desde la parte de atrás de Rogelio. Este, cogido totalmente por sorpresa, notó unos brazos que le agarraban desde detrás por los hombros, y que le impidieron alcanzar al veterano empleado. Intentó girarse para ver quien le había cogido, y así poder lanzar un contraataque, pero había perdido toda ventaja al haber sido cogido por sorpresa. Amets, al ver que Rogelio trataba de darse la vuelta, lo soltó de los hombros, y se centró en la mano que sujetaba el pañuelo, que chorreaba cloroformo por todas partes. Sabía que si le alcanzaba con eso, estaría perdido. Así pues, dentro de la reducida estancia, los acontecimientos se desarrollaron a una velocidad vertiginosa. Rogelio intentó ponerle el pañuelo en la cara a su misterioso asaltante, pero este, en un movimiento de aikido, lo agarró y lo lanzó contra una de las paredes. El impacto le hizo dejar caer el pañuelo, además de un buen dolor en ese costado del cuerpo. Quedó algo aturdido por el golpe, y fue aprovechado por Amets para agarrarlo desde atrás con un movimiento con la intención de ahogarlo. Rogelio, poco a poco se fue dejando caer mientras trataba de librarse de su captor.

-¿Quiénes sois? ¡Contesta! – le dijo Amets mientras trataba de ahogarlo

-¡No diré nada!

-¿Ah sí? ¡Veámoslo! – contestó Amets desafiante mientras seguía apretándole y asfixiándole poco a poco - ¡Vas a correr la misma suerte que tu compañero!

-¿Qué le has hecho? – dijo con voz entrecortada Rogelio, que cada vez le costaba más respirar - ¿Dónde...está?

-¡Aquí soy yo el que hace las preguntas! ¿Quiénes sois y que buscáis aquí?

Amets seguía apretando, y Rogelio estaba cada vez más débil y con la cara más morada. Entonces, con una voz casi inaudible, dijo:

-Esta... bien...suéltame y hablaré...arrgh...

-Espero que no sea ningún truco, como hizo tu compañero, porque acabarás igual que él – Amets iba aflojando - Rodolfo José, trae aquella catenaria que hay junto a la escalera.

Rodolfo José se dio prisa en traer la catenaria como pudo, pues pesaba un poco para sus desgastadas fuerzas. La edad no perdonaba y menos aún el esfuerzo de bajar hasta allí. La acercó tanto como pudo hasta donde estaban Amets y Rogelio, que tras aflojar un poco los brazos, lo sacó de la sala de los sarcófagos a la principal de la cripta. Fue en ese momento cuando lo soltó del todo, ya que Rogelio estaba medio aturdido e intentaba recuperar la respiración. Amets realizó con la catenaria la misma operación que en el Gabinete del Coleccionista, y arrancó la cinta del soporte. Agarró las manos de Rogelio, y se las puso en la espalda, donde se las ató fuertemente, para que no pudiera realizar ningún movimiento. Lo acercó hasta la barandilla de la escalera y lo terminó de atar a ella, para dejarlo privado de cualquier movimiento. Quedó sentado y bien atado por las manos a la barandilla. Todavía no se había recuperado del todo. Sin embargo, no era el único, ya que Rodolfo José todavía tenía el corazón en un puño por la situación vivida.

Pese a ello, había que recalcar que el plan fue un éxito, y que Amets lo había ideado en unos instantes: mientras Rodolfo José bajaba las escaleras y llamaba la atención del intruso, él esperaría a que este lo atrajese hasta el interior del habitáculo donde estaban los sarcófagos de mármol. Una vez allí, haría todo el ruido posible con el walkie-talkie para enmascarar el sonido de los escalones de madera, lo que aprovecharía para bajar sin ser detectado. Y para finalizar, se abalanzaría sobre el sospechoso para reducirlo mientras Rodolfo José captaba su atención. Todo había salido a pedir de boca, pero la tensión del momento puso los nervios a flor de piel.

Después de espolsarse un poco las ropas, Amets se puso en cuclillas frente a Rogelio, que ya había vuelto prácticamente a la normalidad. Lo observó durante unos segundos. Seguidamente se pasó la mano por la barbilla y frunció el ceño, mientras Rodolfo José los observaba de pie a un escaso metro de distancia.

-¿Por dónde quieres empezar? – le dijo Amets al misterioso asaltante

-Somos los *Hombres de Gerion*, y hemos venido a buscar la llave que abre la *Puerta del Reino de los Cielos* – contestó Rogelio con desgana.

CAPITULO VI "LOS HOMBRES DE GERION"

El semblante de Amets y de Rodolfo José era de puro asombro después de lo que había dicho Rogelio. No sabían cómo interpretar lo que acababan de escuchar.

- ¿Qué narices es eso de la *Puerta del Reino de los Cielos*? – preguntó Amets – Y no me cuentes rollos macabeos, porque te aviso que tengo paciencia pero tú y tú colega ya habéis gastado buena parte de ella, así que cuidado con lo que dices.

- Mira, no tendría ni que decir nada – contestó Rogelio

- No estás en posición de negociar, por si no te habías dado cuenta aún.

- ¿Por el hecho de que estoy atado? Pues la llevas clara, bastante te he dicho ya...

Amets se acercó a Rogelio, y se situó detrás de él. Entonces, le cogió una mano y con un gesto rápido le dobló un dedo con la intención de rompérselo. Rogelio dio un alarido de dolor.

- ¡Maldito desgraciado! ¡Casi me rompes el dedo!

- ¿Ves como no solo estás atado? – dijo desafiante Amets – Así que adelante, si no quieres que te rompa algo más ya sabes lo que tienes que hacer...

- Está bien – contestó con resignación Rogelio – veo que no me queda más remedio que largar...

Hubo un silencio previo a la confesión que tuvo bastante tensión, pues lo que se avecinaba iba a ser sorprendente. Rogelio empezó a hablar:

- Mira, no lo sé con exactitud, pero hay una leyenda que habla de la existencia de una puerta por la que se puede viajar a otras épocas. Puede pareceros una tontería, pero por lo que yo sé, creo que no lo es. Obviamente yo no la he visto, pero me han hablado mucho de ella y doy por hecho que existe.

Las caras de Amets y Rodolfo José eran un poema, aún no habían asimilado la información que les acababan de dar y seguían en shock, pero el interrogatorio siguió a pesar de ello.

- ¿Y quién diablos eres tú? Porque doy por hecho que tú y tú compañero estáis juntos en esto.

- Me llamo Rogelio, y mi compañero es Cirilo...por cierto, ¿Qué habéis hecho con él?

-Te he dicho que aquí las preguntas las hacemos nosotros – contestó Amets algo irritado – así que límtate a contestar.

-¡No diré nada más si no me dices que habéis hecho con Cirilo!

- Creo que deberíamos decírselo, Amets – aconsejó Rodolfo José

- Está bien – asumió Amets tras unos segundos – lo hemos dejado fuera de combate y está atado como te tengo a ti, pero está vivo.

- Uff... gracias a Dios – suspiró Rogelio al escucharlo – de acuerdo, seguiré.

- Adelante, ¿quiénes sois y que buscáis aquí? ¿Y porque conseguirlo así?

- Perteneceemos a una organización, que a lo largo de la historia, se ha encargado de “gestionar” reliquias y tesoros relevantes, per a la vez desconocidas para la mayoría de la gente – Rogelio hizo una pausa para coger aire – somos *Los Hombres de Gerión*. Hemos estado presentes desde la antigüedad en todas las épocas de las historia, y pese a más de un contratiempo, hemos llegado a la actualidad después de conseguir muchos logros.

- Un momento... ¿de qué me suena a mí eso de Gerión..? – interrumpió Amets

- ¿Acaso no lo sabe usted? - dijo Rodolfo José

- El caso es que me suena pero ahora no caigo...

- *Los Doce trabajos de Heracles*, es parte de la mitología griega – apuntó Rodolfo José – la leyenda habla de doce tareas que le fueron encomendadas al héroe mitológico. Se dice que Heracles, en un ataque de locura provocado por Hera, mató a su mujer, a sus hijos y a sus sobrinos. Cuando volvió en sí, y vio lo que había hecho, se aisló del mundo y se fue a vivir en soledad a las tierras salvajes. Su hermanastro Ificles lo encontró y lo convenció para que visitase el Oráculo de Delfos. Este le encomendó como penitencia llevar a cabo una serie de trabajos que debía imponerle Euristeo, la persona que más odiaba. Pero también se ha dicho que los trabajos los realizo para probar que era un dios, depende también de las fuentes que uno consulte. Y uno de ellos, en concreto el décimo, fue el robo de los Toros de Gerión. Según la mitología griega, Gerión era un monstruoso gigante hijo de Criosaor y Calíorre, que destacaba por tener tres cuerpos con sus respectivas cabezas y extremidades. Tiempo después se comentó la posibilidad de que se trataran de tres hermanos. El caso es que Gerión vivía en la isla de Eritea, perteneciente al archipiélago de las Gadeiras, lo que hoy en día es Cádiz. Heracles tenía que robarle su ganado para completar el trabajo encomendado, por lo que viajó hasta allí para hacerlo. Le robó a Gerión las vacas rojas y los bueyes, pero este, al saberlo, salió tras Heracles clamando venganza. Ambos se enfrentaron en una lucha a muerte, en la que el héroe griego derrotó al gigante con una flecha, cuya punta estaba envenenada con el veneno de la Hidra y que le atravesó sus tres cuerpos.

- Estás más o menos encaminado amigo, ya sabéis que las leyendas distorsionan la realidad y la exageran. Gerión era el rey de las Gadeiras, nada de ser mitológico ni historias, y su legado nos ha llegado hasta hoy a nosotros, los que somos sus seguidores. Él lo perdió todo por la codicia de un ser que quería conseguir su redención y de paso demostrar al mundo su superioridad. Y nosotros queremos restaurar su honor y mantener a salvo el “ganado” para que nadie más quiera robar o destruir el equilibrio natural por su propio afán de protagonismo.

Amets frunció el ceño al escuchar el argumento de Rogelio, pero todavía no salía de su asombro. La historia le parecía tan inverosímil, que cualquiera hubiera dicho que estaba sacada de un libro o una película de fantasía.

- Veamos... - Amets se pasó la mano por la coronilla - ¿Sois una secta que se dedica a ir por ahí robando cosas por qué a un tío le robaron unos toros? Cosa que además forma parte de la mitología...

- ¡No somos ninguna secta! – gritó Rogelio – solo tratamos de impedir que más gente como Gerión, que era un gran rey, sea saqueada por el beneficio de unos pocos.

- Y eso permite que entrés aquí liando la que habéis liado. Si fueseis tan buenos como dices, aplicarías otros métodos.

- Cuando surge un problema, hay que atajarlo cuanto antes, y si hay que actuar con discreción, se hace.

- ¿Llamas a esto discreción? – Amets se indignó – Pero si habéis organizado una buena con “vuestra discreción”.

- El plan era dejaros a todos dormidos, no queríamos hacer daño a nadie. Y después borraríamos nuestra presencia de aquí eliminando las grabaciones de las cámaras de seguridad. Todo parecería una acción de unos vulgares ladrones, pero que aparentemente no se habrían llevado nada de valor. Pero claro – Rogelio miró fijamente a Amets – tuvo que salir el “Heracles” de turno a hacerse el héroe y arruinarlo todo. ¿Ves cómo el afán de protagonismo ha llevado a romper el equilibrio del plan? Siempre tiene que haber alguien que quiera ponerse medallas a costa de los demás.

Se hizo el silencio durante unos segundos.

- ¿Y qué se supone que veníais a buscar? – preguntó Rodolfo José ante el silencio de Amets – Escuché algo de una llave...

- Hemos recibido un chivatazo sobre uno de los objetos más importantes de la historia – dijo Rogelio – Estoy hablando de la *Puerta del Reino de los Cielos*. Según dicen, existe una puerta por la que se puede viajar a través del tiempo, sin esfuerzo alguno, a cualquier época. Nuestra organización tiene conocimiento de ella desde hace mucho tiempo, sin embargo, se desconoce su origen o quién la construyó. Sin embargo, alguien con afán de protagonismo la hizo desaparecer hace tiempo, y nosotros, que al

parecer la habíamos usado para solventar protagonismos no deseados, le perdimos la pista. Pero de esto ya hace mucho e incluso algunos de nuestros miembros dudan de su existencia. Aun así, los miembros más veteranos cuentan que durante el siglo pasado, habíamos localizado esta puerta, y que algunos de nuestros mejores hombres la cruzaron.

- ¿Y qué fue de ellos? – preguntó Rodolfo José

- Se cree que viajaron a otras épocas, como cuenta la leyenda que la puerta permite hacer. Además, se dice que de todos de los que marcharon, ninguno volvió. Es decir, desaparecieron de la faz de la tierra y nunca más los volvieron a ver. Sin embargo, nos han llegado hasta nuestros días objetos pertenecientes a otras épocas, pero no sabemos cómo ni quién los trajo, aunque sospechamos que fue alguno que sí pudo volver. Pero allá donde estén, siguen la doctrina de *Los Hombres de Gerión* por tal de establecer el equilibrio justo y necesario. Algunos de los nuestros comentan que sus acciones en otras épocas han repercutido en el presente, pero claro, son solo meras hipótesis. Incluso, como os he dicho, se piensa que alguno fue capaz de volver, pero eso sí lo desconocemos por completo.

- Te estás quedando con nosotros – dijo Amets

-¿Ah sí? – dijo Rogelio, que entonces cambió el tono de voz – ¿Acaso crees que es una casualidad que la Sagrada Familia no esté acabada aún?

Amets sacudió la cabeza y dijo:

- Oye, que no está acabada porque es un proyecto faraónico y cuesta mucho dinero, y solo se financiaba con...

- ¿Acaso crees que la Iglesia no tiene fondos para haberla acabado hace décadas? ¿Acaso te parece fruto de la casualidad que Gaudí tuviera tantos problemas, llegando a perder los planos de la basílica?

- ¡Eso fue un desgraciado accidente! Solo fue un grupo de exaltados que... - Amets se interrumpió a sí mismo, quedándose con la boca entre abierta.

- ¿Lo ves amigo? – le espetó Rogelio – Alguien se encargó de que ese indeseable de Gaudí no pudiera acabar semejante muestra de superioridad arquitectónica como es la Sagrada Familia. De haberlo hecho, hoy en día él sería más famoso que el propio templo. Había que poner freno a su ambición desmedida, y apuesto que fue alguno de los nuestros.

Con esa argumentación, Amets empezó a asimilar que lo que les estaba contando aquel individuo no era un cuento o una leyenda. La duda lo había invadido hasta un punto que él mismo no lo creía posible. ¿Alguien habría viajado al pasado de verdad? ¿Era aquello posible?

- Hoy en día, lo que había de ser una muestra de la ambición de una persona, se ha convertido en el hazmerreír de una ciudad, y además ha puesto en evidencia la capacidad de Gaudí para terminarla, teniendo que hacerse cargo otras personas del proyecto inconcluso.

- De acuerdo, te doy el beneficio de la duda, pero, ¿no tenéis ninguna otra prueba fehaciente de que alguien haya viajado en el tiempo que no sean más que rumores? – preguntó Amets.

- Existen una serie de cosas que al parecer vinieron del pasado de la mano de los nuestros, como ya te he dicho. De hecho, hemos utilizado algunos para llevar a cabo nuestra misión de hoy – contestó Rogelio

- ¡Ahora caigo! ¡Lo que tenía tu compañero! – dijo Amets sorprendido

- ¿Qué has hecho con ello?

- Lo tengo aquí a buen recaudo, pero... - hizo una reflexión – si tu compañero llevaba unas monedas de la época de Pedro IV y un pergamino antiguo, que no lo parecía tanto... ¿Me estas queriendo decir que alguien lo trajo de la Edad Media hasta aquí?

- Parece que lo empiezas a entender, aunque se desconoce quién y cuándo lo hizo.

- Sin embargo, dices que vinisteis buscando una llave – apreció Amets – entiendo que la llave abra la susodicha puerta, ¿eso quiere decir que ya no poseéis la puerta?

- Hace décadas que se dice que el control de la puerta escapó de nuestras manos, y al parecer, por culpa de otro personaje con ganas de acaparar todos los focos. Cuentan que la puerta desapareció de su ubicación, y le perdimos la pista. Por eso, se ha convertido casi en leyenda, porque no se volvió a saber nada de ella.

- Entonces, ¿en qué quedamos? – preguntó Rodolfo José - ¿Leyenda o realidad?

- Hace algún tiempo se perdieron parte de nuestros archivos, por lo que gran parte de nuestro conocimiento también, y eso generó gran confusión en nuestra organización. Además, de un tiempo a esta parte, alguien se ha encargado de hacernos la vida imposible y de boicotearnos siempre que nos proponemos algo.

- ¡Vaya! ¡Los saboteadores saboteados! ¡Quién lo iba a decir! – bromeó Amets

- Muy gracioso chico, pero nuestra misión está más que justificada.

- Eso es lo que dice cualquier terrorista, que tenéis buena parte de ello.

- ¡No somos terroristas! ¡Todo lo contrario! – Rogelio se enfadó – Los terroristas son todos esos que intentan quedar por encima de la historia, por encima de sus

creaciones. ¡Bendita Edad Media donde apenas se conocen nombres por encima de logros u obras! ¡Así debería ser siempre!

- Lo que tú digas, pero eso que hacéis solo tiene un nombre, y es terrorismo.

La ira de Rogelio iba en aumento ante las respuestas de Amets, pero como estaba bien atado, solo hacía que sudar y ponerse de más mala uva.

- Bueno, dejemos eso por ahora – interrumpió Amets – entonces, ¿habéis venido buscando la llave o la puerta? ¿O ambas cosas?

- Hemos venido buscando ambas cosas, pues al parecer, nuestro informador nos ha asegurado que las dos están en este museo. Pero la información era algo confusa y hemos tenido que actuar precipitadamente antes de que desapareciera la oportunidad. Ese maldito de Merás nos engañó hace décadas, pero ahora que no está, ha sido más fácil averiguar lo que nos interesaba.

- Alto, alto... ¿Qué pinta Merás en toda esta historia? – preguntó Amets

- Se comenta que Merás participó junto a otros personajes de su época en ponernos todas las trabas posibles. Hemos tenido conocimiento de ello, con especial certeza, hace unos meses a raíz de un chivatazo y de posteriores averiguaciones – Rogelio ya se había calmado un poco – se sospechaba de él hace tiempo, pero siempre había conseguido esquivarnos, incluso después de muerto ¡Maldito coleccionista de vírgenes y Cristos!

- Recapitulando, y por lo que he entendido: Merás guardaba la llave en este museo, con tal que no hicierais uso de ella – concluyó Amets.

- Se aprovechó de la pérdida de nuestros fondos documentales y de una purga de nuestros hermanos, para actuar rápido y hacer desaparecer la llave y la puerta. Le perdimos la pista a la puerta hace ya tiempo. Tanto que casi se convirtió en una leyenda. Pero ahora hemos encontrado una pista para volver a hacernos con su control.

- Sin embargo, os ha salido el tiro por la culata y habéis fracasado – apuntó Amets – creo que la policía estará encantada con vuestras historias.

- Veo que no te ha quedado muy claro el asunto, chico... - respondió Rogelio con una pequeña sonrisa en la boca – a ver si te piensas que solo somos dos *Hombres de Gerión* solo...

En ese instante un escalofrío recorrió el cuerpo de Amets, y el estado de relajación en el que se encontraba por estar manejando la situación, desapareció.

- Es más, dado que hace un buen rato que no damos señales de vida, seguramente estén viniendo otros hermanos para ver que ha pasado – se regocijó Rogelio mientras miraba a los dos empleados del museo – es cuestión de tiempo que

vengan y acaben el trabajo. Y esta vez no serán tan “amables” como nosotros, ya que lo que tenemos entre manos es de suma importancia.

- ¿Cuántos vendrán? - preguntó Amets con cara de preocupación - ¿Vendrán ya?

- Eso ya no lo sé chico, pero si quieres conservar el pellejo, yo de vosotros me marcharía cuanto antes. Por esta vez, haremos la vista gorda.

- Hágale caso Amets, ya hicimos suficiente, y por suerte nadie de los nuestros resultó herido – le suplicó Rodolfo José – démonos prisa en poner a salvo a los demás cuanto antes y marchémonos.

- Hazle caso a tu compañero – dijo Rogelio – no creo que tengáis ganas de conocer a mis otros hermanos.

El rostro pensativo de Amets escondía tras de sí toda una serie de pensamientos encontrados. ¿Qué debía hacer? ¿Poner a salvo a los demás? ¿Huir? No sabía a qué se podrían enfrentar, ya que las palabras de Rogelio podían ser un farol, una treta para que ellos pudieran escapar sin vigilancia.

- Es un farol. No vendrá nadie más, y en cuanto entre algún visitante al museo y vea el panorama de la recepción, dará la alarma y llamará a la policía.

- ¿No te parece extraño que no haya entrado nadie aún? – le sugirió Rogelio

- Es cierto...ahora que lo dices...es raro que no haya entrado nadie aún.

- Hemos cerrado todas las puertas de acceso, incluida la del patio, y hemos puesto carteles de cerrado por tratamiento anti plagas. Además hay un inhibidor de frecuencia que ha dejado inútil todos los móviles en quinientos metros a la redonda. Nadie entrará como mínimo hasta el cambio de turno... ¡Bueno sí! Nuestros hermanos, que disponen de una copia de llaves del acceso secundario - Rogelio empezaba a jactarse – estas jodido chico...

Rodolfo José miró a Amets, que se quedó callado al escuchar la argumentación del asaltante. Sin embargo, empezó a madurar una idea en su cabeza. Sabía que no podía esperar ayuda del exterior en unas horas, y también sabía que era lo que buscaban *Los Hombres de Gerión*, por lo que su mente empezó a carburar en busca de un plan para hacer frente a la situación de la mejor forma posible. No había tiempo que perder, más hermanos venían en camino, y tanto sus vidas como las de sus compañeros dormidos estaban en juego. Y por supuesto, estaba en juego una reliquia de incalculable valor sacada de una leyenda.

CAPITULO VII “EL GATO Y EL RATÓN”

La tensión en el ambiente era palpable, ya que las palabras de Rogelio habían puesto en alerta máxima a Amets y Rodolfo José. Venían en camino más *Hombres de Gerión*, y ellos estaban atrapados e incomunicados con el exterior del museo. La cara de Amets transmitía que su cerebro estaba a pleno rendimiento, y tras un minuto, cerró los ojos unos segundos. Acto seguido los abrió y dijo:

- ¡De acuerdo! – miró a Rodolfo José y le dijo – Trae el bote y el pañuelo que llevaba nuestro visitante, ¡rápido!

- ¿Qué está pensando usted? No me diga que...

- ¡Date prisa Rodolfo José! ¡No tenemos tiempo que perder! – le contestó Amets

- ¿Qué diantres vas a hacer, chico? – le preguntó Rogelio con cara de sorpresa

Rodolfo José recogió el bote y el pañuelo, y lo entregó a Amets tan rápido como pudo. Este, volvió a impregnar el pañuelo con una buena cantidad de cloroformo, lo suficiente como para dormir a un elefante. Se acercó hasta Rogelio, que ya había visto las intenciones del joven empleado del museo.

-¡Oye, oye, oye! ¡No sabes lo que estás...! – Rogelio no acabó la frase porque Amets le tapó la boca y la nariz con el pañuelo hasta sumirlo en un profundo sueño.

- ¡Rodolfo José! ¡Escúchame! Tengo un plan y necesito que me ayudes si quieres que salvemos a todos y esto acabe bien.

- Espero que esta vez no me use como cebo...

Después de una breve pero concisa explicación, todo quedó claro en el dueto de empleados del museo. Había que actuar rápido ya que *Los Hombres de Gerión* podían aparecer en cualquier momento y por cualquier lado.

En primer lugar, cogieron a Rogelio y lo subieron a la planta cero. Lo dejaron detrás de una pared falsa en una de las salas, lejos de la vista de quien no conociera el museo a fondo. Seguidamente, se encaminaron a la recepción, donde todos aún dormían por el efecto del gas somnífero. Una vez allí, fueron trasladando uno por uno a los compañeros hasta la zona de exposiciones temporales, que se encontraba deshabilitada dado que por circunstancias organizativas, no se había podido de instalar una exposición sobre el románico catalán de la Vall de Boí. Aprovecharon la gran cantidad de cajas para poder esconder bien a sus compañeros, sumidos en un profundo sueño. Si alguien se asomara desde la puerta de la sala y caminara por el pasillo central, no apreciaría que había gente escondida. Después de encargarse de la gente de recepción, les tocó el turno a las compañeras del primer piso, las cuales ocultaron dentro de la sala de máquinas del mismo piso, donde estaban los aparatos del aire acondicionado. Tal vez allí pasaran algo de calor, pero estarían a salvo mientras se les pasaba el efecto del cloroformo. En unos

escasos minutos, Amets y Rodolfo José habían puesto a buen recaudo a todos sus compañeros. Solo les quedaba subir al Gabinete del coleccionista y encargarse de Cirilo.

En ese mismo momento, dos personas se acercaban a la puerta de servicio del museo, situada en la calle de más abajo. Se situaron delante de la misma y uno sacó una llave que utilizó para abrirla. Se cercioraron de que las cámaras de seguridad estaban apagadas, y accedieron al interior sin levantar la más mínima sospecha entre los transeúntes que abarrotaban la calle, en su mayoría turistas extranjeros que no repararon en semejante acción.

Primero pasó el más alto de los dos. Debía rayar el metro noventa de estatura, tenía una complexión fuerte que además se marcaba en su mentón fuertemente pronunciado. Sin embargo, carecía de gran parte del cuero cabelludo, por lo que se había afeitado el resto de la cabeza. Sus manos, que dejó ver al hacer uso de la llave, eran grandes, pero estaban cubiertas por un par de guantes de cuero negro. Detrás de él, entró el más bajo de los dos, que tampoco lo era por mucho, ya que aparentemente su estatura se aproximaría al metro ochenta y algo, pero no alcanzaba la de su compañero. Él sí tenía una buena mata de pelo en la cabeza, que además acompañaba con un frondoso bigote algo canoso ya. Se sumaban unas cejas pobladas en una tez morena, lo que le confería un aire de mala uva a su expresión. Él, como su acompañante, llevaba también guantes de cuero negro, bien ajustados a las manos. Cerraron la puerta tras de sí, en una estancia algo oscura, que se iluminó al detectar su presencia.

- Bueno, estamos dentro – dijo el bajo – y si no ha sonado ninguna alarma es porque esos dos tardones hicieron su trabajo desactivándola.

- Te vuelvo a repetir que buscar esa llave aquí no es fácil, Cinto – le contestó

- ¡No me jodas, Bosco! – le reprendió Cinto – Tenían las instrucciones claras, no es posible que tarden tanto tiempo.

- ¡Está bien! Vayamos a la cripta, que deben estar allí en teoría si han encontrado la llave.

- ¿Sabes llegar desde aquí? – preguntó Cinto – Yo no lo tengo claro del todo.

- Menos mal que he venido contigo, si no, hubieran tenido que venir más hermanos a rescatarte. Me sorprende el poco sentido de la orientación que tienes.

- Perdona su ilustrísima por no ser perfecto, pero no se puede tener todo en esta vida.

Los dos incómodos visitantes se encaminaron a la escalera de servicio, por la que subieron hasta la planta cero, ya que el acceso de la calle de abajo estaba en el sótano. Una vez alcanzaron la puerta de acceso a la planta cero, pasaron por ella y entraron a la sala en la que comenzaba el arte gótico, donde un variado conjunto de calvarios de esa época que les observaba. Salieron de ella y se encaminaron hacia la

izquierda para llegar hasta la escalera de madera que bajaba a la cripta. Las miradas perdidas de los numerosos Cristos crucificados, que estaban colgados de las paredes, parecían observarles. En especial, el Cristo Majestad, de origen italiano, que estaba justo al lado del inicio de las escaleras que andaban buscando. Bajaron haciendo el característico ruido de crujidos de los escalones, que se hacía resonar por la cripta, y al llegar abajo, se llevaron una sorpresa inesperada. No había ni un alma en la sala, tan solo la presencia de una ingente cantidad de esculturas y capiteles de piedra.

- ¿Qué demonios? – dijo Cinto sorprendido

- ¡Deberían estar aquí ese par de mentecatos! Seguro que no han sido capaces de encontrar la llave – reflexionó Bosco

- ¿Dónde estaba la llave en teoría?

- En el Gabinete del Coleccionista – respondió Bosco – habrá que subir a ayudarlos.

Mientras *Los Hombres de Gerión* habían realizado su llegada al museo, Amets y Rodolfo José subieron al Gabinete del Coleccionista. Cogieron a Cirilo, que seguía inconsciente y maniatado a un radiador, y lo escondieron dentro de un pequeño cuarto que había en la sala de la cerámica, que hacía las veces de almacén. De este modo, todos los presentes en el museo estaban fuera de la vista, dando un carácter fantasmagórico a la inmensidad de sus salas.

- Ya escondimos a todos, Amets. Ahora deberíamos escondernos nosotros, ¿no?

- Verás Rodolfo José, eso sería lo lógico – le contestó Amets mientras buscaba en sus propios bolsillos – pero mientras estamos aquí dentro, necesitamos algo con lo que poder negociar con esa panda de tarados.

- No me diga que está pensando en coger la llave...

- ¡Bingo! Si nos hacemos con la llave antes que ellos, tendremos la sartén por el mango, y tendrán que negociar como mínimo.

- ¿Y cómo vamos a encontrarla? – preguntó Rodolfo José, cuyo rostro se volvió a ensombrecer al conocer las pretensiones del joven empleado del museo.

Amets sacó el pergamino de su bolsillo y lo mostró a su compañero:

– Con esto lo encontraremos.

Junto al pergamino, sacó el otro papel que llevaba Cirilo en sus bolsillos, con la anotación “*Merás GC, S2, TAB 3, 38I, 3V*”.

- Según esto, y lo que hizo ese energúmeno, la llave se encuentra en la pequeña sala de forja, pero ya sabes la desorbitada cantidad de llaves que hay ahí. Por eso no fue

capaz de encontrarla rápidamente, además de que Olga y yo lo interrumpimos en su búsqueda.

- ¿Me presta el papel con la anotación, por favor? – le pidió Rodolfo José

Amets le cedió el papel y lo leyó en voz alta:

- Merás, GC, S2, Tab 3, 38 I, 3V... ¿Qué significa?

- Olga y yo pensamos que se refiere a la ubicación de la llave, en concreto al Gabinete del Coleccionista, Sala 2, Tabla 3, 38 izquierda, 3 vertical. Es decir, que la llave está en esa tabla que está en el suelo, solo hay que contar y...

Rodolfo José siguió el conteo de Amets hasta la llave en cuestión, y una vez lo acabó, intentó sacar la llave de la brida de plástico que la aguantaba. Pero en ese momento, el pánico les invadió a los dos. La llave se quebró y se rompió por varios sitios al sacarla, quedando hecha trizas.

- ¡Dios mío! ¡La rompió, pendejo! – gritó Rodolfo José estupefacto

- Pero si apenas hice fuerza para sacarla... - contestó Amets con cara de circunstancias mientras sostenía un trozo de la llave en la mano.

- ¿Qué haremos ahora? ¡Esos gorilas nos darán una buena!

- Lo siento...de verdad que lo siento...no era mi...

En ese momento, Rodolfo José le hizo un gesto para que callara, por lo que dejó a medias su disculpa. Entonces le señaló la tabla, en concreto la brida blanca que había sostenido la llave hasta ahora.

- ¿No se ha fijado? ¡Mire! – señaló Rodolfo José en el tablón

- ¿Qué pasa? ¿Qué hay?

- Fíjese bien, al romper la llave, rascó la parte de abajo y parece que hay algo debajo de la madera.

Efectivamente, con el esfuerzo por sacar la llave, Amets había rascado la tabla, y dejó entrever algún tipo de símbolo en otro soporte que había inserto en el grueso de la madera. Rodolfo José estiró de la fina chapa de madera que cubría el otro material, y con sumo cuidado, fue retirándola.

- Parece que hay algún tipo de lámina...veamos - Rodolfo José estiró de la lámina de color oscuro, parecía bronce - ¡Ajá! ¡Aquí la tenemos!

Extrajo por completo una pequeña lámina de bronce, de un palmo de tamaño. Tenía una inscripción que rezaba:

Féminas, A4, 36

- ¿Otro código? – preguntó Rodolfo José

- Eso parece – contestó Amets – creo que alguien se tomó la molestia de esconder bien la llave...Y creo que se quien fue...

- ¿Merás?

- Evidentemente, y se lo curró bastante, porque meter esta lámina en el interior de esta tabla de aglomerado requiere paciencia. La escondió a conciencia para que no la encontraran fácilmente, sabía que lo que se hacía, como dijo Rogelio. Ahora tenemos que seguir esta pista, ya que la llave estará en otra parte del museo.

Mientras Amets y Rodolfo José se afanaban en encontrar la llave, Cinto y Bosco salieron de la cripta. Fueron caminando por las salas, en orden inverso al que se realizaba la visita al museo, es decir, pasando del gótico al románico, hasta llegar a la antigüedad y protohistoria, que era el inicio de la exposición permanente. Les pareció raro no encontrar a nadie en la planta cero, ni siquiera a algún empleado dormido por los métodos de Cirilo y Rogelio.

- Esto está demasiado tranquilo, ¿no te parece? – comentó Cinto

- Bueno, de eso tenían que encargarse ese par de zoquetes, de que estuviera “tranquilo”.

Avanzaron por los pasillos dejando atrás numerosas tallas de Cristos colgadas de las paredes, casi a tamaño natural, y un sinfín de imágenes de la virgen con el niño Jesús. Al pasar por la sala de época antigua, pudieron ver a través de los cristales que daban al patio, como el portón de acceso al mismo estaba cerrado. No habiendo nadie en este. Caminaron un poco más y llegaron a la recepción. Fue aquí cuando se sorprendieron del todo.

- ¡No hay nadie! ¿Dónde está la gente? - preguntó Bosco asombrado

- Aquí ha pasado algo – dijo Cinto mientras arqueaba una de sus frondosas cejas y acariciaba su bigote – empiezo a entender por qué esos dos no han vuelto todavía. ¡Estate atento! Puede que nos encontremos alguna sorpresa más. Mira el pupitre de seguridad para asegurarnos de que las cámaras están desconectadas y tienen borradas las últimas horas de grabación.

- ¡Voy a ello! – contestó Bosco mientras se apoyaba en la zona de seguridad y miraba lo que le había encomendado su compañero – efectivamente; cámaras apagadas y grabaciones borradas. Parece que esto sí lo hicieron bien.

- De acuerdo. Muy atento a partir de ahora. Vayamos al Gabinete del Coleccionista.

Entre tanto, Amets y Rodolfo José habían estado cavilando acerca de la nueva pista encontrada.

- Damos por hecho que nos está remitiendo a la sala femenina, ¿no, Rodolfo José?

- Sí, eso quedó claro. Y piense un momento, la letra “A” puede referirse a un armario, y el número 4 se cual es.

- ¡Fantástico! Vamos rápido hasta allí.

Ambos entraron en la sala femenina, la cual destacaba por tener una iluminación peculiar, más suave, que le confería un aire nostálgico. Se dirigieron hasta uno de los armarios que contenía una gran cantidad de objetos en su interior, dejando atrás otros tantos de características similares.

- ¿Cómo vamos a abrirlo? No tenemos la llave – apuntó Rodolfo José

- Dime, ¿estás seguro de que es aquí? – preguntó Amets con una ligera sonrisa

- Sí, por supuesto, esto es el armario número 4... ¡Fíjese! – dijo Rodolfo José mientras señalaba un objeto del interior – Los objetos expuestos en ella siguen una numeración ascendente, es decir, si comienza a contar por arriba va hacia abajo, y de izquierda a derecha. Uno, dos... ¡treinta y seis! ¡Ese es el objeto treinta y seis!

- ¿Es eso? Si parece una horquilla para el pelo, no es ninguna llave.

- Creo que el señor Merás dejó más de una pista escondida, es ese...

Rodolfo José no acabó la frase ya que Amets cogió una figura que había cerca, de medio metro de altura aproximadamente, y golpeó el cristal hasta romperlo.

- ¿Qué diantres hace? ¿Se ha vuelto loco acaso?

- No tenemos tiempo para pedirle al conservador del Gabinete del Coleccionista la llave prestada – dijo Amets mientras apartaba cristales con sumo cuidado – confío en ti y en que no te equivocas con la pieza, y en que al conservador no le importará un cristal roto por accidente.

Aún estaba Rodolfo José reponiéndose del susto que le provocó la acción de su joven compañero, cuando esté alcanzó la horquilla, que era de plata, con los alambres ondulados, pero recios, y que estaba rematada por un pequeño botón que contenía unos símbolos.

- Veamos, parece que aquí tenemos la siguiente pista – dijo Amets mientras señalaba el remate de la plateada horquilla – pone...

- ¡Sé a lo que se refiere! ¡No se preocupe!

- ¿Lo sabes? ¡Vaya! Como se nota que llevas mucho más tiempo que yo aquí.

- Acompáñeme, le explicaré por el camino de a dónde nos conduce esta pista.

Las averiguaciones de los dos empleados del museo se sucedían a la vez que *Los Hombres de Gerión* subían hasta la primera planta del museo. Lo hicieron por la escalera interior, con sumo cuidado y extremando la atención, ya que hasta el momento no habían visto ni un alma. Entraron a la primera planta, y tras asomarse a las salas contiguas a las escaleras, las sospechas se confirmaron del todo.

- Aquí debería haber un empleado del museo y tampoco está – dijo Cinto – estate muy atento, pueden habernos preparado una trampa. Ya sabes que esos dos idiotas tienen la lengua muy larga, es especial Rogelio, y puede haber puesto en sobre aviso a quien se haya enfrentado a ellos.

- ¿Habrán sido los seguratas? – preguntó Bosco

- Esos no se enfrentarían ni a un palomo de los del patio, así que si alguien les ha plantado cara, debe haber sido algún visitante con el que no contábamos. No creo que ningún empleado del museo se arriesgue a ponerse en peligro por algo que ni le va ni le viene. Así que ándate con ojo, si alguien nos está esperando, debe ser más de una persona, porque reducir a Cirilo no es cosa que pueda hacer cualquiera.

- ¡Oído! – dijo Bosco mientras sacaba de su gabardina una cadena.

- Si es lo que pienso, nos estarán esperando en el siguiente piso, que es donde está la llave – concluyó Cinto – vayamos hacia arriba.

El tiempo que usaron Cinto y Bosco para prevenirse fue vital para que Amets y Rodolfo José salieran de la sala femenina, y se dirigiesen hacia el interior de la segunda planta, hasta el estudio-biblioteca. Una vez allí, Rodolfo José lo condujo hasta una escultura que había hecho el propio Merás, como todas las obras que llenaban el inmenso lugar. Se trataba de *Nu(Plenitud, Primavera)*, una escultura que representaba a una mujer desnuda, tumbada y con las manos en la cabeza mirando hacia atrás en escorzo. Debía ser de tamaño natural aproximadamente, tal vez algo más grande. Los dos comenzaron a observar la escultura de arriba abajo, buscando cualquier indicio que los pudiera orientar. Pero poco después de estar mirando, Rodolfo José dijo:

- Creo que ya lo encontré

- ¿De qué se trata?

- El pelo de la mujer tiene un par de pequeños orificios, fíjese.

- ¡Es cierto! – exclamó Amets – La horquilla seguramente se introducirá ahí.

Amets tomó la horquilla plateada y la introdujo en los orificios que había en el pelo de la mujer. Una vez llegó hasta el fondo de los orificios, se escuchó un chasquido en el interior de la escultura, y por arte de magia, se abrió una pequeña compuerta que había en la base de la escultura, que hasta ahora había pasado desapercibida pues representaba la firma de Merás como autor de la obra.

- ¡Se abrió! – dijo Rodolfo José – Aquí dentro hay algo, ¡mire!

- ¡Es una llave! – exclamó Amets – y dentro del pequeño compartimiento hay algo escrito, debe ser la siguiente pista.

- Pone...- Rodolfo José se agachó un poco y comenzó a leer – Valencia, 7.

- ¿Sabes que quiere decir o a que se puede referir?

- Tratándose de una llave de este tamaño, diría que abre una cajita, y con lo de “Valencia”, debe referirse a las cajas que hay en las vitrinas de la sala quince de la primera planta.

- ¡Vaya Rodolfo José! ¡Estás en todo! ¡Eres un hacha!

- Muy bien, pues dirijámonos hacia allá raudos.

Salieron a toda prisa del estudio-biblioteca, encaminándose por la sala masculina, y posteriormente a través de la de fotografía y la del fumador, para llegar a la de trabajos de forja, donde aún había cosas por el suelo, producto del enfrentamiento con Cirilo. Sin embargo, al llegar a las escaleras, Amets se detuvo en seco, parando también a Rodolfo José.

- ¿Por qué se paró de repente?

- Shhh... - le dijo Amets mientras hacía el gesto de ponerse el dedo sobre los labios – Creo que tenemos compañía.

Efectivamente, se escuchaban pasos ascendentes por las escaleras, ya que al ser de madera, era inevitable producir algo de ruido. Además, también se apreciaba el sonido de una cadena o algo similar. Amets miró a Rodolfo José con cara de preocupación, ya que intuía que quien subía por las escaleras debían ser *Los Hombres de Gerión*. Mientras se miraban, era obvio que debían hacer algo, pero esta vez pensó que necesario evitar la confrontación. El Gabinete del Coleccionista era un espacio laberíntico con unas salas de tamaño demasiado reducido para un enfrentamiento, y solo la torpeza de Cirilo había posibilitado una victoria. Entonces, Amets se giró hacia la sala del fumador, y le dijo a Rodolfo José que le siguiera tras hacerle el gesto de que guardara silencio llevándose el dedo índice de la mano derecha a los labios. Sin comprender cuál iba a ser el plan, Rodolfo José le siguió sin rechistar a través de la sala del Fumador, y giraron a la derecha en la sala de Fotografía. Una vez dejaron atrás la sala de los relojes, llegaron a la de la Cerámica, donde Amets se detuvo delante de la puerta que daba a unas escaleras de emergencia.

- Bajaremos por aquí, por la escalera de emergencia. Así podremos darles esquinazo – dijo Amets mientras abría la puerta al hacer girar el pomo.

Ambos se encaminaron escaleras abajo hacia el primer piso. Casi al mismo tiempo, Cinto y Bosco entraron al Gabinete del Coleccionista por la escalera principal.

El desorden producido por el enfrentamiento que había tenido lugar un rato antes, era visible.

- ¿Lo ves? Aquí alguien ha tenido más que palabras – dijo Cinto

- Pero no se ve ni un alma, ¿dónde estarán estos inútiles?

- ¡A saber! Pero tendremos que ocuparnos nosotros de acabar la faena, así que busquemos la llave y ya después nos encargaremos de saber que diantres ha ocurrido.

Los dos *Hombres de Gerion* entraron a la pequeña sala de trabajos de Forja, donde en el suelo se encontraban los restos de uno de los paneles de llaves. Al ver que había un hueco en él, Cinto exclamó:

- ¡Maldita sea! ¡Se la han llevado y doy por hecho que no ha sido ese par de torpes!

- Voy a mirar por el resto de salas para ver si encuentro algo que nos aclare todo esto – dijo Bosco mientras salía de la sala de Forja y entraba en la Femenina.

- Yo iré a revisar las otras salas de la planta, cualquier cosa avísame, y si te encuentras a alguien sospechoso, ya saques que tienes que hacer – le contestó Cinto mientras le señalaba la cadena.

De forma casi simultánea, Amets y Rodolfo José habían bajado hasta la planta primera, y se dirigieron directamente a la sala quince, donde se encontraban expuestas una serie de cajitas de época gótica, dentro de unas vitrinas de gran tamaño. Buscaron entre todas las cajas hasta que encontraron una cuyo origen era Valencia y tenía 7 estrellas decorativas en la parte superior.

- Es esta de aquí – le dijo Rodolfo José a Amets – pero no sé cómo la vamos a sacar de aquí. Y si rompemos el cristal, el estruendo puede alertar a “nuestros invitados”.

- Tienes razón. Romperlo nos delataría. Hay que pensar en otra cosa que sea más silenciosa... - Amets examinó la vitrina que tenía casi dos metros y medio de altura. Entonces, se fijó en que el primer metro y medio de vitrina era una base de madera que sustentaba el resto, que era de cristal - ¡Ya está! Entraremos por debajo. Fíjate bien, podemos abrir la madera de abajo, parece que hay como una compuerta.

- ¡Cierto! Es usted también muy observador.

- He tenido buen maestro – le contestó Amets mientras le guiñaba un ojo a su veterano compañero.

Tras bregar un poco con la compuerta de madera, consiguieron abrirla y meterse debajo de la vitrina. Allí, Amets observó otra pequeña compuerta que daba acceso al interior de la zona acristalada de la vitrina. La abrió y pudo coger la caja en cuestión que se suponía que era la designada por la pista anterior. Salió de debajo de la vitrina y la

depositó en un banco cercano. Rodolfo José introdujo la llave que habían conseguido en el estudio-biblioteca. La giró y se escuchó un “click”. A continuación, la cajita se abrió y dejó a la vista otra llave con una nota en papel. Amets tomó la nota mientras su compañero cogía la llave. Entonces comenzó a leer:

- “Fuego, 15, 30, 45” – Amets tomó aire - ¿Qué querrá decir?

- Piense durante un momento, no se dé por vencido – le animó Rodolfo José – si todas las pistas nos conducen por dentro de este edificio, esta no tiene porque se ser una excepción. Solo hemos de pensar donde puede haber algo relacionado con el fuego.

Amets se empezó a rascar la cabeza con la mano izquierda mientras le daba vueltas al acertijo que tenían entre manos.

- Fuego... fuego... ¿Puede que sea algo relacionado con el sistema contra incendios?

- No creo. Piense que estas pistas las dejó el señor Merás antes de su muerte, y desde entonces el museo ha sufrido alguna reforma. Por tanto, el sistema de extinción de incendios podría haber cambiado. Hasta ahora, si se fija, hemos seguido pistas por partes del museo que no han cambiado, que siguen igual que cuando el señor Merás vivía. Por tanto, debe ser una zona del museo que no haya cambiado, que siga igual que cuando él estaba, como el Gabinete del Coleccionista, su estudio, o su...

- ¡Casa! – exclamaron ambos al unísono

- La vivienda de Merás, que está en la última planta, continua tal cual la dejó él. Es una zona a la que no acceden visitantes. Allí debe de encontrarse la respuesta - puntualizó Amets.

- Subiremos a su antigua vivienda y podremos buscar con tranquilidad. Esos energúmenos no creo que suban allá.

- Tendremos que hacerlo por la escalera principal, no conozco otro acceso a la vivienda de Merás que no sea por la puerta principal que hay camuflada al lado de la Sala de las Diversiones – Amets hizo una pausa – subiremos sigilosamente por la escalera.

Ambos se dirigieron hacia la escalera interior, y al asomarse, no escucharon ningún ruido, por lo que comenzaron a subir. Al llegar al siguiente piso, que era el Gabinete del Coleccionista, se detuvieron por un instante. Del interior de esa planta, se escuchaban pasos y voces de un par de hombres, por lo que extremaron las precauciones y con el mayor sigilo posible, continuaron la ascensión, pues la antigua vivienda de Merás se encontraba en la tercera y última planta del edificio. Cuando llegaron a la entrada de la sala de las Diversiones, que albergaba juguetes y objetos de entretenimiento de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, se detuvieron.

- Creo que la puerta se encuentra por aquí – dijo Rodolfo José mientras miraba un panel decorativo que cubría totalmente la pared – pero tras la última reforma la escondieron con el panel para que quedara bonito.

Tras tocar el panel, en un punto concreto, se escuchó un “click” y este abrió un espacio similar a una puerta, dejando a la vista la auténtica puerta de acceso a la antigua vivienda de Merás.

- No creo que esta llave abra esa puerta, y de aquí solo tiene llaves los de seguridad - comentó Rodolfo José.

- Cierto, tendremos que abrir la puerta por otros medios.

- ¡Espere! Recuerde que justo debajo se encuentran nuestros invitados.

- Es verdad... Tirar la puerta abajo queda descarta...

Amets se interrumpió ya que escucharon las voces de los incómodos invitados aproximarse a la escalera. Cinto y Bosco salieron al rellano de la segunda planta mientras hablaban entre ellos.

- Ha sido una suerte que encontráramos la llave, pensé que alguien se nos había adelantado – dijo Bosco.

- Menos mal que yo me fijo por los dos, si no aún seguirías dando vueltas por esta ingente cantidad de objetos que guardó el loco de Merás. Y menos mal que quien fuese dejó la llave antes de marchar, así que vayamos a por lo que realmente nos interesa – las palabras de Cinto se volvían difusas ya que los dos incómodos invitados comenzaron a bajar las escaleras.

Amets y Rodolfo José se miraron al escuchar las palabras de los Hombres de Gerión. Ambos se extrañaron con lo que acababan de escuchar. Sin embargo, Amets reaccionó y le dijo a su compañero:

- Creo que han cogido la llave que dejé en el estudio-biblioteca, una que cogí por error de la Sala de Forja, y habrán pensado que era esa.

- ¡Estupendo! – exclamó Rodolfo José – Esperemos a que bajen del todo y ya podremos forzar la puerta.

Una vez dejaron de escucharse las voces de los incómodos invitados, Amets tanteó la puerta para ver como abrirla. Sin embargo, al pasar la mano por el pomo y tratar de girarlo, este giró y sorprendentemente la puerta se abrió, ante la estupefacción de los empleados del museo.

- Creo que el de seguridad se la dejó abierta, no aprende ese muchacho – dijo Rodolfo José - ¡Pasemos!

Entraron a una sala rectangular, posiblemente hacia las funciones de salón para la recepción de visitas. A ambos lados había vitrinas antiguas y trastos viejos, que seguramente se encontraban allí desde la última reforma del museo. Todo estaba cubierto de polvo, y tan solo la luz que entraba por las ventanas del lado derecho iluminaba la estancia. Estas ventanas daban a una gran terraza, donde había algunas plantas secas. Había una puerta por la que se podía acceder a esta terraza, pero parecía cerrada. Una vez entraron a aquel salón, cerraron la puerta que dejaron tras de sí y avanzaron por el interior de aquella estancia de aspecto fantasmagórico.

- Bueno, aquí hay unas cuantas cosas... ¿Por dónde empezamos a buscar? – dijo Amets mientras observaba la gran cantidad de trastos apilados que había allí, todos recubiertos de una buena capa de polvo.

- Si la pista que nos dejó es “Fuego”, igual en la cocina podría haber algo...

Tras pasar la mitad de la sala, vieron que había una puerta abierta que conectaba con otra estancia, la cual dejaba entrever una lámpara de araña muy decorada. Esto hizo que Amets entrara a esa sala por curiosidad de verla. Todo estaba lleno de polvo, como en la estancia anterior, como si el tiempo se hubiera detenido. Esta sala era de forma cuadrangular, y aparentaba haber sido un salón algo más pequeño que el anterior, pero allí al menos aún quedaban algunos muebles, en concreto un diván, una mesa bajo la lámpara y cuatro sillas rodeándola. En uno de los laterales de la sala, y casi haciendo esquina, había una chimenea que destacaba por el color negro de la piedra que la conformaba. En otro lado de la sala, había otra puerta que comunicaba con uno de los pasillos de la vivienda, y por último, en el lado opuesto a esa puerta, había un gran ventanal que también daba a la terraza.

Una vez dentro del pequeño salón, Amets se quedó mirando la chimenea que había a su derecha, y la observó durante varios segundos.

- ¡Fuego! – exclamó señalándola

- ¡No me asuste de esa manera! – dijo Rodolfo José aún con el susto en el cuerpo.

- Creo que lo de “Fuego” puede referirse a la chimenea. Vamos a examinarla y buscar donde podría ponerse la llave.

Los dos se pusieron a buscar alguna ranura u obertura donde poder introducir la llave. Comenzaron cada uno por un lado de la chimenea, pero Amets llegó más rápido al centro de la parte superior.

- ¡Bingo! ¡Fíjate! Aquí hay un agujero que parece una cerradura.

Efectivamente, Amets descubrió que en el punto de la chimenea, había un círculo que imitaba un reloj, con una obertura en el centro que se asemejaba a una cerradura. Rodolfo José introdujo la llave con sumo cuidado, pero no pasó nada.

- Que raro, no ha pasado nada – apreció Amets.

Rodolfo José se quedó un segundo pensativo, y entonces sacudió la cabeza mientras miraba la llave que acababa de introducir en la cerradura.

- Recuerde la nota, “Fuego 15, 30, 45”. Hay que girar la llave en ese sentido y parar en esos minutos.

- Tiene pinta de que sea así, probémoslo.

Entonces, el veterano empleado del museo giró la llave un cuarto de circunferencia, hasta llegar al cuarto de hora. Se escuchó un chasquido. Nuevamente giró la llave otro cuarto más hasta la mitad de la circunferencia, y se volvió a escuchar otro ruido.

- Parece que vamos por buen camino – dijo Amets con mucha expectación.

Al girar la llave hasta los tres cuartos, se escuchó otro chasquido, y ante la atenta mirada de ambos, en la parte inferior del arco de la chimenea, se abrió un compartimiento de un par de palmos de largo por uno de ancho. Dentro de este había un cilindro de metal, con tres engranajes en dos de sus lados, que apenas sobresalían de las dimensiones del mismo. En uno de sus extremos había una pequeña caja cuadrada que albergaba el final de del cilindro, y del que aparentemente salía algún tipo de engranaje por el interior. Por el otro, el cilindro acababa en plano, y en este lado, disponía de tres ruletas numeradas del cero al nueve, por lo que podían ofrecer miles de combinaciones. Sobre las ruletas, había una pequeña inscripción que rezaba *Deus Manibus*, formando un pequeño arco. Amets lo cogió y lo examinó cuidadosamente, pues para lo pequeño que era pesaba bastante.

- Bueno... ¿Y ahora, qué? – se preguntó Amets - ¿No hay más pistas? Solo tenemos este artilugio, que no es una llave. Y lo que venían buscando esos energúmenos era una llave para abrir la puerta.

- Pensemos. Ya no tenemos más pistas, y tenemos este artilugio que el señor Merás se encargó de esconder cuidadosamente en su propia casa... - Rodolfo José reflexionaba en voz alta - ¿Y si la llave es este artefacto?

- Los anteriores objetos que encontramos también podrían haber sido y...

- Pero en cada uno de ellos encontramos una pista, y la ausencia de pistas en este lugar me hace pensar que no era necesaria ya que “esto” - dijo Rodolfo José señalando el cilindro - es la llave que se ha de utilizar en la cripta.

- Creo que tienes razón Rodolfo José, así que vayamos a la cripta a comprobarlo. Pero tendremos que tener mucho cuidado, ya que esos individuos han bajado con la llave equivocada.

- Esperaremos a que salgan, ya que seguramente volverán al Gabinete del Coleccionista cuando se den cuenta de que la llave que tienen no es la correcta.

- ¡De acuerdo! Entonces bajemos por la escalera de servicio, ellos posiblemente suban por la escalera principal a buscar más llaves.

Una vez acabada la conversación, los dos empleados del museo se dirigieron hacia el exterior de la vivienda de Merás para salir por la misma puerta por la que entraron minutos antes. Bajaron hasta el siguiente piso tras cerciorarse de que no había nadie, y justo cuando se encaminaban a atravesar la Sala del Fumador para llegar hasta la escalera de servicio, escucharon voces que provenían de la escalera que acaban de dejar atrás.

- Ya me parecía raro a mí que dejaran la llave tan gratuitamente después del follón que ha habido – dijo Cinto con tono de enfado.

- ¿Y si ya se han marchado con la llave sea quien sea? – contestó Bosco

- El museo está cerrado a cal y canto. Quien quiera que sea el que ha cogido la llave está aún aquí dentro, así que lo encontraremos.

Amets y Rodolfo José aligeraron el paso al escuchar la conversación de los Hombres de Gerión, y llegaron rápidamente a la escalera de servicio.

- Hemos de darnos prisa – dijo Amets – tarde o temprano nos acabaran encontrando.

Bajaron por la escalera de servicio hasta la planta baja, y una vez allí, se dirigieron hacia la cripta. El tiempo era oro, ya que los incómodos invitados les pisaban los talones y era necesario actuar rápido.

Cuando llegaron a la cripta, la cuestión que les iba a traer de cabeza era como usar el cilindro que habían encontrado en la antigua vivienda de Merás.

- ¿Qué demonios tendremos que hacer con esto? – dijo Amets.

- Si damos por hecho que este objeto es “la llave”, tendremos que buscar donde insertarla - le contestó Rodolfo José – y si lo que activa ese mecanismo es una puerta...

Rodolfo José se cortó a sí mismo y se quedó mirando la impresionante portalada de estilo románico que había enfrente de ellos. Amets lo miró, y después miró a donde estaba mirando Rodolfo José.

- ¿En serio que esa portalada es la *Puerta del Reino de los Cielos*? – dijo Amets sorprendido mientras también observaba la portalada y el arco de medio punto – de verdad que esto suena a ciencia-ficción. ¡Son solo piedras!

- Baje a la portalada y examine cualquier obertura que pueda haber, yo miraré por aquí a ver si encuentro algo.

Amets bajó al segundo nivel que tenía la sala de la cripta, donde se encontraba la portalada románica de la iglesia de Anzano, procedente del pueblo aragonés de Esquedas, cercano a Huesca. Se alzaba majestuosa ante él, y siempre le había llamado la atención que en el museo se encontrara esta parte de una iglesia. Se acercó a ella y empezó a palpar y examinar los fustes de las columnas sobre las que descansaban los arcos de medio punto.

Cuando se situó justo debajo del tímpano donde la Virgen aparecía en posición hierática, pudo ver un hueco justo en el centro de la parte inferior del marco, que se situaba exactamente sobre su cabeza. Amets sacó el cilindro de su bolsillo, donde instantes antes lo había depositado pues Rodolfo José se lo había dado. Entonces comparó el tamaño del mismo con el del hueco que había visto.

- ¡Rodolfo José! Creo que he encontrado el...

Al levantar la vista hacia donde se encontraba su compañero, se interrumpió de golpe. Un tipo alto y calvo tenía agarrado a Rodolfo José, mientras otro individuo, de menos estatura y con un frondoso bigote bajaba por los escalones que conducían hasta donde se encontraba la portalada y él.

- Si no quieres que a tu compañero no le pase nada, yo me estaría quietecito - dijo Cinto mientras se iba acercando a Amets - ¿Con que vosotros dos habéis armado todo ese follón? Quién lo diría, que un viejo y un muchacho iban a ser capaces de deshacerse de Cirilo y Rogelio. Por cierto, ¿qué habéis hecho con ellos?

- Querían ver el museo de forma personalizada y los he hecho la visita VIP - contestó Amets sin temor.

- Te crees muy gracioso, ¿eh, chico? - Cinto estaba ya prácticamente al lado de él - anda, suelta eso y haznos un favor a todos... ¡Cállate!

- ¿Te refieres a esto? Parece que es muy importante si os habéis tomado tanta molestia para conseguirlo.

- Déjalo en el suelo, apártate lentamente y a tu amigo no le pasará nada.

- Está bien, pero suelta a mi compañero, por favor - dijo Amets mientras se agachaba para depositar el cilindro en el suelo.

- Por supuesto...chico. Y te lo aviso, no intentes nada.

- Sí, sí. Pero suelta a mi amigo.

- ¡Bosco! - le gritó Cinto desde abajo - Suelta al viejo y ven aquí.

El individuo alto y calvo asintió, y soltó a Rodolfo José, que retrocedió unos pasos para alejarse de él. Mientras, Amets estaba también retrocediendo un par de pasos después de haber dejado el cilindro en el suelo. Cinto se acercó hasta el artefacto, y se agachó para cogerlo. Entonces, ante la incredulidad de todos los presentes, Amets se lanzó a por el objeto al ver que Rodolfo José estaba libre y que Bosco había comenzado a bajar el pequeño tramo de escaleras que conducía hasta donde se encontraban ellos. Cinto, al cual cogió por sorpresa el rápido movimiento del joven empleado del museo, trató de asestarle un puñetazo que Amets consiguió esquivar. Este lo agarró por el brazo y lo lanzó contra una estela funeraria de época romana que había expuesta justo al lado. El golpe fue tremendo, porque la piedra con la que estaba hecha la estela era más dura de lo que aparentaba, y Cinto quedó medio aturdido junto a ella. Bosco, que acababa de presenciar la lucha justo delante de él, sacó un cuchillo de su abrigo. Amets, al ver que el enorme individuo había

sacado semejante arma, cogió el cilindro del suelo y dio varios pasos a su izquierda hasta situarse debajo de la portalada. Miró el hueco donde supuestamente había que introducir el objeto, y sin pensarlo dos veces, lo metió hasta que escuchó un sonido similar al de un engranaje que acababa de acoplarse. Toda la portalada se movió y dejó caer una espesa capa de polvo. Bosco se detuvo por un instante, y observó cómo comenzaba a notarse una vibración que procedía de la portalada. Desde la parte superior de la sala, Rodolfo José había observado todo lo ocurrido, y aún estaba atónito después de lo que Amets había hecho. Este, que había introducido el cilindro y había activado el mecanismo que ocultaba la portalada, dio un par de pasos al frente para girarse y ver que le estaba ocurriendo a la construcción de origen medieval, pero sin perder de vista a Bosco.

De repente, un fuerte estruendo escuchó proveniente del interior de la portalada. El sonido, que se asimilaba al de un mecanismo de engranajes, se hacía cada vez más intenso. A continuación, la parte inferior del marco de la portalada, donde Amets había introducido el cilindro, se comenzó a mover. Se dividió en dos partes, que comenzaron a separarse en direcciones opuestas, hasta dejar un hueco que representaba la totalidad de la parte superior del marchio que había justo debajo del relieve de la Virgen sedente. El sonido de engranajes se detuvo, y cuando se hizo el silencio, durante unos segundos, todos miraban expectantes la construcción románica que había sido llevada hasta aquel museo hacía más de cincuenta años, piedra a piedra desde las lejanas tierras oscenses.

Y de pronto, sucedió lo inesperado. Dos puertas de madera cayeron del hueco que se había abierto en el marco, y con un fuerte golpe, hicieron tope en el suelo. La portalada parecía ahora completa con las dos robustas puertas de madera, que habían cerrado el acceso al interior de la pequeña sala que había detrás de ella. Las puertas tenían buen aspecto, aparentaban ser sólidas y no muy viejas, y además tenían diversos remaches en hierro que las decoraban. Definitivamente, parecían unas puertas como las de cualquier otra iglesia. Por último, después de escucharse el sonido de un cerrojo abriéndose, la puerta de la derecha se entreabrió unos centímetros.

Todos los presentes se habían quedado absortos ante lo que acababa de ocurrir. Rodolfo José lo había observado desde la parte de arriba, medio escondido detrás de una escultura de piedra. Sus ojos no daban crédito a lo que había pasado. Pero la cosa no quedó ahí, ya que unos instantes después de que volviese la calma tras finalizar todos los ruidos de la portalada, vio como Amets se lanzó a por el alto y calvo secuaz de los *Hombres de Gerión*.

Bosco, que seguía absorto ante lo ocurrido, no vio venir al joven empleado del museo, que le golpeó en la muñeca de la mano con la que sostenía el cuchillo, y este cayó un par de metros más lejos. Fue entonces cuando el esbirro reaccionó e intentó agarrar a Amets, que no pudo defenderse lo rápido que él hubiera querido, pues el haber lanzado ese golpe para desarmar a su enemigo, hipotecó el resto de la contienda.

En ese momento, Bosco agarró del brazo derecho a Amets con su mano izquierda, y le propinó un puñetazo con la derecha que le dejó aturdido unos segundos.

- ¡Vaya, vaya chico! ¡Te gusta hacerte el héroe!

Amets, que había caído un metro más allá como resultado del impacto, empezó a notar como la sangre le emanaba de la ceja. El gancho le había abierto una pequeña brecha, pero en un punto donde la sangre es muy escandalosa. Se pasó la mano por la frente para quitársela, y al levantar la mirada, vio como la mole humana se acercaba a él con la intención de propinarle una buena paliza. Pero los escasos segundos que tardó Bosco en acercarse fueron claves para que Amets pudiera reaccionar y lanzar su contraataque. Agarró a su enorme oponente del brazo y con un giro de cintura, pudo lanzarlo contra el suelo. Sin embargo, Bosco se revolvió e intentó lanzarle una patada a la altura de los tobillos. Amets, intentó esquivarla pero solo pudo hacerlo a medias, por lo que la patada le impactó parcialmente, lo suficiente para desestabilizarlo lo suficiente y hacerle perder la ventaja. Entonces, no le quedó más remedio que abalanzarse sobre Bosco e intentar agarrarlo del cuello para asfixiarlo. Pero con la diferencia de altura se le antojó difícil, ya que al intentar hacerle una llave con los brazos, Bosco se levantó y Amets quedó colgado de la espalda del inmenso esbirro que trataba de zafarse. Fueron tambaleándose hasta que Bosco, en su afán por quitarse a Amets de encima, chocó contra uno de los fustes de las columnas de la portalada, quedando inconsciente y cayendo de espaldas. En ese instante, Amets soltó el cuello y al ver que caían hacia atrás, se impulsó en el cuerpo de Bosco para intentar caer lo mejor posible. Pero entonces notó en su espalda que estaba más cerca de las puertas que habían aparecido instantes antes, y con la inercia que había cogido, su cuerpo acabó por abrir la puerta que había quedado entreabierta.

Una vez tocó suelo, Amets pudo ver que había cruzado las puertas de madera y que se encontraba en un lugar diferente al que había dentro de la pequeña sala a la que la portalada habitualmente daba acceso. Quedó sentado en el suelo, un suelo que notó áspero porque se apoyó con las manos. A través de la puerta pudo ver como Bosco cayó inconsciente al suelo, quedando completamente inmóvil. Al fondo, vio como Rodolfo José observaba lo ocurrido desde la parte alta de la sala. Pero de repente, la puerta de madera comenzó a cerrarse. Amets trató de levantarse lo más rápido que pudo. Sin embargo, la puerta acabó cerrándose con un portazo, antes de que él llegara hasta ella. Cuando llegó, Amets estiró del tirador de hierro de forja que tenía la puerta, y al abrirla, sus ojos no dieron crédito al ver lo que había al otro lado: una inmensa llanura de campo en primer plano, y en segundo plano, en la lejanía, una cadena montañosa.

Más allá de la puerta, el museo había desaparecido.

CAPITULO VIII “ANZANO”

Miró detrás de él al salir por la puerta, y pudo ver la portalada que tantas veces había visto en el museo, pero con una gran diferencia: también estaba el resto de la iglesia.

Se alejó unos metros para poder observarla bien. La iglesia destacaba por su sencillez, cumpliendo con los cánones románicos de su diseño: arcos de medio punto, dinteles sobrios y poca altura. Tenía una sola nave de planta rectangular. Se encontraba en medio de una llanura, en mitad del campo, y justo al lado había otra iglesia algo más grande, que la que había visto nada más salir por las puertas. Al lado de ambas, una pequeña construcción que se parecía a un cobertizo remataba el conjunto. Al fondo de la llanura, tras la iglesia grande, podía observar una cadena montañosa, pero muy lejana.

El aire que respiraba era diferente, lo notaba más limpio, nada que ver con el de la gran ciudad donde él vivía. El sol se encontraba en el cielo, y se escondía tras alguna nube aislada, pues prácticamente estaba despejado. Por la posición del mismo y la luz que había, debía ser media mañana. Aun que de lo que estaba seguro era que aún no había pasado el mediodía.

Amets giró sobre sí mismo, y dando la espalda a la iglesia grande, pudo observar la inmensa llanura que también se extendía en la otra dirección justo por detrás de la iglesia más pequeña, a la que pertenecía la portalada del museo. En este caso, no podía ver montañas en el horizonte. No obstante, sí un pequeño conjunto de casas que había en dirección sudoeste desde su ubicación. Pero recuperó un poco el entendimiento al notar que la herida de la ceja aún le sangraba. Eso le hizo volver del estado de asombro en el que se encontraba.

-¡Maldita sea! Ese mastodonte me ha dado una buena – dijo Amets mientras trataba de limpiarse la herida con su propio polo negro – hay que ver lo que sangra para lo pequeña que debe ser la herida.

Tras conseguir parar algo la hemorragia, se acercó a la portalada y entró al interior de la iglesia pequeña. Apenas había algo de luz en el interior, y la decoración era bastante austera. Había varias bancadas de madera, algo deterioradas, y el altar era muy sencillo, justo detrás del cual había la talla en madera de un Cristo crucificado que cumplía con el canon románico: aparecía como vivo, con ausencia de sufrimiento y cuatro clavos, uno para cada mano y pies clavados por separado: el triunfo sobre la muerte. Cerca, un cirio pascual bastante consumido, pero con una débil llama completaba todo el conjunto que se encontraba en la cabecera de la pequeña iglesia, que más bien parecía una ermita. No había nadie en la iglesia, o al menos eso parecía.

Amets volvió hacia la puerta, y empezó a observar el marco de la portalada, en concreto el lugar donde había introducido el cilindro. Pero se llevó una desagradable sorpresa, ya que el cilindro había desaparecido y el hueco estaba vacío.

Trataba de comprender había pasado sin volverse loco. Recordó todo lo que les había contado Rogelio, y en ese momento le empezaron a encajar ciertas piezas que le conducían a obtener algunas respuestas por su cuenta. Obviamente, le parecía una locura lo que estaba pensando, ya que su primera conclusión le creó un poco de ansiedad. Y es que parecía evidente que había viajado a través del tiempo. Sí, sonaba muy loco todo aquello en su cabeza, y creía estar en un sueño, pero una ráfaga de viento le recordó que estaba despierto. Y no solo había viajado en el tiempo, sino también en el espacio, porque aquel entorno no se asemejaba nada a la ciudad que él conocía. Aquel lugar no era la Barcelona de cualquier etapa del pasado, y entonces, trató de calmarse un poco y pensar más fría y detenidamente para saber qué hacer.

- Veamos...tranquilízate Amets...esto es jodidamente real, no estás en un sueño, por mucho que lo parezca – se dijo a sí mismo con la intención de serenarse – he viajado atrás en el tiempo como dijo ese tipo que se podía hacer, y por supuesto, en el espacio porque esto no es la ciudad en el pasado. De acuerdo, si la portalada está integrada en la iglesia, esta debe ser su ubicación original. Por tanto, debo estar en Anzano, cerca del pueblo Esquedas... ¡Dios! ¡Estoy en Huesca!

Amets había sacado sus primeras conclusiones, y estas no tenían buena pinta. Como siempre le había llamado la atención aquella portalada, hacía tiempo que se había molestado en buscar donde había estado, por lo que se pudo ubicar con facilidad, y estaba en un lugar muy alejado de todo. Concretamente estaba a una escasa distancia del pueblo de Esquedas, un pequeño núcleo de casas, de origen medieval, que estaba a unos quince kilómetros de la ciudad de Huesca, en Aragón.

- Si no me equivoco, aquellas casas de allí deben ser el pueblo de Esquedas, y esto debe ser el “Castillo de Anzano”, que de castillo tiene lo que yo te diga... – se pasó la mano por la frente para reflexionar – y si no me equivoco... - miró hacia su izquierda, en dirección este – por allí debe estar Huesca.

Ya estaba más o menos ubicado, ahora debía pensar sobre qué hacer en aquella situación en la que se encontraba, cosa que era más que complicada dada la excepcionalidad del asunto.

-¿Qué hago? ¿A dónde voy? - un sudor frío empezó a recorrerle el cuerpo al pensar – Estoy atrapado en una época que a saber cuál es, pero debe haber alguna manera de volver al presente, de escapar de aquí. Porque si he venido, debo de poder volver. Pero el cilindro que activó la puerta se desvaneció cuando entré aquí, por lo que... ¿Puede que sea de un solo uso?... ¡No! Si no esos tipos no tendrían objetos de otras épocas en su poder, así que debe de haber alguna otra manera de hacer funcionar la puerta, ya sea con otro cilindro...o con el mismo pero que en esta época lo tenga alguien. No sé, debería buscar respuestas como sea, pero aquí no hay nadie, y el “castillo” parece estar cerrado a cal y canto, como la otra iglesia. Por tanto, no me queda más remedio que caminar hacia Esquedas. Allí seguramente haya alguien a quien preguntar.

Dicho y hecho. Amets se encaminó al pueblo siguiendo el camino de tierra que conducía desde las iglesias hasta a él. Mientras caminaba, iba pensando en lo increíble que le parecía todo aquello, y sentía una gran curiosidad por saber en qué época histórica se

encontraba. Daba por hecho que si la iglesia era del siglo XII, como mínimo debía encontrarse en la Edad Media, pero a partir de ahí, podría tratarse de cualquier época hasta bien entrado el siglo XX, que es cuando la portalada fue llevada al museo.

Era consciente de que su apariencia llamaría la atención fuese la época que fuese, pues sus ropajes pese a ser oscuros, tan solo podrían ser bien considerados en el siglo XX, y dependiendo de qué décadas. Su calzado, sin duda, sería lo más llamativo. Además, recordó que aún llevaba el walkie-talkie en uno de sus bolsillos al palparlo, y cuando metió la mano para sacarlo, se dio cuenta también de que llevaba lo que había cogido de los bolsillos de Cirilo y Rogelio. Por eso, dio media vuelta cuando apenas había caminado unos metros y volvió a las iglesias, en concreto a la pequeña, a la que pertenecía la portalada.

Presuponía que volvería allí tarde o temprano, por lo que era el lugar idóneo para dejar trastos inútiles por el momento, y poder ir más liviano. Entró en la iglesia de nuevo, y se acercó al altar. Allí había un baúl al lado del mismo, y lo abrió. Dentro encontró algunos objetos litúrgicos como cirios o ropajes de oficiar misa. Un poco más al fondo del baúl, encontró un pantalón marrón algo viejo y desgastado, hecho con un tejido bastante rudo, y una camisa blanca de manga larga que tenía un cordel en el cuello para cerrarlo. Seguramente sería de algún ayudante del cura o del mismo. Buscó para ver si había algo más, y debajo del baúl había un par de botas viejas, de color negro, que tras probárselas, Amets decidió que le valían pese a no ser de su número exactamente. Estuvo muy tentado de coger una túnica que había en el baúl para hacerse pasar por un religioso, pero recordó a tiempo que el día estaba bastante despejado y que aún era por la mañana, por lo que si la cogía, iba a pasar mucho calor, así que con el conjunto que se había agenciado se daba por satisfecho. Respecto a sus pertenencias, buscó un lugar donde ocultarlas. Vio que uno de los bloques de piedra cercano a la portalada estaba algo suelto, y al tantearlo, pudo sacarlo y ver que había un pequeño hueco, donde dejó sus ropas y el Walkie. Volvió a colocar el bloque de piedra y de esta manera dejó ocultas sus cosas. Sin embargo, el pantalón que había conseguido no tenía bolsillos, y necesitaba llevarse el pergamino y las monedas, que podían serle de utilidad fuese la época que fuese.

Salió de la iglesia y dio un pequeño rodeo alrededor de ambas construcciones románicas. La otra parecía cerrada, y tras probar a abrir alguna de las puertas, desistió al encontrárselas cerradas. Se acercó al cobertizo para ver si encontraba algo que le sirviese. En una ventana pudo ver un zurrón colgando de las rejas de la misma. No se lo pensó dos veces y lo cogió. Guardó lo que había considerado necesario llevar consigo en el zurrón, y después de suspirar enérgicamente, comenzó a caminar, esta vez sí, en dirección al pueblo de Esquedas, dejando atrás las iglesias de Anzano.

CAPITULO IX “ESQUEDAS”

Poco a poco, iba aumentando la temperatura. El día avanzaba y las escasas nubes que había en el cielo no daban una tregua a Amets, que andaba por el camino que le conducía a Esquedas. Se alegraba de no haber cogido la túnica, si no, ahora estaría asado de calor. Sin embargo, no era sofocante, por lo que la época del año en la que se encontraba debía ser una primavera tardía o un otoño aún en ciernes. Después cayó en la cuenta de que seguramente, fuese la época que fuese, no existiría aún el cambio climático, así que no tenía dudas de que se debía encontrar en esos periodos del año.

De vez en cuando miraba hacia atrás, y veía la cadena montañosa en el horizonte que le servía de referencia. Se iba acercando a las casas que formaban la pequeña aldea de Esquedas, y ya podía notar el olor a pan y escuchar los ruidos de animales de granja, característicos de otros tiempos. La aldea no debía superar la veintena de casas, y todas eran bajas. Tan solo había un par que destacaban sobre las demás.

Al llegar a la entrada de la calle principal, pudo ver a un par de personas caminando hacia la plaza que había en el interior del pueblo. Por las vestimentas, descartó rápidamente que estuviera en la edad contemporánea, por lo que debía estar en algún momento de época moderna o medieval. Los materiales con los que estaban construidas las casas eran de poca calidad, y denotaban cierta pobreza. De repente, alguien le habló desde detrás:

- Disculpe señor, ¿puedo aduyar-le en bella cosa?

Amets se giró y pudo ver a un hombre de baja estatura que vestía unos ropajes bastante dañados, y unas alpargatas muy sucias. Le faltaba algún diente, y lucía una barba con algunas canas, al igual que en su mata de pelo de la cabeza. Tenía las manos aparentemente ásperas, tal vez de realizar trabajos manuales que exigieran gran desgaste de ellas.

-Ehm... ¿perdone? – contestó Amets, que había sido cogido por sorpresa y no supo que contestar.

- Pareixe que vusté camina un poquet tresbatiu, ameneste aduya?

- Sí, sí... - vaciló Amets pues no acababa de comprender del todo la forma de hablar del pequeño hombre – Soy un viajero, un peregrino que va de iglesia en iglesia, dando gracias al Señor Nuestro Dios por concederme la gracia de haber curado a mi mujer de una dura enfermedad.

Amets tenía una buena maña para improvisar, y en pocos segundos había improvisado una historia con la que salir del paso, pero con la que poder obtener información del lugareño.

- Fabla vusté d'una forma curiosa... de dó ye vusté?

- De una tierra lejana de Esp...de Castilla – rectificó Amets sober la marcha pues posiblemente se encontraba en una época en que España aún no existiría como tal.

- Agora que lo diz, no ye o primer viajero d'allí que pasa por aquí, pero nunca eba escuitau ixa forma de falar.

- Es que parte de mis ancestros eran ingleses, y se me quedó el acento...

- Ixo ha d'estar! Un momento... quí son os ingleses?

- Unas gentes de las islas británicas... ¿o no se les conoce aquí de esa forma?

- Bueno, da igual, no se preocupe vusté por isto, aquí, en Esquedas, acullimos a toz por igual sían d'an sían.

- De eso quería hablarle. Precisamente, no he dormido bien esta pasada noche y estoy algo desubicado.

- Por ziertu, y disculpe vusté, pero no m'he presentau. Me digo Laureano, pa servir-le.

- Yo me llamo... - Amets vaciló un instante - ¡Amets, encantado de conocerlo!

- A verdat ye que vusté tiene un nombre pro raro, de dó viene u que significa?

- Es de origen vasco – dijo Amets mientras pensaba que como un hombre llamado Laureano le acababa de decir que su nombre era raro, pero claro, eran otros tiempos.

- Basco? Se refiere a ixa zona que i hai por o mar d'o norte?

- Sí, eso es. Por ahí más o menos – Amets hizo una pausa – pero dígame, Laureano, ¿en qué año estamos?

- Bai! Él que durmió vusté malamén! Si no m'entivoco, somos en l'año mil trescientos zinquenta dende a naixenzia d'o nuestro Señor Jesucristo.

La cara de Amets se tornó un poco pálida al escuchar el año en el que se encontraba: nada más y nada menos que en la Baja Edad Media. Había retrocedido en el tiempo casi setecientos años.

- Qué mala fito-fito ha meso vusté, acaso no le cuaca iste año?

- Tenga por seguro tenía una ligera idea, pero efectivamente, no es lo que esperaba.

- Leva vusté muito tiempo viacheando?

- Ehm... Sí, la verdad que bastante. Vengo de lejos.

La conversación no iba por los derroteros que le interesaban a Amets, pues estaba siendo él el interrogado, en vez de interrogador, así que decidió cambiar las tornas inmediatamente. Además, se le hacía complicado comprender al aldeano hablando en aragonés, a pesar de que entendía prácticamente todo lo que decía.

- Por cierto Laureano, ¿estoy cerca de Huesca, verdad?

- Si que ye vusté bien d'a sesea, que no recuerda ni an ye. Pro, nos trobamos en o chicot lugarón d'Esquedas, a metat camino entre a ziudat de Uesca y o castiello de Loarre.

- ¡Cierto! ¡Ya caigo en la cuenta! – exclamó Amets al escuchar el nombre del castillo de época románica - y más hacía allá, pasando el castillo debe de estar Jaca, ¿verdad?

- Mui bien! Veigo que ya ha tornau a los suyos cabals vusté.

- Por favor, deja de llamarme de vusté y llamame simplemente Amets.

- D'aluerdo, como quiera, Amets.

- Vera Laureano, estoy recorriendo las iglesias para dar gracias a nuestro Señor Jesucristo por hacer salvado a mi esposa de una dura enfermedad, pero vengo de las iglesias que hay en aquella dirección y allí no había nadie. ¿Sabe dónde podría encontrar al cura o alguien relacionado para que bendiga mi visita?

La excusa inventada por Amets para poder obtener información del lugareño tenía bastante sentido, y funcionó rápidamente.

- Pus veyerá, en aquellas ilesias ofizía as misas o pai Prodosía, que viene dende o castiello de Loarre una vez a la semana. Concretamén vinió fa cuatre días a ofiziar a zeremonia, y no tornará dica dentro d'atros tres días u cuatre, depende de si o tiempo lo permite, ya que no siempre ye asinas d'escampau.

- ¿Entonces no sabe exactamente cuándo volverá?

- A verdat ye que no, porque tamién viene cuan a él le pareixe. Cualques vezes ha estau sin venir más d'una semana.

- Eso es un problema, no puedo esperar tanto. Debo volver a mi lugar de origen cuanto antes mejor... para estar con mi esposa.

- Pus lo unico que se m'ocurre ye que bai vusté dica Loarre a buscar a lo pai Prodosía. En o castiello i hai unatra ilesia, puede que allí le den a bendición que busca.

Las palabras de Laureano resonaron en la cabeza de Amets. Tenía que encontrar a alguien relacionado con la iglesia, pues seguramente sería el hilo del que tirar para poder encontrar la forma de volver al presente y huir de aquella pesadilla.

- ¿Queda muy lejos el castillo de Loarre de aquí? – preguntó Amets.

- Pus ha d'aber unas quatre u zinco oras a piet, en meya chornada se plega tranquilamén. O camino ye practicamén plano dica plegar a las zercanías d'o castiello. Pero no pensase vusté marchar agora con a calor que fa y que ye por venir?

- Quería marchar cuanto antes porque...

- Ni hablar! Aspere a que pase o meyodía, y si marcha ta la tarde podrá plegar antes d'o lusco. Amás, no ha de marchar-se d'Esquedas sin prebar o estofado que fa a mía muller. Un pelegrino como vusté abría d'emplir o suyo papo pa lo camino.

En ese momento a Amets se le pasaron muchas cosas por la cabeza, desde la invitación de Laureano hasta todo lo que había oído acerca de los viajes en el tiempo. En películas y libros sobre el tema, siempre se hacía referencia a que si un viajero en el tiempo interfería en cualquier acontecimiento pasado, el presente se vería afectado, y con nefastas consecuencias habitualmente. Tal vez, si aceptaba la invitación del habitante de la pequeña aldea, podría generar una cadena de acontecimientos futuros en el desarrollo de la línea temporal que lo cambiara todo, pues podría estar ante el ancestro de cualquier persona, que por el mero hecho de influir en ese momento temporal, se borrara la existencia de esta última. Sin embargo, su simple presencia en aquel momento del pasado posiblemente ya habría influido en algo, por lo que tras unos segundos de silencio y duda, accedió a la propuesta de Laureano. Había comprendido que alterar el presente desde el pasado en el que se encontraba era inevitable desde el mismo momento en el que él apareció allí.

- De acuerdo Laureano, me ha convencido. Además, creo que mi estómago lo agradecerá, y yo a usted y a su mujer.

- Me fer goyo escuitar ixo! m'Acompañe, a mía muller será mui contenta de poder acullir-le en a nuestra casa.

Amets siguió al aldeano por las calles de la diminuta población, hasta llegar a una pequeña casa que tan solo tenía una planta, con una puerta que no pasaría del metro noventa de altura, y una ventana entreabierta a la derecha de esta. Era una casa humilde, en aspecto desde el exterior, ya que la fachada debía medir unos diez metros de ancho como máximo. El tejado, con vertiente a dos aguas, parecía no encontrarse en buen estado. La casa estaba flanqueada por otras dos de similares características, al igual que el resto de la aldea. Ambos entraron a la casa, y Laureano gritó:

- ¡Flora! Ya soi de vuelta! Flora? Traigo un convidau!

De una de las estancias que daban al salón principal de la casa, apareció la figura de una mujer de mediana edad, que no mediría más de un metro sesenta, y que lucía una larga melena castaña. Iba vestida con unos ropajes un tanto desgastados, sobre los cuales llevaba un mandil de color marrón que prácticamente le tapaba la falda. Al salir tan deprisa a la búsqueda de los dos recién llegados, casi tropezó con esta.

- Buen día nos dé Dios, quí ye iste mesache? – preguntó Flora

- Se diz Amets, ye un pelegrino que ye recorrendo cuantas ilesias d'a zona pa dar grazias a Dios por aber curau a la suya muller d'una dura enfermedat. Yera buscando a lo capellán, pero como agora ye en Loarre, quereba marchar dica allí ta que le d'a suya bendición. Anque yo le consellé que en primeras coxa fuerzas con o tuyo delicioso estofado.

- Oh! Sía bienveniu vusté a la nuestra umil morada! Seré encantada que coma con nusatros y coxa fuerzas pa seguir con o suyo viache. Se troba bien a suya muller?

- Ehm... Sí, sí. Ya pasó la enfermedad y ahora se encuentra bien, y quería dar gracias a Dios por ello con mi peregrinación – contestó Amets

- Que raro fabla vusté, se nota que no ye de por aquí. De verdat que me fer goyo escuitar ixo, pus zagueramén pareixe que ye enfermado muita chen, y no dudo que sía un castigo de Dios por os pecaus que comete a humanidat. Fa un par d'años vivimos o pior momento. De dó viene vusté tamién afectó alavez?

Durante unos instantes, Amets se quedó pensativo sin saber que contestar, pero pudo reaccionar enseguida y entablar conversación:

- Sí, yo vengo de una ciudad costera y la verdad que lo pasamos muy mal también - vaciló Amets aún sin atar cabos - ¿Qué síntomas tenía la gente con esa enfermedad aquí?

- Pus veyerá: debilitat, calentura brusca, arizons, gomecatizos, ansias, dolor de cabeza y malestar cheneral... Emos perdiu a familiars y amigos por a ira de Dios, que ha dezidiu castigar-nos.

- Son similares a los síntomas de mi zona - improvisó Amets.

- Pero dixemos ixas cosetas por o momento y prenga asiento, que amenesterá descansar pa dimpués poder continar con o suyo viache – dijo Laureano.

Amets asintió y se sentó en una de las cuatro sillas de madera que rodeaban la pequeña mesa, también de madera, que había en el centro de la estancia, que al parecer era utilizada para múltiples funciones.

- Flora, sirvelé un poquet d'agua a lo nuestro convidau.

Flora obedeció a su marido y marchó a la cocina, de la que volvió con una jarra y un vaso hechos de un material similar a la cerámica que él había visto en los museos. Sirvió agua en el vaso a un Amets que quedó estupefacto al ver que el líquido que tenía en el interior del mismo. Par nada tenía que ver con el agua cristalina que conocía él y que salía del grifo. Cayó en la cuenta de que la época en la que se encontraba, y de que aquello era lo normal: agua recolectada de algún riachuelo o pozo cercano.

Evidentemente la claridad del agua no tenía nada que ver, aunque si bien es cierto, pese a no ser nítida del todo, era bastante limpia.

- Por favor, si vusté aspera aquí, Flora seguirá cozinando y yo iré a por un poquet de leña pa lo fuego – le dijo Laureano

- Si quiere yo le puedo ayudar - contestó Amets.

- se Quede aquí y descanse, insisto. A mía muller y yo nos encargamos de tot, vusté pareixe un buen ombre y ye o nuestro convidau. Por favor, no se preocupe.

Ante la insistencia de Laureano, Amets comprendió que era mejor seguirle la corriente y descansar. Y es que la verdad era que no había parada prácticamente ni un segundo desde que hacía unas horas se había visto envuelto en toda una serie de acontecimientos totalmente inesperados. Además, la amabilidad de sus anfitriones le había convencido por completo, así que era momento de descansar y reflexionar.

Había pasado un buen rato desde que estaba en aquella humilde casa de campesinos, el suficiente para que Flora hubiese acabado de cocinar el estofado. Ahora estaban los tres sentados a la mesa degustando el sabroso plato. La estancia estaba iluminada por la luz que entraba por las ventanas, por lo que no era necesaria la luz de los candiles, que estaban apagados. Aquí la noción del tiempo era diferente, ya que no había relojes, y no se hablaba en horas, si no en partes del día. Afortunadamente, Amets tenía su reloj analógico con él, y gracias a este, podía tener una idea aproximada del tiempo que transcurría, pues estaba tan acostumbrado a vivir mirando el reloj, que ahora, sin acotaciones temporales, se sentía perdido. Sin embargo, gracias a su reloj, estaba algo ubicado.

Una vez habían acabado prácticamente el estofado, cuyo sabor encantó a Amets, comenzó la conversación destinada a sacar la mayor cantidad de información posible.

- La verdad es que la pasada noche no descansé bien, y hoy me desperté bastante desorientado. Vamos, que no sabía ni en qué año me encontraba - comentó Amets de pasada con la intención de que lo volvieran a situar cronológicamente.

- Si que descansó malamén, Amets. Camina que no recordar ni en que año somos... – le respondió Flora - somos en o dia DIA de MES de l'año mil trescientos zinquanta d'a venida d'o nuestro señor y salvador Jesucristo.

- ¡Vaya! Verdaderamente descansé mal – bromeó Amets para disimular – incluso después de caminar los últimos kilómetros no sabía muy bien...

- Os zagueros qué?

- Ehm... ¿Cómo miden las distancias por esta zona? – rectificó Amets al caer en la cuenta de que en aquella época aún no se usaba el sistema métrico decimal.

- Pus aquí como tota a vida, en leguas – contestó Laureano - de verdat, os forasters tienen unas cosetas tan raras que no puedo entender.

- Es cierto, la gente de fuera somos un poco raros, en especial los que vienen de tan lejos como yo. Pero por favor, no me lo tengan en cuenta.

- No se preocupe vusté. Aquí, en Esquedas, somos mui acullidors con os forasters. No como en a ziudat. Uesca ye unatro mundo. Allí se trata a la chen con unatro talán, que no quiero dezir que sía malo, si no, no tan bueno como aquí.

- Ciertó es que no tengo queja alguna de cómo me están tratando, y este estofado estaba delicioso. ¡Le felicito, Flora! – dijo Amets con una amplia sonrisa.

- Pa nusatros ye una onor poder aduyar a belún en tan noble fayena.

- De verdad, no sé cómo agradecerles su atención...

- Sisquiera Dios nos aduye a pasar istos malos tiempos que nos ha tocau vivir. Ixa terrible enfermedat que venimos sofrindo os zagueros años ye estando terrible – dijo Laureano verdaderamente afectado.

En ese momento, Amets se quedó pensativo. Necesitaba algo más de información, pero había empezado a sentir una gran empatía por el matrimonio de lugareños.

- Disculpen la pregunta, ¿tienen hijos?

- No i hai pon que disculpar, mesache! – contestó Laureano - Sí, tenemos un fillo, pro choven. Pero ye que Dios o nuestro señor nos privó de poder tener deszendenzia dica bien tarde.

- ¿Y no está él aquí? – preguntó Amets

- Agora ye treballando pa un señor de Uesca. Treballa cuatro días en a venda que i hai a meyo día d'aquí, en as proximidad d'a ziudat. Ye choven, sano y fuerte, pero me preocupa que Dios nos castigue por os nuestros pecaus y enferme d'ixe horrible mal. Chustamén, uei ha de tornar aquí pa aduyar-me con o campo os días que no ye allí.

- Me alegro de que este bien y pueda tener trabajo, hoy en día eso es complicado.

Amets, sin darse cuenta, había hecho un símil de la situación de los jóvenes en la Edad Media respecto al siglo XXI. Cuanto menos, curioso.

- Zierto! Tiene vusté razón. Uei en día ye mui complicau poder ganar-se o pan. Os tiempos que corren son mui difizils – comentó Flora - de feito, i hai abiu mesaches con a mesma edat d'o nuestro fillo que han muerto por culpa d'ixa horrible enfermedat.

- En fin... Asperemos que él iste sano y se faiga un ombre – dijo Laureano.

- Creo que debería reanudar mi marcha, no quiero que se me haga de noche antes de llegar al castillo. ¿Podrían indicarme hacía donde tengo que ir?

- Pro! Agora le guiaremos dica o camino y le daremos as zeño nezesarias - - y, ¡Flora!, da-le augua y un poquet de comida a lo mesache pa lo camino.

- ¡Vaya! ¡Muchas gracias! – sonrió Amets afablemente.

Flora puso en el zurrón de Amets un poco de pan y algo de embutido, ambas cosas de elaboración propia. Tenían buena pinta, y a Amets se le hizo la boca agua al verlo. No todos los días se podía saborear productos del siglo XIV, que además, probablemente fuese lo más natural que se habría echado a la boca en toda su vida, junto con el estofado de Flora.

El matrimonio acompañó a Amets hasta la entrada sur de la aldea, por donde pasaba el camino que lo comunicaba con Huesca y Loarre.

- Ha de seguir iste camino en adreza ueste, y seguntes se bai amanando, veyerá o castiello de Loarre en a lontananza – dijo Laureano mientras señalaba en la dirección descrita - no tiene perda.

Mientras estaban allí, un carro venía por el este. Se podía divisar 3 personas en él a medida que se iba acercando.

- Mira Laureano! Ye Ilario! – exclamó Flora señalando el carro.

- Ye zierito! Plega más luego de lo asperau! – se sorprendió Laureano.

El carro, tirado por un caballo con un aspecto un tanto desmejorado, llegó hasta donde estaba el matrimonio y Amets. En el iban un muchacho joven y dos adultos.

- Fin d'o viache Ilario – le dijo el hombre que asía las riendas al muchacho

- Grazias! – exclamó el muchacho, que después se giró al grupo de tres que le vió llegar - Pais! Qué fan aquí?

- Ilario fillo mio! – dijo Flora mientras lo abrazaba.

- Que goyo veyer-te tan luego aquí, fillo! – dijo Laureano mientras también se sumaba al abrazo familiar.

Después del abrazo, los tres se separaron. Mientras, el carro daba media vuelta y se marchaba por donde había venido.

Laureano y Flora presentaron a su hijo:

- Amets, este ye o nuestro fillo, Ilario.

- Encantado de conocerte Ilario – contestó Amets.

- Ilario, este ye Amets, un pelegrino a lo que emos aculliu uei, aunque ya se marchaba, pus tiene una promesa que complir por a suya muller, a cuala superó una grieu enfermedat.

- Ye una onor conoxer-le – dijo Ilario inclinándose ligeramente ante Amets.

Laureano echó la mano al hombro de su hijo de forma cariñosa, mientras le acariciaba también el cuello.

- No t'asperabanos tan luego, tot bien por allí?

- Sí pai. Nos dixoron marchar dinantes pus plegoron notizias que s'avezina tronada – respondió Ilario a su padre.

- Tronada? No se veye una boira practicamén por garra puesto.

- Crea-me pai, ha d'estar verdat cuan nos dixoron marchar dinantes. Amás, un d'os compañers empezó a trobar-se malamén iste maitín. Dizen que puede que se trate d'ixa terrible enfermedat.

- Pero tu este bien, fillo? – preguntó Flora muy preocupada.

- Sí mai, yo soi bien, no se preocupe.

Amets, que observaba la conversación atentamente, daba por hecho que la terrible enfermedad de la que hablaba Ilario era la Peste Negra, que había azotado Europa en torno al 1348, y, evidentemente, se encontraba tan solo dos años después, por lo que mucha gente de esa época desconocería la verdad sobre ese virus y sus consecuencias. No recordaba con detalle todo lo acontecido en esa pandemia, pero tenía una idea aproximada de lo que pasó porque había leído algún libro sobre el asunto.

- ¿Has estado en contacto con ese compañero? – preguntó de golpe Amets.

La familia se giró hacia Amets, que se encontraba a unos metros de distancia.

- A verdat ye que no, yo voi mui a la mía y cuasi no me de conchunta con aquella chen, no me cayen bien – constestó Ilario - por qué lo pregunta?

- Por curiosidad – dijo Amets tratando de disimular.

- Ah, bai. Pero no,ixa chen gosa ir-se a las tabiernas d'a ziudat a beber cuan tiene o sufizién tiempo libre, y a lo mío ixo no me cuaca.

- Eres un muchacho responsable, me gusta tu forma de ser – contestó Amets – en fin...tengo que marchar. No sé cómo le podré agradecer su atención y lo que han hecho por mí.

- No se preocupe Amets, nusatros somos asinas, y como ha puesto comprobar, a educazón que le damos a lo nuestro fillo va orientada a que sía una persona con unas

buenas valors, a pesar que siempre seremos chen umil. Manimenos, mientres tiengamos salut y nos tiengamos a nusatros, no nos fa falta pon más.

Las palabras de Laureano resonaron en la mente de Amets, que se quedó pensativo durante unos instantes, para hablar seguidamente:

- Escucha muchacho, ¿dijiste que uno de tus compañeros empezó a notar unos síntomas raros?

- Sí, iste mesmo maitín. Y amás creigo que no yera l'unico.

- ¿Cuánto hace que fueron a beber a la ciudad?

- A zaguera vez, fa un par de días.

Amets, pensativo, se pasó la mano por la frente y dijo:

- ¿Cuándo tienes que volver allí?

- Malas que pase a tronada que s'avezina.

- No lo hagas. Quédate aquí con tus padres, y échales una mano, te necesitan.

- Pero no puedo faltar, si no unatro ocupará o mío puesto!

- Mi forma de agradeceros lo bien que me habéis tratado es esta – Amets cogió aire y siguió – dentro de lo posible no os acerquéis a la demás gente, mantened una pequeña distancia, donde no podáis oler el sudor de las otras personas. No vayáis a misa ni entréis en espacios cerrados durante mucho tiempo con otras personas. Da igual lo que diga la gente, no lo tengáis en cuenta. Y tú, Ilario, no vuelvas al trabajo hasta mínimo dentro de diez y catorce días. Si pierdes el trabajo, no importa, ya saldrá otra cosa. Y sobre todo, mantened distancias con la otra gente, podéis hablar con distancias.

- Acaso ye vusté matasanos, Amets? – dijo extrañado Laureano - cómo imos a dixer d'ir a misa? Y cómo va a dixer o mesache d'ir a lo campo?

- ¡Escúchenme! ¡Confíen en mí! Soy el ángel de la guarda que les ha enviado Dios para protegerlos por su buen hacer, y el haberme tratado tan bien, merece que sigan vivos muchos años. Entiendo mucho de estas cosas, así que, por favor se lo pido a los tres, confíen en mí, no ganaría nada engañándoles.

- Lo veigo mui seguro d'o que diz, Amets – dijo Laureano seriamente

- Se lo pido por favor, háganme caso y sigan mis indicaciones, y no les pasará nada. Si ven enfermar a alguien en la aldea, quédense en casa todo lo posible y salgan lo imprescindible. No se acerquen nunca a alguien que haya estado en contacto con un enfermo. Tengan fe en mí, por favor.

La familia de tres componentes miraba a Amets con incredulidad, pero el tono serio que empleó este para decirles todo aquello, daba tensión a la situación ya de por sí extraña. Laureano lo observaba con una ceja más alta que la otra.

- Pero, de qué imos a vivir? No podemos dixer de treballar!

- Piensen en lo que les he dicho, y verán que yo no tengo nada que ganar con ello. Y una cosa más, manténganse unidos como hasta ahora. Solo quiero lo mejor para quien me ha tratado tan bien.

Después de unos instantes de duda, Laureano habló después de bajar la ceja:

- Bella cosa me diz que tiene razón Amets, tiengo a sensazón de que diz a verdat. Le creo. Y por ixo, yo y a mía familia seguiremos os suyos consellos y indicazions. Pienso que vusté ye una persona seria tot y con a suya choventut, y que, efectivamén, ni le va ni le viene o que nos pueda pasar. Puede marchar tranquilo, que feremos esautamén o que nos ha dito.

Laureano se lo volvió a mirar. Ese joven desconocido con un llamativo mechón rubio en la cabeza les estaba diciendo que su hijo abandonara el trabajo y que no se relacionaran con la gente. Sin embargo, recordó el caso de algunos vecinos del pueblo que murieron hace unos meses al parecer por esa terrible enfermedad, y cayó en la cuenta de que tal vez ese muchacho de camisa blanca y pantalón marrón pudiera tener algo de razón. Al fin y al cabo, un forastero sabría más acerca de aquello que ellos que no habían salido casi de la aldea en toda su vida.

Al acabar de reflexionar, Laureano abandonó su cara seria para esbozar una sonrisa. Amets también sonrió y se despidió de la familia de Esquedas por última vez. Se dio la vuelta y comenzó a caminar en la dirección que le habían dicho. Los tres integrantes de la familia se juntaron en torno a la figura del padre mientras veían marchar a su invitado.

- Quí crees que ye ixo choven, pai? – preguntó Ilario

- Creigo que ye un inviau de Dios pa protecher-nos...y le feremos caso – contestó su padre.

- Sisquiera conseguia o suyo proposito, ye un buen ombre.

Y la figura de Amets se perdió en el horizonte a través del camino, que conducía al castillo de Loarre.

CAPITULO X “LOARRE”

El sol de la tarde caía a plomo, pero por el este comenzaban a verse algunos nubarrones oscuros, muy lejanos aún. Llevaba andando alrededor de unas tres horas, pues el reloj analógico de pulsera que llevaba le permitía medir el tiempo lo necesario. Paró un momento a beber agua de la que le había dado Flora. Era necesario refrescarse el gaznate. Después, prosiguió su marcha y tras pasar un pequeño montículo, la planicie se volvió a abrir, con las montañas al fondo.

Y entonces lo vio. Allí estaba, sobrio y en lo alto de una montaña, el castillo de Loarre. Los vetustos muros que lo protegían no tenían nada que ver con las fotos que había visto, pues estos estaban prácticamente impolutos, como acabados de construir. Y qué decir de la fortaleza, cuya visión ya de por sí impactaba. Podía ver como salía un ligero humo de dentro de algunas de las dependencias del castillo, por lo que debía tratarse de alguien cocinando o haciendo fuego dentro del mismo. Las nubes, que parecían seguir al joven, se iban acercando más, por lo que reanudó su marcha para poder llegar al castillo antes de que comenzara la tormenta.

Él empezaba a notar el cansancio en su cuerpo, pues a decir verdad, apenas había podido descansar desde que despertó en su cama esa misma mañana. Los acontecimientos se habían desarrollado a una velocidad vertiginosa, y salvo el rato que descansó mientras comía en Esquedas, no había parado. Pero era necesario llegar a la fortaleza antes de que llegaran las nubes, por lo que aumentó el ritmo pese a que el último tramo fue el más duro hasta llegar a las puertas de la muralla que protegía el castillo. Estas se encontraban abiertas, y mientras tomaba aire después de la intensa subida hasta allí, pudo contemplar que dentro del castillo había movimiento de gente pues pudo apreciar mejor que el humo que anteriormente había visto, salía de una chimenea oculta a primera vista.

Caminó hasta el acceso principal a la fortaleza, que se encontraba en el lado sur de la misma. Una de las puertas que daban acceso al interior del castillo estaba abierta, y entró unos instantes antes de que comenzara a llover ligeramente. Ante él, una escalinata pronunciada se alzaba imponente, con una bóveda de cañón y tres calzadas de diferente configuración: dos laterales más estrechas y una central que ocupaba casi todo el ancho de la escalinata. Entonces, de una puerta que había a mitad de escalinata, apareció un hombre vestido con cota de malla y algunas partes de una armadura.

- Quí vive? – preguntó el hombre, cuya silueta se volvía aterradora ya que al estar en altura y con la luz que proyectaban las lámparas de aceite en el oscuro corredor de la escalinata, le daba un aire más que tétrico.

- ¡Hola! Estoy buscando al padre Prodosía - dijo Amets con voz temerosa.

- Será millor que pase, pareixe que ye empezando a plever muito – dijo el hombre - abrá de preguntar a los chirmans de Santo Agustín. Talmén els puedan aduyar-le.

- ¿A los hermanos de San Agustín?

- Sí, yo le acompaño dica as dependenzias. Allí podrá preguntar. Tancadura a puerta, si no s'emplirá d'agua a dentrada.

Amets siguió al soldado por varios de los corredores del castillo, que eran bastante oscuros. Una serie de antorchas en las paredes iluminaban la entrada a los mismos, pero más adelante, la iluminación era fruto de unas lámparas de aceite. Los pasos del soldado resonaban según avanzaba por los pasillos, al igual que el ruido que hacían los trozos de metal de su armadura, que estaba incompleta. Golpeó el llamador de hierro que había en el centro de la puerta. El sonido ensordecedor dejó algo aturdido a Amets, que no lo esperaba tan fuerte. Ambos esperaron un tiempo en silencio frente a la puerta, hasta que se escuchó el mecanismo del cerrojo que estaba siendo manipulado desde dentro. Uno instantes después, se abrió la hoja derecha de la puerta, de la cual emergió la figura de un monje. Vestía con su habitual atuendo, de color negro, calzando unas sandalias que dejaban a la vista sus deformes dedos de los pies. Debía medir como mucho un metro sesenta. Con la oscuridad, no se apreciaba con claridad el rostro del monje, tan solo la silueta de la capucha de su hábito.

-¿Qué ocurre? – dijo el monje con voz de anciano pero en castellano.

- Iste mozo pregunta por un d'os suyos chirmans – dijo el soldado.

- ¿A quién busca, joven?

- Al padre Prodosía, el que oficia las misas en Anzano – contestó Amets.

- ¡Ah, sí! – contestó el monje - ¡Pasa, pasa!

Amets obedeció al agustino y entró por la puerta, dejando atrás al soldado, que volvió a su lugar en la entrada del castillo. El monje cerró la puerta y le indicó al joven que le acompañara. Ambos caminaron unos metros hasta llegar a otra puerta, que daba acceso a una sala de planta triangular. Esta se estrechaba desde la entrada hasta el acceso a lo que parecía otra dependencia de mayores dimensiones. Una vez accedieron a la siguiente, de planta rectangular y mucho más grande, Amets pudo ver que se trataba del comedor de un monasterio, donde había una mesa con una treintena de sillas de madera alrededor. La luz en penumbra de la sala, donde apenas había media docena de lámparas, acentuaba la frialdad de la misma.

- Dime muchacho, ¿por qué buscas al padre Prodosía? – preguntó el monje.

- Verá, estoy haciendo peregrinación por estos lares para agradecerle a nuestro Señor Jesucristo que haya salvado de una terrible enfermedad a mi esposa – explicó Amets – y estuve en la iglesia de Anzano, en Esquedas, pero no se encontraba allí el padre Beltrán para que me diera la bendición y poder continuar con mi camino. Allí, en el pueblo, me dijeron que podría encontrarlo aquí.

El monje se sentó en una de las sillas del comedor, y al apoyarse en el respaldo, la luz de las lámparas de aceite le iluminó la cara. Además, se quitó la capucha del hábito, dejando al descubierto su cabeza totalmente. Tal y como Amets había intuido, se trataba de una persona de edad elevada, casi anciana. El pelo canoso, prácticamente blanco, y muy fino, le envolvía la cabeza. Una cabeza más pequeña de lo que esperaba, y que albergaba muchas arrugas en la frente, estaba flanqueada por dos orejas que con el paso de los años habían crecido ostensiblemente. En la nariz, de la cual salían algunos pelillos blancos, tenía una verruga en el lado derecho. Tenía los ojos un poco saltones, pero claros como el agua de un manantial. Por el contrario, en su boca podían verse unos dientes amarillos bastante estropeados, que además no completaban la totalidad de los que debería haber, y que destacaban aún más ya que tenía bien afeitada la cara.

Tomó aire y miró a Amets con expresión seria:

- Pues verás joven. Resulta que el padre Prodosía ha marchado esta misma tarde del monasterio

- ¿Cómo? ¿Y cuándo volverá? – preguntó Amets con el rostro pálido, como si acabara de ver un fantasma.

- Me dijo que tenía que atender unos asuntos en Barcelona, dado que el obispo al parecer había reclamado su presencia en la ciudad.

- ¿Y por qué me hizo entrar? – Amets se puso nervioso – si me lo hubiese dicho a la entrada, podría haber marchado para alcanzarlo.

- ¿Oyes eso, joven? - preguntó el monje a Amets mientras se señalaba la oreja derecha con su dedo índice y miraba hacia el techo – si marchas ahora, la tormenta te impedirá avanzar y acabarás con un buen catarro. Además, dentro de nada será de noche y los caminos se vuelven más peligrosos. Será mejor que hagas noche aquí para que mañana puedas marchar. Y no te preocupes, los hermanos nos haremos cargo de ti durante esta noche.

En ese instante, Amets cayó en la cuenta de que el monje tenía razón, por lo que se calmó y se sentó en un banco contiguo a la mesa. Levantó la mirada y vio que el monje le miraba con cara menos seria que hacía unos instantes, hasta que esbozó una ligera sonrisa.

- Soy el hermano Alejo – dijo el monje – puedes estar tranquilo que aquí no te faltará de nada, pues tu noble propósito me ha conmovido.

- Muchas gracias, hermano Alejo. La verdad es que tiene razón, necesito descansar, ha sido un día y un viaje muy largos.

- Los demás hermanos están en sus aposentos. Le enseñaré donde descansará. Cuando toquemos la campana, iremos a rezar a la iglesia del castillo, y luego bajaremos

a cenar, por si quiere acompañarnos tanto en misa como en la cena. Supongo que estará hambriento.

- La verdad es que sí, la caminata me dio algo de hambre.

- Por cierto muchacho, ¿cómo te llamas? - preguntó el hermano Alejo.

- Mi nombre es Amets.

- Es un placer conocerte y acogerte, Amets. Ven, sígueme. Te mostraré tus aposentos. – dijo el hermano Alejo que se levantó de la silla.

Amets se levantó del banco y le siguió por la sala que hacía las veces de comedor, hasta la puerta que había en el fondo de la misma. La atravesaron y comenzaron a subir por una oscura escalera, que era un tanto estrecha, hasta la planta superior, donde estaban los aposentos de los demás monjes. Se trataba de un pasillo con puertas a ambos lados, que debían corresponder cada una con una habitación, donde seguramente habría uno o dos monjes. Cada cierta distancia, un arco de medio punto sobresalía de las paredes laterales, ya iniciado el mismo, pues aparentemente continuaban dentro de las paredes de las habitaciones por tal de servir de sustento al techo. Caminaron hasta la tercera puerta del lado izquierdo, el hermano Alejo la abrió y le indicó a Amets que entrara.

- Aquí podrás descansar Amets, el camastro no es muy cómodo, pero servirá para reponer fuerzas. Cuando escuches la campana, toma el corredor al que también dan las escaleras por las que hemos subido, y sigue todo recto. Cuando pases un pasillo que se abre a mano derecha, encontraras las escaleras hacía la iglesia. Podrás asistir a la misa y después bajaremos todos al salón donde estuvimos antes para la cena.

- De acuerdo, estaré atento. Muchas gracias por todo, hermano Alejo.

Amets entró y el monje cerró la puerta al marchar. El habitáculo debía tener unos cuatro o cinco metros de largo, por tres de ancho. En él había un camastro, una silla de madera junto a una pequeña mesa, sobre la cual había una lámpara de aceite apagada y un libro de pequeñas dimensiones que parecía ser una biblia. La débil luz que entraba por el pequeño vano de la pared, que estaba por encima del cabecero del camastro, iluminaba la estancia lo suficiente para moverse dentro de ella sin tropezar con nada de lo poco que había allí. Amets dejó el zurrón que llevaba sobre el camastro y la acercó a la mesa. Tomó la lámpara y salió al pasillo para poder encenderla con el fuego de las que iluminaban el mismo. Así pudo observar bien la estancia en la que le había alojado el monje, y es que la tormenta había reducido drásticamente la luz natural que entraba por el pequeño ventanal. Pudo ver el austero aspecto del habitáculo, que se había dejado entrever previamente. Las paredes de piedra, robustas y ásperas, conferían a la estancia mayor sobriedad. Y en la que estaba en el lado de la mesa, pudo ver colgado un crucifijo de madera, con una representación de Cristo muy simple. Poco más había allí dentro que no fuese polvo y suciedad.

Con el silencio se acentuaba más el sonido de la lluvia golpeando el cristal de la ventana, y de vez en cuando se escuchaba algún trueno, al que acompañaba el resplandor del rayo correspondiente. Decidió tumbarse en el camastro después de quitarse las botas negras que calzaba. Miró al techo y empezó a reflexionar sobre su situación actual, pero el cansancio le pudo y se sumió en un profundo sueño.

CAPITULO XI “BENDICIÓN”

El repicar de la campana despertó de golpe a Amets de su sueño, y le hizo incorporarse del camastro como si le hubieran asustado. Miró a su alrededor, ya que estaba algo desubicado, y entonces cayó en la cuenta de donde estaba y cuando estaba. No había sido un sueño todo lo ocurrido hasta ahora. Se calzó sus botas y tras acicalarse un poco el pelo, salió del cuarto para dirigirse a la iglesia siguiendo las indicaciones que le había dado el hermano Alejo.

Cuando caminó por el pasillo, tuvo que subir un par de tramos de escaleras que le llevaron hasta otra puerta, algo más grande. Tras atravesarla, accedió a lo que debía ser la iglesia que se veía desde el exterior del castillo. Allí, en el ábside, tras el altar, se encontraban quince monjes, situados simétricamente de forma que había siete a un lado y siete al otro lado del centro del altar, donde el último monje, que debía tratarse del abad, estaba rezando en voz baja. Amets caminó hasta los bancos de la iglesia, y se sentó en uno de ellos, situado al final de los mismos, y a la vez más alejado del altar.

Tras un gesto del abad, los monjes comenzaron a cantar misa en latín, con un potente tono que hizo resonar toda la iglesia. Maravillado por lo que estaba presenciando, recordó su visita al monasterio de Santo Domingo de Silos, cerca de Burgos, donde una vez pudo ver algo similar, pero que nada tenía que ver con presenciar in situ aquello y en el año 1.350. Sin duda, una experiencia irrepetible, que le puso la piel de gallina, y que le dejó embelesado.

Después de unos minutos, el canto acabó, y los monjes comenzaron a desfilar hacia la escalera de bajada, salvo el abad y el hermano Alejo, que se dirigieron hasta donde estaba Amets.

- Este es el joven del que le hablado, Abad Zorío.

Tras las palabras del hermano Alejo, el abad miró a Amets de arriba abajo, mientras este se levantaba del banco. Lo observó con todo detalle, al igual que Amets a él. Llevaba un hábito similar al del hermano Alejo, pero con una pequeña capa en la espalda, y le colgaba un crucifijo dorado desde el cuello hasta casi la altura del estómago. Debía medir aproximadamente un palmo más que Amets, por lo que su presencia imponía bastante ya que era bastante corpulento. Tenía el cabello negro, corto y ondulado, como si usara algo similar a la gomina del presente. Sus ojos se escondían tras unas lentes muy rudimentarias, que se apoyaban en una nariz de tamaño consonante con el de la cara, pero bajo la cual había un frondoso bigote negro. El labio superior estaba completamente oculto tras él. Las orejas tenían unos grandes lóbulos inferiores que también llamaban poderosamente la atención. Para rematar, una buena papada en el cuello denotaba que no pasaba mucha hambre.

- El hermano Alejo me ha contado qué te ha traído hasta aquí – dijo el abad – tu noble propósito me ha llenado de satisfacción, y me gustaría ayudarte. Yo puedo darte la bendición que buscas, no es necesario que busques al padre Prodosía, ya que la

iglesia de Anzano está bajo nuestra jurisdicción. Tras la cena, volveremos aquí y te daré la bendición, para que mañana puedas marchar y continuar con tu viaje. Además, recibir aquí la bendición te llenará de gozo, pues este santo lugar, da una inspiración especial a quien lo visita. Y por supuesto, siéntete como en tu casa mientras estás aquí. Cualquier cosa que necesites solo tienes que pedirlo a los hermanos. Yo les informaré para que estén al tanto.

- Les estoy muy agradecido a su congregación y a usted, Abad Zorío. No sé cómo darles las gracias por todo lo que están haciendo por mi – Amets trataba de disimular como podía que no estaba satisfecho con la solución propuesta por el abad – tendré que tachar de mi lista la iglesia de Anzano y cambiarla por este impresionante castillo. Ya me dijo el hermano Alejo que el padre Prodosía había marchado a Barcelona, ¿no?

- Así es. Fue requerido por el obispo Miguel de Ricoma, y tuvo que marchar rápidamente. Bien es sabido que su excelencia no acostumbra a ir por la ciudad, así que debía marchar cuanto antes. Y como no sabemos cuándo volverá, he decidido darte la bendición yo para no hacerte perder tiempo esperándolo ni que tengas que ir hasta la ciudad, que dista a muchas leguas de aquí y varias jornadas de camino. Ya sabes hijo, las santas obligaciones hay que cumplirlas.

- ¡Por supuesto! Si su excelencia me da la bendición, no creo que pueda aspirar a más en mi camino de peregrinación. Aunque, si no le importa la pregunta, ¿era el padre Prodosía el único encargado de officiar en aquella iglesia? - preguntó Amets sibilamente.

- Sí, él es el único que se encarga del mantenimiento de aquella iglesia. Hace años que la administra él y la tiene en muy buenas condiciones, por lo que me cuentan. Pero, dime joven – el abad levantó una ceja - ¿Por qué tienes tanto interés en aquella iglesia?

- Por nada en especial, simple curiosidad. La verdad es que entré y la vi en muy buen estado, como dice su excelencia – Amets hacía lo posible por intentar disipar las sospechas – pero recibir su bendición y aquí, es incomparable con aquella modesta iglesia. Sin duda, será un hito en mi camino. Me siento realmente muy afortunado.

- Me alegro por ti, muchacho. Nuestro Señor Jesucristo ha sido magnánimo y gracias a él, tu esposa ha podido sobrevivir a esa enfermedad, que si no me equivoco, ¿se trataba de esa terrible enfermedad que viene azotando gran parte del mundo en los últimos años?

- Efectivamente, su excelencia. Esa devastadora plaga está haciendo estragos por todas partes. Allá donde he ido en mi peregrinar, he tenido noticia de los efectos terribles que ha causado. Doy gracias a Dios por haber salvado a mi esposa.

- Dios nos ayuda a quienes merecemos, y castiga a quienes no. Por tanto, debes ser una buena persona si Dios te ha ayudado. Por ello, eres bienvenido en este santo

lugar - el abad desvió la mirada hacia la puerta de acceso a la iglesia - Marchemos a cenar.

El abad Zorío y el hermano Alejo se dirigieron a la puerta para bajar hasta el comedor a través los corredores, y Amets los siguió a cierta distancia, pues quería respetar la conversación que mantenían ambos monjes camino de la cena. Tenía la convicción de que hablaban de él, pero sin ningún tipo de mala intención o sospecha, ya que al parecer las dudas habían quedado disueltas.

Amets fue el último en llegar al comedor, y pudo observar cómo le habían preparado un lugar en la mesa junto a los demás monjes, como si se tratara de uno más. Estaba al lado del hermano Alejo, por lo que así evitaría hablar con más hermanos y volver a repetir la historia una vez más. Mientras se acomodaba en el sitio, el hermano Alejo le indicó que cuando lo ordenaran, debía pasar con su plato por una mesa que había en uno de los rincones del comedor, donde otro monje les iba a servir la cena, que consistía en algún tipo de guiso y la mitad de una hogaza de pan por cabeza. Una vez recogidas ambas cosas, todos volvieron a su sitio. El abad bendijo la mesa y empezaron a cenar.

Amets miraba a todos los monjes, y se dio cuenta de que existía una amplia gama, desde casi ancianos, como el hermano Alejo, hasta un par de jóvenes monjes, que aparentaban ser de menor edad que él mismo. Cada uno con sus propias características. Sin embargo, notaba cierto hedor en el ambiente, pues la higiene no parecía el punto fuerte de la congregación.

Cuando prácticamente habían acabado de cenar, Amets no pudo aguantar más y le habló al hermano Alejo.

- ¿Le puedo preguntar algo?

- Por supuesto, muchacho. ¡Adelante!

- Aquí en el castillo, ¿están solo ustedes y el soldado que hace de guardia?

- Una pregunta curiosa – dijo el hermano Alejo mientras se limpiaba la boca con la manga del hábito – verás, en la actualidad, sí. Este castillo es propiedad de los habitantes del pueblo de Loarre, que lo recibieron hace unos veinte años del rey Alfonso IV. A nosotros se nos siguió permitiendo estar aquí, pero la función principal por la que fue construido, que fue como puesto defensivo de la cristiandad, dejó de tener valor cuando las fronteras de los reinos se expandieron hacia el sur.

- Vaya, ¿entonces el resto del castillo está abandonado?

- No del todo. Cuando viene alguien de la familia real o algún noble, se hospeda aquí, por lo que nosotros nos encargamos de mantenerlo en condiciones. O por si hay alguna desgracia, que la población de Loarre pueda refugiarse en él. Aunque con lo tranquila que se ha vuelto esta zona, desde la expansión de los reinos, apenas se le ha

dado ese uso. Incluso se comenta que hay gente interesada en comprarlo, uno de ellos un tal Pedro Jordán de Urriés, que al parecer ha mostrado algo de interés, pero nada serio por ahora.

- La verdad es que tanto el castillo como el monasterio son espectaculares, unas obras arquitectónicas impresionantes – dijo Amets – no tengo ninguna duda de que son de lo más importante del románico.

- ¿Qué es el románico? ¿Qué quieres decir? – preguntó el hermano Alejo extrañado.

- Esto... - Amets vaciló y cayó en la cuenta de que el término románico era mucho más posterior a aquella época – quiero decir, que este estilo constructivo me recuerda a grabados que he visto de la arquitectura de la antigua Roma, y como tienen cosas similares, yo lo llamo románico.

- ¡Ah! Ahora te entiendo. La verdad es que nunca lo había pensado, pero no dejas de tener parte razón. ¡Qué curioso! Románico...

Amets no sabía si había metido la pata al decir aquello, sin embargo, la conversación siguió con tono distendido durante unos minutos, hasta que se levantó el abad e indicó que era la hora de marchar cada uno a sus aposentos. Los monjes se encaminaron a la escalera, y Amets que iba tras ellos, fue llamado por el abad mediante una seña para que esperara. Cuando todos marcharon, el abad se acercó a él con la intención de decirle algo.

- Amets, si eres tan amable de acompañarme a la iglesia nuevamente, podré darte la bendición y así mañana tras el desayuno podrás reemprender tu viaje.

- Como usted mande, su excelencia. Estoy a su entera disposición.

- Entonces, sígueme.

Ambos siguieron el camino de las escaleras hasta llegar a la iglesia, donde el abad le indicó a Amets que se situara frente al altar. Entonces, encendió uno de los cirios que había al lado de este, tomando fuego del cirio pascual que había al otro lado. Le dijo a Amets que se arrodillara, y tras coger un recipiente que tenía agua bendita, le lanzó un poco por encima. Acto seguido, mientras pronunciaba unas palabras en latín, le hizo la señal de la cruz en la frente. Luego le agachó la cabeza hacia adelante un poco, para volver a hacerle otra señal de la cruz en la coronilla, a la vez que dijo:

- Que Dios todopoderoso te guíe en tu camino. Sigue los pasos de nuestro Señor Jesucristo y que la gracia de Dios sea contigo. Puedes levantarte, Amets. A partir de ahora tienes la bendición del abad de Loarre, y nuestro señor Jesucristo te protegerá allá donde vayas – el abad sacó un pequeño crucifijo de metal de su hábito con un cordel atado y se lo colgó a Amets del cuello – lleva siempre contigo este crucifijo y Dios te protegerá de cualquier mal.

La cara de Amets mostraba un gran nerviosismo, pues la situación no era para menos. Acababa de ser bendecido en un castillo por un abad en pleno siglo XIV, y eso era difícil de asimilar. Pese a que tenía cierta habilidad para asumir situaciones, todo aquello parecía sobrepasarle. Sin embargo, intentó respirar profundamente para relajarse y dejar de temblar como lo estaba haciendo. El abad le miró, y le dijo:

- Tranquilo muchacho, ¿te encuentras bien?

- Sí, sí...su excelencia...es que no había llegado a pensar que en mi peregrinar recibiría la bendición en un lugar como este – Amets respiró un poco y se calmó – y además recuerdo el por qué estoy aquí, lo que me llena de gozo y emoción, pues mi esposa sigue con vida.

- Te comprendo, joven. Son tiempos muy difíciles los que nos ha tocado vivir. Ojalá Dios tenga misericordia de nosotros y acabe pronto con este castigo divino, si no el futuro se volverá muy oscuro.

- Créame, su excelencia – sonrió Amets a la vez que se relajó del todo – aún habrá una época nefasta, pero dentro de un tiempo todo esto pasará. Dios escuchará las suplicas de sus fieles para acabar con esto, pero mientras tanto, cuídense mucho en este castillo.

- Tengo fe en que todo pasará, muchacho, tengo fe – dijo el abad – ahora será mejor que vayamos a descansar, ya es tarde.

- Por supuesto, su excelencia. Me marcho a mis aposentos. Buenas noches.

- Buenas noches, Amets. Hasta mañana si Dios quiere.

Amets se giró y se marchó por la puerta de la iglesia, hasta llegar a su habitáculo por los pasillos. Sin embargo, en vez de entrar, reflexionó durante un instante. Tenía curiosidad por ver que vistas había desde el castillo en aquella época, por notar que estaba viviendo un momento único e irrepetible. Así que dio media vuelta y fue a buscar como acceder al exterior para poder contemplar el entorno. También debía hacerlo sigilosamente, pues no quería que los monjes le descubrieran, ya que podrían llamarle la atención por caminar a esas horas por el castillo cuando debía estar en su cuarto, y meterse en un buen lío.

Avanzó por los pasillos y tomó una escalera que iba hacia arriba, por la que subió hasta llegar a una puerta que estaba entreabierta. La empujó suavemente para no hacer ruido, y cuando estuvo abierta por completo, pudo ver que daba acceso al exterior. Se trataba de la parte superior del castillo, algún tipo de explanada. El suelo estaba mojado, ya que la lluvia había parado hacía una hora escasa, dejando algún que otro charco. Salió al exterior y pudo ver que el cielo estaba prácticamente despejado, con una hermosa luna llena que iluminaba todo. Había un olor característico en el ambiente, el que queda tras la lluvia en un ambiente seco y cálido, y le encantaba ese olor. Avanzó por la superficie empedrada varios metros hasta llegar a las almenas que había en la

parte superior del muro. Desde allí podía contemplar cómo se abría la planicie hasta donde prácticamente alcanzaba la vista. Por el contrario, a sus espaldas, tenía la cadena montañosa, que pese a no ser de gran altitud, se mostraba majestuosa como un imponente muro. Apoyó sus manos en una de las almenas, que todavía estaba humeada del agua de lluvia que había caído. Amets siempre había soñado con poder ver algo así, sentir la Edad Media, que fuese fuera de lo común, pero nunca pudo imaginar, ni en el mejor de sus sueños, el poder estar allí contemplando la llanura desde un castillo en pleno siglo XIV. Se le ponía la piel de gallina de pensarlo, sentía una extraña sensación que le recorría el cuerpo. Siguió mirando durante un buen rato y pudo ver el pueblo de Loarre, que se encontraba a escasa distancia del castillo. Junto a la muralla perimetral del sur, había algunas casas adosadas a ella, a modo de refugio. Tanto de estas como las del pueblo, salía humo de sus respectivas chimeneas. Allí, la hora de la cena debía ser más tarde que en el monasterio. Además del humo, podía ver como salía la luz de los candiles por las ventanas de las casas. Todo ello junto, configuraba una estampa de cuento. A pesar de haber recibido la bendición por parte del abad, la verdadera bendición era estar viviendo aquello.

Después de un buen rato, volvió por donde había venido, hasta su cuarto. Se acurrucó en el camastro y se relajó pensando en que el día que había sido agotador, pero lleno de emociones. Sin embargo, tan solo tenía una cosa en mente: como conseguiría volver al presente.

CAPITULO XII "DESTINO: EL ESTE"

La luz del día comenzó a entrar por la ventana del cuarto, iluminando la estancia después de la noche donde había reinado la penumbra. Además, el canto de un galló sirvió a Amets para salir del sueño en el que estaba inmerso. Se pasó la mano por la cara con la intención de espabilarse, pero volvió a cerrar los ojos. Sin embargo, apenas unos instantes después, comenzó a sonar el repicar de una campana. Entonces abrió los ojos y fue consciente de donde se encontraba. No había sido un sueño, pues el techo de la estancia no era el de su habitación del piso de Barcelona, si no el de un cuarto del monasterio del castillo de Loarre. Se le aceleró un poco la respiración, y acto seguido se sentó en el camastro. Miró a su alrededor y asumió del todo que se encontraba en pleno siglo XIV, que todo lo ocurrido no había sido su imaginación.

Ya más calmado, se desperezó y se calzó las botas. No sabía dónde poder lavarse la cara ya que donde le indicaron que podía hacer sus necesidades la noche anterior tan solo era un agujero en un habitáculo minúsculo, oscuro y apestoso. Salió del cuarto, sin olvidar ninguna de sus pertenencias, que no eran muchas por el momento. Tan solo el zurrón que había conseguido en Anzano y lo que le habían dado Flora y Laureano. Bajó hasta el comedor, y allí los monjes se afanaban por desayunar. Él se ubicó en el mismo lugar en el que había cenado la noche anterior, junto al hermano Alejo, le dio los buenos días. Era consciente de que debía ser muy temprano, ya que no sabía la hora con seguridad a pesar de su reloj analógico de pulsera. Allí el tiempo tenía otra dimensión.

- Espero que hayas pasado una buena noche, Amets - le dijo el hermano Alejo.

- La verdad es que sí, estaba bastante cansado y dormí como un tronco – Amets hizo una pausa - he recargado pilas para continuar mi viaje.

- ¿Qué son pilas? – preguntó extrañado el hermano Alejo nuevamente - ¿Algo relacionado con las pilas bautismales?

- Ehhh... - Amets dudó un instante ya que la expresión que utilizó era totalmente desconocida para el monje por la época en la que se encontraba – es una forma de hablar de donde yo provengo, significa recuperar fuerzas.

- Vaya forma más rara de hablar tienen en tu tierra – bromeó el monje.

Después de este inciso, Amets meditó sobre que debía cuidar su forma de hablar y los términos que tenía que utilizar, ya que el contexto en el que se encontraba era radicalmente diferente al presente. Ya le había pasado con los lugareños, que hablaban aragonés, y con los monjes, que por suerte, hablaban un castellano muy similar al suyo.

Una vez acabó el desayuno, los monjes marcharon a realizar sus tareas a excepción del hermano Alejo y el abad Zorío, que acompañaron a Amets hasta la salida del castillo, donde el soldado hacía guardia. Allí le entregó el hermano Alejo unas pocas

provisiones: algo de pan, un poco de embutido, un par de frutas y una buena cantidad de agua.

- Aquí tiene Amets, le hará falta algo de comida y agua para continuar tu camino – le dijo el hermano Alejo.

- ¡Muchas gracias! Se han portado excelentemente conmigo, no lo olvidaré.

- Ves con Dios, hijo – dijo el abad.

Y Amets abandonó el castillo de Loarre, en dirección desconocida, porque no sabía a donde ir. Cuando llegó a la puerta de la muralla, el plano se abrió ante él, y tras hacer un repaso visual del entorno, vio el pueblo de Loarre. Pensó durante un instante que hacer, hasta que decidió ir hasta allí para poder encontrar algún modo de viajar que no fuese caminar cientos de kilómetros. Así que se encaminó montaña abajo hasta llegar a Loarre, por un sendero estrecho que tenía pinta de ser usado habitualmente por gente que se acercara al castillo o a las casas que había adosadas a la muralla.

Al llegar a las primeras casas del pueblo, ya empezó a escuchar el sonido de la vida que se desarrollaba en él. Algunas mujeres se afanaban en limpiar mantas en la calle, mientras un par de hombres estaban reparando un tejado de una casa cercana. Amets observaba todo aquello como si estuviese viendo una actuación de cualquier mercado o feria medieval del presente, con la diferencia de que aquello era totalmente real. Siguió caminando hasta que pasó por delante de lo que parecía una herrería, ya que había un hombre martilleando metal con un ruido muy estridente. Este dejó de dar golpes y se quedó mirando a Amets unos segundos, hasta que le dijo:

- Ameneste bella cosa, choven?

En un primer momento Amets dudó sobre contestarle o no, pero enseguida se dio cuenta de que era una oportunidad para entablar conversación y averiguar algo.

-¿Sabe cómo podría llegar a Barcelona? ¿Conoce algún medio de transporte que me pueda llevar hasta allí?

El herrero sonrió como si fuese a mofarse de él.

- Fillo, o que te fa falta ye un caballo, y yo le puedo meter as ferraduras.

Amets cayó en la cuenta de que lo que acababa de decir podía parecer una estupidez, pues en aquella época tan solo había caballos como medio de transporte, y lo demás, carros. Pero reaccionó rápido para seguir con la conversación.

- Pues vera, no tengo caballo ni dinero para comprarlo, pero si conociese de alguien que se dirija hacia allá y que me pueda llevar, se lo recompensaría. Necesito ir a ver a mi madre enferma.

El semblante del herrero cambió, y se puso algo más serio.

- Ixo ya ye unatra coseta, fillo. Y yes de suerte, porque conoxco a belún que te podrá levar una parte d'o viache.

La treta de Amets había servido. El herrero dejó el martillo y las tenazas sobre el yunque, y se espolsó las manos.

- Veyerás, sigue ista carrera dica a primera esquina. Allí, chiras a la dreita. Caminas entre un buen troz y veyerás una casa que destaca por tener en a frontera un cuenco colgar d'un mástil. Pregunta por Guzman. Die que vas de parte d'o ferrero. Él t'aduyará.

-¡Muchas gracias, señor! No sabe cuánto se lo agradezco – dijo Amets con un tono dramático.

- De pon, choven. Da-te prisa que tal vez no lo pillas!

Siguiendo las indicaciones del herrero, Amets giró por donde le había indicado, y tras avanzar unos metros, vio una casa que tenía un mástil en la fachada, de la que colgaba algo similar a una olla. En la puerta había un carro atado a dos caballos. Al instante salió un hombre de la casa para depositar cajas en el carro, que ya tenía una buena cantidad de cajas y un par de toneles. Amets se acercó, mientras el hombre se afanaba en dejar toda la mercancía bien colocada. Entonces se dio la vuelta y vio a Amets. Lo miró de arriba abajo y dijo:

- Ocorre bella cosa, choven?

- Verá, estoy buscando alguien que me lleve hasta la ciudad, y el herrero me envió hasta usted. Dijo que podría ayudarme.

- Fablas un poquet raro tu, pero resulta que yo tamién...Debemos de ser lugares prómixos.. Ese tuerce-hierros otra vez... - maldijo algo por lo bajo – está bien, puedes venir conmigo. Casualmente estaba a punto de marcharme. ¿Cómo te llamas, joven?

- Amets, señor.

- ¡No me llames señor! Me llamo Guzmán. Un humilde comerciante de cerámica que le debe favores a todo el mundo, incluido el herrero.

- Encantado, y le agradezco mucho que pueda llevarme.

- Pues empieza a agradecérmelo cargando las cajas que me faltan, con ello me daré por pagado. Y una vez lleguemos a Huesca, me ayudarás a descargarlo todo. Nada más.

- ¡Será un placer, Guzmán! – dijo Amets con una sonrisa.

Tal y como había dicho Guzmán, Amets cargó las cajas que este le indicó, algo más de media docena. Una vez estuvo dispuesto, ambos montaron en la parte delantera

del carro e iniciaron la marcha. Tomaron la calle principal de Loarre, que conectaba con el camino de bajada del promontorio donde se situaba la aldea.

No tardaron mucho en llegar hasta el camino que había seguido Amets para llegar hasta allí desde Esquedas, y es que los caballos llevaban buen ritmo. Además, Guzmán era ágil a la hora de guiarlos. Se le veía muy experimentado. Además, pese a lo irregular del camino, toda la mercancía había sido bien sujeta y era prácticamente imposible que algo cayese del carro aunque el ritmo que llevaban los dos caballos era intenso.

Aún no habían perdido de vista el castillo y Loarre, cuando Guzmán comenzó a hablar:

- Y dime Amets, ¿Qué te trae por estas tierras?

- Estoy de peregrinación para dar gracias a Dios por haber salvado de una terrible enfermedad a mi mujer.

- ¡Vaya! Es muy noble por tu parte. La verdad es que llevamos una época muy mala, esa maldita enfermedad nos está arrebatando a muchos de nuestros seres queridos.

- Cierto es. Afortunadamente, mi esposa pudo recuperarse.

- Muchos de mis clientes han perdido a familiares. Incluso algunos de ellos han muerto. Y no sabían por qué y cuándo enfermaron.

- Yo doy gracias a Dios por salvar a mi esposa – Amets intentaba cerrar la conversación – y espero que se puedan salvar muchos más.

- Así lo esperamos todos, Amets, así lo esperamos.

El viaje se dilató unas horas, a pesar del buen ritmo de los caballos. Amets trataba de evitar conversaciones extensas con respuestas genéricas o repetitivas. Sin embargo, el comerciante de cerámica tenía buena labia, y una y otra vez arrastraba a Amets a entablar conversaciones mundanas y estériles. Afortunadamente, tras casi alcanzar el mediodía, comenzaron a avistarse casas y los muros de una catedral sobre un pequeño promontorio.

- Ya estamos llegando, muchacho. Ahí está Huesca.

- Menos mal, empezaba a tener algo de hambre y no quería gastar mis provisiones hasta llegar.

Amets respiró aliviado al acabar su frase. El viaje se le había hecho eterno, ya que el dicharachero comerciante no se había callado en casi ningún momento, y él ya estaba más que saturado.

El carro entró a la ciudad por la puerta oeste de la muralla, y Guzmán lo dirigió hacia el centro de la ciudad. Una vez allí, se pararon cerca de una casa que tenía las

ventanas cerradas y con una gruesa capa de polvo. Parecía abandonada. Guzmán bajó del carro, y con una llave que sacó de su bolsillo izquierdo, abrió la puerta.

- Muy bien, Amets. Es hora de que “pagues” por tu viaje. Hay que entrar toda la mercancía en esta casa, que yo uso de almacén.

- ¡De acuerdo! Dime donde tengo que dejar la mercancía.

El comerciante le mostró el interior de la casa, que era diáfano. Allí se amontonaban una gran cantidad de cajas de madera similares a las que habían traído en el carro.

- En aquel rincón que está vacío, ves colocando todo allí. Yo voy a hablar con un cliente cercano mientras te ocupas de la mercancía. Vuelvo enseguida.

Tras esto, Guzmán se marchó unos minutos. En este espacio de tiempo, Amets descargó caja tras caja todo el cargamento del carro, incluso el par de toneles, para los cuales tuvo que improvisar un tablón que hiciera de rampa desde del carro hasta el suelo, ya que estos eran muy pesados. Justamente, cuando estaba entrando el segundo a la casa, el comerciante volvió.

- Sí que has sido rápido, Amets. A mí me habría costado mucho más. Se nota que eres joven y fuerte.

- Trato de cuidarme todo lo que puedo.

- Se te ve un muchacho sano. Por cierto, ya puedes marchar si quieres.

- Quería preguntarte una última cosa, si no te importa.

- ¡Claro que no! ¡Adelante!

- ¿Sabe dónde podría encontrar alguien que me pudiera llevar más al este?

- Posiblemente, si das una vuelta por aquí, encuentres a alguien que te pueda llevar. Somos muchos los comerciantes que venimos aquí desde muchas zonas. Ves al mercado, que está dos calles hacía allá. Allí encontrarás a alguien seguro.

- De acuerdo, buscaré por allí. ¡Muchas gracias por el viaje!

- A ti por la ayuda. ¡Ve con Dios, Amets!

Amets tomó su zurrón, se lo puso a la espalda y comenzó a caminar por las calles de la ciudad, donde había bastante movimiento de gente. Al igual que en Esquedas y en Loarre, había gente realizando tareas en plena calle. Una mujer corría detrás de una gallina que seguramente se le había escapado; un hombre llevaba rodando un tonel similar a los que había descargado del carro del comerciante de cerámica. Él caminó como este le había indicado, y tras avanzar por un par de calles, desembocó en una plaza donde había varias paradas ambulantes que conformaban un pequeño

mercadillo. Había ido a numerosos mercados medievales siempre que había podido, pero aquello no tenía nada que ver. Todo lucía mucho más sucio que los immaculados puestos de venta de bisutería o dulces de cualquier mercadillo medieval de su época. Además, escuchaba los gritos de los tenderos ofreciendo sus productos. Los pasó todos por algo hasta que escuchó a alguien nombrar tierras del este, por lo que se acercó hasta el tendero en cuestión.

- Disculpe señor, ¿de dónde trae este pescado en salazón? – preguntó Amets

El tendero, un hombre corpulento y con una frondosa barba, miró a Amets con una mueca en el rostro, pero después sonrió.

- D'as millors auguas d'o este, amán de Barcelona. Quiers prebar un troz? T'encantasen!

- No, gracias – Amets tomó aire - pero quería preguntarle si viaja a menudo hasta allá.

- Pa qué quiers saber ixo, choven?

- Verá, estoy buscando a alguien que me lleve hasta Barcelona.

- Mmhh... - el tendero se pasó la mano por la barba – siento desilusionar-te mesache, pero prezisamén vinié ayer d'allí con iste carguío y no sé cuan tornaré, depende d'o que tarde en vender-lo. Pero minimo una semana seré aquí, si quiers asperar dica alavez, no m'importa que viengas con yo.

- No puedo esperar tanto - el semblante de Amets se entristeció – pero igualmente gracias por el ofrecimiento ¿Sabe de alguien que me pudiese llevar antes?

- Deixa-me pensar – dijo el tendero mientras cavilaba – a verdat ye que cuasi toz os comerczians que conoxco emos veniu fa poco, por o que creigo que agún tardasen uns días en tornar. Amás, ye bella cosa arriscau viachear nomás, ya que han proliferado os bandidos que nos han preso como obchetivo.

- Vaya, que mala suerte...

- Lo siento, choven. Pero si no trobas a dengún que te leve en istos días, puez contar con yo, m'as caito bien!

El tendero sonrió, pero Amets pensó que esperar tantos días sería un precio demasiado elevado a pagar. El cura de Anzano se le escaparía y lo perdería de ubicación, y era la única persona de la que podía obtener algún tipo de información sobre la portalada que le había traído hasta esta época. Y posiblemente, su única forma de regresar al presente, pues estaba convencido de que algo podría saber para ayudarlo.

- Muchas gracias de todas formas – dijo Amets apenado – pero necesito ir cuanto antes a Barcelona, mi mujer está enferma y tengo que ir a cuidarla.

- Agora entiendo choven, pero lamento no poder aduyar-te...

- No se preocupe, ya encontraré alguna forma de llegar.

La treta de Amets por dar pena tampoco sirvió, y se retiró del puesto del tendero para proseguir con la búsqueda de transporte. Sin embargo, apenas había caminado una docena de paso cuando escuchó una voz que no sabía de dónde provenía.

- Con que quieres ir a Barcelona... Yo puedo llevarte.

Amets se giró e intentó localizar de dónde provenía la voz. Miró a su alrededor, pero no conseguía identificar quien le había hablado. El trasiego de gente por los puestos del mercado dificultaba saber quién había pronunciado esas palabras.

- Deja de buscar como un atontado, estoy aquí.

Las nuevas palabras que escuchó, le permitieron situar su origen. En el lado opuesto de la calle, vio a una mujer sentada sobre un tonel. Estaba mordiendo y masticando algo. Todo hacía indicar que había sido ella la que había hablado, pero estaba en penumbra por la sombra que proyectaba el edificio colindante.

- Sí, soy yo la que te habla – dijo mientras masticaba la manzana – así que deja de dar vueltas como un pato mareado.

- Con tanta gente y ruido no sabía quién me había hablado – se excusó Amets tras centrar su mirada en ella - ¿Usted puede llevarme hasta allí?

- Bueno...poder, puedo - dijo mientras al trasluz se pudo ver como dio otro mordisco a una manzana – pero te costará algo.

- La verdad es que no tengo apenas nada con lo que poder pagarle...

- ¿Y pretendes viajar así? – preguntó la mujer misteriosa.

- Podría pagarle cuando lleguemos allí, se lo aseguro – dijo Amets para salir del paso y aprovechar la oportunidad que se le había presentado – tengo que ir a cuidar a mi esposa, se lo pido por favor.

La mujer misteriosa dio otro mordisco a la manzana, y acto lanzó el resto de la misma al suelo.

- ¿Qué puedes hacer para que me fie de ti? No es un paseo lo que necesitas.

- Tenga – dijo Amets mientras le ofrecía el zurrón con las provisiones – quédese con mis provisiones, sin ellas, no llegaría muy lejos... No tengo nada más aquí.

- Mhhh... - la mujer misteriosa suspiró – me fias tu comida, ¿no?

- ¡Sí! Es una muestra de mi buena voluntad.

- Pareces desesperado, realmente... - dijo mientras engullía el trozo de manzana que tenía en la boca – aunque no me trago lo de tu esposa. Si me dices la verdad, ¡te llevo!

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Amets, pues la mujer misteriosa había adivinado que su pretexto era falso. Tenía que pensar en otra cosa, pero en esa situación decidió que era necesario mostrarse sincero ante ella.

- Tiene razón, lo de mi esposa es mentira - dijo Amets mientras suspiraba – pero necesitaba que alguien me llevase a Barcelona cuanto antes. Estoy buscando a una persona muy importante para mi futuro inmediato, y si no soy capaz de alcanzarla cuanto antes, tal vez pierda la oportunidad para siempre.

- ¿Y quién es esa persona tan importante? ¿Algún amor que se escapa? – dijo la mujer misteriosa entre sonrisas.

- Podría mentirle nuevamente, pero no me proporcionaría ningún beneficio - dijo Amets con tono serio - así que le diré la verdad que quiere escuchar. Un amigo está en peligro, y solo esa persona puede darme la información de cómo encontrar a mi amigo. Por eso debo encontrarlo cuanto antes.

Realmente Amets no había mentido, todo lo contrario. Había dejado a Rodolfo José con los dos *Hombres de Gerión* en el presente, que a pesar de que ambos quedaron inconscientes, temía por su compañero y necesitaba volver para asegurarse de que no había ocurrido nada más. Y por supuesto, para volver a su época y a su realidad.

- Esto si me lo trago, chico del mechón rubio – dijo la mujer misteriosa con tono más serio – podrías haber comenzado por ahí, pero es normal que no vayas contando todo por ahí a cualquier desconocido. Te llevaré a Barcelona.

Tras pronunciar estas palabras, la mujer misteriosa cogió impulso y saltó del tonel al suelo, saliendo de la penumbra. Amets la observó de arriba abajo. Debía medir en torno al metro setenta y su complexión era de una persona bien alimentada. Tenía la tez pálida, no parecía que le diera mucho el sol. Aparentaba tener fuertes brazos y piernas, ya que el salto desde el tonel requería cierta agilidad y potencia. Debía de tener unos treinta años, pues alguna cana asomaba en su oscura y lisa melena, la cual le llegaba casi hasta la cintura. Tenía los ojos oscuros, grandes y redondos, con unas ojeras bastante pronunciadas y que daban la sensación de ser casi sombra de ojos. Estos estaban separados por una pequeña nariz algo chata, y justo debajo de ella había unos labios gruesos que daban forma a una boca de considerables dimensiones. Las orejas quedaban cubiertas por la melena, la cual al dirigir la mirada hacia Amets, le tapó el ojo izquierdo y parte de la cara. Vestía un chaleco negro sobre una camisa de color lila oscuro, que le cubría los brazos algo más allá de los codos. Era de tela basta y muy desgastada. En las muñecas llevaba varias pulseras de cuero y una de ellas tenía un cascabel que sonó con el salto. Cualquiera hubiese dicho que el chaleco recordaba al de un aficionado al bricolaje, lleno de bolsillos que parecían llenos de cosas, pero sin dejar

entrever ninguna. Llevaba un par de colgantes en el cuello: uno parecía una piedra de color rojo intenso; el otro, algún tipo de amuleto plateado. Ambos destacaban sobre el color oscuro de la camisa lila, que además era bastante ancha. Un cinturón de cuero, con marcas profundas de uso, sostenía unos pantalones de color negro, que parecían venirle grandes y que daban sensación de ser bombachos, debido a que la tela parecía más fina que la de la camisa o el chaleco. Por último, calzaba unos botines de color marrón oscuro que le llegaban a la altura de los tobillos, y en los que se introducían los camales de los pantalones.

- ¿Qué pasa? – dijo la mujer misteriosa - ¿Es que nunca habías visto una mujer?

- ¡Nada, nada! – dijo Amets tratando de recuperar la compostura - Que como en la penumbra no veía bien, estaba centrado en saber quién me hablaba. Nada más.

- La verdad es que eres un poco raro, jovenzuelo. Y más con ese mechón rubio suelto. Pero qué más da, todos en el fondo lo somos. Fíjate que hablo muy similar a ti, y eso me dice que no eres de aquí.

- No quería ofenderla ni mucho menos con esa mirada.

- Está bien, puedes estar tranquilo, no pienso matarte – dijo la mujer misteriosa con tono de broma - ¡Vamos! ¡Sígueme!

Amets asintió con la cabeza y comenzó a ir detrás de ella, que caminó hasta girar en la segunda esquina. Allí, se abría una pequeña plazuela, rodeada de casas bajas. En uno de los laterales, había como un porche debajo del cual se encontraba un carro que le recordó a una pequeña diligencia, similar a las del viejo oeste, pero mucho más pequeña. Tenía una puerta en la parte trasera, ventanas a ambos lados y una trampilla en la parte delantera, que servía de asiento para dirigir el caballo negro de buena presencia al cual estaba enganchado el carro. Destacaba del caballo su preciosa crin, que pese a estar a la sombra del porche, relucía magnífica. La mujer misteriosa se acercó a él para acariciarlo, y le dijo:

- Ya estoy aquí, Bodus. Te he traído un peso más del que tirar, pero parece buen muchacho. Y no está muy gordo.

El caballo relinchó como asintiendo lo que le había dicho ella, y giró su cabeza hacia Amets, al cual miró intensamente.

- Por cierto, joven... - dijo la mujer misteriosa - ¿Cómo te llamas?

- Mi nombre es Amets, señora - contestó con mucha formalidad.

- Te advierto una cosa, chico, si es que quieres llegar a tu destino. No vuelvas a llamarme señora o te quedas en tierra – le dijo ella con semblante muy serio y amenazante - tengo más de treinta años, casi treinta y cinco. ¡Estoy en la flor de la juventud!

- Pues no los aparenta - dijo Amets un poco sonrojado.

- ¡Y nada de formalismos! ¡No vuelvas a llamarme de vos!

- Vale, vale. Como tú digas. ¿Entonces cómo debo llamarte?

- ¡Nuka! – dijo ella mientras esbozó una sonrisa con sus largos labios - ¡Vamos! ¡Sube! Partiremos ahora mismo.

- ¿Ya? Ni siquiera he comido – dijo sorprendido Amets.

- Escúchame Amets, comes por el camino, que del carro y el caballo ya me encargo yo. Pero no podemos perder el tiempo, dado que hemos de llegar a alguna posada antes de que anochezca. Además, el viaje nos llevará unos días, por lo que cuanto antes salgamos, antes llegamos.

- Es cierto, tienes razón – contestó Amets mientras subía a la parte delantera del carro y se sentaba al lado de ella - ¡Tú eres quien manda! ¡Adelante!

Nuka lo miró con una leve sonrisa, para después dirigir la vista hacia delante.

- ¡Vamos Bodus! ¡Llévanos al este!

El caballo relinchó y alzó un poco las patas delanteras, antes de emprender la marcha. Comenzó a tirar del carro en dirección a las afueras de la ciudad, siguiendo las indicaciones de su ama. El camino al este se abría ante ellos.

CAPITULO XIII “ EL AYUDANTE”

Apenas unos instantes después de perder de vista Huesca, Nuka miró a Amets, que desde la salida había permanecido callado y apenas se había movido.

- ¡Oye! ¿No habías dicho que tenías hambre?

- La verdad es que sí, creo que voy a comer algo.

- Come tranquilo, no me voy a quedar tus provisiones como pago por el viaje – le dijo Nuka para después mirarle con una sonrisa maliciosa - durante el trayecto ya encontraré la forma de pago adecuada.

- ¿Cómo? – exclamó Amets a la vez que casi se atragantaba con el primer mordisco de pan - ¡Ese no era el trato!

- Mira Amets, seguramente tengo yo más provisiones en el carro que tú en tú zurrón mugroso. Y estoy segura que podrás hacer alguna cosa por mí de aquí a que lleguemos a Barcelona.

- Yo... Es que... No sé qué podría hacer por ti...

- No te preocupes, el viaje es lo bastante largo para que surjan necesidades por mi parte – Nuka sonreía más maliciosamente – y seguro que tú puedes cumplirlas con creces.

La mirada de Nuka le creaba mucha tensión a Amets, pues ella le miraba con media cara tapada por su larga y oscura melena, y con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, a lo que había que sumarle la sonrisa entre dientes. Desconocía que pretendería esa mujer que acababa de conocer, y que se había ofrecido a llevarle tan lejos y con tan poca insistencia por su parte. Los nervios comenzaron a pasarle factura, y comenzó a sudar, cosa que no pasó desapercibida para ella.

- ¡Ja, ja, ja! – el semblante de Nuka cambió de golpe con la carcajada - ¡Tranquilo hombre! No pienso hacerte mi esclavo ni nada de eso, si es lo que estás pensando. Soy una mujer lista, pero no una aprovechada. Así que cálmate y respira.

Tras esas palabras, se pasó la mano por el cabello para apartárselo de la cara y dejar a la vista ambos ojos. Al mirarla tan de cerca, Amets se percató de que su rostro si revelaba algunas facturas de la edad que había dicho tener, como las patas de gallo en los ojos o en la comisura de sus gruesos y grandes labios. En ese instante, se dio cuenta de que llevaba varios pendientes en la oreja que habían quedado al descubierto al apartarse el pelo. Destacaba una pequeña cadena que estaba sujeta por dos puntos de la oreja, y en la parte inferior, una cruz colgaba de su lóbulo. Mientras la observaba, Amets se relajó un poco y dejó de sudar como lo había hecho unos instantes antes.

- ¡Así me gusta! Más calmado. Relájate que el viaje es largo. ¡Y haz el favor de comer de una vez!

Amets reaccionó a sus palabras y buscó en el zurrón algo más que el pan para llevarse a la boca. Encontró un poco de embutido y los combinó. Nuka lo observó unos instantes mientras él comía, para después centrar su atención en el camino. El cabello le resbaló al coger el carro un bache, y tapó nuevamente la mitad de su rostro, por lo que Amets no pudo ver la sonrisa amable que esbozó ella.

Durante el rato que él estuvo comiendo, no cruzaron palabra alguna, solo veían pasar árboles mientras las montañas se iban acercando. Bodus llevaba un buen ritmo para ir él solo tirando del carromato y de los dos. Allá por donde pasaban no levantaban excesivo polvo del camino, pues al parecer, la lluvia también había hecho presencia por estos lares. Lo que parecía un paisaje seco, se había suavizado con el agua, que le dio otro cariz menos rudo.

- ¿Cuánto tardaremos en llegar a Barcelona? – preguntó Amets para romper el hielo.

- Si el tiempo nos respeta, entre dos o como mucho tres días. Si fuese yo sola, tardaría uno y medio, a lo sumo dos. Pero si Bodus ha de estirar de alguien más, llegaremos en el tercer día.

- Es una buena distancia a cubrir, ¿no?

- He hecho distancias mucho mayores – dijo Nuka mirando a Amets – esto es casi un paseo. Aun así, mi noble compañero necesita descansar.

- ¿Has viajado mucho?

- La verdad es que bastante, no soy de quedarme en un lugar durante mucho tiempo – Nuka hizo una pausa y le miró - y tú, Amets, ¿has viajado mucho?

- Pues no tanto como hubiese deseado, pero quiero hacerlo cuando resuelva este asunto.

- No suelo entrometerme en los asuntos de los demás, pero contigo siento curiosidad, así que te voy a pedir que me cuentes tu historia. Será la primera parte del pago por el viaje – sonrió ella con su característica risa maliciosa – así que adelante, soy toda oídos.

Amets la miró durante un instante antes de contestar, pues si le decía la verdad, ella seguramente lo abandonaría en mitad de la nada, por lo que pensó en cómo adaptar la historia de modo que fuese creíble y a la vez contara la verdad de forma adaptada.

- Me han llegado noticias de que un amigo está en peligro – Amets tomó aire antes de seguir - Hay unos bandidos que tomaron por la fuerza un edificio de la ciudad de Barcelona y aunque creo que los derrotaron, me ha llegado que pueden volver a atacarlo. Y mi amigo está allí. Quiero asegurarme de que está bien y ayudarlo por si vuelven.

- Hay que ver que deprisa corren las noticias por estos caminos... Pero te honra la preocupación.

- Por eso quiero llegar cuanto antes, para comprobar que todo está bien. Tengo entendido, por lo que sé, que esos bandidos son peligrosos y que son capaces de cualquier cosa.

- ¿Y quiénes son esos bandidos? ¿Y por qué tomaron el lugar donde estaba tu amigo?

- No sé mucho, pero creo que son una banda que roba reliquias y cosas similares. Mi amigo trabaja en un edificio importante de la ciudad, y por eso lo tomaron, con la intención de robar algo de allí. Está cerca de la catedral, pero tengo mala memoria y no recuerdo exactamente qué nombre tiene ahora.

De esta forma, Amets trataba de no dar datos erróneos ya que no sabía con seguridad que función debía tener el museo en esa época. Sin embargo, tenía claro que algunas salas fueron dependencias del Palacio Real Mayor, residencia de los condes de la ciudad, y haberlo nombrado había levantado sospechas de Nuka, pues si se trabaja allá, se debía ser importante, o simples sirvientes. Aun así, ella le miraba con una ceja más alta que la otra, y a pesar de que no acababa de creérselo del todo, asintió con la cabeza.

- ¿Y qué hacías en Huesca? ¿Eres de allí?

- No, soy del norte de Esp...de la península – tuvo que corregir porque casi se le escapa la palabra “España”, que en esa época aún no existía – de la zona que da al mar del norte.

- Eres otro romancero que aún dice Hispania, ¿no? – dijo Nuka con desgana – Que sepas que de aquello no queda nada, solo cuatro piedras abandonadas. Dejo de existir hace muchos siglos, junto con los romanos.

- Sí, sí. Solo que a veces se me escapa porque me lo contaron y se me quedó grabado.

- Vaya un nostálgico estás hecho... en fin. ¿Y viajas desde allí a Barcelona?

- No, me encontraba por la zona de Huesca buscando a alguien que tiene información relacionada con el asunto de mi amigo, pero me dijeron que también emprendió viaje a Barcelona. Voy tras su pista.

- Pues no era muy recomendable estar en Huesca ahora, dicen que ha muerto mucha gente de la ciudad por culpa de esa terrible enfermedad que no distingue entre pobres y ricos. Se rumorea que la población se está reduciendo a la mitad de lo que era hace unos años.

- Entonces, ¿qué hacías tú allí? – preguntó Amets.

- Me encontraba de paso, y estaba cargando víveres para mi viaje. Había llegado esta misma mañana – ella le volvió a mirar – Entonces apareciste tú con tu insistencia por viajar lejos y me has venido como anillo al dedo para salir de allí cuanto antes. Aunque el destino no es que sea mucho mejor, más bien al contrario. De hecho aún estoy pensando el ir...

- Pero... habías dicho que...

- ¡Tranquilo tonto! ¡Era broma! – le dijo Nuka mientras le guiñaba un ojo.

- Es que es de vital importancia, no quiero que le suceda nada malo a mi amigo.

- Llegaremos a tiempo, no te preocupes – dijo Nuka segura de sí misma - ¡Mira! Ya estamos llegando a Monzón.

Nuka señaló un castillo en un promontorio que comenzaba a avistarse. Llevaban ya un buen trecho de camino, y como no habían parado desde la salida, antes del anochecer, habrían recorrido una buena distancia.

- ¿Ese castillo es Monzón? – preguntó Amets.

- El pueblo está detrás de la montaña, fíjate. Se puede ver el campanario de la catedral desde aquí.

Amets asintió y puso su atención en la fortaleza que coronaba la montaña. Pudo observar, tal y como le había dicho ella, el campanario. Poco a poco, según avanzaban, se vislumbraban un conjunto de casas al otro lado de la colina. Nuka dirigió a Bodus hacía estas, siguiendo el camino establecido. Según se iban acercando, el castillo se hacía más imponente, más impenetrable. Él sabía de buena tinta que durante la Edad Media, Monzón había sido sede de las Cortes de la Corona de Aragón en repetidas ocasiones.

- Pararemos aquí a hacer noche. La siguiente parada está demasiado lejos para llegar hoy. Así, mañana bien temprano partiremos para aprovechar bien el día.

Tras las palabras de Nuka, Amets asintió con la cabeza. No podía dudar de ella ni un instante, pues era la experta tanto en la época como en la zona. Tenía que hacer exactamente lo que ella dispusiera.

Se acercaron a uno de los portones que había en la segunda calle por la que pasaron, el cual se encontraba en un muro de un par de decenas de metros de longitud, quizás unos treinta, y que dejaba entrever un amplio patio en su interior. Nuka fue frenando progresivamente a Bodus, hasta el portón. Una vez allí, entraron a través de este lentamente. Ante ellos, como Amets había sospechado, había un patio de dimensiones considerables, con un pequeño establo junto al portón por el que habían entrado. Al fondo, la fachada de un edificio de dos plantas. Y en los laterales, dos muros de aproximadamente dos metros y medio de altura, terminaban de configurar el patio. Un par de árboles en uno de los rincones, daban algo de alegría al vetusto escenario.

Nuka dirigió a Bodus hasta la puerta del establo, e indicó a Amets que bajara del carro. Una vez los dos habían descendido, Nuka desenganchó al caballo del carro y lo condujo hasta el pequeño establo, donde lo ató a uno de los postes. Lo acarició y le susurró algo al oído. Después, se giró hacia Amets, que estaba en la puerta del establo, y le dijo que le ayudara a empujar el carro hasta ponerlo bajo una techumbre que había junto al establo. Nuka tomó una bolsa que debía medir más un metro aproximadamente de largo y un par de palmos de ancho, se la colgó a la espalda y se dirigió hacia el edificio que había en el fondo del patio. Amets, la siguió después de coger también sus cosas.

- ¿Qué es este lugar? – preguntó Amets intrigado.

- ¡Pareces nuevo Amets! – exclamó Nuka - ¿No ves que es una posada?

- ¡Cierto! Es que no había estado nunca aquí.

Ambos entraron por la puerta que había en el centro de la fachada, y entonces Amets pudo ver que se trataba de un amplio salón lleno de mesas y sillas de madera. En uno de los rincones, unas escaleras daban acceso a la planta superior, y en otro había un fuego encendido en una chimenea. Toda la estancia desprendía un hedor un poco insoportable a vino. Junto a la puerta, había una barra tras la que se encontraba el posadero. Este era alto y fornido, tenía un bigote poblado y la en la coronilla asomaba un poco de calva. Se encontraba limpiando una jarra con un trapo mugriento.

- Buena tarde parella, puedo aduyar-les? – dijo el posadero mirándolos de arriba abajo.

- Queremos leito y zena pa uei – contestó Nuka

- Tengo una alcoba perfecta pa vustés con un buen leito y un caldo de pernil pa zena.

- Queremos dos alcobas, no somos esposos majadero! – dijo Nuka con expresión de enfado - este ye o mío aduyante, no me casaría con él ni loca!

La cara de Amets se puso colorada de golpe al escuchar la conversación. Por un segundo los habían confundido con un matrimonio, y al parecer a Nuka no le había hecho ninguna gracia. Él no se había parado a pensar en ella de otra forma que no fuese quien le estaba ayudando. Sin embargo, no le dio tiempo a pensar en nada más, ya que Nuka lo cogió de la pechera y lo arrastró hasta la barra. Entonces dijo:

- Fixa-te, veyes ista fito-fito d'idiota? Cómo voi a casar-me con iste zopenco? Pro que me carga as cosetas y s'encarga d'o caballo. No sirve pa cosa más.

A Amets, que conseguía entender el aragonés medieval perfectamente, se le ensombreció el rostro al escuchar las palabras de Nuka. Si esa era la percepción que tenía ella de él, se preguntó que sensaciones transmitía. Pero sin duda volvió a comprobar de primera mano el carácter de la mujer que le había traído hasta allí.

- Este bien! Tranquila! Tengo un cuarto con un leito y un trestallo con un cameña. Asinas podrán descansar en a mesma alcoba pero por separau – contestó el posadero tratando de calmar a la enfurecida Nuka.

- Me pareixe bien, y aspero que por as molestias nos lo dices bien de pre – dijo Nuka con mirada desafiante.

- Tenez suerte, este tos saldrá bien de pre!

Nuka soltó a Amets y continuó negociando con el posadero, y tras unos instantes de intercambiar algún improprio más, le acabó pagando una cantidad acordada. Acto seguido se colocó la bolsa en la espalda y tomó la llave que le dio el posadero.

- En o primer piso, a lo fondo a la zurda – indicó el posadero.

- Vamos, *ayudante*! – le dijo Nuka a Amets con retintín.

Ambos se dirigieron a la escalera y subieron la primera planta. Cada paso que daban hacía crujir la madera de la escalera. Tras un par de decenas de escalones, llegaron al pasillo del primer piso, y siguiendo las indicaciones del posadero, caminaron por este hasta llegar a la última puerta que había en el lado izquierdo. Nuka abrió la puerta con la llave y accedieron a la estancia.

Todo parecía bastante sucio, se notaba que hacía falta una limpieza a fondo. La estancia no tendría más de quince metros cuadrados, en ella había una cama de matrimonio y un camastro que no debía tener más de ochenta centímetros de ancho. Estaban cada una en una punta de la habitación. Al lado izquierdo de la cama grande, se levantaba un armario de madera de un poco más alto que ellos. Al lado derecho, una ventana que daba al patio por el que habían accedido a la posada, cubierta por una cortina de tela de aspecto rudo. Una pequeña puerta en la pared que había junto a la cama pequeña escondía un cuarto minúsculo donde había un caldero y un cubo. El techo de la estancia estaba rematado por varias vigas de madera un tanto deterioradas.

- Tú dormirás ahí y yo aquí – dijo Nuka a Amets señalando ambas camas – y te lo advierto, no intentes nada mientras duermo, o a parte de llegar a Barcelona andando, te llevarás una buena paliza por mi parte como regalo de despedida.

- ¡Ni se me ocurriría intentar nada! – dijo Amets mientras sudaba fuertemente – además, ¿por qué querría yo intentar nada?

- Más te vale...

Nuka dejó su larga bolsa al lado de la cama grande, apoyada en la pared, y Amets se sentó en su camastro. El ruido que hacía daba a entender que no tenía nada que ver con un colchón, ni tan siquiera con el peor de los colchones que había probado en su vida. Dejó su zurrón junto al camastro y se estiró en este, comprobando que dormir allí iba a ser toda una aventura. Mientras, Nuka buscaba algo en su bolsa. Por la

ventana, entraban los últimos rayos de sol del día e iluminaban la estancia. La noche se acercaba más rápido de lo esperado.

- Bajemos a comer algo. Cuanto antes lo hagamos, antes podremos volver para descansar, que hay que coger fuerzas para mañana – dijo Nuka después de haber encontrado lo que estaba buscando en su bolsa.

- Sí, necesito descansar, el día ha sido largo y tenso – Amets suspiró – creo que por muy mal que esté este camastro, voy a dormir como un tronco.

Salieron de la habitación y Nuka cerró con la llave. Bajaron al salón por el que habían entrado y tomaron asiento en una de las numerosas mesas que había. Había un par ocupadas con gente departiendo con unas jarras que no se sabía muy bien si contenían vino o cualquier otra bebida alcohólica. El posadero los vio sentarse y les hizo una seña para indicarles que no tardaría en llevarles la comida. Y así fue. Apenas unos instantes después, acudió con dos cuencos cargados de caldo, los cuales desprendían un fuerte olor a carne. También les sirvió una hogaza de pan y dos jarras de lo que parecía vino. Nada más probar un trago del vino, a Amets le sorprendió el buen sabor que tenía el tinto. Ambos se afanaron en comer, pues tenían buen apetito.

- Posadero! Unatro cuenco de caldo! – gritó Nuka después de beberse hasta la última gota - feba tiempo que no prebaba un caldo tan bueno como este.

- Hablas aragonés muy bien, ¿no? - le preguntó Amets.

- Viajo mucho, por eso hablo varias lenguas, y el aragonés es una de ellas – contestó Nuka mientras daba un mordisco al pan – también hablo castellano como has podido comprobar, a tu estilo, que ciertamente me gusta. ¡Ah! Catalán también hablo, no tan bien como me gustaría, pero me defiendo bien. Y alguno más que ahora no recuerdo.

- Que curioso, eres una mujer con mucho mundo auestas – le contestó Amets mientras daba un sorbo al vino – yo también hablo varias lenguas, pero como tú has dicho, “a mi estilo”.

- Y dime, Amets. ¿Cuántos años tienes?

- Veintiocho. No soy tan joven como crees, aunque pienses que soy un inútil que solo sirve para llevarte las cosas y cuidar del caballo – le dijo Amets con retintín.

- Ja,ja,ja. ¿En serio te lo has creído? – Nuka casi se atragantó de la risa – ¡No seas tonto! Había que disimular delante del posadero para que nos diera dos camas. No pretenderías que durmiéramos los dos en la misma cama.

- ¡Por supuesto que no! ¡Ni mucho menos! Como te he dicho antes, no sé por qué deberíamos hacerlo – Amets se indignaba por momentos, parecía que el vino comenzaba a desinhibirlo

- ¿Me estás diciendo que no te atrae la idea de compartir cama conmigo? – Nuka también empezaba a estar afectada por el vino, y suspiró – deben ser los años, que me han pasado factura y he perdido mi encanto...

- ¡Oye! ¡No estoy diciendo que seas fea! Además creo que para la edad que debes tener te conservas muy bien.

- ¿Me has llamado fea? ¿Serás desgraciado? Y encima me has llamado vieja - Nuka simuló que lloraba.

- ¡Eh! ¡Yo no he dicho eso! ¡Al contrario! – le dijo Amets mientras le ponía la mano derecha en el hombro izquierdo.

- ¿Entonces te gusto, eh...? – Nuka cambió el semblante de golpe, pasando a tener una sonrisa maliciosa en la cara – Pues que sepas que lo único que vas a tocar de mí a ser este hombro.

- ¿Quién ha dicho que me gustes? ¡Vamos, ni lo sueñes! – Amets estaba ya más colorado que un tomate maduro.

- Ya me está llamando fea otra vez...- Nuka volvió a simular llorar - ¡Está bien! ¡Déjame! ¿Sabes que te digo? Que me voy a dormir ya, así que ven ya si no te quieres quedar fuera de la habitación.

- Oye...Nuka...yo... - Amets le habló mientras ella se levantaba y se giraba para marcharse hacia las escaleras.

Sin embargo, de repente, ella se giró con una gran sonrisa hacía él:

- ¡Idiota! ¡Era una broma! – se había apartado el mechón de pelo que le solía tapar la mitad de la cara – Solo que cuando me emborracho me gusta bromear. ¡Vamos! ¡Hay que descansar!

Amets respiró aliviado. Nuka era una caja de sorpresas, y tenía la sensación de que aún quedaban muchas más por ver en el viaje. Los dos subieron al primer piso, y entraron en la habitación.

Ella cerró la puerta con llave por dentro, para que nadie los molestara. Miró a Amets y le dijo que se diera la vuelta mientras se cambiaba de ropa para dormir. Él se sentó en su camastro de espaldas a ella, pero podía un ligero reflejo en el cristal de la ventana. Sin embargo, lo que mejor podía ver era la silueta de la sombra de ella en la pared que proyectaba la lámpara de la pequeña mesita de noche que había junto a la cama grande. Escuchaba como se quitaba el chaleco y la camisa, sonido al que acompañaba el del cascabel que llevaba en la pulsera. En la silueta de la sombra pudo ver como esa desgastada camisa que le venía grande, ocultaba unos senos de mayor tamaño de lo que él había pensado, y un torso algo más delgado de lo que aparentaba. Acto seguido, se quitó las botas, las cuales lanzó cerca de la puerta del pequeño habitáculo que había allí dentro. El impacto generó un gran estruendo, ya que el

material del que estaban hechas las botas debía ser resistente. Se levantó de la cama para quitarse los pantalones bombachos, y al hacerlo, se completó la silueta de la sombra en la pared. Amets descubrió que las piernas y la cadera de Nuka no eran tan pronunciadas como el torso y el pecho, pero aun así configuraban una esbelta figura.

La situación era algo incómoda para él ya que hacía tiempo que no se encontraba en la misma habitación con una mujer que estuviera desnudándose. Sin embargo, en esta ocasión, sin poder verla. No es que le interesara verla, si no que en apenas unas horas que hacían que se conocían, sentía gran respeto por ella. Respeto y temor. Evidentemente que en esa situación, y con lo poco que pudo intuir, le pareció una mujer muy atractiva, pero dado que ella había accedido a ayudarlo de la forma en la que lo había hecho, sabía que hay líneas que no se pueden traspasar, y menos cuando no existía un interés en firme. Ni tan siquiera en un ambiente distendido de bromas y embriaguez. Él respetó todo lo que pudo la intimidad de la mujer que le había llevado hasta allí.

De repente, Amets notó la mano de Nuka en su hombro izquierdo, lo que le sacó del nido de pensamientos en el que estaba inmerso. Casi dio un brinco, pues no se había percatado de que ella se había acercado. Estaba tan sumergido en sus dilemas morales, que perdió de vista las sombras de la pared.

- ¡No! ¡No quiero nada contigo! ¡Aléjate! – gritó Amets mientras se daba la vuelta con los ojos cerrados y sudando.

- ¡Abre los ojos, idiota! – le contestó Nuka mientras le propinaba una colleja bien fuerte - ¿Quién narices ha dicho que yo quiera algo contigo? ¡Gaznápiro! ¡Mira que eres tonto!

Poco a poco, Amets fue abriendo los ojos, y vio que Nuka llevaba puesto un camisón azul oscuro, y que no se encontraba desnuda como él pensaba. Le cubría prácticamente desde los hombros hasta las rodillas, y que no tenía ni siquiera la boca del cuello amplia, lo cual impedía cualquier atisbo de ver nada incluso estando inclinada hacia delante como lo estaba ella, pues él estaba sentado en el camastro y ella se puso a su altura. Era imposible que dejase a la vista nada sugerente.

Después de tragar saliva y recuperarse de casi un amago de infarto, Amets respiró aliviado. Vio la cara de Nuka, que se había recogido la melena en una coleta, y le transmitía cierta ira, como la que ya había visto cuando negociaba con el posadero. La vergüenza que estaba pasando en aquel momento hizo que prácticamente desaparecieran los efectos del vino ingerido hacía un rato. Él era demasiado vergonzoso para manejarse en situaciones como esa, le costaba siempre dar el primer paso. Y es que su vida amorosa había sido un poco decepcionante, a pesar que muchos conocidos siempre le habían dicho que era bastante atractivo.

- Mira que eres tonto – de repente el semblante de Nuka pasó de la ira a su ya clásica sonrisa maliciosa - ¿En serio pensabas que iba a desnudarme e intentar acostarme contigo sin más? ¡Ja, ja, ja! Qué sepas que no me acuesto con el primero que

conozco. Además, eres demasiado joven para mí, y un petimetre con un mechón rubio, todo haya que decirlo. Y por último, no me interesas ni lo más mínimo. No ve van los ayudantes que sirven a bellas damas como yo.

- ¡Perdóname! Esta situación por la que estoy pasando me hace pensar y decir cosas que no debo. ¡Son los nervios! – suplicó Amets haciendo el gesto de juntar las manos para pedir perdón - ¡Lo siento! ¡No quería malinterpretar nada! ¡De verdad!

Nuka lo miró con incredulidad. No podía creer lo dócil y vergonzoso que era aquel chico que había conocido ese día. A ella le llamaba la atención aquel muchacho tan respetuoso y torpe al mismo tiempo. Por desgracia, cualquier otro hombre de aquella época habría intentado al menos insinuársele. Ya tenía experiencia en esos casos, y en más de una ocasión había tenido que utilizar la fuerza para rechazar a algún que otro acosador. Ser una mujer solitaria y viajera en aquellos tiempos, era todo un desafío. Por ello mismo, Amets despertó gran simpatía en ella, por lo que sonrió mientras él le pedía disculpas una y otra vez. Finalmente, se puso seria, y le cogió del mechón rubio suavemente, mientras decía:

- Te perdono por esta vez, pero ni una más, ¿eh? Venga, a dormir que ya es hora. Además creo que el vino me está haciendo efecto. Buenas noches Amets...Y no intentes nada, ¿eh?

- Buenas noches Nuka. Tranquila que me estaré quietecito.

Amets se quitó las botas y las dejó al lado del camastro. Se tumbó mirando al techo, mientras Nuka apagaba de un soplido la lámpara que iluminaba la habitación. Poco después, el agotamiento le hizo caer en un profundo sueño. Ya eran dos noches las que estaba pasando en aquella época, y todo hacía indicar que no sería la última.

CAPITULO XIV "CON NOCTURNIDAD Y ALEVOSIA"

La luz de la luna pasaba a través de los cristales de la ventana, e iluminaba el rostro de Nuka, que roncaba considerablemente. Estaba tendida en la cama, medio tapada con una sábana y durmiendo a pierna suelta.

Mientras, en su camastro, Amets trataba de conciliar el sueño después de que los ronquidos de ella le hubieran despertado hacía un rato. Alternaba mirar por la ventana con mirar hacía la cama de Nuka, para ver si en algún momento dejaba de emitir semejantes ronquidos, con no darle vueltas a la conversación que habían tenido antes de dormir. Y cuando estaba a punto de volver a pensar en ello, Nuka se giró y dejó de roncar, para decir un par de palabras ininteligibles. Debía estar soñando. Amets la miró, y vio como el silencio se adueñaba de la estancia tras los balbuceos de ella en sueños. Era la ocasión perfecta para retomar el sueño propio y poder descansar, así que cerró los ojos y trató de relajarse.

No habían transcurrido ni cinco minutos cuando una sombra invadió la habitación. Se había deslizado dentro después de hacer girar la cerradura desde el exterior con sumo cuidado. Miró el camastro, donde Amets respiraba profundamente con los ojos cerrados. Después, miró al otro extremo de la habitación, donde Nuka volvía a roncar suavemente tumbada boca abajo, mientras abrazaba la almohada. Se acercó hasta la cama, y le puso la mano en el hombro que se dejaba entrever entre la melena morena de Nuka, pues la coleta que se había hecho para dormir se había soltado y había dejado libre su largo pelo suelto. Ella enseguida salió del sueño en el que se encontraba y abrió los ojos.

- ¡Maldita sea Amets! ¿Es que no te ha quedado claro o qué? – exclamó ella - ¡Estás confirmando que eres muy...!

Se quedó sin palabras al darse la vuelta y ver que quien le había tocado el hombro no había sido su nuevo compañero de viaje. Tenía enfrente una sombra que debía medir casi dos metros, que iba encapuchada y que no le dejó tiempo para reaccionar.

- ¿Quién demonios...? – dijo Nuka, que no pudo acabar la frase.

El intruso le tapó la boca con la mano, y la agarró fuertemente del brazo izquierdo. Ella intentó revolversse, pero era demasiado tarde. Le giró el brazo, que se lo puso detrás de la espalda, y se le acercó al oído para susurrarle.

- Más te vale no moverte, guapa...

Nuka abandonó cualquier intento por zafarse de su adversario. Miró el camastro donde Amets dormía, y se le heló la sangre. Otra sombra, similar a la que la retenía a ella, se acercaba hasta él. La situación se había puesto complicada. Estaba prisionera de un desconocido en plena madrugada mientras otro iba directo a por su compañero de viaje. Pensó que seguramente querían robarles, pues había escuchado decir que

últimamente había más bandidos en los caminos, aunque allí dentro debían estar relativamente a salvo. Sin embargo no había sido así, y además la habían cogido con la guardia baja. Todo hacía indicar que la noche no iba a acabar bien.

Pero de repente, justo cuando el segundo encapuchado iba a tocar a Amets, este abrió los ojos y lo vio. Movi6 las manos rápidamente, y tras agarrar al enemigo, lo lanzó hacía una de las paredes de la habitación ayudándose de su propia pierna, cayendo de costado y golpeándose en la cabeza. El golpe causó un gran estruendo en el silencio de la madrugada. Pero el desconocido no se volvió a mover.

El semblante de Nuka cambi6 radicalmente al ver cómo había salido volando el encapuchado, al igual que la cara del que estaba sujetándola a ella. Nadie en aquel lugar esperaba lo que acaba de ocurrir. Al parecer, Amets no estaba dormido cuando entraron los asaltantes, y esper6 al momento adecuado para contraatacar. Ahora, ya en pie, mir6 al encapuchado que tenía retenida a Nuka.

- ¡Suéltala! O acabarás como tu amigo – dijo Amets desafiante y con el rostro serio.

- Eso ya lo veremos – contest6 el encapuchado, que soltó a Nuka empujándola hacía la pared, con la que se golpe6, para luego caer al suelo y quedarse acurrucada.

La situación era complicada. La amenaza de Amets había surtido efecto, pero el escenario de combate se avecinaba difícil, pues las dimensiones reducidas de la habitación ponían las cosas difíciles para el arte de combate de él. Y ya no disponía del factor sorpresa, el cual había sido decisivo para deshacerse del otro individuo. Pero tenía que afrontar la situación como fuese. Nadie dijo que iba a ser fácil.

Tras observarse unos instantes, el encapuchado se abalanz6 sobre Amets, al que sacaba una gran diferencia de altura. Él intent6 esquivarlo, pero tropez6 con el camastro y sali6 trastabillado hacía la izquierda. Su idea de proyectarlo hacía la otra pared no tuvo éxito, y qued6 arrodillado junto al cuerpo inm6vil del otro enemigo. Sin apenas tener tiempo para asimilar la caída, el encapuchado le lanzó una patada en el est6mago, que pudo esquivar ligeramente, por lo que el impacto no fue fuerte. Se levant6 con dolor en la zona del golpe, y puso su atención en el enorme enemigo que tenía enfrente. Debía hacer algo decisivo cuanto antes, pues si le agarraba, estaba perdido, dado que el asaltante aparentaba tener bastante fuerza.

Amets se fij6 en que su camastro se había movido un poco de su posición inicial, e interpret6 que no debía de pesar mucho, pues cada vez que había intentado darse la vuelta al dormir, se movía con facilidad del sitio. Lo tuvo claro. Cuando vio que el encapuchado volvía a abalanzarse sobre él, metió el pie derecho por detrás de la pata del camastro más cercana a él y lo lanzó contra su enemigo. Este, que no esperaba esa artimaña, se encontr6 con el mueble de por medio, y tropez6, cayendo de frente sobre este. Amets aprovech6 la situación para agarrarlo del hombro mientras caía y le hizo una llave de aikido, con la que tras poner su mano en el pecho del enemigo, le hizo dar

la vuelta y caer boca arriba en el suelo. Del golpe, quedó medio aturdido, y él aprovechó para agarrarlo bien del cuello e impedir que se moviese.

- ¿Quiénes sois y que queréis? – le preguntó mientras le asfixiaba.

- ¿Y a ti que te importa, berzotas? – le contestó el encapuchado.

- Veo que no lo has entendido... - aumentó la fuerza de los brazos para asfixiarlo aún más – Si no quieres morir aquí y ahora, solo tienes que cantar.

- ¡Maldición! – dijo el encapuchado a duras penas mientras se quedaba sin aire - ¡Está bien! Os vimos cenando abajo y pensamos en que tendríais algo de valor para robaros.

- Con que estabais abajo, ¿eh? – Amets comenzó a soltarlo poco a poco – Pues lamento comunicar que no tenemos nada de valor. ¡Así que a dormir que es tarde!

Cuando el encapuchado pensaba que había quedado libre, Amets le volvió a coger, esta vez de la cintura, y lo lanzó contra el suelo, de forma que impactó con su cabeza justo a los pies de la cama grande, quedando inconsciente.

- ¡Buf! Desde luego que cuanto maleante hay por ahí suelto– dijo Amets mientras se espolsaba el polvo de la ropa – Menos mal que tus ronquidos no me han dejado dormir, si no, nos pegan una paliza por nada.

Nuka, que seguía en el suelo, se había quedado estupefacta. Había presenciado como Amets se había desecho de los dos ladrones con una cierta facilidad, y eso la asombró. Estaba sentada en el suelo, en el hueco entre la pared y el lateral de su cama, agarrada a su camisón y con la melena completamente despeinada. Trata de asimilar lo que acababa de pasar, pues el despertar de golpe con todo aquello la había desubicado completamente.

- ¿Qué...qué? – dijo en voz baja hasta que ya de golpe levantó la voz - ¡¿Qué demonios has hecho, Amets?!

- ¡Gracias diría yo! – dijo Amets con asombro después de escuchar a Nuka con un tono algo furioso - ¿Cómo que qué he hecho? Pues deshacerme de unos ladrones de medio pelo, que tienen por afición hacer las cosas con nocturnidad y alevosía.

- ¡Oye petimetre! Me refiero a que tipo de arte de combate es esa. No la había visto nunca.

- ¿El aikido? Es muy probable que no lo conozcas. Se trata de un arte marcial oriental, que utiliza la fuerza del oponente en tu propio beneficio. Aunque para haberlo hecho bien y no haber tenido que recurrir a lanzarle mi propio camastro, hubiera necesitado más espacio para poder realizar mis movimientos de la forma más eficiente y efectiva.

- ¿Aiki...qué? – dijo Nuka tratando de imitar a Amets.

- Aikido. Si quieres podría enseñarte algo. Pero ahora ayúdame a sacar a este par de malandrines de aquí – le contestó Amets mientras cogía al más grande por los sobacos para levantarlo – anda, cógelo de los pies y lo sacamos a la calle.

- ¿Y qué tipo de golpes tiene? – le preguntó Nuka después de levantarse del suelo y coger al encapuchado por los pies – Porque solo te he visto esquivar y lanzar. ¿No se dan patadas y puñetazos? Una buena patada es fundamental siempre.

- El principio fundamental es el desarrollo del control de uno mismo para conseguir armonizar con el adversario, sean cuales quieran que sean sus características. Se ha de regular el espacio, el tiempo y la energía – Amets le explicaba mientras los dos cargaban el cuerpo del malhechor – Así consigues utilizar la energía del oponente en tu beneficio. Nada de golpes sin sentido.

- ¡Increíble! Nunca hubiera imaginado un estilo de combate así, la verdad es que está bien pensado. Utilizar la energía del otro en tu propio provecho. Yo es que soy más directa a la hora de pelear.

- Se trata de hacer esquivas, lanzamientos, desvíos o golpes en puntos vitales para mermar al contrario. Incluso inmovilizaciones.

Mientras comentaban el funcionamiento del aikido, sacaron a los dos ladrones a la calle, y los dejaron atados a un par de árboles que había cerca. No sin antes registrarles los bolsillos y encontrar alguna moneda. Ambos volvieron a la habitación y Nuka cerró la puerta, asegurándola con algo más que la simple cerradura. Amets volvió a colocar su camastro en el lugar correspondiente, pero del golpe había quedado bastante dañado. Pero aún se podía dormir en él.

- ¿Ves? – dijo Nuka – Poco a poco vas pagando tú viaje.

- Me parece correcto. Es una forma de pago más que adecuada. Así me siento bien y más tranquilo - comentó Amets mientras volvía a sentarse en el camastro – soy una persona a la que no le gusta tener deudas, pero a la vez me gusta ayudar a la gente. No podía permitir que te hicieran daño.

- Te estoy agradecida, pero que sepas que yo también habría podido hacerme cargo de la situación – dijo Nuka con aire de superioridad – no es la primera vez que me veo en una situación así. Y por ello siempre voy preparada...

Se acercó a su bolsa, que estaba junto al cabezal de la cama, y soltó el cordón que había. Al abrirla, sacó de su interior una espada, cuya vaina brillaba con la luz de la luna que entraba por la ventana. Y es que estaba recubierta de un terciopelo de color jaspe que le daba un aspecto magnífico, con el brocal y la contera recubiertas de una plata muy limpia y pulida. La empuñadura se caracterizaba por tener una piedra preciosa en el pomo. Parecía una joya.

- Esta es *Tilenus*, mi espada – dijo Nuka mientras la desenvainaba - Con ella me defiende de los enemigos y castigo a los malvados.

La guarnición también parecía tener plata, y al sacarla, la guarda brilló como si se tratara de oro puro. Toda la hoja resplandecía con la luz de la luna, y Amets se quedó impresionado al ver el arma que llevaba su compañera de viaje. Nunca hubiera imaginado que aquella mujer tuviera semejante espada.

- ¿De dónde has sacado una espada como esa? – preguntó – ¡Es espectacular!

- Mi maestro me la regaló hace mucho tiempo... - Nuka la miró con el semblante algo triste – Y yo no he dejado de cuidarla ni un día. Y ella a mí tampoco.

- ¿Puedo cogerla?

- Las espadas están conectadas con el alma de su portador. Dejarte que la cojas puede suponer una traición por mi parte hacia ella. Además, tienes pinta de no haber cogido nunca una, por la cara de emoción que tienes ahora mismo.

- Al menos un instante, por favor te lo pido – le suplicó Amets.

- ¡Ni hablar! Tendrás que conformarte con coger esto – le contestó Nuka mientras le entregaba la vaina vacía – además, un ayudante tiene que cargar con las cosas de su señora.

- Está bien... - contestó Amets apenado – menos da una piedra...

Tomó la vaina, de la misma forma que si se tratara de la espada. La agarró con las dos manos, y tras hacer un par de movimientos hacía adelante y hacía atrás con ella, despertó la curiosidad en Nuka.

- ¿Qué son esos movimientos?

- Otro modo de lucha que conozco, pero con algo similar a una espada. El *Kendo*, que significa “camino del sable”. Pero no he pasado del modo entrenamiento, para que lo entiendas – sonreía Amets mientras movía la vaina de un sitio para otro – no he luchado nunca como tal con una espada.

Nuka lo observaba. Vio que tenía cierta habilidad para manejarla, y una agilidad y velocidad que le sorprendieron. No parecía que nunca hubiera cogido una espada, todo lo contrario. Sus movimientos transmitían serenidad, aunque de vez en cuando hacía alguno incorrecto.

- Bueno, ya está bien de jugar. Creo que deberíamos descansar un rato después de todo este trajín. Así que dame la vaina, que tengo que guardarla.

- ¡Vaya! Ahora que le estaba cogiendo el gustillo.

Amets le devolvió la vaina a Nuka, que metió la espada otra vez dentro, y está en la bolsa. Ambos volvieron a sus respectivos lechos, para tratar de descansar un rato antes de reemprender el viaje hacía Barcelona. La noche había sido más movida de lo esperado, pero afortunadamente había acabado bien. Tocaba dormir.

CAPITULO XV "BARCINO"

El canto de un gallo despertó Amets. Abrió los ojos y se incorporó en el camastro. Vio a Nuka que ya estaba despierta y vestida, terminando de lavarse la cara con agua del caldero que había en el pequeño habitáculo. Se desperezó y se calzó sus botas. Nuka le dijo que se apresurara que ya iban con retraso, por lo que se afanaron ambos en bajar hasta la barra, donde el posadero les sirvió el desayuno. Una vez acabaron, fueron hasta donde estaba el carro. Allí, Bodus relinchó al verlos llegar, y Nuka le acarició la crin. Sacaron el carro del lugar donde lo habían dejado el día anterior, y tras engancharlo nuevamente al caballo, montaron y salieron de la posada para retomar el camino a Barcelona.

Aún estaba terminando de amanecer, y el día se presuponía ligeramente nublado. No tenía pinta de que pudiera llover, pero el sol iba a tener que ganarse un lugar en el cielo, y es que a medida que avanzaban por el camino, la cantidad de nubes iba aumentando. Bodus mantenía un buen ritmo, como siempre, y el camino no se encontraba del todo mal, lo que favorecía la velocidad.

- ¿Cuánto nos queda para llegar a Barcelona? – preguntó Amets después de un buen rato de silencio.

- Vamos mejor de lo que esperaba, así que con suerte puede que lleguemos hoy mismo a última hora si no hay ningún imprevisto – contestó Nuka - He tomado una ruta diferente a la habitual, como no hemos de detenernos más, por lo que creo que antes de que anochezca estaremos llegando la ciudad.

El viaje dio de sí lo suficiente para que Amets explicara a Nuka algo más acerca del *aikido* y del *kendo*, pues a ella le surgió mucha curiosidad.

- No se te ve con pinta de guerrera, la verdad.

- Tal vez no lo aparente, pero me mantengo bien. Lo necesario para cuidar de mi misma por estos lares. No siempre llevo un ayudante como tú - le sonrió ella.

- ¿Y qué llevas dentro del carro? Aún no me lo has enseñado.

- Ni creo que lo haga. Son mis provisiones y mi ropa, poco más – zanjó Nuka inmediatamente.

- De acuerdo, dejaré de husmear, veo que no te hace gracia - le contestó él con desgana.

- A ver si te piensas que te voy a enseñar mi ropa interior, ¡pervertido! – le reprochó ella

- Vale, vale... La verdad es que no tengo ningún interés en tu ropa interior.

- Así me gusta, que sepas marcar el límite – sonrió ella – por cierto, creo que ya es hora de comer. Pararemos un rato aquí mismo. Y de paso Bodus recuperará fuerzas.

Tal y como había dicho Nuka, pararon un poco más adelante, junto a una pineda. Allí, Bodus bebió de un pequeño riachuelo cercano, mientras ellos dos comieron de las provisiones que llevaban. Tras el pequeño descanso, reemprendieron la marcha.

Casi media hora después, Amets señaló una cadena montañosa a su izquierda y exclamó:

- ¡Montserrat! ¡Ya nos falta poco!

- Veo que te conoces bien el camino, pero aún queda un trecho.

- He pasado por aquí incontables veces camino de mi lugar de origen. Y esas montañas me indican siempre que, o estoy llegando a Barcelona, o que la estoy abandonando.

- Eres un hombre raro, Amets – dijo Nuka frunciendo el ceño – tienes cada cosa...

Amets sonrió y después miró hacia el frente.

Una hora más tarde, cuando habían cruzado las montañas que había delante de ellos, se abrió un valle con un río. El camino iba siguiendo el río a lo largo del valle, y al fondo se empezaba a vislumbrar el mar. Amets recordaba aquella zona muy diferente, pues en la actualidad se trataba de una zona con diversas poblaciones, zonas industriales y numerosas autopistas.

Siguieron el camino que iba paralelo al río, dejando atrás algunas casas dispersas. Un poco más tarde, avistaron una gran montaña al fondo a la izquierda. Nuevamente, Amets volvió a señalar y hablar.

- Ahí está Montjuïc. Es increíble...

- ¿Te refieres al *Mont dels Jueus*? – dijo Nuka con desgana – No sé qué tiene de increíble...

- Para mí lo es... - dijo suspirando Amets – Pero, un momento. ¿El *Mont dels Jueus*?

- Yo lo conozco así como la inmensa mayoría de gente, ya que allí hay un cementerio judío muy grande. La forma en la que lo has llamado tú, es la primera vez que la escucho. Desde luego, no paras de sorprenderme...Montjuïc dice...

Amets estaba viendo la montaña de Montjuïc muy diferente de como él la conocía. La montaña se veía prácticamente virgen, no había las grandes construcciones que él conocía en el presente. En especial, le sorprendió la ausencia del castillo, que era de época moderna. Se emocionó al verla así, pues él siempre había tenido curiosidad por ver zonas como esa antes de la gran explosión poblacional y el avance imparable de las construcciones contemporáneas. Le gustaba mirar fotos antiguas para imaginar cómo

había sido un lugar en el pasado, ver qué diferencias había con el presente, observar que había pervivido en el tiempo. Todo eso le fascinaba.

El río era mucho más caudaloso en aquella época, fruto de que la demanda de agua era mucho menor por parte de la población, y tampoco existía ninguna presa que acumulara y restringiera el flujo del agua. Otra gran montaña era el preludio de su llegada, y era la más alta de todas. Amets la identificó para sí mismo como la zona de Collserola, pero no se atrevió a decirle nada más a su compañera por el momento, ya que le habría tildado de loco como poco.

A sus espaldas, el sol comenzaba a estar cerca de la cumbre de las montañas que iban dejando atrás. El atardecer ganaba protagonismo, y debían darse prisa para llegar a la ciudad antes de que anocheciera por completo. Nuka era consciente de ello, por lo que le pidió a Bodus que hiciera un último esfuerzo. El caballo aumentó el ritmo y los árboles del camino comenzaron a pasar cada vez más deprisa. Poco después tomaron otro camino que les llevó hasta una pequeña loma ya bastante cercana al plano donde debía encontrarse la ciudad.

Tras superar un pequeño montículo, el plano que había entre la montaña de Montjuïc a su derecha, y un río a la izquierda, se mostró antes ellos. Amets abrió bien los ojos para ver lo que creía que estaba soñando: la ciudad medieval de Barcelona, completamente amurallada, como él la había imaginado tantas veces mientras trabajaba en el museo. Y es que trabajar allí, en el epicentro del barrio gótico, le había hecho pensar cómo sería todo aquello en el medievo, el cual trataba de imitar la reconstrucción contemporánea de la zona. Lo primero que le llamó la atención fue la extensión de la ciudad, mucho más reducida que en el presente. Esto era evidente, pero estaba tan acostumbrado al tamaño descomunal de la urbe moderna que ver las reducidas dimensiones de la ciudad en aquella época, lo desconcertó un poco. Después, a los alrededores de las murallas, pudo ver una gran cantidad de casas dispersas, de poco lustre y rodeadas de zonas de cultivo. A la derecha de la ciudad, pudo identificar que la muralla discurría aproximadamente por donde lo hace la Rambla, hacía el mar. Pero otra muralla, más exterior aún, que bordeaba la zona baja de Montjuïc, tenía aspecto de ampliar más el perímetro de la ciudad, a pesar que en su interior no había tantas construcciones. Donde sí había una gran cantidad de estas, alternando entre casas bajas y otras más altas, era en el interior del perímetro que delimitaba la muralla que bajaba por la Rambla y el otro extremo de la ciudad, más próximo al río. Esta zona si parecía mucho más poblada, y emanaba una gran cantidad de humos procedentes de las numerosas chimeneas.

Según se acercaban a la muralla, que destacaba por una gran cantidad de torres de vigilancia, Amets vio algo sospechoso, pero creyó que era su subconsciente que le estaba traicionando.

- Entraremos por la puerta norte – dijo Nuka señalando la zona de la muralla a la que se dirigían – por allí es el camino más corto al centro donde se debe encontrar el edificio donde está tú amigo.

A Amets le cambió el semblante instantáneamente. Ya estaban llegando a destino, pero ahora no sabía por dónde tirar. Debía buscar al cura de Anzano, pero no tenía idea alguna de localizarlo. Pensó unos instantes y rápidamente contestó:

- Antes necesito localizar al que tenía alguna información acerca del asunto de mi amigo, y para ello tengo que ir a la catedral primero. Allí creo que podré encontrarle.

- ¿A la catedral? – preguntó Nuka sorprendida – Ni que estuvieras buscando un cura para confesarte...

- Pues precisamente se trata de un cura al que tengo que encontrar... - dijo Amets con una sonrisas de circunstancias en la cara – Se trata del cura de Anzano, y supongo que para encontrarlo, que mejor sitio para preguntar que en la catedral.

- Pues sí que vas buscando confesión...pero del cura a ti, jajaja, es cuanto menos gracioso – dijo Nuka mientras trataba de dejar de reír – perdona, me ha hecho gracia.

- Tranquila, es una situación un poco extraña, lo entiendo – contestó Amets mientras se rascaba la cabeza – todo esto no deja de ser raro.

- Bueno, no te preocupes, yo te llevo hasta la catedral y si quieres te ayudo a buscarlo

- Vaya...no quería causarte más problemas – dijo Amets tratando de que Nuka no le siguiera más, pues no quería que supiera más cosas sobre su situación real – bastante has hecho ya trayéndome hasta aquí. Además, no quiero tener que deberte más cosas por el viaje.

Nuka detuvo a Bodus justo antes de llegar a la muralla y miró a Amets con su ya característica cara medio tapada por parte de su melena, que solo dejaba a la vista uno de sus grandes ojos.

- Mira Amets – tomó aire – respecto a lo que me debes por el viaje, estamos en paz. Si no fuese por ti, anoche me habrían robado mi preciada espada, que tiene un valor incalculable para mí. Y qué menos que echarte una mano a buscar. Además, no tengo nada que hacer con urgencia en la ciudad.

Amets la miró algo nervioso, sin saber qué hacer. Pero no le iba a quedar más remedio que dejar que le acompañara. Bien pensado, con ayuda podría localizar antes al cura si este no estaba en la catedral, y parecía que Nuka se desenvolvía con cierta soltura en esos ambientes de taberna.

- Está bien, tienes razón - suspiró Amets – creo que con tu ayuda podré localizar antes al cura por lo menos. Ya después de buscar a mi amigo me encargaré yo, tampoco voy a estar aprovechándome de tu bondad. Bastante has hecho ya por mí.

- ¡Así me gusta! Ya verás como con mi ayuda vas a poder solucionar todo esto cuanto antes. Y por cierto, para mí es un placer ayudarte. No sé por qué me has caído bien. Da gracias por ello, no me pasa casi nunca con nadie.

Tras un pequeño silencio en el que Amets se sintió algo avergonzado por lo que aquella mujer le había dicho, sonrió y ella lo tomó como un cumplido. Después, se giró hacia el frente y se encaminaron hacia la puerta de la muralla que había ante ellos. Se levantaba majestuosa la imponente barrera de piedra ante ellos. Debía tener como veinte metros de altura, y la apertura tenía dos grandes puertas de madera, que estaban abiertas. Había un par de soldados justo al lado de la puerta, que miraron de arriba abajo a la pareja que iba sobre el carromato. Nuka los miró de reojo y una vez pasaron la puerta que daba acceso a la ciudad, le dijo a Amets:

- ¡Bienvenido a la antigua Barcino romana, Amets! ¡Ya hemos llegado!

Amets sonrió y miró a su alrededor. Las casas que delimitaban la calle no tenían nada que ver con los grandes edificios del presente, y el hedor que desprendía la ciudad en sí, le llamó la atención. No había ni un ápice de la contaminación, pero el olor que reinaba en el ambiente le hizo volver de golpe a donde estaba, a la Edad Media. La calle, algo estrecha, tenía un desnivel hacía abajo según avanzaban, pero era más amplia después de pasar la primera esquina. Al fondo, pudo observar que la zona le resultaba familiar, ya que visualizó una fuente. A su derecha dejaron lo que parecía una iglesia. Había gente caminando por las calles, pero menos de la que él esperaba. Cuando llegaron a la altura de la fuente, giraron a la izquierda y bordearon una casa que había tras la fuente. Un poco más adelante, una pequeña plaza se abría ante ellos, y ya pudo reconocer parte de la muralla romana, que en aquella época ya tenía viviendas adosadas. En concreto, una enorme casa estaba en una de las esquinas de la plaza, donde en la puerta, una mujer los vio pasar. Un giro más y llegarían a la catedral. Estaba ya anocheciendo y habían llegado a tiempo, incluso antes de lo esperado.

Y así fue, unos metros más adelante, encontraron otra plaza, de mayor tamaño y más familiar para él, pues comprendía la puerta principal de acceso a la catedral, después de que en el pasado hubieran derruido gran parte de la muralla romana para darle una vista diferente.

Ya en el centro de la plaza, Nuka detuvo el carruaje. Miró a Amets, que desde que habían entrado en la plaza, no había dejado de mirar en dirección a la catedral, como absorto. Él se bajó del carro y caminó un par de metros, mientras ello observaba en la distancia. Pudo darse cuenta de que la cara de Amets era una mezcla entre estupefacción e incredulidad.

- ¿Qué pasa Amets? ¿Te encuentras bien? Parece que hayas visto un fantasma...

Amets se pasó la mano por el rostro hasta tocarse el pelo. Miró bien delante de él para cerciorarse de que lo que estaba viendo era real, e incluso se frotó los ojos.

- Es imposible...No puede ser...Esto no debería ser así... ¿Qué está pasando aquí...?

CAPITULO XVI “LA CIUDAD GÓTICA”

Sin salir de su asombro, Amets seguía mirando hacía la catedral. Sus ojos no daban crédito a lo que estaba presenciando. Desde el carro, Nuka le miraba intrigada. Tanto, que dejó las riendas, se bajó y se acercó hasta él. Bodus dio un relincho.

-¿Qué ocurre, Amets? Parece que has visto un espíritu...

- No puede ser... No puede ser... ¡Esto es imposible!

- ¿Me vas a decir qué narices pasa ya de una vez o te tengo que estirar del mechón rubio ese hasta que me hagas caso?

- Dime Nuka, ¿Cuándo fue la última vez que viniste a esta ciudad? – Amets cada vez sudaba más - ¿Y puedes recordarme en que año estamos?

- Creo que acabas de perder la poca cabeza que te quedaba... - suspiró Nuka – Pero que remedio... No vengo por aquí desde hace unos meses y estamos en el año 1.350 de la venida de nuestro salvador Jesucristo... ¿Contento?

Amets se pasó la mano por el rostro, incrédulo. Miró a Nuka nuevamente, y luego miró hacía la catedral. Un sudor frío le recorría el cuerpo. Señaló la catedral y dijo:

- Es imposible que la catedral tenga este aspecto. ¡Está terminada! ¡Y en estilo gótico! – miró a Nuka – Debería estar en construcción aún, y aún terminada, no debería tener esa fachada.

Y es que Amets lo había repensado varias veces antes de hablar. La catedral, que según las fuentes históricas, se había construido durante todo el siglo XIV, llegando a acabarse casi a principios del siglo XV. Además, la fachada principal había quedado incompleta hasta casi el siglo XIX, cuando se había acabado después de casi cuatro siglos de parón. Él lo sabía muy bien, pues trabajar en aquel entorno le había hecho documentarse bien sobre este, y tenía claras las etapas constructivas del imponente templo cristiano. Era impensable que pudiera verla en aquel estado en aquella época.

La fachada principal se alzaba majestuosa, con todos los arcos apuntados, señal de identidad inequívoca del gótico. A primera vista, era muy similar a la fachada que él conocía en el presente, pero tenía algunas diferencias palpables. En la puerta principal, un parteluz de piedra brillante llamaba la atención. A ambos lados de la puerta, dos pares de ventanales de pequeñas dimensiones comparadas con las del segundo cuerpo superior, que eran mucho más grandes. Las vidrieras no tenían nada que ver, pues eran más coloridas, a pesar de que ya no había casi luz solar y no se podía apreciar bien del todo. Sobre la puerta, un descomunal y policromado rosetón ocupaba la zona central de la fachada. Sobre el segundo cuerpo, en los extremos, dos pequeñas torres rematadas por dos pináculos, flanqueaban otra torre de mayores dimensiones en el centro, cuyo pináculo era mucho más grande que los laterales. En la punta del mismo, en la parte más

alta de toda la catedral, una escultura de bronce de una mujer presidía las alturas. Santa Helena sosteniendo la Santa Cruz ya estaba allí casi seis siglos antes de lo que tocaba.

Amets estaba atónito ante lo que estaba viendo. Él había visto fotografías de la fachada de la catedral hechas en el siglo XIX, donde todo eso no existía, donde solo había una fachada muy austera. Ni si quiera existían la torres laterales ni la central que coronaba el cimborrio. Hasta los ornamentos de la fachada era prácticamente inexistentes y las esculturas brillaban por su ausencia. Pero lo que estaba presenciando contradecía todo aquello visto en las fotografías y leído en los libros. ¿Acaso no se había contado la historia como fue realmente? ¿O es que algo había cambiado? ¿Tendrían algo que ver *Los Hombres de Gerión*...? Y en ese momento se dio cuenta. Si él había llegado hasta allí, posiblemente alguien de ellos podría estar allí también. Rápidamente se echó mano al zurrón y sacó las monedas de vellón de Pedro IV de Aragón. Era cierto. Alguien de aquella época las había hecho llegar hasta el presente, junto al pergamino. Le invadió la duda y el temor. ¿Seguirían allí esos malhechores? ¿Habrían cambiado algo en el pasado que afectara a la historia y el futuro?

- ¡Amets! – le gritó Nuka - ¿Se puede saber en qué estás pensando? Te has quedado mudo después de decir tonterías. ¿Cómo va a estar en construcción la catedral si la acabaron hace un par de años?

Nuka no comprendía porqué Amets estaba así. Obviamente ella desconocía todo lo que estaba diciendo él. Para ella, la catedral no presentaba ninguna alteración significativa.

- No lo entiendo... - dijo Amets tratando de calmarse – Es que...Si al menos...La fachada...

- ¡Deja ya de decir tonterías! ¿Es que te ha sentado mal la comida o qué? – Nuka le regañó – Llevo viniendo tiempo aquí, y la catedral se acabó hará varios años ya. ¿Y eso del gótico que es? ¿Algo de los antiguos visigodos?

- Es...bueno, ¡da igual! – Amets recuperó de golpe la tranquilidad – Debes tener razón, la comida no me debe haber sentado bien y estoy un poco mareado. Creo que deberíamos buscar un lugar para descansar.

- ¡Vaya! Por fin dices algo con sentido – le dijo Nuka con los brazos en jarra mientras lo miraba desde un costado – es prácticamente de noche ya, así que habrá que buscar algún lugar. Y no te preocupes, yo te pago el alojamiento de esta noche. Ya mañana deberás buscarte la vida, que yo tengo que seguir con mis cosas.

- ¡Muchas gracias! De verdad que no sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

- Pues podrías empezar por dejar de decir semejantes sandeces. La catedral en construcción dice...

Después de recuperar la tranquilidad, ambos se dirigieron hacia Bodus, que se había quedado unos metros atrás. Subieron al carro y reemprendieron la marcha. Aun así, Amets no acababa de salir de su asombro y seguía observando la catedral. Cuando abrió un poco más el campo de visión y trato de serenarse del todo, pudo observar a la gente que había en los alrededores. Muchos de ellos mal vestidos, con ropas muy desarrapadas. Escuchó el llanto de un bebé entre los murmullos de la gente, y a una mujer gritar sin saber exactamente que decía. Poco después, un hombre corriendo se cruzó con ellos, mientras otro desde una casa le gritaba. Parecía que había robado algo y el otro se lo recriminaba.

De golpe, Amets recordó donde y cuando estaba. La ciudad medieval no parecía tan bonita como la había imaginado leyendo. Todo aquello era muy diferente y fue un golpe de realidad. A unos metros vio un hombre que se arrastraba por el suelo tratando de apoyarse en las paredes de las casas. Al verlos pasar, el hombre se dirigió a ellos pidiendo limosna, pero Nuka hizo que Bodus acelerara el paso. Amets le miró con sorpresa y le dijo:

- ¿Por qué has hecho eso? Podríamos haberle dado un trozo de pan al menos.

- ¿No te has dado cuenta? – le miró Nuka con el semblante muy serio - Ese hombre tenía la terrible enfermedad que está azotando al mundo. Tenía las manos negras y bultos en el cuello, además de que tosía considerablemente. No quería que nos lo pegara. Y por último, en el estado en el que estaba no se podía hacer ya nada por él. Creo que morirá entre esta noche y mañana.

Amets enmudeció. Nuka tenía razón. Recordó que se encontraba ante una de las pandemias más mortíferas de la historia de la humanidad: la Peste Negra. Y es que hasta que no llegó a Barcelona, no presenció como de terrible era aquella enfermedad. Hasta ahora le había servido como pretexto para ayudarse en su viaje, pero allí mismo había recibido otro duro golpe de realidad. Recapacitó y llegó a la conclusión de que ahora debía andarse con mucho cuidado ante aquella enfermedad. Sabía de sobra como había sido aquella pandemia, y podía utilizar eso en su favor, al conocer cómo se transmitía. Sin embargo, el shock que le había ocasionado la catedral, le había abstraído de la realidad por un instante. Menos mal que su compañera de viaje había estado más centrada y atenta, y es que parecía que Nuka era muy despierta e inteligente.

- Ya sé que te había dicho de ir a buscar al cura ahora o a tu amigo – dijo Nuka - pero la noche se nos viene encima, por lo que creo que será mejor buscar mañana con la luz del día. No creo que ninguno de los dos marche ya de la ciudad. Todo el mundo sabe que viajar de noche es una mala idea. Y cierran las puertas de la ciudad por la noche, no podrán salir. Además, Bodus necesita descansar con urgencia, hoy le he pedido demasiado. Espero que lo comprendas.

- Por supuesto, por mí no hay ningún problema. Creo que has tomado la decisión más acertada. Y como dices, no creo que nada cambie de esta noche a mañana. ¿Conoces algún sitio de confianza en la ciudad para pasar la noche?

- ¡Por supuesto! Vengo muy a menudo por aquí. Conozco varios sitios, pero creo que hoy iremos a la taberna de Laia. Es de lo mejor que podemos encontrar por un precio asequible. Además, su dueña es buena amiga mía, así que se pondrá contenta de verme.

- ¡Estupendo! – exclamó Amets - ¿Y queda muy lejos de aquí?

- Está en la zona donde están construyendo la catedral del pueblo, no muy lejos de aquí.

- ¡Ah sí! ¡La catedral del mar! Sé dónde es – dijo Amets – está cerca de aquí.

El carruaje discurrió por las estrechas calles de la ciudad, que no distaban de ser muy diferentes de las trazas que Amets conocía en el presente. Tan solo a diferencia de altura de las construcciones, y la ausencia de la gran avenida que partió la ciudad medieval en dos, distorsionaban la perspectiva de aquella época. Sin embargo, una calle con similar traza discurría dirección al mar, y la siguieron hasta llegar a una pequeña plaza donde pudo identificar, sin ninguna duda, la basílica de Santa María de Mar.

Estaba rodeada de andamios hechos de madera, y tenía una gran cantidad de materiales en las inmediaciones, como piedras talladas. Un par de grúas con poleas rudimentarias, flanqueaban la entrada principal del edificio.

- ¿Te parece bien como está esta catedral o tampoco? - le dijo Nuka a Amets con recochineo – Yo creo que te has confundido y que pensaste que esta era la otra.

- Pues sí, me confundí – las palabras de Nuka le vinieron de perlas a Amets para disimular y salir del paso – es que no recordaba bien donde estaba cada una.

Tras dejar atrás Santa María del Mar, se desviaron por una callejuela que los condujo a una plazoleta. Allí, en uno de los lados, había una entrada a lo que parecía un patio. Se dirigieron hacia esta, y tras cruzar el umbral, un patio donde había varios caballos atados se mostró ante ellos. Nuka le indicó a Amets que le ayudara a ubicar el carro en uno de los rincones del patio. A Bodus los dejaron atado junto a los otros caballos. Esa zona del patio parecía más un establo que un lugar de paso.

- ¡Vamos! Aquí Bodus y el carro están seguros. Este patio es de una persona de confianza y sé que no les pasará nada.

- Si tú lo dices... - dijo Amets mirando a todo su alrededor con desconfianza

- Tranquilo, no es la primera vez que le dejo aquí.

Amets seguía desconfiando, pero no tuvo más remedio que hacer caso a su acompañante.

La noche caía en la ciudad y las callejuelas se volvían cada vez más oscuras y peligrosas. La escasa luz de las lámparas creaba figuras tenebrosas en las paredes, que

unidas a algunos llantos que se escuchaban en la lejanía, convertían el entramado de calles en un lugar hostil de cara a la noche.

Tras caminar unos metros desde el patio donde habían dejado a Bodus, llegaron a la puerta de lo que parecía una taberna con bastante ajetreo en el interior.

- Es aquí – dijo Nuka al plantarse ante la entrada – esta taberna es de una amiga, seguro que tendrá alojamiento para nosotros y a buen precio. Y no te preocupes, hoy lo volveré a pagar yo. Mañana, cuando se separen nuestros caminos, ya tendrás que buscarte la vida.

- Eh...¡Sí! ¡Por supuesto!- dijo Amets a trompicones – Seguro que él podrá dejar que me quede en su casa. Ir a buscarle hoy sería un fracaso.

Amets le seguía el juego a Nuka, pero en realidad no tenía ni idea de donde podría pasar la noche siguiente. Confiaba en que el cura de Esquedas le aportara algo de luz sobre la portalada de la iglesia y el cilindro, y de cómo poder escapar de aquella pesadilla en la que había caído por accidente.

La fachada de la taberna no dejaba entrever muchos detalles del interior, solo el jolgorio que emanaba de allí dentro. Los vidrios de las ventanas estaban bastante sucios, y los hacían prácticamente opacos. Nuka abrió la puerta y accedieron al interior.

Una escalera de madera descendía algo más de un metro ya que la taberna ocupaba el semisótano y la planta baja en conjunto, creando un espacio amplio y diáfano. Allí, una gran cantidad de personas abarrotaban la enorme estancia. Ahora Amets comprendía el jolgorio que traspasaba las paredes hacía el exterior. Era cuanto menos curioso, el contraste de las calles vacías y silenciosas con el interior de aquel lugar.

Bajaron por la escalera, y a través de la gente, se abrieron paso hasta la barra de madera, donde una mujer rubia que aparentaba unos cuarenta años, los miraba con una ceja más alta que la otra.

- ¡Eh! ¡Tú!- le dijo Nuka a la mujer - ¡Queremos beber!

La mujer rubia la miró, y mientras esbozaba una sonrisa le contestó:

- Hacía tiempo que no te veía...pensaba que me habías cogido asco.

- ¿Cómo voy a cogerle asco al mejor vino de la ciudad?

- Tú siempre has sido muy rarita... ¡Morena!

- Y tú siempre muy acogedora... ¡Rubia!

Después del intercambio de saludos, ambas estrecharon manos con la barra de por medio.

- Amets, te presento a Laia, la dueña de la mejor taberna de toda Barcelona.
- ¡Es un placer conocerla, Laia! – contestó Amets.
- ¡Encantada de conocerte, muchacho! – contestó Laia - ¿Qué queréis beber?
- ¡Vino! ¡Vaya preguntas tienes! – le dijo Nuka entre carcajadas.

Laia sirvió un par de jarras de vino, y se acercó al oído de Nuka para susurrarle en catalán:

- Escolta Nuka, ¿aquest tio és la teva nova aventura?

Nuka escupió el trago de vino que estaba ingiriendo, y Amets, que escuchó el susurro a duras penas, pero lo suficiente para comprender el mensaje, casi se atragantó con su propio trago de vino.

- Creo que voy a sentarme a beber allí, que la cara de aquel señor me suena - dijo Amets mientras se levantaba para irse a sentar en una de las mesas de la taberna y evadir la conversación.

Nuka se giró hacia Laia y comenzó a desmentir cualquier tipo de relación con el joven de pelo alborotado y el mechón rubio, que marchaba camino a una de las mesas con la jarra en la mano.

Amets tomó asiento en una mesa donde había un hombre de avanzada edad que bebía de su jarra.

- Disculpe, ¿le importa si me siento aquí? – preguntó Amets.

- ¡Claro que no, joven! ¡Eres bienvenido a beber conmigo!

- ¡Muchas gracias! Necesitaba huir de una conversación a cualquier precio – dijo Amets entre sonrisas mientras miraba hacía la barra donde Nuka no paraba de hacer gestos negando algo bajo la atenta mirada de Laia.

- Pues en mi mesa tienes cobijo, muchacho – dijo el hombre mientras miraba también hacía la barra – una retirada a tiempo es a veces una victoria, jajaja.

El hombre, que tenía la tez oscura, debía tener unos cincuenta años. Tenía una barba de varios días un tanto descuidada. Apenas tenía pelo en la cabeza, y su frente estaba llena de arrugas. Unos ojos de color castaño flanqueaban una nariz de tamaño generoso. Las orejas, que eran algo más pequeñas, estaban bien adosadas a la cabeza. Sostenía la jarra con unas manos rudas, que daban a entender que las había usado para tareas duras. Sin embargo, su complexión, pese a su edad, estaba bastante equilibrada. Parecía encontrarse en buena forma física y dejaba entrever unos musculosos brazos bajo su camisa de cortas mangas.

- Dime joven, ¿no eres de aquí, verdad? – preguntó el hombre.

- Si y no - sonrió Amets - digamos que no soy de aquí pero he pasado mucho tiempo aquí. Y espero poder pasar más tiempo aquí.

- ¡Pues brindemos por ello! – dijo el hombre alzando su jarra.

-¡Salud! – contestó Amets alzando su jarra para chocarla con la del hombre y brindar.

- ¿Cómo te llamas, muchacho? – preguntó el hombre.

- Me llamo Amets, señor. ¿Y usted?

- Amets... curioso nombre. No lo había escuchado nunca... ¡Yo soy Gelabert!

-¡Encantado de conocerle, Gelabert! – exclamó Amets -¡Brindemos de nuevo!

Ambos volvieron a alzar sus jarras para brindar, y bebieron entre carcajadas.

Sin embargo, el buen ambiente reinante iba a cambiar inesperadamente en los instantes siguientes. En la mesa de al lado, una joven que llevaba una capa oscura se levantó de golpe e hizo intención de salir a marchas aceleradas, pero el hombre que había a su lado, la cogió del brazo y la lanzó al suelo, cayendo justo al lado de Gelabert. Este, al verla caer, y sin dudar un segundo, dejó su jarra y se levantó hacía el individuo que la había empujado.

- Esa no es forma de tratar a una dama...- dijo Gelabert de manera desafiante – *això és propi de malparits!*

- Tú no deberías meterte donde no te llaman, nadie te ha preguntado, vejestorio – contestó el hombre tras lo cual escupió al suelo.

- Si alguien no tiene modales para tratar a una dama en mi presencia, se convierte en asunto mío, y tendré que enseñárselos.

- A mí nadie tiene que enseñarme nada - el hombre iba enfureciéndose cada vez más – y menos un sietemachos como tú.

- Creo que voy a tener que enseñarte además a ser respetuoso con los demás – dijo Gelabert avanzando un paso.

El hombre, que vio como Gelabert se acercaba, le propinó un puñetazo que pudo este pudo esquivar. El contraataque fue otro puñetazo, en esta ocasión de Gelabert contra el hombre, que si fue acertado y lo golpeó en la mejilla izquierda. Este cayó sobre su taburete, que se rompió con el impacto. En ese momento, el silencio se apoderó de la taberna, ante la incredulidad de los presentes. Amets, que estaba sentado aún, y atónito ante la escena que estaba presenciando, se levantó poco a poco. Nuka y Laia, desde la barra, observaban lo que estaba ocurriendo.

- Así aprenderás a tratar a la gente, necio- dijo Gelabert mientras se daba la vuelta para volver a tomar asiento.

Pero Gelabert, al dar la espalda a su adversario, y que pese a que este estaba inicialmente en el suelo, se levantó de un brinco, y le golpeó por detrás, haciéndole caer sobre la mesa. Se golpeó con la mesa en la cabeza, quedando algo aturdido, y se giró como pudo hacía su contrincante, que se encontraba desenvainando su espada corta. Esto hizo abrir los ojos a Gelabert por completo, y se echó mano a su cintura, en busca de su espada, pero pudo comprobar que la había dejado apoyada en la otra punta de la mesa. El hombre se acercó y alzó el brazo con el que sostenía la espada, ya desenvainada, con la intención de propinarle un corte con ella. En ese instante, Gelabert comprendió que había cometido un error de principiante, y asumió que todo iba a tener fin en ese preciso momento. Cerró los ojos para no ver cómo le mataban en aquella taberna repleta de gente.

Los segundos siguientes se hicieron eternos para Gelabert. Sin embargo, escuchó un golpe. Concretamente, el de una espada cayendo al suelo. Abrió los ojos y vio como Amets había golpeado con las dos manos a su enemigo en el brazo con el que sostenía la espada para que la soltara. Acto seguido, Amets agarró al hombre del mismo brazo y lo lanzó contra otra de las mesas de la taberna, donde los que se encontraban sentados, se apartaron rápidamente al ver lo que se les venía encima.

- ¡Maldito seas! – le gritó el hombre desde el suelo - ¿Quién te ha dado vela en este entierro?

- Tú mismo desde que atacaste a mi amigo por la espalda – contestó Amets señalándole – definitivamente había que enseñarte modales

El hombre se incorporó como pudo, y se lanzó hacía Amets. Este, al verle venir con suficiente tiempo, lo esquivó y lo agarró del brazo derecho, se lo levantó hasta la altura de la cabeza aproximadamente y se situó al lado de él, apoyando el cuerpo del hombre sobre el suyo. Ahí, Amets imprimió fuerza e hizo girar el cuerpo del hombre, proyectándolo hacia delante con una voltereta. El impacto del alborotador contra otra mesa fue tremendo, hasta el punto de partir la mesa en dos. Amets observó cómo caía, y una vez en el suelo, pudo cerciorarse de que lo había dejado completamente fuera de combate.

Gelabert, que seguía tendido sobre la mesa, estaba estupefacto ante lo que acababa de ver. Nuka, Laia y el resto de la taberna también estaban atónitos ante la intervención de Amets y el sorprendente desenlace.

- Bueno, creo que ya ha aprendido modales por hoy – dijo Amets sacudiéndose sus ropajes y rompiendo el silencio que se había generado en la taberna.

Un joven se acercó al hombre, que yacía en el suelo entre los restos de la mesa, y tras una rápida revisión, pudo comprobar que aún respiraba, pero que estaba

completamente inconsciente. Después, se giró hacia donde estaba Amets, que se encontraba impasible.

Amets se acercó hasta Gelabert, y le cogió de la mano para ayudarlo a levantarse de la mesa. Este aún estaba en estado de shock por lo que acababa de pasar, pero cogió la mano de Amets y entre ambos hicieron fuerza para que se incorporara.

- ¿Se encuentra bien, Gelabert? – preguntó Amets

- Si, si, por supuesto – dijo Gelabert tratando de recuperar la compostura – y estoy de una pieza gracias a ti, muchacho.

- No podía quedarme de brazos cruzados, soy así.

- Te estoy eternamente agradecido, Amets, sin tu ayuda ahora mismo estaría ensartado en la mesa como un vulgar cerdo – dijo Gelabert mientras caminaba hacía el hombre que yacía en el suelo – y este indeseable ha recibido su merecido... Por cierto...

Gelabert se giró hacia donde había caído la mujer, pero esta ya no se encontraba allí. Había huido rápidamente aprovechando el tumulto. Amets también miró hacía donde había caído ella, pero tampoco la vio. Sin embargo, levantó la mirada y pudo ver como cerca de la escalera que daba acceso a la taberna, Nuka había interceptado a la joven, y se encontraban hablando. La joven parecía querer huir de la taberna cuanto antes, pero Nuka se lo impedía. Mientras, Laia salió de detrás de la barra y ordenó a un par de mozos que sacaran al hombre que había quedado fuera de combate a la calle, junto con sus pertenencias. Poco a poco la taberna recuperó el aliento y su jolgorio, dejando atrás el incidente ocurrido unos instantes antes.

Amets cruzó la taberna hacia el lugar donde se encontraban Nuka y la mujer encapuchada, que apenas había dejado ver su rostro. Una vez llegó allí, se dio cuenta de que Nuka la estaba agarrando por el brazo para no dejarla marchar.

- ¿Qué sucede? – preguntó Amets - ¿Se encuentra bien?

La mujer se giró hacia Amets, y entre penumbras, dejó entrever su rostro. Volvió a intentar zafarse de Nuka, pero no tuvo éxito.

- ¿Te ayudan y quieres marcharte sin dar las gracias? – le espetó Nuka a la mujer – Aquí le tienes, al menos dale las gracias por haberos ayudado a ti y a ese hombre que salió a defenderte.

- Nadie tenía porqué ayudarme... - dijo entre sollozos – solo causo problemas a la gente de mi alrededor...

Nuka la miró con gesto serio, y al ver que dejaba de intentar zafarse de ella, la soltó. Parecía derrumbarse al perder la compostura, pero Amets le puso la mano en el hombro izquierdo.

- Tranquila, ya ha pasado todo. Ahora relájate y recupera la calma – le dijo Amets con gesto amigable - ¿Qué quería ese idiota de ti para tratarte así?

La mujer levantó la cabeza para mirar a Amets, y Nuka pudo ver que las lágrimas caían por su rostro, oculto bajo la capucha de su capa. Entonces Nuka le dijo a Amets que debían ir a un lugar más tranquilo para continuar la conversación. También le preguntó a Laia donde podían hablar tranquilamente los tres, y esta le indicó una pequeña estancia anexa al amplio espacio del salón principal de la taberna. Allí, una lámpara de aceite y un par de cirios iluminaban el espacio. Entraron los tres, y tomaron asiento en una mesa que estaba rodeada de cuatro sillas.

La mujer, que era algo más baja y delgada que Nuka, vestía una camisa verde cuyas mangas eran cortas. Sus brazos mostraban una piel clara y poco vellosa. Una falda marrón con muchos pliegues que le llegaba a la altura de los tobillos, y bien prieta en cintura, dejaba entrever por abajo sus deterioradas sandalias de color oscuro. Se echó la capucha hacia atrás, y dejó a la vista su rostro. Una larga melena rubia salió a relucir. Su rostro, cubierto por las lágrimas, era de una persona que no tendría más de treinta años. Tenía los ojos claros pero pequeños, y una nariz de pequeñas dimensiones los separaba. Sin embargo, tenía los pómulos bien marcados, y unas cejas un tanto pobladas de vello, el cual era del mismo color que el de su melena, que cubría las orejas. Tenía algún rasguño en el rostro, pero nada grave. Más bien parecían magulladuras. Sus labios eran finos, en consonancia con el resto del rostro, y los tenía de un color rosado muy claro.

- Cálmate, estás a salvo – le dijo Nuka mientras la cogía de las manos - ¿Quieres contarnos que te ha pasado? Puedes confiar en nosotros.

- Lo siento... siento mucho haber intentado huir - dijo la mujer entre sollozos – pero tengo mucho miedo...

- De veras, tranquila, con nosotros estás a salvo – le dijo Amets – ya has visto lo que le pasa a los que se meten con mis amigos.

- Es que... - tragó saliva – hace unos días perdí a alguien muy importante para mi...

- Veamos – Nuka la miró a los ojos – primero de todo, ¿cómo te llamas? Yo soy Nuka y este es Amets.

- Me llamo Marion...

CAPITULO XVII “MARION ”

El jolgorio que provenía de la taberna aún era notable en el interior de la pequeña estancia donde se encontraban los tres. Eso hacía que hubiera menos tensión en el ambiente, y le permitió a Marion el poder calmarse un poco. Nuka le cedió un pañuelo para que se secara las lágrimas y se acicalara un poco.

- Veréis... Hace unas semanas perdí a mi esposo... Y he podido saber que tienen su cadáver en el Palacio Real... - comenzó a relatar Marion – Pude saber que en esta taberna se reúnen soldados del Palacio... y tonta de mi pensé que podía venir aquí para conseguir de algún modo poder recuperarlo. Pero ese no era un soldado, sino un impostor, que además quería robarme el dinero que pretendía usar para ello.

Amets y Nuka se miraron un instante.

- Perdona por la pregunta, por si me paso de la raya – dijo Amets – pero, ¿qué hizo tu marido? ¿Cometió algún crimen o algo? Porque si tienen el cuerpo allí aún...

Marion se echó a llorar nuevamente al escuchar las palabras de Amets, y tras unos instantes, pudo recuperar el aliento.

- Mi marido no hizo nada malo, fue ese bastardo del *Barón Erbus*.

- ¿De quién estás hablando? – preguntó Nuka - ¿De ese que siempre acompaña al rey Pedro?

- ¡Sí! – contestó efusivamente Marion – ¡Esa maldita alimaña! ¡Todo es culpa suya!

- ¿Tú sabes quién es, Nuka? – le preguntó Amets

- Por supuesto, todo el mundo sabe quién es – le respondió – Se trata del que dirige a la guardia especial del rey, un cuerpo de soldados un tanto “peculiar”. Además es famoso por su crueldad extrema.

- Creo que empiezo a entender... - asintió Amets – Ese se encarga de la seguridad personal del rey y no tiene miramientos por nada ni nadie, ¿no?

- Tengo entendido que aparte de la guardia real, hay otro cuerpo especial que es el que él dirige - dijo Nuka – el cual tiene muy mala fama en todo el reino e incluso fuera de él. Se trata como de un cuerpo de soldados que se encarga de asuntos turbios. Siempre dicen que quien se encuentra con ellos, no vive para contarlos...

Amets miró a Marion, que ya había dejado de sollozar del todo, y escuchaba atentamente la explicación de Nuka.

- Eso mismo... - dijo Marion – Nadie sabe con exactitud de que se ocupan esos soldados, pero lo que sí sé es que son unos hijos de mil padres, en especial ese bastardo que los dirige... ¡Es un asesino sin escrúpulos!

- ¿Y qué hizo tu marido para verse envuelto con ellos? – preguntó Nuka

- Veréis... Andábamos algo mal de dinero... La situación en la ciudad cada vez es peor por culpa de esa terrible enfermedad que mata a tanta gente. Teníamos unas cuantas deudas...y mi marido, que era carpintero, no tuvo más remedio que aceptar un trabajo en el Palacio Real encargándose de hacer unas puertas para las dependencias que estaban construyendo.

- ¿Y qué pasó?

- Alguien lo asesinó a sangre fría allí... - Marion rompió a llorar otra vez y entre lágrimas pudo seguir hablando – Y creo que fue ese malnacido del que hemos hablado...

Amets y Nuka se miraron, y ambos se comprendieron sin mediar palabra. Poco después, Amets habló:

- Verás, Marion. Mañana tengo que ir a hablar con alguien que quizás pueda echarnos una mano para recuperar el cuerpo de tu marido. No puedo asegurarte nada, pero puedo tratar de averiguar algo.

- ¿De verdad...?

- Intentaré conseguir algo de información, dentro de lo posible, pero tampoco puedo prometerte nada – dijo Amets

- ¡Yo te pagaré lo que me pidas! – exclamó Marion - ¡Mira! ¡Tengo todo esto para ti si puedes ayudarme!

Marion sacó una pequeña bolsita que debía contener monedas dentro a juzgar por el sonido que hizo al agitarla.

- No hace falta que me des nada, ni ahora ni cuando consiga algo – le dijo Amets haciéndole el gesto de que se guardara la bolsita – sin embargo, quería preguntarte algo antes.

- Dime, ¿qué quieres saber?

- ¿Sabes que le pudo pasar a tu marido para que lo asesinaran?

Marion guardó silencio durante un instante, lo suficiente para poner en alerta a Amets y a Nuka. Para ella, contarles a unos desconocidos más de lo que ya les había contado, podía suponer un riesgo, ya que apenas sabía nada de ellos, por lo que decidió no entrar en detalles y les relató una versión difuminada de lo ocurrido.

- Alguien asesinó a Markus en el vergel del Palacio Real por la noche, mientras él iba a marcharse de allí...no sé cuál fue el porqué de ello... Pero ten mucho cuidado al preguntar, no entres en más detalles de lo que os he contado, no quiero ponerte en peligro.

- Tranquila, andaré con cuidado a la hora de hablar – le contestó Amets – por cierto, ¿tienes donde pasar la noche?

- Sí, mi casa no está muy lejos de aquí. Si quieres podemos quedar mañana al anochecer para ver si has podido averiguar algo. Yo por la mañana tengo que resolver unos asuntos por aquí cerca.

- Me parece bien – contestó Amets – pues mañana al anochecer nos vemos aquí nuevamente, ¿de acuerdo?

- ¡Muchas gracias! – dijo Marion – no sé cómo podré agradecerte esto... Ahora debo marcharme antes de que sea más tarde.

- Tienes razón, la noche es peligrosa en esta ciudad – dijo Nuka – y más para una mujer sola que anda por ahí.

- Pues mañana nos vemos aquí... - dijo Marion mientras se volvía a poner la capucha de su capa – Muchas gracias... Hasta mañana.

Marion se levantó y salió por la puerta de la pequeña estancia donde estaban. Nuka se levantó de la silla, suspiró y miró a Amets.

- Te gusta meterte en líos por lo que veo – le dijo Nuka con gesto de desaprobación – así que conmigo no cuentes, porque por lo que sé, si a su marido lo han matado los de ese cuerpo especial, es que estaba metido en algo gordo. Así que yo de ti trataría de evitar tener algún tipo de relación con esa gente. Su fama de asesinos sin escrúpulos supera casi a la de la Santa Inquisición.

- ¡Es verdad! – exclamó Amets - ¡La inquisición! No recordaba que estaban aquí.

- ¿Cómo que están aquí? Están en todas partes...

- Sí, sí. Tienes razón, igual no me he expresado bien – rectificó Amets como pudo para disimular que había caído en la cuenta de que en aquella época la Inquisición ya existía y que eso a él le impresionaba – pero tendré mucho cuidado con lo que digo y a quien se lo digo.

- Pero con quien de verdad has de tener cuidado es con esos soldados de los que hemos hablado, se comenta que la Santa Inquisición, comparada con ellos, son inofensivos.

- ¿En serio? Qué barbaridad... Pero dime una cosa, ¿tú también te has dado cuenta de que Marion no nos ha contado todo?

- Evidentemente, estaba asustada y tampoco podía contarle todo con detalle a unos extraños que acaba de conocer, aunque me intriga esa muerte tan “misteriosa” de su marido – reflexionó Nuka – algo serio tuvo que hacer o descubrir para que lo mataran en pleno Palacio Real...

- Bueno, mañana intentaré averiguar algo, pero tampoco pienso ponerme en peligro más de lo necesario, haciendo caso a tus advertencias.

- ¡Así me gusta! ¡Que me hagas caso! Y hablando de hacerme caso, mientras tú te peleabas con el primero que te encuentras, yo he negociado nuestro alojamiento. Hoy cada uno dormirá en una habitación, ¿te parece bien?

- ¿Por qué no iba a parecérmelo? – preguntó algo extrañado Amets - ¿Es que necesitas que te haga compañía después de lo de anoche?

Nuka se sonrojó de golpe y contestó sin dudar:

- ¡Por supuesto que no! ¡Este lugar es seguro! Además, seguro que querías aprovecharte de lo que pasó anoche para poder espiarme cuando me esté cambiando.

- ¿Estás loca? – exclamó Amets - ¿Qué interés iba a tener yo en querer espiarte?

- Eres un hombre y todos sois iguales, queréis ver cuánto podéis de las mujeres, y más de una mujer tan bella como yo...

- Siento decepcionarte, pero si hubiera querido ver algo ya lo habría intentado...

- contestó Amets haciéndose el desinteresado – además, tampoco eres tan atractiva...

Amets no sabía el error que acababa de cometer, pues la furia se apoderó en un instante de Nuka, que se levantó de la silla, dio una palmada en la mesa con una mano y le cogió de la pechera con la otra.

- ¿Me estás llamando fea, petimetre? – exclamó Nuka a medio palmo de la cara de Amets

- ¡No, no! ¡Ni mucho menos! – balbuceó Amets – Creo que no me has entendido bien y yo tampoco me he expresado bien...

- Te he entendido perfectamente... Piensas que soy más fea que una vaca, y eso no te lo pienso tolerar. Además, tú no eres nada guapo tampoco, con ese mechón rubio, no sé cómo se habrán podido acercar mujeres a ti, si es que lo han hecho alguna vez...

Entonces, Amets, que seguía sentado en la silla, cogido de la pechera por ella, se levantó de la silla y se puso a escasos centímetros de la cara de Nuka. Ambos rostros estaban frente a frente, hasta el momento nunca habían estado tan cerca uno del otro.

- Disculpe vuestra merced, pero yo tengo mucho éxito con las mujeres – le dijo Amets casi susurrándole – lo que pasa es que no me voy a la cama con la primera que pasa...

- ¿Ahora soy la primera que pasa? – contestó Nuka – Si no fuese por mi aún estarías en Huesca buscando el modo de llegar hasta aquí...

- ¡Por supuesto que no eres la primera que pasa!

- Un momento, ¿estás insinuando que como no soy la primera que pasa si me llevarías a la cama? – dijo Nunka sonriendo malignamente - ¡Ah no! Que piensas que soy fea, no lo recordaba. ¿Cómo ibas a querer llevarte a la cama a alguien tan fea...?

- Perdona, pero para nada me pareces fea, todo lo contrario - dijo Amets que cada vez estaba más nervioso

- ¡Ah vaya! Ahora soy guapa, ¿no? Tienes una manera muy rara de conquistar a las mujeres – Nunka estaba cada vez más enojada – Pues que sepas que conmigo te lo puedes ahorrar.

- ¿Quién ha dicho que quiera conquistarte? Eres tú la que no para de insinuárseme.

- ¿Insinuarme yo? – exclamó Nunka – Eso te gustaría a ti, que me insinuara y te lo pusiera en bandeja de plata...

En ese instante, ambos se quedaron un segundo callados ya que escucharon un ruido que provenía de la puerta de la estancia. Allí estaba Laia, que los estaba observando. Ellos se giraron hacia la puerta, y la vieron. Acto seguido, se separaron y cada uno empezó a murmurar por su cuenta.

- Con que estoy insinuando... - murmuró Nunka mirando de reojo a Amets – Ya te gustaría compartir lecho conmigo...

- Que la quiero conquistar... - murmuró Amets también mirando de reojo a Nunka – Ya te gustaría que yo te quisiera conquistar...

- *Paral·leta*, ya tenéis listas vuestras alcobas – les dijo Laia – aunque viendo como os lleváis, creo que mejor deberías ir a una sola alcoba.

- *No penso compatir més habitació amb aquest borinot* - dijo Nunka con gesto de desaprobación – me voy a dormir que ya he escuchado demasiadas tonterías por hoy... ¿tengo el cuarto de siempre, Laia?

- Si, el de la primera planta, al fondo. Y el del joven es el de al lado.

Nunka cogió la llave que tenía Laia en la mano y salió de la pequeña habitación para encaminarse al primer piso. Amets, que emitió un soplo de alivio, cogió la otra llave que tenía Laia y salió también de allí. Sin embargo, antes de salir, se paró y se giró hacia Laia.

- ¿Siempre es así?

- Si te digo la verdad, os he estado observando un poco y nunca la había visto tan nerviosa – le contestó Laia – así que puede que pasen dos cosas: o la has hecho enfadar mucho, o realmente le gustas y no quiere admitirlo.

- ¡Buf! No sé qué sería peor de las dos cosas...

- A juzgar el tiempo que la conozco, yo diría que es la primera opción. Y no te recomiendo tenerla cerca cuando se enfada así.

- Creo que le pediré disculpas por este malentendido, no quiero tenerla enfadada así y ver qué pasa después – dijo Amets muy preocupado – Bueno, muchas gracias por todo. *Bona nit Laia!*

Ahora sí, Amets se marchó hacia el primer piso. Cuando subió las escaleras, vio el pasillo pobremente iluminado de la primera planta, pero lo suficiente para ver como Nuka estaba abriendo la puerta de la última habitación. Ella se dio cuenta de su presencia, pero entró rápidamente y dio un portazo. Eso le indicó a Amets que tal vez no era el mejor momento de pedir disculpas, sino que era mejor esperar a que la noche enfriara un poco los ánimos. No quería ver de qué era capaz en ese estado. Así que caminó por el lúgubre pasillo hasta la puerta que había justo al lado de la habitación de donde había entrado Nuka. La abrió y entró. Él necesitaba también descansar, el día había tenido muchas emociones y había sido muy largo.

CAPITULO XVIII “EL CEREMONIOSO ”

El canto de un gallo despertó a Amets, que pudo ver como entraban los primeros rayos de sol por la ventana de su cuarto. Se vistió rápidamente y se lavó la cara con agua de un cubo que tenía preparado para ello. Cogió su zurrón con todas sus pertenencias y salió al pasillo. Bajó hasta la taberna, que no tenía nada que ver con la ocupación de la noche anterior. Apenas una docena de personas se afanan en desayunar, entre ellas Nuka, que estaba sentada sola en una de las mesas del local. Ella lo vio y le hizo una indicación para que se acercara. Amets le hizo caso y tomó asiento frente a ella. La observó durante unos segundos.

- Buenos días, Nuka.

- Buenos días, Amets. ¿Has podido descansar?

- La verdad es que sí, anoche estaba bastante agotado... - Amets hizo una breve pausa – de hecho, con respecto a lo de anoche...

- No te preocupes, yo también estaba muy cansada y dije cosas que de no debía – le dijo Nuka mientras removía la leche que había en su jarra – si algo de lo que te dije te molestó, te pido disculpas. Lo siento.

Sorprendido por esas palabras, Amets se quedó completamente descolocado. Había pensado en numerosas formas de pedir él las disculpas, pero fue totalmente inesperado que ella diera ese paso.

- Yo también quería pedirte disculpas, no has parado de ayudarme desde que nos conocimos, y por supuesto que lo último que quería era faltarte al respeto o menospreciarte – Amets cogió aire – me pareces una mujer estupenda, y como no, muy guapa, si me lo permites.

- Tampoco hace falta que me agasajes, pero te lo agradezco – Nuka le extendió la mano - ¿Hacemos las paces?

- ¡Claro! – Amets le estrechó la mano – No quería que justo antes de despedirnos acabáramos mal.

- De acuerdo, pues no se hable más. Venga, ves y dile a Laia que te de algo de desayunar. Justamente hoy tiene unos bollos buenísimos.

Ambos desayunaron tranquilamente en un ambiente distendido. Un rato después, se despidieron de Laia y salieron de la taberna. Pasaron por el lugar donde estaba Bodus, que se encontraba bien y le dieron de comer.

- Te acompañaré hasta la catedral, y ya desde allí nos despediremos, que tengo que ir a buscar unas cosas antes de marchar de la ciudad – dijo Nuka

- ¡Perfecto! Un último paseo juntos – contestó Amets, que se acercó a acariciar a Bodus – Ha sido un placer, Bodus. ¡Que sigas siendo un caballo tan noble y leal!

Salieron del patio de cuadras para tomar la ruta de callejuelas que conducían hacía la catedral. La ciudad comenzaba un nuevo día, y los habitantes ya poblaban sus calles poco a poco. Amets empezaba a acostumbrarse a los nuevos olores de la ciudad, que para él, no tenían nada que ver con los de su tiempo. Pese a los años que habían transcurrido, el entramado de calles le era muy familiar, y esto le permitía orientarse con cierta soltura. Tuvieron que esquivar un par de cubos de agua lanzados desde las casas, como nota destacada de la travesía hasta la catedral.

Una vez llegaron a la explanada que se abría ante la catedral, se detuvieron y se miraron.

- Quería darte mil gracias por todo lo que has hecho por mí – dijo Amets – sin ti no habría podido llegar hasta aquí y mucho menos en tan buenas condiciones. No lo olvidaré nunca, y espero que todo te vaya bien en el futuro, te lo mereces.

- No tienes que agradecerme nada, si yo me encontrara en tu situación, también querría que me ayudaran – dijo Nuka visiblemente emocionada – y gracias por ayudarme la otra noche e impedir que me robaran mi querida espada, que tiene un valor incalculable para mí.

Ambos se quedaron un segundo en silencio, pero después de esto, Amets le extendió la mano a Nuka. Sin embargo, esta le dio un fuerte y cálido abrazo.

- Cuídate mucho Nuka

- Lo mismo digo Amets, y si alguna vez me necesitas, ya sabes que en la taberna de Laia puedes saber de mí.

Se separaron y tras hacerse un gesto de despedirse con la mano, Nuka dio media vuelta y se marchó, dejando atrás la explanada y tomando una de las numerosas callejuelas que partían desde allí. Amets también se había emocionado notablemente, y estaba algo apenado de perder la compañía de aquella mujer que tanto le había ayudado prácticamente a cambio de nada. Había tenido mucha suerte encontrándola. Pero ahora acababa esa etapa y debía continuar con su viaje, con tal de obtener información de cómo poder volver al presente, a su época.

Amets caminó hasta la entrada de la catedral. No se cansaba de observarla, palmo a palmo, hasta el más mínimo detalle. Le parecía tan inverosímil lo que estaba presenciando que le producía una tensión que no había experimentado aún. Aquello le hacía dudar de muchas cosas. ¿Hasta qué punto lo que había leído, le habían contado o había visto en fotografías podía haber sido real o una invención? ¿Por qué la catedral tenía aquel aspecto, casi adelantado a su tiempo?

Llegó hasta la puerta, y la empujó para comprobar si estaba abierta. No tuvo problemas para abrirla, pues no estaba cerrada por dentro. Apenas había entrado y ya notaba un olor diferente, característico de cualquier construcción religiosa de aquella índole. El interior de la catedral no difería mucho del que él conocía en la actualidad,

salvo una gran diferencia. El coro, que en la actualidad se ubicaba en la nave central y que dividía el espacio en dos partes, no existía. Todo estaba plagado de bancos hasta el altar. Una cantidad ingente de los mismos ocupaba toda la nave central de la catedral, dejando un pasillo justo en el centro. Justo encima de él, un cimborrio de gran tamaño soportaba el pináculo más alto de la fachada en el exterior. En las naves laterales, diversas capillas dedicadas cada una a un santo diferente completaban a grandes rasgos el interior. Pero hubo algo que le llamó poderosamente la atención, y fue la gran cantidad de confesionarios que había entre las naves laterales y la central. Probablemente hubiera uno junto a cada pilar que sustentaban los arcos de las naves.

Amets caminó por el pasillo central que había entre las hileras de bancos, observando todo con calma, fijándose en cada detalle. Cuando llegó casi a mitad de la nave central, se dio cuenta de que el altar también era diferente de lo que él conocía en la actualidad. El conjunto escultórico barroco que había tras el altar, que era lo que en el presente conocía él, lo sustituía(o en este caso, lo precedía) un hermoso retablo gótico de grandes dimensiones, con pinturas muy brillantes y de colores vivos. Bajo la vista y pudo ver como una persona vestida de monje se encontraba de rodillas rezando en la primera fila de bancos. Se acercó sigilosamente hasta él, sin querer interrumpir su oración. Justo cuando estaba a su altura, el monje se santiguó y tras pronunciar unas palabras prácticamente inaudibles, se incorporó. Entonces se percató de la presencia de Amets. Aparentaba rondar los cincuenta años, pero conservaba una gran cabellera para lo que era habitual en el clero.

- Buenos días joven, ¿puedo ayudarte en algo?

- Buenos días, hermano – dijo Amets – Pues estaba buscando a una persona. No sé si me podrá indicar por donde para.

- Veremos qué puedo hacer. ¿A quién buscáis?

- Busco al cura de un pueblo muy lejano de aquí, de Esquedas. No se si lo conocerá...

- Esquedas... - el monje se pasó la mano por la cara intentando recordar - ¡Ah sí! Buscáis al padre Prodosía. Claro que sé quién es.

- ¿Y podría indicarme dónde encontrarle o cómo poder contactar con él?

- Claro que sí joven, hace poco que lo he visto. Andaba por aquí hace un rato.

- ¿Podría usted avisarle de que me gustaría hablar con él? – preguntó Amets algo nervioso porqué por fin había conseguido dar con él

- ¿Para qué quieres verle?

- Verá, vengo de muy lejos para darle una buena nueva, concretamente de Loarre. Estuve allí hace unos días, pero me dijeron que había marchado hacía aquí.

- Muy bien hijo, pero tengo una mala noticia ahora que lo pienso – dijo el monje tras rascarse la cabeza – hace un rato que ha salido de aquí.

- ¿Cómo? – el semblante se le ensombreció a Amets - ¿A dónde?

- Pues creo que ha marchado al Palacio Real, justo aquí al lado. Tendrás que ir allí y preguntar por él.

- ¡Ah! Claro, ningún problema – dijo Amets respirando aliviado – muchas gracias hermano.

- De nada joven, anda con Dios.

Amets se dirigió a toda prisa a la puerta principal de la catedral. Debía darse prisa, pues ahora tenía perfectamente localizado al cura de Esquedas, era una oportunidad única de poder hablar con él.

Tomó la calle que tantas veces había atravesado para llegar a la entrada del museo, aunque se encontraba algo diferente. Cruzó la pequeña plaza que había algo más adelante, donde se encontraba la puerta de entrada al patio, solo que no había ninguna puerta. Y donde en el presente estaba el *Palau del Lloctinent*, había un edificio de menor tamaño. Giró a la izquierda por una estrecha calle que tenía un arco al final, sobre el cual se alzaba un torreón de planta cuadrada. Tras cruzarlo, desembocó en la Plaza del Rey. Una vez allí, pudo ver que la plaza estaba cerrada por el lado sur, pues la calle que él conocía se abrió posteriormente, y su fisonomía era más rectangular que la cuadrada que él conocía. La alta torre del Palacio Real aún no existía. Aun así la fachada del palacio no era tan diferente de lo que él conocía y la capilla de Santa Ágata podía hacerle ver que se encontraba en su tiempo. Por la plaza caminaban pocas personas, y es que se encontraba justo delante de la entrada del Palacio Real Mayor, lugar de residencia del Rey de la Corona de Aragón en sus visitas a la ciudad. El impresionante conjunto arquitectónico, creaban una emblemática plaza que trascendería el paso de los siglos.

Tras observar los edificios, Amets localizó una escalinata en uno de los laterales de la plaza, que se presumía el acceso principal al Palacio Real. Se acercó hasta allí, donde un guardia custodiaba la entrada al final de las escaleras. Subió por ellas y le preguntó:

- Buenos días señor, ¿podría preguntarle algo?

- *Bon dia, ¿què vol saber?*

- Estoy buscando a un religioso, un cura. Vengo de la catedral y me dijeron que se encontraba aquí. ¿Podría verlo?

- *Disculpi senyor*, pero no puedo dejarle pasar.

- Necesito hablar con él urgentemente. Si no puedo pasar, ¿podrían avisarle para que salga? Se lo pido por favor – suplicó Amets.

- Al Palacio Real solo pueden entrar gentes importantes, y yo no le conozco, por lo que no puedo dejarle pasar. Además, no tengo constancia de ninguna visita esta mañana.

- Se lo pido por favor, no quiero pasar, solo quiero hablar con él...

Justo en ese momento, un hombre vestido de soldado de mayor rango, a juzgar por su armadura y apariencia, pasó por detrás del soldado de la puerta.

- ¿Amets? – exclamó el hombre desde atrás

- ¿Gelabert? – dijo Amets intentado enfocar al hombre - ¿Eres tú?

- ¡Claro que soy yo! – dijo Gelabert mientras se acercaba a la puerta - ¿Qué ocurre soldado?

- *Aquest jove vol veure a un religiós, comandant* – contestó el soldado de la puerta

- *Deixa'l passar, jo el conec. ¡És una ordre!*

- *¡A la ordre, comandant!*

El soldado se cuadró, se apartó y dejó el paso libre a Amets, que se acercó hasta donde estaba Gelabert. Este lo miró de arriba abajo, ya la cara de Amets era todo un poema.

- Acompáñame, y cuéntame a quien buscas, muchacho – le dijo Gelabert mientras iniciaba el paso.

- Ha sido una sorpresa encontrarle aquí, yo no sabía que...

- Por supuesto que no lo sabías. Ni tú, ni mucha gente. Me gusta ir a beber a una taberna como Dios manda, fuera de todo este trajín de palacio. Además, trato de pasar desapercibido ya que me conoce bastante gente en esta ciudad.

- Vaya, que curioso eso.

- Anoche desapareciste muy rápido con la muchacha a la que defendimos. Vi como tú y tu amiga os ibais con ella a alguna estancia de la taberna, y no pude ni si quiera invitarte a una ronda por haberme salvado – dijo Gelabert – sin embargo, te devolveré el favor ayudándote a encontrar a quien buscas. No todo el mundo puede pasar al interior de palacio, y más con los ropajes que llevas.

- ¡Oh, gracias! La verdad es que ha sido un milagro que pasara justo cuando estaba en la puerta – contestó Amets – y no se preocupe por lo de anoche, yo también

lamento haberme marchado tan rápido. Espero que pueda ayudarme, lo necesito urgentemente.

- ¿A quién buscas? Me han dicho que era un religioso.

- Sí, estoy buscando al padre Prodosía. Necesito hablar con él por un asunto de vital importancia.

- ¡Ah, sí! Justamente acabo de verlo. Debe de estar aún en la capilla de Santa Ágata. Creo que estaba preparando para officiar la misa dentro de un rato.

Amets se puso nervioso. Ahora parecía que ya llegaba el momento de encontrarse cara a cara con quien podía darle algo de luz sobre su situación, pero debía tener cuidado a la hora de plantear la cuestión. No podía decir abiertamente lo que le había pasado. Eso podría ponerle en un aprieto, pues algo tan fuera de lo común como era aquella portalada que permitía viajar en el tiempo, podía caer en manos equivocadas y poner en peligro todo el futuro. Su mera presencia allí ya estaba cambiando algo y él ya estaba influyendo en los acontecimientos futuros. Pero de lo que no le cabía duda era que algo ya había cambiado antes de su llegada, y esto era lo que más le atemorizaba.

Giraron a la derecha y caminaron ambos por un pasillo, que tenía una serie de ventanales que daban a la plaza en la que se encontraba la entrada al palacio. Después, llegaron al final del pasillo, donde se encontraba la puerta de entrada a la capilla. La gran puerta de madera albergaba una de menor tamaño por la que se accedía a la capilla, que se encontraba abierta. Entraron los dos, con Gelabert en primera posición, seguido de Amets. Una vez dentro, la capilla parecía mucho mayor de lo que él recordaba de época contemporánea. Una larga alfombra de terciopelo bermellón se abría paso hasta el altar. A ambos lados, una decena de filas de bancos de madera de buena calidad y recubiertos de un barniz oscuro, pero de tamaño reducido, ocupaban gran parte del espacio. En los laterales de la nave había algunas tallas en madera de algunos santos. Tras el altar, un retablo con representaciones de la vida de Jesús.

Justo delante del altar, de espaldas a ellos, había una persona con los brazos abiertos y extendidos horizontalmente. Debía medir poco más de un metro sesenta. Vestía ropajes oscuros. Parecía un hábito de monje o similar. Se le intuía una ligera calva en el cogote entre el cabello canoso. Al notar la presencia de Amets y Gelabert, bajó los brazos y se giró poco a poco hacía ellos, que se iban acercando poco a poco. Tenía la piel bastante pálida, con la frente poblada de arrugas, la cual también carecía de pelo en gran proporción al igual que el cogote. Los ojos, oscuros, le daban un aire enigmático en contraposición con su tez blanca. Una gran nariz, que dejaba entrever numerosos pelos desde su interior, tenía por debajo unos labios finos pero bien marcados. Unos pómulos poco pronunciados y una barbilla pequeña acababan de configurar su cara, que llevaba perfectamente rasurada.

- Sois vos, Gelabert... - dijo con una voz muy suave y tenue.

- Buenos días, padre Prodosia – contestó Gelabert con tono firme.

- ¿En qué puedo ayudarle?

- Verá padre, este joven quiere hablar con usted.

- Por supuesto... - contestó Prodosía – Si puedo ayudar al muchacho, contentaré a nuestro señor Jesucristo.

Amets era un manojito de nervios. Después de su particular odisea estaba frente a alguien que por fin podría darle algún tipo de información de cómo solucionar toda aquella situación. Pero realmente debía ir con cuidado con qué decía y cómo lo decía. No quería que lo tomaran por un loco, por un brujo o hereje. Era evidente que no quería acabar en la hoguera, algo que en aquella época estaba a la orden del día.

- Mi nombre es Amets, padre – inició – Vengo desde muy lejos para poder hablar con usted para ver si me podría ayudar. ¿Usted oficia misas en la iglesia de Anzano, en Esquedas?

- Claro que sí, hijo mío – contestó con su tenue voz – es una de las iglesias que más tengo en estima... ¿Qué es lo que necesitas?

- Pues resulta que mi familia depositó en aquella iglesia una ofrenda hace ya tiempo, y pasé por allí hace unos días, pero no encontré a nadie ni tampoco la ofrenda.

- ¿De qué ofrenda se trata? Hay muchas familias que han dejado numerosas muestras de devoción hacia nuestro señor Jesucristo.

Amets tragó saliva antes de hablar, tenía muchas dudas respecto a cómo describir el cilindro, pero tenía que hacerlo si quería obtener alguna respuesta aclaratoria.

- Se trata de un cilindro que...

En ese instante, se abrieron las puertas de la capilla, cuyo sonido interrumpió a Amets. Él y Gelabert se giraron hacia la puerta, ya que estaban de espaldas. Instantáneamente, Prodosía se inclinó hacia delante con un gesto de reverencia, mientras que Gelabert se postró con una rodilla en el suelo, agachó la cabeza y dijo:

- Majestad, es un honor que nos deleite con su presencia... - miró a Amets que seguía en pie y le susurró - ¿Qué haces, insensato? ¡Agáchate!

Amets, que se puso muy nervioso de golpe, cayó en la cuenta de quien acababa de entrar en la capilla: el rey de Aragón, Pedro IV, “El Ceremonioso”, estaba frente a ellos. No debía alcanzar el metro setenta de altura, cosa que llamó poderosamente la atención de Amets, ya que, para tratarse de un monarca de su fama y transcendencia, lo esperaba más alto. Su cara, configurada por unos ojos claros y una nariz puntiaguda, lucía una poblada barba oscura, la cual empezaba a mostrar canas, fruto de la edad, y se le dividía en dos puntas. Tenía una generosa melena llena de rizos y algunas canas más, que servía de base para una resplandeciente corona, que sin ser muy llamativa, dejaba

claro el estatus del portador. Sus ropajes, de fino terciopelo, le cubrían prácticamente hasta los pies, que apenas se le veían. Sin embargo, una ligera curvatura a la altura de la cintura denotaba que hambre precisamente no pasaba, aunque visto lo visto en otros monarcas de la historia, podría considerarse que incluso se encontraba en buena forma.

Después de asimilar rápidamente que “El Ceremonioso” venía de cara a ellos, Amets, se inclinó imitando a Gelabert. Al rey le acompañaba otro hombre, que debía tratarse de algún cortesano o asistente del mismo. Cuando llegó a donde se encontraban ellos tres, se dirigió a ellos:

- *¡En peu, Gelabert! ¡Bon dia ens done Deu, pare Podrosía!* – miró a Amets – *¿Tenim en nostre palau un convidat?*

- *Majestad... Així és, un jove molt valerós, que anit em va salvar la vida* – contestó Gelabert mientras se levantaba – *vos presente a Amets, Majestad.*

- *Bon dia, jove* – le dijo el rey – *en peu.*

- *Majestad, es un honor estar davant vostre* - contestó Amets muy nervioso – *el meu nom és Amets, per a servir-lo en el que mane.*

- *No ets d'aquí, ¿veritat?* – preguntó el rey con una leve sonrisa

- *La veritat es que no Majestad* – dijo Amets cada vez más nervioso y sudoroso – *soc de terres del nord peninsular.*

- *Doncs parles molt bé el català per a no ser d'aquí, et felicito* – le dijo el rey mientras le ponía la mano derecha en el hombro – pero no te preocupes, hablaré en castellano para que me entiendas mejor.

- *No cal que ho faça per mi, Majestad.*

- No te preocupes muchacho, además no tengo más remedio que acostumbrarme, que tenemos visita de la corte castellana, así que por mí, mejor – contestó el rey lanzando un leve suspiro – *quin remei per tal d'acollir-los...*

- *Estic molt agraït per la seva bonança, Majestad* – le dijo Amets

- ¿Y dices Gelabert que este joven te salvó la vida? – preguntó el rey

- Así es, Majestad – contestó Gelabert – ya sabe que me gusta acudir a las tabernas de la ciudad, y por defender a una dama, me vi entre la espada y la pared. Pero este joven se deshizo del malhechor y me salvó a mí y a la dama a la cual se le hizo la afrenta.

- Vaya, vaya...Un día de estos no lo vas a contar, Gelabert. Tú y tú dichosa manía de beber cuando no estás de servicio... Suerte tienes que te tengo en gran estima y sé que darías la vida por mi si hiciera falta, cosa que valoro sumamente: tú lealtad – dijo el rey, tras lo cual miró a Amets nuevamente – Te estoy muy agradecido por haber

salvado la vida de mi más fiel subordinado, Amets, por lo que te invito a que compartas mesa con nosotros esta misma noche en el banquete que tenemos preparado para recibir a los nobles castellanos.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Amets. El rey Pedro IV de Aragón le acababa de invitar a cenar con la corte en el palacio. Se quedó estupefacto, sin palabras. No podía creerlo. Si de por sí ya consideraba que todo aquello era un sueño(o en su defecto, una pesadilla), la invitación por parte del monarca aragonés rozaba el surrealismo.

- Será todo un honor, majestad... – balbuceó Amets como pudo

- Además, nos vendrá bien que alguien de fuera de la corte nos pueda dar una opinión de los castellanos. Nunca se sabe si pueden tramar algo... - dijo el rey levantando una ceja - ¡Gelabert!

- ¡Sí, majestad!

- Ocúpate de que a nuestro nuevo invitado no le falte de nada. Que le hagan nuevos ropajes en palacio y lo acicalen como es debido. Debe de parecer un cortesano más de los nuestros. Creo que podemos confiar en él para que nos dé su punto de vista – dijo el rey mirando a Amets de arriba abajo.

- Como ordene majestad, yo me ocupo de todo.

- Proporcionale también unos aposentos en palacio, bien merecidos los tiene por salvarte.

En ese momento, a Amets casi le da un infarto. Iba a hospedarse en el Palacio Real Mayor, ese que tantas veces había observado desde fuera en su época, con el que tanto había fantaseado de cómo había sido la vida allí en la edad media. Ahora lo iba a experimentar en primera persona.

- Tranquilo joven – le dijo el rey a Amets – confío en que harás un buen papel. Además, ando intranquilo últimamente con algunos asuntos, así que te pido que observes con detenimiento cualquier actitud sospechosa por parte de los castellanos. Serás uno de los pocos que no conozcan, y podrás ayudarnos a descubrir si traman algo. Te delego esta difícil tarea.

- A sus órdenes, majestad – contestó Amets envuelto en sudores – haré todo lo que pueda para agradecerle su grandeza y amabilidad conmigo.

- Sé que lo harás bien. Quédate con todo lo que veas en la mente y mañana me explicas como los vistes – le dijo el rey a Amets, después de lo cual miró al padre Prodosía – Padre, venía a que me diera confesión.

- Por supuesto, majestad – contestó el padre Prodosía

- Amets – le dijo Gelabert – sígueme. Vamos a ponerte en condiciones de cortesano.

- Ehm...sí, ¡claro! – contestó Amets

La rocambolesca situación que se había creado con la aparición en escena del rey Pedro cortó de raíz la investigación de Amets, ya que ahora no iba a poder hablar con el padre Prodosía en un buen rato. Por otra parte, no podía desechar la propuesta del rey para cenar, ya que haberse negado habría supuesto una grave afrenta con este. Además, lo pensó durante un instante y le convenía seguir en palacio y ganarse la confianza del cura de Esquedas, para poder averiguar algo sobre su situación. Por lo que llegó a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era seguir con el guion.

Gelabert se encaminó hacia la puerta de la capilla, seguido de Amets. Sin embargo, en ese momento, se escucharon unos gritos por los pasillos de palacio. Sin saber de donde procedían, Gelabert se echó mano a la empuñadura de su espada. Amets retrocedió unos pasos, y el rey Pedro y el padre Prodosía se pusieron en alerta. Además de los gritos, se escuchaban pasos que se iban acercando poco a poco, hasta el punto de que parecía que alguien iba corriendo por los pasillos. Gelabert, seguido de Amets, salió al corredor por el que se accedía a la capilla, y vio como un hombre corría despavorido en dirección a ellos. Vestía ropajes sucios y rotos. Tras él, otro hombre, que aparentaba ser un soldado por sus vestimentas, corría con a toda prisa para intentar darle caza.

Cuando casi estaba el primer hombre llegando a la posición de Gelabert y Amets, este tropezó y se dio de bruces contra el suelo. Su perseguidor detuvo la carrera al ver que había caído, y tomó aire. Se acercó hasta él, para cogerlo del pelo de la cabeza.

- ¿Dónde ibas con tanta prisa? – le dijo el perseguidor al perseguido mientras jadeaba.

- Disculpe mi señor – dijo el perseguido entre sollozos – no estoy haciendo nada malo.

- ¿Ah no? ¿Entonces por qué corrías por palacio así? – le estiró nuevamente del pelo - ¿Y cómo has conseguido entrar aquí? ¡Contesta!

Gelabert y Amets, que observaban la escena, relajaron su actitud al ver que la persecución había acabado. El hombre que aparentaba ser soldado lucía diferente al verlo de cerca. De complexión más bien delgada, aparentaba medir más de un metro ochenta. Lucía una larga melena morena que le llegaba un poco más allá de los hombros. La tenía peinada a ambos lados de una raya central, lo cual le despejaba una amplia frente. Las cejas eran finas, muy cuidadas. Y bajo ellas, unos ojos grandes de color claro, quizás azules. Los separaba una pequeña nariz puntiaguda, bajo la cual había unos delgados labios rosados con unas pronunciadas comisuras. Además, tenía un mentón bastante puntiagudo que le daba un aspecto más refinado de lo que se esperaba para ser un soldado.

- ¿Qué ocurre, Lord Riqis? – preguntó Gelabert al que aparentaba ser un soldado.

- ¡Este desgraciado! ¡Pretendía robar en pleno día en palacio! – contestó el hombre armado – Y quería huir tan alegremente...

- ¡Disculpe mi señor, no pretendía ofenderle a usted ni a su majestad! – suplicó el fugitivo.

En ese instante, el hombre consiguió zafarse de Lord Riqis, que se había despistado para contestar a Gelabert, y emprendió a correr de nuevo directo al final del corredor, en busca de la salida, pasando por delante de Gelabert y Amets.

-¡Maldita sea, Gelabert! – gritó Lord Riqis a la vez que salía corriendo tras el fugitivo nuevamente – ¡Se me ha vuelto a escapar por vuestra culpa!

Gelabert levantó una ceja al escuchar el reproche, pero omitió cualquier tipo de comentario. El fugitivo corrió desesperado hacía el final del corredor. Amets observaba con expectación todo lo que estaba ocurriendo, y se dio cuenta de que el ladrón ocultaba algo bajo sus ropajes al pasar tan cerca. Pensó en intervenir, pero si Gelabert no había movido un dedo hasta el momento, él tampoco debía hacerlo, por lo que el ladrón llegó hasta el final del pasillo.

Sin embargo, una silueta apareció frente a él de improviso, como por arte de magia, al otro lado de arco que daba fin al corredor y que lo conectaba con otro pasillo. El fugitivo se detuvo a trompicones al ver que alguien le cerraba el paso. Entonces, su semblante se volvió blanco al ver de cerca a quien tenía enfrente y sudores fríos empezaron a recorrerle el cuerpo.

- Mi...mi...señor... - tartamudeó el ladrón – verá...todo esto es un error que...

No llegó a acabar la frase. La punta de una espada apareció en la espalda del fugitivo, y en apenas un segundo, gran parte del filo de la misma bañado en sangre. La silueta misteriosa que había aparecido frente a él, acababa de ensartarlo completamente.

- Mi...se...ñor... - dijo el ladrón mientras le chorreaba sangre de la boca.

El misterioso hombre armado extrajo la espada del cuerpo del moribundo con una facilidad y velocidad pasmosa. Este apenas había tenido tiempo para asimilar que el metal le había atravesado el corazón, y que estaba a punto de morir. Las fuerzas le abandonaban, y cayó de rodillas frente a su verdugo. Pero justo antes de que se desplomara de frente, el misterioso espadachín le asestó un nuevo espadazo. Sin embargo, en esta ocasión, fue directo al cuello. La velocidad a la que realizó el movimiento fue casi imperceptible para los que seguían presenciando la escena. Y unido a que el filo de la espada debía ser excepcional, dio como resultado que la cabeza del fugitivo acabara rebanada y dando vueltas por el pasillo hasta llegar a donde se encontraba Lord Riqis.

- ¿Ve lo que tienes delante, Lord Riqis? – exclamó el misterioso espadachín con una voz ronca – Si vuelve a fallarme, la próxima cabeza que rueda por los pasillos de este palacio puede que sea la suya...

La figura misteriosa aún se encontraba en la penumbra del arco, y tan solo era visible la espada bañada en sangre.

- ¡Ha sido culpa de Gelabert, mi señor! – gritó Lord Riqis – Si no, no se me hubiese escapado.

- No importa de quien sea la culpa, lo único que importa es cumplir con nuestro deber, y no le he visto hacerlo.

- ¡Iba a darle un escarmiento a ese ladrón cuando lo volviese a atrapar, mi señor!

Entonces el misterioso espadachín salió de la sombra y avanzó hacia Lord Riqis, pasando por encima del cadáver del fugitivo.

Una figura de un metro noventa aproximadamente, caminaba con amplias zancadas. Pese a su elevada estatura, no destacaba por un físico robusto. Aun así, su planta imponía mucho. Calzaba unas botas negras de cuero de buena calidad, sin apenas signos de desgaste. Unos pantalones también negros, pero de una tonalidad diferente a la de la botas, estaban protegidos por unas rodilleras de metal gris oscuro y una especie de musleras de cuero negro. A la altura de la cintura, llevaba una escarcela rectangular de cuero negro que se sostenía con una correa, cuya hebilla quedaba en la derecha, pues en la izquierda tenía enganchada la vaina de la espada. Justo por encima, otro trozo de cuero similar al de la escarcela le tapaba todo el abdomen y se escondía a la altura del pecho bajo una armadura a modo de peto que le cubría todo el pecho. Esta estaba rematada en los hombros por unas hombreras de metal negro, que tenían forma apuntada y lucían unos remaches brillantes en todo su contorno. Era ahí donde tenía enganchada una larga capa negra que le llegaba casi a los tobillos. Los brazos los tenía protegidos por unos guardabrazos similares a las hombreras, que le llegaban hasta las caderas de metal. Desde ahí hasta las manos, unos brazaletes de cuero le cubrían los antebrazos y se insertaban bajo las manoplas, también oscuras. Bajo toda esta parafernalia, se podía ver que tenía una cota de malla de color gris oscuro. Al acercarse poco a poco, su rostro se iba viendo con más claridad. Debía tener entre cuarenta y pocos años. Su tez era blanca, al contrario que todo su atuendo. Tenía una melena oscura de buen volumen que le llegaba a la base del cuello, la cual llevaba peinada hacia atrás, sirviéndose de unas orejas de tamaño significativo, pero sin llegar a ser llamativas. Esto le despejaba por completo la amplia frente. Las cejas eran finas y poco pobladas, y por debajo, unos ojos de color café algo escondidos en sus cuencas, daban paso a una nariz de buen tamaño pero apuntada. Entre una barba de apenas tres días, unos labios finos estaban en posición de mostrar una expresión entre seria y enfadada. Pese a su aparente corpulencia, tenía las mandíbulas bien marcadas en la cara, y su largo pero delgado cuello albergaba una llamativa nuez.

Cada paso que daba el misterioso espadachín resonaba en el corredor. Agitó su espada con un golpe seco por tal de quitarle la sangre que aún quedaba en ella y se situó frente a Lord Riqis, que a cada paso que había dado su interlocutor, se había ido poniendo más nervioso. La cabeza del ladrón yacía en el suelo frente a ellos en un charco de sangre.

- Mi señor, le aseguro que si le había dado caza una vez, podía volverlo a hacer otra y haber zanjado el problema – argumentó Lord Riqis entre sudores fríos

- Sabe lo que pasa cuando me falla la gente, ¿verdad, Lord Riqis?

- Sí, mi señor Erbus – contestó en un estado de nervios desmedido - pero le juro que no volverá a ocurrir.

- Acérquese...

El espadachín misterioso que infundía tanto terror en Lord Riqis, levantó su espada. Este, cerró los ojos, consciente de que le había llegado su hora después de haber dejado escapar al ladrón.

- Espero que así sea... - dijo mientras limpiaba el filo de su espada en la ropa de Lord Riqis – porque si vos volvéis a fallar, la sangre que limpie en sus ropajes será la suya propia. Ahora deshazte de los restos de esa rata.

Después de esto, guardó su espada en la vaina y miró hacia donde se encontraban Amets y Gelabert. Al verlos, levantó una ceja durante un instante, para volver a bajarla. Seguidamente, se dirigió hacia ellos.

- Buenos días nos dé Dios, Gelabert – dijo el espadachín – veo que sigue habiendo ratas que entran en palacio.

- Buenos días, Barón Erbus – contestó Gelabert con gesto de desaprobación – hasta en las mejores casas, siempre hay alguna alimaña.

- Creo que debería revisar los protocolos de seguridad, ya que últimamente ha habido más de un intento de robo.

- No se preocupe, me hago cargo personalmente de ello.

- Por cierto... - dijo el Barón Erbus mirando a Amets - ¿Quién es este joven? Es la primera vez que lo veo en palacio.

- Se trata de un invitado de su majestad. Su nombre es Amets – contestó Gelabert – nos acompañará esta noche en la recepción de los nobles castellanos como consejero. Amets, te presento al Barón Erbus.

Al principio no lo había oído bien, pero con la presentación de Gelabert, Amets pudo escuchar con claridad el nombre de aquel misterioso espadachín que unos momentos antes había asesinado a sangre fría a aquel pobre desgraciado que trataba de

huir por del palacio. Se trataba del famoso Barón Erbus del que habían hablado Marion y Nuka la noche anterior. Y tras haber presenciado aquella ejecución in situ, Amets dedujo rápidamente que el marido de Marion había sido asesinado por aquel individuo, sin ningún tipo de duda. Entonces, el semblante de Amets pasó de incrédulo a serio.

- Es un honor conocerle, mi señor – dijo Amets inclinándose con cara de pocos amigos.

- Encantado de conocerte, joven – contestó el Barón Erbus, que había notado el cambio de expresión en el rostro de Amets.

- Ya he visto que todo está bajo control, Barón Erbus. La verdad es que necesito un lugar tranquilo para descansar después de mi largo viaje, y si se encarga de todos los intrusos por igual, creo que no hay lugar más seguro que este palacio.

- Así es, Amets. No me tiembla el pulso ante nada ni ante nadie – dijo con una sonrisa malévola – si algo pone en peligro a su majestad, mi deber es erradicarlo.

Mientras hablaban, salieron de la capilla el rey y el padre Prodosía al suponer que la situación se había solucionado.

- ¡Barón Erbus! – Exclamó el rey - ¿Todo bien?

- Majestad, no hay ningún problema, todo está bajo control – contestó el Barón Erbus casi dejando a medias la conversación con Amets.

- Me tranquiliza escuchar eso, Barón Erbus. ¿Qué haría yo sin usted?

- Solo estoy para servirlos a vos, Majestad – contestó haciendo una reverencia

- Tengo mucho que agradecerlos, y por eso os tengo en muy alta estima – dijo el rey – vuestros sabios consejos me han hecho tomar solo decisiones acertadas.

- Yo he tratado de dar mi humilde punto de vista, majestad.

- Y espero que lo siga dando, pues hasta ahora han sido decisiones de vital importancia las que han contado con tu importantísima ayuda.

- Como vos ordenéis, majestad. Ahora, si me disculpa, debo acabar de perfilar los detalles de la visita de los nobles castellanos – dijo el Barón Erbus, tras lo cual se giró hacia Lord Riqis – y vos, daros prisa en limpiar todo esto, es vuestro castigo.

- ¡Enseguida mi señor! – contestó Lord Riqis, que cogió la cabeza del ladrón por el pelo y se fue en dirección al cuerpo.

- Gelabert – dijo el rey – no perdamos más tiempo y que se encarguen del joven, le necesitamos para esta noche. Y una cosa que se me olvidaba, ¿no tienes esposa, muchacho?

- Pues verá, majestad, resulta que yo...

- ¡Tráela esta noche! Si queremos que te ganes la confianza de los castellanos, necesitamos que aparentes ser uno más de la corte, y como nos conocen a la mayoría, una pareja de jóvenes servirá para sonsacarles información. Y ahora, sigamos con lo que andábamos, padre.

- Sí, majestad – contestó el padre Prodosía, que se volvió a meter en la capilla, seguido del rey.

Amets, que se había quedado con la palabra en la boca, no pudo acabar de contestarle al rey.

- ¿Qué te pasa, Amets? – le preguntó Gelabert –Tienes mala cara.

- Es que resulta...que no tengo esposa, Gelabert.

- Pues tendrás que buscar una, porque al rey no le gustan nada los desplantados.

- ¿Cómo que buscar una? – contestó Amets en estado de shock - ¿De dónde voy yo a sacar una esposa?

- ¿No tienes ninguna amiga que pueda hacerse pasar por tu esposa? Aunque solo sea por una noche.

Amets cayó en la cuenta de que había quedado para verse con Marion, por lo que pensó en ella como opción para hacerse pasar por su esposa.

- Pues puede que haya alguien, pero debería ir a buscarla cuanto antes.

- ¡Entonces date prisa! – le dijo Gelabert – Y cuando la encuentres, dirigiós a la siguiente dirección que te voy a dar para que os ayuden a estar presentables.

- De acuerdo. ¿Dónde es?

- Verás, debes ir a casa de un notario, Guillermo Ferrer, que está al lado del monasterio de Sant Pere de les Puelles. Se trata de un notario de Palamós que tiene buena relación con la corte. Él se hará cargo de lo que sea necesario. Di que vas de parte de Gelabert.

- ¿Y cómo llego hasta allí? – preguntó Amets que desconocía la configuración medieval de la ciudad.

- Ves por el *carrer de la Llana*, y cuando encuentres el *Rec Comtal*, gira a la izquierda. Verás el monasterio. La casa de Guillermo está unos metros antes de llegar a la puerta del mismo. No te preocupes que la encontraras. Y cuando vuelvas, el guardia de la puerta te dejará pasar. La recepción será en el nuevo *Saló del Tinell*. Él os indicará.

- ¡Perfecto! – contestó Amets – Voy a darme prisa que no quiero quedar mal con su majestad.

Amets se dirigió rápidamente por el pasillo en busca de la salida, y al pasar junto a Lord Riqis, que se encontraba haciéndose cargo del cadáver del intruso, se detuvo por un instante. Al mover el cuerpo decapitado, lo que escondía entre sus ropajes, cayó al suelo. Acto seguido, preguntó:

- Disculpe, ¿eso es lo que había robado el intruso?

- ¿A ti qué te importa? – contestó Lord Riqis – Además, ¿tú quién eres?

- Un invitado de su majestad a la recepción de esta noche – dijo con tono desafiante Amets tras la respuesta recibida

- ¿Un invitado...? – Lord Riqis lo miró de arriba abajo – Cualquiera diría que eres un muerto de hambre con ese aspecto. ¿Seguro que no eres otro ladrón?

- ¿Acaso no me ha visto con Gelabert? Si fuese otro ladrón, no me habría dejado marchar tan alegremente.

- Ese Gelabert cada día está más loco...todo el alcohol que bebe debe de haberle afectado el entendimiento...no te hubiera sido difícil escaparte de él.

- ¿Igual que ha hecho el pobre hombre que yace muerto en el suelo con usted? – contestó Amets con tono burlón y más desafiante que antes.

Lord Riqis soltó el cuerpo del decapitado, y se puso frente a Amets, a un palmo de distancia de su cara. Ambos tenían una altura similar.

- ¿Quiere comprobar cómo vos no escapáis? – le espetó.

- ¿Quiere comprobar cómo sí? – contestó Amets.

- ¿Siempre es tan arrogante? – dijo Lord Riqis cada vez más cerca de su rostro.

- Con gente que justifica el matar a alguien que había robado para poder comer y no morir de hambre, por supuesto – dijo Amets señalando la hogaza de pan que salió de entre los ropajes del muerto.

- No importa lo que se haya robado, importa que se ha robado, y debía pagar por ello.

- Pienso que el castigo por robar un trozo de pan no es la decapitación, como usted comprenderá, me parece sumamente desproporcionado e injusto.

- ¡Nadie cuestiona el criterio del gran Barón Erbus! – Lord Riqis cada vez estaba más fuera de sí – ¡Y menos un “invitado” como vos!

- Permítame ponerlo en duda...

Lord Riqis echó mano a la empuñadura de su espada, pero no la llegó a desenvainar ya que en ese momento apareció Gelabert por detrás y le cogió del brazo.

- ¿Ocurre algo, Lord Riqis? – le dijo Gelabert.

- Este “invitado” de su majestad...Parece que no tiene claro quién manda aquí – contestó Lord Riqis mientras quitaba su mano de la empuñadura de la espada – Quizás debería enseñarle vos a controlar esa lengua.

- No se preocupe, yo me hago cargo – dijo Gelabert mientras soltaba el brazo de Lord Riqis – al igual que vos deberíais haceros cargo de los restos de ese pobre desdichado que yace en el suelo con la cabeza separada del cuerpo.

- Recuerde, Gelabert. Si vos seguís ocupando un puesto tan importante aquí es porque su majestad lo tiene en gran consideración, pero no olvide que es el Barón Erbus quien decide, y puede que un día decida que vos ya no sois necesario.

- Pues hasta ese día soy el jefe de la guardia del Palacio Real Mayor, y por tanto, le ordeno que limpie todo el estercolero que han organizado.

- Vos no podéis darme órdenes, Gelabert. Yo solo respondo ante el Barón Erbus y su majestad...Pero por esta vez no se lo tendré en cuenta...Hoy es un día importante en palacio, todo ha de salir bien y no quiero causarle más problemas a su majestad – alardeó Lord Riqis con suma prepotencia ante Amets y Gelabert.

- De acuerdo Lord Riqis, dejemos el asunto zanjado – contestó Gelabert suspirando, tras lo cual se miró a Amets y le dijo – Amets, ¿qué haces aquí que aún no te has marchado? Date prisa, ¡el tiempo no se para!

Amets hizo caso a Gelabert, que había aparecido en el instante preciso para evitar un mal mayor, y se marchó por el pasillo hasta alcanzar la salida. Sin embargo, la indignación se apoderaba de él y le hacía apretar los dientes. No podía comprender la crueldad del Barón Erbus, al que no le había temblado el pulso a la hora de matar a alguien a sangre fría. Y más aún cuando era de los que primero disparan y luego preguntan. Ahora entendía en parte la fama que tenía el malvado hombre que vestía de oscuro, y por la cual se había ganado una reputación de asesino despiadado. No tenía pruebas, pero tampoco dudas. El Barón Erbus había asesinado al marido de Marion.

Llegó hasta la salida del Palacio Real, y ya una vez en la calle, trató de recuperar el aliento. En apenas una hora, había vivido un episodio completamente rocambolesco: había conocido en persona al rey Pedro el Ceremonioso, el cual le había invitado a cenar; había visto como le cortaban la cabeza a un pobre ladrón; y casi llega a las manos con uno de los miembros del cuerpo especial de soldados del rey. Pero no había conseguido ni un ápice de información sobre el cilindro. Era momento de respirar hondo, tratar de tranquilizarse y planificar lo que había pensado tan rápidamente. Tal y como le había dicho Gelabert, el tiempo no se paraba.

CAPITULO XIX “Aparentar”

Una tras otra, las estrechas calles de la ciudad iban quedando atrás. Debía darse prisa, pues tenía mucho que hacer. En primer lugar, encontrar a Marion para pedirle que le acompañara a la recepción del Palacio Real, pero no tenía claro si esta aceptaría la propuesta. Y mucho menos tenía claro dónde encontrarla, pues había quedado con ella a la puesta de sol. Hasta entonces, localizarla iba a ser difícil. Pero tenía fe en que un golpe de suerte le iba a solucionar la papeleta. Y así fue.

Caminando a toda prisa por el *carrer de la Llana*, pudo ver como la ciudad tenía vida. Los habitantes se afanaban en realizar diversas tareas cotidianas. Le llamaba poderosamente la atención el hecho de que se había convertido en un espectador de lujo de todo aquello. Nadie más hasta el momento, que él supiese, había podido ver aquello desde su punto de vista futuro. Sonreía al verse allí, al ver cómo era la ciudad que tantas veces había imaginado, mientras paseaba por sus calles en el presente. Pero sin duda, hubo una cosa que le detuvo por completo: tenía enfrente el canal del *Rec Comtal*.

Este canal, que proveía de agua a gran parte de la ciudad, solo lo había visto al visitar el yacimiento arqueológico del Mercado del Born, ya que había desaparecido en su totalidad en la actualidad. Tan solo el nombre de una calle recordaba la antigua existencia de aquel caudaloso canal de agua que atravesaba la ciudad.

Mientras observaba el canal de agua con detenimiento, vio a una mujer que bajaba la calle a toda prisa con la cabeza medio tapada con un pañuelo. Afinó su vista, y entonces la identificó: era Marion. El golpe de suerte que deseaba acababa de producirse y no podía desperdiciarlo. Se digirió rápidamente hacia ella antes de perderla de vista.

- ¡Marion! – le dijo tratando de gritar pero disimular a la vez – ¡Espera!

- ¿Amets? ¿Eres tú? – contestó extrañada - ¿Qué haces por aquí? Habíamos quedado en vernos esta noche, no ahora.

- Lo sé, pero tengo que hablar contigo. Necesito tu ayuda.

- De acuerdo, pero aquí no. Hay ojos y oídos por todas partes – dijo mirando a su alrededor – Sígueme.

Ambos se dirigieron hacia una calle muy estrecha, y después de caminar unos metros, Marion entró al portal de una casa. Una vez allí dentro, se aseguró de que no había nadie y se quitó el pañuelo de la cabeza.

- ¿Qué ocurre que has venido a buscarme tan pronto?

- Veamos, por partes – cogió aire Amets – primero de todo, no tengo pruebas seguras, pero por lo que he podido ver, creo que no hay duda de que tu marido fue asesinado por el Barón Erbus. Lo siento mucho Marion...

Unas lágrimas empezaron a brotar de los ojos de Marion al escuchar a Amets, pero rápidamente se las secó con la manga de la camisa.

- ¿Y has venido a buscarme solo para decirme eso...?

- Sé que es duro escuchar eso, pero si quieres averiguar algo con más certeza, puedes tener la oportunidad de aclarar todo esto.

- ¿Qué quieres decir? – preguntó Marion intrigada.

- Veras, no me preguntes cómo pero me han invitado a la recepción que habrá hoy en palacio. Vienen los nobles castellanos. Y el propio rey Pedro me ha ordenado que acuda con mi esposa.

- Un momento, ¿me estás diciendo que has visto al rey y que te ha invitado?

- Eso es.

Marion se alejó de Amets un metro.

- ¿Quién demonios eres tú? – le preguntó desconfiada – Nadie consigue eso si no es parte de la nobleza o del cuerpo de soldados del Barón Erbus. ¿Acaso eres uno de ellos? ¡No me mientas!

- Te juro Marion que no. Que todo ha sido fruto del azar – le contestó Amets.

- ¡No te creo! – gritó – Quieres sonsacarme más información para ese bastardo.

- Si fuese uno de ellos... - la miró – No te hubiera defendido anoche y hubiera dejado que ese hombre te diera una paliza. Total, a mí ni me va ni me viene...

Se hizo el silencio. Marion lo miró con desconfianza. Aquel joven que tenía ante ella, que había aparecido misteriosamente la noche anterior, le transmitía algo. No sabía a ciencia cierta que era, pero pese a sus recelos por confiar en él, algo le decía en el fondo que tenía que tener fe y darle una oportunidad.

- Está bien... - le dijo a regañadientes mientras se volvía a acercar – Un momento, ¿has dicho que tienes que acudir con tu esposa?

- Eso es. El rey me pidió que acuda con ella para quedar bien delante de los castellanos, y sé que es muy precipitado pedirte esto...pero... ¿Podrías hacerte pasar por mi esposa y acompañarme? Será una oportunidad única de averiguar cosas desde dentro.

- ¿Es que no estás casado? Pensaba que esa mujer que te acompañaba anoche era tu esposa...

- ¡Que va! Es solo una amiga.

- ¿Y por qué no se lo pides a ella?

- Por qué no sé si aún sigue en la ciudad o ya ha marchado. Y porque creo que tú estás ansiosa por obtener información de lo que se trama en el palacio.

- Tienes razón – contestó Marion asintiendo – La verdad es que es una buena oportunidad para infiltrarse en palacio.

- Sé que puede ser duro para ti, que has perdido a tu esposo no hace mucho, tener que aparentar ser la esposa de otro hombre, pero puedes estar tranquila, pienso respetarte y no hacer nada que pueda molestarte.

- Ya...Pero tranquilo, creo que puedo confiar en ti. Aparentaremos como los que más, pero como te veo algo vergonzoso, seré yo quien lleve la iniciativa.

- ¿Vergonzoso? – exclamó Amets – Querrás decir respetuoso. Ante todo soy educado.

- Si se te ve que nunca has roto un plato, así que deja que yo me encargue de llevar “nuestro matrimonio”. ¿Quieres que confíe en ti? Pues confía tú en mí.

- Bueno, si es así, me parece bien. ¡Trato hecho!

- Oye... ¿Se puede saber cómo me has encontrado? – preguntó Marion.

- Casualidad – contestó Amets – iba de camino a casa de un hombre que pueda ayudarme para aparentar ser parte de la nobleza. Me ha enviado allí Gelabert, que es el capitán del cuerpo de seguridad de palacio, el hombre al que también salve anoche.

- ¡Vaya! Ahora empiezo a entender cosas... ¿Y a dónde ibas exactamente?

- Pues me envió a casa de Guillermo Ferrer, un notario que vive por esta zona. Me dijo que tenía algunos favores pendientes, y que le dijese que iba de su parte para que me diera un mejor aspecto.

- Creo haber escuchado alguna vez ese nombre – reflexionó Marion – pero ahora no caigo.

- Más o menos sé dónde es – le dijo Amets - ¿Quieres acompañarme y así le pedimos algo para ti también?

- Tenía que hacer algunos recados, pero ante esta situación, quedan a la espera.

- ¡Muy bien! Pues sígueme.

Ambos salieron a la calle nuevamente, y volvieron a donde se encontraba el *Rec Comtal*. Caminaron siguiendo el canal de agua hasta llegar a la *Font del Portal Nou*, donde giraron a la izquierda. Un poco más adelante, se abría una plaza, donde se encontraba el monasterio de Sant Pere de les Puelles. Una vez llegaron a mitad de la plaza, Amets se fijó en un hombre que parecía bastante estresado. Este estaba en la puerta de lo que parecía una casa de grandes dimensiones. Se trataba de un hombre que

iba vestido con buenos ropajes, y que aparentaba tener unos cincuenta años como mucho. Era más o menos igual de alto que Amets. Tenía el pelo fino, de color castaño y relativamente corto. Esto hacía que se le pudieran ver unas generosas orejas a ambos lados de la cara. Tenía unas cejas bien definidas, y unos ojos marros de tamaño medio. La nariz era algo puntiaguda y la boca más bien pequeña. Todo encuadrado en un rostro algo pálido y con la mandíbula algo marcada.

Amets se le acercó y le preguntó:

- Disculpe buen hombre, ¿podría indicarme dónde queda la casa de Guillermo Ferrer?

- La tienes delante de ti, muchacho.

- ¡Oh! Que suerte – dijo Amets sorprendido - ¿Sabe si el señor Ferrer está en casa?

- Pues a decir verdad, no está – contestó mientras trataba de calmarse – lo que es dentro de la casa, no.

- ¿Y podría decirme dónde podría encontrarle?

- ¿Para qué quieres encontrarle?

- Verá, es que tengo un asunto urgente que tratar con él.

- Pues adelante, dime de que se trata.

-¿Cómo? – preguntó Amets extrañado - ¿A usted?

- Por supuesto que a mí – sonrió el hombre – Yo soy Guillermo Ferrer. Dime joven, ¿en qué puedo ayudarte?

Marion sonrió al ver como Guillermo le había tomado el pelo a Amets, pero intentó taparse la boca para disimular. Había que guardar las formas de alguna manera, pues parecía que Guillermo iba a tener salidas para todo.

- Verá, mi nombre es Amets y esta es mi esposa, Marion – dijo señalando a Marion que estaba algo más atrás – Vengo de parte de Gelabert, necesitamos que nos ayude.

- ¡Ah! ¡Gelabert! – dijo Guillermo suspirando – Ese viejo siempre tratando de cobrarse las deudas por muy tarde que sea. Dime, Amets, ¿de qué se trata?

- Pues resulta que esta noche tenemos que estar en la recepción de los nobles castellanos en palacio, y como vos puede observar...no tenemos el mejor aspecto para formar parte de la recepción.

- Entiendo – contestó Guillermo pasándose la mano por la barbilla – Yo también estoy invitado a esa recepción, así que nos pondremos manos a la obra cuanto antes. Hay que dejaros presentables... ¡Mukhalasun!

El grito de Guillermo al aire ensordeció a Amets y a Marion. Después, el silencio se apoderó de la entrada a la casa. Pero poco a poco ese silencio se iba desvaneciendo con el sonido de unos pasos que cada vez se acercaban más. Entonces, alguien cruzó el umbral de la puerta.

Antes ellos apareció un hombre, al parecer de origen árabe. Su figura era imponente, ya que debía de medir al menos un metro noventa. Tenía la piel muy morena, pero sin llegar a ser negra. Sus babuchas, de color rojo, eran bastante llamativas. En cambio, el color de sus pantalones era algo más discreto, en concreto marrón oscuro. Respecto al torso, una camisa de color naranja oscuro, se dejaba entrever bajo una túnica negra que le llegaba casi a los tobillos. En sus manos lucía varios anillos muy brillantes de un material que aparentaba ser oro. Por último, un turbante blanco le cubría parte de la cabeza. Por debajo, asomaba parte de su pelo, que era corto. La frente daba paso a unas cejas pobladas. Tenía una mirada penetrante, ya que sus ojos eran de color azabache. Sin embargo, las canas de su barba mostraban de que se trataba de un veterano, alguien que ya que había cumplido unos cuantos años.

Llegó ante ellos y hizo una reverencia a Guillermo.

- Mi señor Guillermo, ¿Qué necesita de mí? – dijo con un marcado acento árabe.

- Necesito que acicales a esta pareja tan simpática – sonrió mientras los miraba – esta noche tienen que estar presentables para la recepción en palacio.

- Como ordene, mi señor – miró a Amets y Marion – por favor, vengan conmigo jóvenes.

- Yo tengo que darme prisa en solucionar unos asuntos. Todo tiene que estar bien para esta noche – se dirigió a Mukhalasun - Cuando veas a Constanza le dices que volveré dentro de un rato.

- De acuerdo, mi señor. Se lo haré saber a la señora.

Tras esto, Guillermo se marchó calle abajo y dobló la esquina. Amets y Marion se quedaron mirando a Mukhalasun unos instantes.

- Como les había dicho, acompáñenme...

Los tres entraron a la casa, que tenía un gran patio nada más entrar, con una escalera de piedra que subía hacia la primera planta. Mukhalasun iba el primero, y les indicó que subieran. Una vez entraron por la puerta del primer piso, escucharon bastante alboroto dentro. Al parecer había mucho trajín en el interior de la casa. Y es que cuando entraron se dieron cuenta de que había dos niños correteando de un lado para otro, jugando a pillarse. Amets tuvo que esquivar a uno de ellos para que no se chocaran.

Poco después apareció una mujer joven que intentaba darles caza a duras penas mientras maldecía en voz alta. Y por último, al fondo de la estancia, otra mujer, me mayor edad, sostenía un bebé en sus brazos. Mukhalasun se acercó a ella.

- Mi señora Constanza, el señor Guillermo me ha dicho que le diga que ha marchado y que volverá dentro de un rato.

- Muchas gracias, Mukhalasun – miró a la pareja que iban tras él - ¿Quiénes son estos jóvenes?

- El señor me ha encargado que los acicale, deben estar presentables para la recepción de esta noche.

La mujer los miró de arriba a abajo, analizando cada detalle. Mientras, el bebé balbuceaba algo completamente incomprensible.

- De acuerdo, pues llévalos adentro y dales algo de lo que ya no usamos, que seguro que les sirve. Yo tengo que cambiar a Vicente, parece que se ha vuelto a...

El bebé sonrió al escuchar las palabras de su madre, y levantó la mano para intentar acercarse a Amets.

- Vaya, parece que le gustáis vos – dijo Constanza – Es raro que le guste alguien para llamarlo así. Acérquese si quiere.

Amets se acercó al bebé, y este le cogió el dedo pulgar con su diminuta mano. Entonces el bebé volvió a mirar a Amets y sonrió, casi dando una carcajada.

- ¿Te gusta este joven, Vicente? – le dijo la madre al bebé.

Marion, que estaba al lado de Amets, sonrió también al ver lo bien que le había caído aquel joven misterioso al bebé. Y es que le seguía llamando la atención aquel joven había aparecido de la nada, con su curioso mechón rubio. Le inspiraba una confianza inusitada y apenas lo conocía de una horas atrás. Sabía que podía confiar en él, y así lo iba a hacer.

- Señora, con su permiso, voy a darles los ropajes que me indicó – interrumpió la idílica escena Mukhalasun.

- Sí, por supuesto – contestó Constanza – Y tú, pequeño, vamos a que te cambien.

Constanza se marchó de la estancia, y Mukhalasun les indicó a Amets y Marion que lo siguieran nuevamente. Tras recorrer un pasillo que daba al patio, llegaron a una habitación que tenía grandes armarios. En uno de los laterales de la habitación, había lo que parecía ser un espejo, un tanto diferente de los modernos que conocía Amets. Mukhalasun abrió los armarios y dejó a la vista una gran cantidad de vestidos, más de mujer que de hombre.

- Aquí tienen una buena colección de ropajes – dijo Mukhalasun - Elijan las que más les gusten. Les espero abajo en el patio.

Salió de la estancia y dejó solos a Amets y Marion, que se miraron durante un instante. Después miraron la cantidad ingente de ropajes que había dentro de los armarios, y empezaron a buscar. Marion sacó varios vestidos, pero le llamó la atención en especial uno rojo y blanco. Por su parte, Amets encontró un unas botas altas de color marrón, una capa de color azul con detalles dorados y por último un jubón de tonalidad dorada, con numerosos detalles en los ribetes de las mangas.

- Espera un momento – dijo Amets – me doy la vuelta y puedes cambiarte de ropa tranquilamente.

- Gracias... - contestó Marion

Una vez ambos se cambiaron de ropa, guardaron las suyas en un saco que encontraron en el fondo de uno de los armarios. Sin embargo, Amets aún siguió portando su zurrón con todas sus pertenencias. Entonces se miraron mutuamente con tranquilidad.

- ¡Qué bien te queda ese vestido, Marion!

- La verdad es que a ti no te queda nada mal esos ropajes.

- Creo que podremos pasar inadvertidos como un matrimonio cualquiera de nobles – dijo Amets – Pero recuerda, no hemos de levantar ningún tipo de sospecha.

- Ten por seguro que pienso averiguar qué pasó con Marcus – contestó Marion bastante enfadada – Y si pudiese, se lo haría pagar con la misma moneda.

- Tranquila, he visto al Barón Erbus en acción y es muy peligroso. Acabaría con nosotros en un instante.

Amets le puso la mano en el hombro a Marion para que esta se calmara, y después de una mirada un tanto amenazadora, respiró hondo y asintió.

- Vamos, Mukhalasun nos debe estar esperando.

Ambos volvieron al patio por el que habían entrado, donde Mukhalasun los esperaba mientras veía jugar a los niños de la casa.

- Han sabido elegir sabiamente, esos ropajes les favorecen mucho

- Gracias por tu cumplido – contestó Amets - ¿Qué debemos hacer ahora?

- Dentro de un rato serviremos la comida, están invitados a compartir mesa con nosotros. Son ordenes de la señora – les dijo Mukhalasun – pueden esperar aquí en el patio o dentro de la casa.

- Creo que mejor esperaremos en la plaza – dijo Amets – Así tomamos el aire un poco.

- Como deseen, pero no se alejen mucho, la comida no tardará mucho en servirse.

- De acuerdo, Mukhalasun. Estaremos por aquí cerca.

- Si me disculpan, tengo que encargarme de otros asuntos.

Mukhalasun hizo una pequeña reverencia, dio media vuelta y se marchó al interior de la casa. Amets y Marion salieron de la casa a través del patio, para irse a la otra punta de la plaza. Allí, en un saliente de la pared, se sentaron y tras cerciorarse de que no había nadie cerca, comenzaron a hablar. Debían preparar algún tipo de estrategia de cara a la noche, pues se iban a ver expuestos a muchos ojos y muchos oídos. Era fundamental tener preparadas algunas respuestas de antemano: cuantos años llevaban casados; si tenían hijos o querían tenerlos; cuales eran sus señoríos... Había que caminar con pies de plomo, pues no solo los castellanos iban a tenerlos entre ceja y ceja, sino también el Barón Erbus y todo su séquito de asesinos. Y esto sí que era realmente peligroso: una mala respuesta o un comentario desafortunado y estarían en el punto de mira del oscuro espadachín.

Tras un buen rato, Mukhalasun volvió a salir de la casa y los llamó para que acudieran a comer. Entraron y tomaron asiento en la mesa, donde les habían preparado un generoso menú. Las sirvientas trataban de dar de comer a los más pequeños de la mesa, mientras Constanza sostenía al bebé en sus brazos.

- ¿Cuánto tiempo tiene? – preguntó Marion a Constanza

- Pues nació en enero, el día veintitrés, mientras estábamos en Valencia.

- Se le ve sano y fuerte.

- Sí, la verdad es que Vicente va a ser todo un hombre, como su padre – dijo Constanza mientras le acariciaba los mofletes al bebé – Cuando sea mayor, seguro que será un hombre de provecho, ¿a qué sí, Vicente?

En ese momento, a Amets se le vino un pensamiento a la cabeza mientras escuchaba la conversación entre las dos mujeres. Se quedó a medias de tragar una cucharada de sopa mientras miraba a Constanza y al niño. Algo le había llamado la atención en ese instante.

- Igual que mucha gente conoce a su padre, a ti también te conocerán – le dijo Constanza al bebé sonriéndole – todo el mundo conocerá a Vicente Ferrer.

No había acabado de pronunciar esas palabras Constanza cuando Amets escupió la cucharada de sopa que estaba tomando en ese momento. De hecho, casi se ahoga con

la tos. Mukhalasun que pasaba cerca, comenzó a golpearle en la espalda para que recuperara la normalidad.

- Amets, ¿estás bien, esposo? – le preguntó Marion - ¿Qué ha pasado?

- Nada, nada – contestó entre algo de tos – Que se me fue la sopa por otro sitio.

No podía asimilar lo que le estaba sucediendo, y por eso casi se ahoga en aquel instante con la sopa. Y es que se había dado cuenta, de que el bebé que sostenía Constanza, era(o iba a ser en un futuro) San Vicente Ferrer, patrón de Valencia. No había reparado en que la familia se apellidaba Ferrer, y que aquel niño se llamaba Vicente. Pero al atar cabos, y recordar cosas que había leído, se dio cuenta de que todo tenía sentido, y que estaba ante una de las personalidades más importantes de la época (aunque todavía usara pañales). Así que tras recuperar la calma, no podía dejar de observar a aquel crío, que le llamaba poderosamente la atención.

- Seguro que se convertirá en un gran hombre – dijo Amets.

- Y yo me ocuparé de que no le falte de nada – contestó Guillermo, que había vuelto a la casa – Pareja, cuando acaben de comer, pueden reposar en uno de los cuartos que tenemos aquí. Y cuando les avise Mukhalasun, marcharemos todos hacia palacio con suficiente tiempo.

- De acuerdo, Guillermo – asintió Amets – como vos ordenéis.

La comida acabó bien, y Mukhalasun les llevo hasta uno de los cuartos de la planta. Allí, Amets y Marion se tumbaron en la cama, separados y mirando al techo.

- ¿Te encuentras bien, Marion? – preguntó Amets – No quiero hacerte sentir incómoda conmigo en situaciones como esta

- No te preocupes, puedes estar tranquilo. Confío en ti y en que no tienes malas intenciones. Yo amaba mucho a Markus...Lo era todo para mí...Y desde que me lo arrebataron...

- ¿Hay algo que me quieras contar?

- Veras... - Marion se incorporó un poco en la cama y miró a Amets - Mientras Markus trabajaba en palacio, se enteró de algo...

- Tuvo que ser algo importante para que lo quitaran de en medio.

- Al parecer... Una reliquia de gran poder cayó en malas manos...

- ¿Una reliquia de gran poder?

- No lo sé exactamente, pero pudo averiguar que en palacio se guardaba una reliquia muy poderosa, y había caído en las manos equivocadas. Y evidentemente, esas manos deben de ser las del Barón Erbus.

- Ahora empiezo a entender. No me digas que Markus intentó conseguir la reliquia.

Marion empezó a sollozar.

- Es algo demasiado poderoso para que esté en las manos equivocadas... Teníamos que hacer algo...

- Pero espera un momento, ¿fue idea suya el intentar conseguirla? En plan aventura suicida.

- Es que... - Marion se iba derrumbando cada vez más - No sé si debería contarte todo esto...

- Si piensas que te voy a traicionar, ya lo podría haber hecho, y en cambio aquí estamos, tumbados en la misma cama. Así que tranquilízate.

- Lo siento, Amets...

En ese instante, tocaron a la puerta.

- Es hora de que marchemos - se escuchó decir a Mukhalasun al otro lado de la puerta.

- Ya me lo contarás más tarde, ahora debes estar radiante para entrar en palacio.

- Está bien - contestó Marion secándose las lágrimas.

- Es hora de aparentar - sonrió Amets muy convencido.

El sol estaba empezando a perder algo de fuerza, síntoma de que la noche llegaría tarde o temprano. Sin embargo, con paso acelerado, Guillermo Ferrer encabezaba la pequeña expedición que se dirigía al palacio por las calles de la ciudad. A su lado, su esposa Constanza. Tras ellos, Mukhalasun, que caminaba de una forma un tanto peculiar. Y en la retaguardia, Amets y Marion trataban de seguir el ritmo. Llegaron en santiamén a la plaza de la catedral, y giraron por la calle que les conducía hasta la entrada al Palacio Real. En la puerta, dos soldados los vieron llegar.

- Dejen paso, soy Guillermo Ferrer y voy con mi familia.

Los soldados se relajaron y dejaron pasar a toda la tropa comandada por el notario. Una vez dentro, vieron a Gelabert que iba a toda prisa por uno de los corredores.

- ¡Gelabert! - exclamó Guillermo - Cada vez que te veo estás más viejo.

- Maldita sea, Guillermo. Que hayas sido padre últimamente no te hace más joven, ¿eh? - contestó Gelabert con una sonrisa mientras le estrechaba la mano - Veo que ya has conocido a Amets y a su...esposa. Gracias por adecentarlos. Era deseo expreso de su majestad.

- ¡Oh! Entonces me siento pagado de haber servido a su majestad.

- Si me permites, me los llevo. Tengo que mostrarle sus aposentos. Hoy se quedan en Palacio como invitados del rey.

- Por supuesto, ningún problema. Nos vemos luego en la recepción.

Guillermo, Constanza y Mukhalasun se fueron por otro pasillo, mientras que Gelabert miró a Amets y Marion.

- Señora, nos volvemos a ver pero en mejor situación que la de anoche.

- Sí, la verdad que ha cambiado bastante – contestó Marion mientras miraba a su alrededor – de todas formas quería agradecerle lo que hizo por mí.

- Las gracias debes dárselas a tu “esposo”, que fue el que nos acabó salvando a los dos. Pero dejémonos de cortesías, os mostraré los aposentos donde podréis descansar esta noche cuando acabe todo. ¡Seguidme!

Gelabert los condujo por un pasillo que desembocaba en una escalera de piedra, por la que ascendieron. Tras subir un buen tramo de escaleras, accedieron a otro pasillo con ventanales al exterior en un lado y con puertas en el otro. Entonces sacó una llave de su bolsillo y abrió la tercera puerta que había.

- Estos serán vuestros aposentos durante la noche de hoy. Os entrego la llave y podéis venir cuando queráis. La recepción no se hará de rogar, ya que los castellanos al parecer ya han llegado a la ciudad. Así que daos prisa y bajad al *Saló del Tinell*. Allí identificaos y se os asignará un lugar. No os demoreís.

Después de estas palabras, Gelabert marchó a toda prisa por donde habían venido. Ellos entraron a la habitación, que tenía una enorme cama y un armario ropero de gran tamaño. También una palancana y una jarra de cerámica en una pequeña mesa. Las paredes estaban bien enlucidas, y una lámpara de aceite en una pequeña mesita de noche complementaba la estancia. Por último, una ventana daba a un patio. Ahora todo pertenecía al conjunto del Palacio Real. Amets abrió la ventana y se asomó un instante. Se quedó petrificado al ver lo que había allí: el patio de su museo, prácticamente idéntico al que él conocía. Los característicos arcos eran muy similares a los de la reconstrucción contemporánea. Podía vislumbrarse también restos de la muralla de origen romano, que ahora parecía albergar más estancias del palacio. Después de ver todo aquello, cerró y se giró hacia Marion.

- Venga, tenemos que marcharnos hacia el *Saló del Tinell* antes de que sea demasiado tarde.

Marion le miró y le preguntó:

- ¿Estoy bien?

- ¡Por supuesto! – le contestó Amets – ¡Estas muy guapa!

Marion se sonrojó un poco. Era una situación extraña para ella, ya que se encontraba con otro hombre que no era Markus. Y eso era complicado, ya que no había conocido ningún otro varón que su marido. No es que le atrajese aquel joven misterioso, pero sentía cierta simpatía por él que le ponía un poco nerviosa. Tal vez estaba algo confusa, y todo era fruto de la rocambolesca situación, pero que lo miraba con unos ojos especiales, era innegable. Así que se asió a él por el brazo, al igual que si fuese su esposa, y se encaminaron hacia abajo, hacía el *Saló del Tinell*.

Sin embargo, Amets tenía el rostro serio. Algo le había puesto en alerta hacía rato, y es que el *Saló del Tinell*, si mal no recordaba, en aquel año aún no debería estar construido.

CAPITULO XX “Todo queda en familia”

Por los pasillos se cruzaron a bastantes sirvientes, que iban y venían con muchas prisas. Se acercaba la hora de la recepción y todo debía estar a punto. Un acontecimiento de tal magnitud requería una preparación exhaustiva de todo el complejo.

Marion iba cogida del brazo de Amets, bastante nerviosa. Verse en aquella situación, dentro del palacio y rodeada de tanto boato la estaba desquiciando. Además, Amets estaba muy serio desde hacía unos instantes, y eso le transmitía más intranquilidad. Justo en ese instante, él la vio y se dio cuenta de lo nerviosa que estaba.

- Tranquila, somos la envidia de muchos, así que relájate – le dijo sonriendo

- Ya lo sé, pero no puedo evitarlo. ¿Y si nos descubren?

- Por ahora, hasta el propio rey sabe que nos somos nobles, por lo que estamos cubiertos de responsabilidad. Y recuerda, nuestra misión oficial es averiguar cuáles son las verdaderas intenciones de los castellanos para luego contárselo al rey, por lo que no debes de perder detalle de nada.

- Tienes razón. Pero no estoy acostumbrada a este tipo de cosas.

- Pues quien lo diría, viéndote anoche en la taberna...

- No pretenderás comparar una taberna con el Palacio Real.

- Solo has de pensar que el rey es el tabernero, y que los demás son gente que viene aquí para evadirse del mundo real a través del alcohol. Que cuando llegue la hora de la cena, sospecho que correrá a borbotones. Ese será el momento para averiguar algo. ¿Ves cómo es lo mismo que una taberna? Lo único importante es no meterse en líos, como en la taberna.

- Bueno...Visto así...

La conversación duró lo justo para llegar a la puerta del *Saló del Tinell*, donde estaba Lord Riqis dando órdenes a un par de soldados. Al verlos, le cambió el semblante de golpe.

- Vaya, vaya, vaya...Si tenemos aquí al “invitado” de su majestad...

- Buenas tardes tenga vos, Lord Riqis – contestó son una sonrisa Amets.

- Veo que se acuerda de mí, pero yo no tengo el honor de conocer su nombre, tan solo sé que es un “invitado”...

- Tiene razón, no nos han presentado – Amets cogió aire – Mi nombre es Amets, y esta es mi esposa, Marion. Encantados de conocerle.

- Yo soy Lord Riqis, de los *Homini Negrio*, a las órdenes del gran Barón Erbus – le contestó medio encarándose con Amets – Y no me gustan los entrometidos que se las dan de listos...

- Pues entonces yo le voy a encantar – le dijo Amets sonriendo maliciosamente

- Esposo mío, creo que deberíamos ir a buscar nuestro sitio – dijo Marion mientras tiraba del brazo de Amets - Y no creo que Lord Riqis quiera que lo entretengamos, seguro que tiene muchas cosas que hacer...

La tensión entre ambos era palpable. Desde su primer encuentro, tanto uno como el otro se habían prestado especial atención. Flotaba en el ambiente un constante desafío entre ambos, y es que al ser los dos de la misma estatura, se generaba más tensión todavía. Suerte que Marion estaba presente y pudo cortar la conversación de raíz.

- Siempre hay alguien que le salva, Amets...Quizás algún día no haya nadie...

La mirada desafiante de Lord Riqis irritó a Amets, pero Marion estiraba de él para entrar al Saló del Tinell. No era el momento ni el lugar para llegar a mayores, pero ganas no le faltaban a ambos de tener algo más que palabras. Así pues cruzaron una gran puerta de madera, muy decorada con remaches de hierro y entonces quedaron embelesados. Una enorme sala rectangular se abría ante ellos. La sala debía medir unos treinta metros de largo por unos veinte de ancho, mientras que la altura debía sobrepasar los quince metros. Tenía una serie de seis arcos diafragmáticos de medio punto que sustentaban el techo y que a la vez se apoyaban sobre pilares prismáticos con capiteles esculpidos. Entre arco y arco había unas pequeñas bóvedas de cañón que servían de refuerzo y que sostenían el techo junto a los arcos. A ambos lados de la sala todo estaba engalanado con tapices coloridos, y al fondo, una gran bandera de Aragón colgaba desde el techo hasta prácticamente el suelo. Justo delante, había un espacio reservado para los reyes, pues dos lujos sillones así lo presuponían. Estaban sobre un pódium de tres escalones. Tanto por un lado como el otro de la ubicación real, había más sillones, pero de menor categoría. Y a lo largo de toda la sala, una serie de asientos, quizás un centenar, que ya estaban ocupados en gran parte por diversas personas. En medio, una gran alfombra roja iba desde la entrada hasta los escalones que sobres los que estaban los sillones reales.

- ¿Dónde nos tocará sentarnos? – preguntó Amets

- Yo os diré dónde.

La voz de Gelabert emergió a sus espaldas. Se dieron la vuelta y vieron al veterano jefe de la guardia.

- Seguidme – les dijo mientras comenzaba a caminar por la alfombra

Amets no podía creerlo, iba a presenciar una audiencia real medieval, con todo su boato y despliegue de medios. Pero su asombro iba en aumento mientras avanzaban por la alfombra, pues cada vez se acercaban más a los sillones reales.

- Estos dos sitios son los vuestros – dijo Gelabert señalando dos sillones de los que había en el lado destinado a la reina, concretamente el tercero y el cuarto en distancia – Tomad asiento y recuerda lo que te dijo su majestad: no pierdas detalles de nada.

La cara de estupefacción de Amets solo podía compararse con la de Marion. Les habían ubicado a tan solo cuatro asientos de los reyes. Por supuesto que no iba a perderse detalle, iba a estar en primera línea de fuego.

- Ahora si me disculpan, tengo que seguir con los preparativos.

Gelabert dio media vuelta y se marchó hacia la puerta de entrada de la sala. Amets y Marion tomaron asiento entre un manojo de nervios, al verse tan cerca de la ubicación de los reyes.

- ¿No querías averiguar cosas de primera mano? – le susurró Amets a Marion – Creo que no vas a tener mejor oportunidad que esta.

- Una cosa es querer averiguar algo, y otra estar a un par de brazas de los reyes – le contestó Marion también susurrando – Esto es una locura, y, ¿además hemos de dar parte al rey?

- En teoría hemos de observar a los castellanos para darle al rey nuestro punto de vista, ya que no se fía de ellos.

- ¿Cómo? – Marion le agarró de la oreja – Esto no es lo que me habías dicho, pensaba que estaríamos entre la multitud y que podríamos escabullirnos para averiguar algo.

- Yo tampoco sabía que íbamos a estar tan cerca.

Mientras hablaban, el Saló del Tinell se fue llenando de gente que ocupaba todos los asientos. En un momento determinado, Amets vio entrar al padre Prodosía, acompañado de otro hombre que también vestía de religioso, pero de un color negro diferente y llevaba colgando una gran cruz del cuello. Fueron avanzando hasta donde estaban Amets y Marion, y tomaron asiento en los dos sillones contiguos a los de los monarcas. Entonces Prodosía miró a Amets y le dijo:

- Buena tarde tenga joven, ¿sois vos al que vi esta mañana, verdad?

- Si, exactamente – contestó Amets – mi nombre es Amets y esta es mi esposa Marion.

- Creo recordar de que querías hablarme sobre algo de Esquedas, ¿verdad?

- Así es padre.

- Mañana por la mañana, estaré toda la mañana en la catedral, si queréis pasaros podremos charlar tranquilamente.

- De acuerdo padre, lo tendré presente.

Nada más acabar la conversación, Prodosía se acomodó en su asiento. Amets, que iba a hacer lo propio, fue agarrado por Marion que le susurró algo.

- ¿Conoces al religioso que va con el inquisidor general del reino?

Al escuchar estas palabras, Amets se asomó disimuladamente para mirar al que acompañaba a Prodosía, que estaba mirándose los anillos de las manos, los cuales parecían tener mucho valor.

- ¿El inquisidor?

- Ese es el inquisidor general del reino, Nicolás Rosell – le dijo Marion – lo conoce todo el mundo ya que lo nombraron inquisidor no hace mucho.

- Esto mejora por momentos...

Y razón no le faltaba a Amets. Instantes después, apareció el Barón Erbus, con su característico atuendo oscuro, encabezando un pequeño grupo. Sin duda, eran ellos, los *Homini Negrio*. Tras él, Lord Riqis, que caminaba con aires de superioridad apoyando su mano en la empuñadura de su espada. Se dio cuenta de la presencia de Amets en los asientos cercanos a los reales. Entonces el semblante de le cambió, y le lanzó una desafiante mirada.

En tercer lugar iba un hombre gigantesco, no solo en altura, sino en corpulencia. Al menos debía de medir dos metros y pico. Si el Barón Erbus parecía alto de por sí, este le sacaba la cabeza como poco. Vestía una armadura que lo hacía todavía más grande si cabe, la cual generaba un estruendo metálico a cada paso que daba, además de que el suelo retumbaba. Tan solo llevaba al descubierto su cabeza. El imponente cuello tenía sobre este una espectacular mandíbula, recubierta de una barba con alguna que otra cana, pero bastante frondosa. Su nariz era muy grande, pero sin duda prominentes orejas destacaban bajo una melena de pelo moreno le cubría hasta el codo y algo de la frente. Sin embargo, los ojos no eran tan grandes como había esperar, sino algo más pequeños. Las cejas eran del color del cabello, y le entraban en parte en la cavidad de los ojos. Eso le daba un aire todavía más feroz, si lo añadíamos a su expresión de aparente enfado, frunciendo el ceño.

Cerraba el grupo un curioso integrante. Era el más bajo de los cuatro y era evidente que medía menos de un metro ochenta. Aparentaba ser bastante delgado, y vestía una armadura muy escueta. El metal de color gris se alternaba con el de color negro. En su cintura llevaba dos vainas, una en el costado izquierdo, para su espada y otra en el costado derecho, para lo que parecía un puñal. Llamaba la atención que tenía

algo de chepa, pues caminaba con la cabeza muy hacia delante. Pero sin duda, lo más llamativo era su rostro. Aparentaba una juventud desconcertante para formar parte del selecto grupo del Barón Erbus. Cualquiera podría decir que tenía veinte pocos años. Su pelo, de apenas un palmo de longitud y muy fino, estaba peinado con una raya en el lado izquierdo, y parecía una cortina, ya que tenía rapada toda la parte inferior. Las orejas las tenía muy pegadas a la cabeza, por lo que pasaban inadvertidas. La delgadez que se dejaba entrever en su cuerpo se manifestaba también en su rostro. Era muy pálido, casi blanco. Su mandíbula se marcaba en exceso al ser tan delgado, y sus pómulos también resaltaban. En cambio, su boca era un grande en comparación de su cara, con unos labios bien marcados. La nariz, era recta y puntiaguda. Tenía los ojos un poco saltones, pero pequeños. Pero sin lugar a dudas, todo el conjunto de su cara transmitía una sensación de locura, ya que alguien realmente cuerdo no andaría con esa sonrisa malévola y esos ojos casi desorbitados.

Amets los miraba con especial atención, para no perder detalle. Los cuatro que acababan de entrar generaron un silencio sepulcral. Se notaba que los ya presentes en la sala conocían la reputación de los que estaban haciendo acto de presencia. Siguiendo el orden que llevaban, se sentaron en los asientos que había al otro lado de los tronos reales, quedando el Barón Erbus justo al lado del destinado al rey. Mientras se acomodaba, miró de reojo a Amets y Marion, con su habitual cara impasible.

- Ese hijo de mil padres... - susurró Marion a Amets – Podría matarlo ahora mismo.

- ¿Estás loca? – le contestó Amets al oído mientras le agarraba del brazo - ¿Quieres que nos maten a todos? ¿O es que no has visto esa bestia que acaba de entrar?

- Me da igual, pagaran por la muerte de mi esposo.

- ¡Tranquila! Seguro que habrá una mejor oportunidad, ahora guardemos las apariencias.

Marion expiró fuertemente, y se acomodó en su asiento. Amets la soltó y cuando vio que ella bajaba la mirada con alguna lagrима en los ojos, se dio cuenta de lo doloroso que estaba siendo todo aquello para ella. Estar tan cerca del asesino de su esposo le generaba una rabia y una ira incontenible, pero en el fondo sabía que debía esperar, pues Amets tenía toda la razón del mundo. Además, la venganza es un plato que siempre se sirve mejor frío.

Poco a poco el *Saló del Tinell* se fue llenando de gente. Amets pudo ver como Guillermo Ferrer y su mujer se encontraban entre el centenar de asistentes que había a ambos lados de la alfombra que dividía la sala en dos. También pudo ver a Mukhalasun detrás de ellos.

Sin embargo, los cuchicheos que había por toda la sala cesaron de golpe. Gelabert entró y con un buen tono de voz, dijo:

- ¡Sus majestades los reyes de Aragón, de Valencia y de Mallorca, condes de Barcelona! ¡El rey Pedro y la reina doña Eleonor de Sicilia!

Todos los asistentes hicieron una reverencia, que Amets y Mario tuvieron que copiar a toda prisa después de levantarse de sus asientos, ya que estaban en un terreno de protocolo que no conocían. Los reyes entraron y caminaron por la alfombra hasta llegar a sus tronos. El rey Pedro vestía con unos ropajes marrones en su gran mayoría, mientras la reina Eleonor vestía unos ropajes que se dividían verticalmente en dos colores, blanco y amarillo mostaza. Se giraron y tomaron asiento, tras lo cual, el rey Pedro hizo el gesto de que todos los presentes abandonaran la postura de reverencia. Gelabert se acercó hasta los tronos, se situó mirando a la puerta de la sala a la vez que dijo:

- Y ahora, doña Leonor de Guzmán y don Fernando de Aragón y Castilla.

El semblante del rey Pedro cambió de golpe, pasando a mostrar una expresión de auténtico enfado. Gelabert se percató de ello y le susurró como pudo:

- Majestad, cálmese, yo acabo de enterarme hace un momento también. Sé que le tiene ganas, pero veamos que quieren primero.

- No se preocupe Majestad, si las cosas no van como vos deseáis, yo me haré cargo – apuntó el Barón Erbus completamente impasible.

El rey apretó el puño derecho mientras entraban en escena Leonor de Guzmán y Fernando de Aragón y Castilla, uno al lado del otro, caminando al unísono.

Ella medía aproximadamente un metro y sesenta, y debía estar rondando los cuarenta años. De complexión delgada. Así lo atestiguaban sus marcadas clavículas, ya que su vestido, de color negro, tenía un ribete rojo a la altura del escote y a su vez una gran apertura en la parte de los hombros, dejándolos casi al descubierto. Llevaba dos cadenas de oro que le rodeaban el cuello, y de una de ellas colgaba una pequeña cruz. Un chal, también de color rojo que le cubría los brazos, pero que dejaba a la vista varias pulseras a parecer de oro y plata. Respecto a su rostro, lo que destacaba era su pelo pelirrojo y rizado, que llevaba recogido debajo de una cofia del mismo color que el vestido, y con un ribete del mismo color rojo. La frente era muy amplia al tener recogido el pelo, y sus cejas eran casi imperceptibles debido a los tonos pelirrojos. Sus ojos marrones, de buen tamaño, estaban separados por una nariz uniforme y recta. Tenía la piel bastante pálida, cosa que le realzaba sus rosadas mejillas. Los labios, al igual que las mejillas, eran rosados y destacaban en su tez pálida.

Él era más alto que Leonor, pero aun así no destacaba por su altura, por lo que seguramente no llegaba al metro ochenta. Vestía unas medias ajustadas de color azul oscuro y calzaba unos pantuflos de color marrón oscuro. Por encima llevaba un sayo del mismo color que tenía una gran cantidad de botones desde el cuello hasta la cintura, donde la pretina hacía las veces de cinturón. De los hombros aparecía una camisa de color blanco que le cubría los brazos por completo hasta las muñecas. Su cabeza era

algo ovalada, y a ello contribuía su pelo moreno y corto. Las orejas eran muy normales y pasaban inadvertidas. Al igual que Leonor, tenía una buena frente despejada. Unas largas cejas del color del pelo daban paso a unos ojos oscuros y grandes. La nariz, también de buen tamaño, era redondeada al final. Estaba bien afeitado, lo que ayudaba a mostrar una barbilla mullida y unos labios de tamaño medio, algo reseca, siendo el inferior más grande que el superior.

- Majestad, es un honor volver a verle – añadió Leonor – Gracias por recibarnos con tan poco tiempo para los preparativos.

- Leonor, os transmito mi más sentido pésame por el rey Alfonso, una gran y triste pérdida – dijo el rey Pedro – sé lo muy unida que estabais a él. ¿Ha sido esa terrible enfermedad que nos asola día tras día?

- Así es majestad, mi pobre Alfonso ha sucumbido mientras sitiaba Gibraltar... - contestó Leonor mientras se secaba una lagrime – Agradezco sus palabras, majestad.

- ¡Qué bueno volver a veros, hermano! – dijo Fernando con cierta ironía.

- Y tan bueno...tanto que os creía muerto...- contestó el rey mientras se acariciaba la barba con la mano con cara de pocos amigos.

- Dicen que mala hierba nunca muere – sonrió Fernando.

- Al parecer no tuvisteis bastante en Épila, que volvéis a por más.

- Siento defraudaros, hermano, pero no vengo hasta aquí con esas intenciones, eso ya forma parte del pasado.

- Vos no sois mi hermano, si no mi hermanastro, y dad gracias que no he mandado que os prendan para meteros en un calabozo.

- Majestad – interrumpió Leonor – No es nuestra intención crisaros más, todo lo contrario, si no transmitir os confianza. Creo que es mejor para todos dejar atrás los problemas que ya encontraron solución.

- Pues adelante, soy todo oídos para escuchar que tenéis que decirme – dijo el rey entrecruzando los dedos de las manos.

- Veréis, Majestad – inicio Leonor – por todos es sabido que mi amado Alfonso ha marchado con Dios no hace mucho, y que el heredero de la corona castellana estaba destinado a ser el joven Pedro, hijo de mi amado Alfonso con la hija del rey de Portugal.

- Un momento – interrumpió el rey - ¿Por qué decís estaba destinado?

- Precisamente por eso estamos aquí, hermano – dijo Fernando – el joven rey Pedro ha caído enfermo hace poco, y los expertos hablan de que tal vez no pueda superar la enfermedad, al igual que el rey Alfonso.

- ¿Qué me decís? – la cara del rey cambió radicalmente del enfado al asombro -
¿Otra víctima más de esa terrible enfermedad? Dios nos asista...

- La verdad es que no lo saben con certeza, pero el estado de su Majestad es más que malo, y todos los pronósticos apuntan a lo peor... - dijo Leonor entrecortada – por tanto se han empezado a mover los preparativos en caso de que ocurra lo peor.

- Es increíble...el joven Pedro...No ha tenido casi tiempo ni de reinar – dijo el rey mostrando pesar - ¿Y cuáles son esos preparativos de los que me habláis?

- Por tal de estar preparados, la línea sucesoria de la corona de Castilla recaería en vuestro hermanastro aquí presente, Fernando de Aragón – dijo Leonor

- En vistas del terrible desenlace que le espera al nuevo rey, he decidido venir personalmente a mostrar mis respetos al rey de Aragón – añadió Fernando – Por si fuese menester tomar las riendas de la corona castellana, me gustaría que estrecháramos lazos y evitemos cualquier tipo de confrontación. Y así solventar nuestras diferencias del pasado.

- ¿Y cómo decís que se encuentra de grave el rey? – interrumpió el inquisidor Nicolás Rosell – Porque dais por descontado que Dios se lo llevará consigo en temprana fecha...

- Su ilustrísima – le contestó Leonor – con todo el respeto, puedo dar fe de que el joven rey se halla con muy mala salud y que es cuestión de tiempo que marche con Dios nuestro señor.

- Si vos lo aseguráis, doña Leonor, os creeremos – dijo el inquisidor con cara de desconfianza - de todas formas, me parece un poco aventurado realizar todos estos preparativos si su majestad todavía respira.

- Yo estuve con él no hará más de unas semanas y lucía sano cual roble – interrumpió inesperadamente el Barón Erbus – pero no veo motivo para dudar de la palabra de doña Leonor y don Fernando.

- ¿Vos creéis, Barón Erbus? – le preguntó el rey – Podéis hablar con total franqueza, ya sabéis la confianza que tengo depositada en vos. Bien me habéis aconsejado durante todos estos años. Si no fuese por vos, la catedral aún estaría a medias.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Amets, como si se tratara de una descarga eléctrica. Las palabras del Ceremonioso le hicieron atar cabos inmediatamente. Empezó a comprender el porqué de las cosas que había encontrado diferentes según lo que él sabía, como era el caso de la catedral.

- Yo solo vivo para servirlos, Majestad, y como bien decís, mi intervención en la construcción de la catedral le ahorró a la corona y a la Iglesia tiempo y dinero. Por tanto, creo que lo que nos cuenta nuestros invitados es cierto.

- ¡Barón Erbus! Vos siempre tan simpático – bromeó Fernando – Nunca cambias ni un ápice de vuestro carácter.

Entonces, sin esperar a nadie en la sala, el Barón Erbus se levantó de golpe de su asiento, y prácticamente sin que se pudiera apreciar, desenvainó su espada, que puso cerca del cuello de Fernando.

- Y vos siempre habéis sido demasiado gracioso, don Fernando – le dijo el Barón Erbus con una mirada asesina que infundía auténtico pánico en todos los asistentes – Así que por vuestro bien, espero que no tratéis de volver a estar en contra de nuestro rey Pedro, porque si no os las veréis directamente conmigo.

- ¡Calmaos, por favor! – dijo Leonor – Si hemos venido hasta aquí es para fortalecer las relaciones que nos unen, no a enfrentarnos.

- ¿Debería de creerlo, doña Leonor? – le contestó el Barón Erbus mientras seguía apuntando con la espada a Fernando – ¿a vos que estuvo teniendo hijos bastardos como si no hubiera un mañana? Permítame ponerlo en duda.

- Lo que yo haya hecho con mi vida no le incumbe, Barón Erbus. Bien sabido es por todos que el rey Alfonso nunca ocultó su amor por mí ni yo por él.

- Lo que me extraña es que no hayáis acudido aquí con vuestro hijo Enrique – volvió el Barón Erbus a mirar a Fernando – y que os presentéis con este aquí.

- ¿Qué mayor muestra de mi buena voluntad que acudir con el heredero legítimo del trono? – le preguntó Leonor – Si quisiera conspirar, como vos insinuáis, habría venido con mi hijo, como bien decís. Pero este no es el caso.

El Barón Erbus volvió a mirar a ambos, y tras pasar unos interminables segundos, retiró su espada del cuello de Fernando y la guardó en su vaina. Dio media vuelta y volvió a tomar asiento junto al rey Pedro.

- Nuestra intención, Majestad, es poder tener una serie de reuniones con vos estos días, para aclarar, algunos asuntos – dijo Leonor al rey.

El rey Pedro se pasó la mano por la barba, y tras pensar durante unos instantes, se dirigió a Fernando:

- Está bien, os creeré. Pero si osáis intentar algo fuera de lugar, ya sabéis lo que os espera.

Fernando y Leonor respiraron aliviados, pues la situación se había puesto tensa con la intervención inesperada del Barón Erbus.

- Le estamos muy agradecidos Majestad. Tenga por seguro que no se arrepentirá de concedernos esta oportunidad de estrechar lazos con el fin de que los reinos tengan el mejor futuro posible – dijo Leonor – Estoy segura que podremos entendernos.

Después de las palabras de Leonor, el rey Pedro se levantó de su trono y mirando a todos los asistentes que había en el Saló del Tinell, dijo:

- Y ahora, para poder celebrar la visita de nuestros ilustres huéspedes, daremos paso a un banquete como la ocasión lo merece. Por favor, esperen fuera unos instantes mientras preparan todo.

Nada más acabar de hablar el rey, todos los asistentes se levantaron de sus asientos e hicieron reverencia al mismo antes de salir de la gran estancia. Los pasillos del palacio se llenaron de gente, que cuchicheaba sobre lo que acababa de suceder antes. Fernando y Leonor habían salido los primeros, juntos a un pequeño grupo que les acompañaba. Amets y Marion salieron a toda prisa hacia el pasillo, para no tener que vérselas con los *Homini Negrio*, que salieron tras ellos, a excepción del Barón Erbus, que se quedó conversando con el rey. Lord Riqis miró a Amets, el cual le devolvió la mirada. Marion le tocó el rostro para desviar la mirada.

- Esposo mío – le dijo ella mientras estiraba de él- ¿Por qué no salimos al patio para tomar un poco el aire? El ambiente estaba algo cargado ahí dentro.

- Sí, claro – contestó Amets a regañadientes – vayamos fuera.

Mientras se alejaban, pudo ver como Lord Riqis le decía algo a sus dos acompañantes tan dispares: uno de tamaño colosal y otro de pequeño tamaño. Sin duda, el que más miedo infundía de los tres era el grandote, pero la cara desencajada del más pequeño infundía una extraña sensación de terror.

Tras caminar por uno de los pasillos, tomaron una puerta entreabierta y salieron a un patio de grandes dimensiones. Amets, al ver el patio, sintió un escalofrío muy fuerte. Estaban en el futuro patio que daba acceso al museo y por el que tantas veces había pasado. Pese a lo que él siempre había pensado, el patio no eran tan diferente de como lo era en la actualidad.

En el centro del patio había una fuente de la que emanaba un débil chorro de agua, y en el fondo de su circular forma, siete peces de color naranja y dos blancos. Unas palmeras de pequeño tamaño, en sus propios tiestos, flanqueaban el patio. Y entre las palmeras y la fuente, seis naranjos jóvenes, de unos tres metros de altura cada uno, envolvían la fuente como si de un abrazo se tratara. Era prácticamente un calco de lo que él conocía, con la salvedad de que el edificio que albergaba el museo, que era un tanto diferente. Los arcos dejaban a la vista un corredor en el que se ocultaban las ventanas de la primera planta del edificio, sobre la cual había dos más, de carácter más sobrio y que solo mostraban unas ventanas muy simples de madera.

- Amets, luego dices de mí, pero tú tienes ganas de pelea con ese, ¿no? – le dijo Marion con un ostensible gesto de enfado

- Disculpa, me dejé llevar por la situación – contestó él - Gracias por traerme hasta aquí.

- ¿Qué vamos a hacer ahora? Tenemos que volver al banquete.

- Pues...- dijo mientras miraba a su alrededor, maravillado de estar allí – Tal y como nos pidió el rey, vamos a investigar que traman esos ilustres invitados, porque algo me dice que para nada están diciendo la verdad.

- ¡Estás loco! – exclamó Marion - ¿Por qué deberíamos hacerlo?

- Es la única manera que tenemos de ganarnos el favor del rey y poder averiguar algo sobre lo que pasó con tu marido. Y es que, ahora mismo se acaba de instaurar un clima de desconfianza general. Todos van a ser sospechosos.

- ¿Por qué dices eso?

- ¿Acaso no has visto que tanto el rey como Fernando y Leonor sabían que se estaban mintiendo a la cara?

- ¿Cómo has podido ver eso? Si al final ha parecido que se entendían.

- El rey ha accedido simplemente para tenerlos controlados, ya que lo del rey de Castilla no suena bien. Y con lo de que no suena bien, me refiero a que suena a que no ha enfermado por casualidad.

- De verdad, Amets. No sé cómo puedes estar tan seguro de ello.

- Créeme, he visto demasiada gente mentirse a la cara descaradamente para poder tener cerca al otro y poder controlarlo mejor - Amets sonrió – Además, creo que sé muy bien cómo vamos a sacar provecho de todo esto...

Amets y Marion volvieron dentro del palacio, pero no contaban con que una sombra, al final del patio, cerca de la muralla, los había visto y escuchado.

CAPITULO XXI “Mala digestión”

Tras una corta espera, durante la cual, una legión de sirvientes convirtieron el Saló del Tinell en un gran banquete, los asistentes volvieron a entrar. Cada uno buscaba acomodo en las mesas dispuestas al efecto. Concretamente, cuatro largas mesas rectangulares que tenían encima una ingente cantidad de cuencos, jarras y platos. Entre estos, diversos candelabros con velas de gran tamaño servían como fuente de luz supletoria a la de la propia sala. A ambos lados de las mesas, una serie de bancos estaban dispuestos para participar del banquete.

Poco a poco, los bancos se fueron llenando de gente y el alboroto fue in crescendo. Desde su posición privilegiada, el rey Pedro y la reina Eleonor, observaban como iba ganando en ambiente la enorme sala. Ellos estaban situados en otra mesa que presidía la sala, aproximadamente donde estaban sus tronos instantes antes. En esta ocasión, tan solo tenían a un lado al inquisidor y el padre Prodosía, mientras que en el otro estaba el Barón Erbus. El resto de integrantes de los *Homini Negrio* tomaron asiento en un extremo de una de las mesas, relativamente cerca de la ubicación de los reyes. Por su parte, Fernando y Leonor estaban al final de otra de la mesas, también cerca de los reyes.

Amets y Marion entraron un poco más tarde, pues se habían entretenido en su charla en el patio. Miraron a un lado y a otro, tratando de ver donde debían sentarse. Vieron a la familia Ferrer, que estaba ubicada en otra mesa, pero algo más alejada de las posiciones de privilegio. Guillermo les saludó, pero no les hizo el ademán de invitarlos a sentarse a su lado. Entonces Amets se fijó que cerca de Fernando y Leonor había un poco de espacio, pues parecía que nadie quería sentarse cerca de ellos.

- Ya sé dónde sentarnos – dijo Amets mientras miraba en dirección al hermanastro del rey - ¡Vamos!

- Estás completamente ido, Amets...

Marion terminó su frase con un suspiro, pero no le quedó más remedio que seguir a Amets hasta donde se encontraban el infante Fernando y Leonor de Guzmán. Al verlos llegar, Fernando los miró de arriba a abajo. Leonor no tuvo tiempo de reaccionar, ya que cuando se quiso dar cuenta, Amets ya estaba sentado a su lado.

- Con su permiso, doña Leonor y don Fernando, les acompañaremos un rato en este maravilloso banquete – les dijo Amets

- ¿Quiénes sois vos, muchacho? – preguntó Fernando con el entrecejo levantado – No os conozco.

- Verá, don Fernando – Amets cogió aire – Mi nombre es Alonso Quijano, hijo de un noble castellano de gran renombre, y esta es mi amada esposa, Dulcinea del Toboso.

- No caigo ahora en quien es vuestro padre...

- No me extraña, mi padre ha pasado mucho tiempo fuera de Castilla. De hecho se le conoció como *El Manco de Lepanto*, por haber perdido una mano en una trifulca en dicha ciudad, en Oriente.

- ¿Lepanto? – dijo extrañada Leonor - ¿Dónde queda ese lugar?

- En las lejanas tierras camino de oriente, cerca de Constantinopla.

Leonor y Fernando se miraron con cara de desconcierto, para después volver a centrar su atención en Amets.

- Creo que recuerdo haber oído hablar de ese lugar... - dijo Fernando – Y es más, puede que también conozca a vuestro padre, don Alonso.

- ¿Cómo decís que se llama vuestro padre? – preguntó Leonor

- Miguel de Cervantes, tal vez no hayan oído hablar de él aún, pero les aseguro que se trata de un noble muy conocido, ya que después de retirarse, se dedicó a escribir relatos – contestó Amets.

- La verdad es que me suena, debo de conocerle pero ahora mismo no recuerdo su cara – dijo Leonor mientras intentaba cavilar sobre el origen de Amets.

- Me alegra saber que mi padre es conocido por dos nobles tan importantes como vos, doña Leonor y don Fernando – apuntilló Amets para asentar la falacia en la que se estaba moviendo.

- ¿Vos no sois quienes estaban al lado del inquisidor? – preguntó Fernando

- Así es. Mi padre tiene muy buena relación con el rey Pedro, y nos ha invitado a pasar unos días aquí en palacio. Por ello mismo, viendo que vuestras excelencias van a estar también aquí durante una temporada, queríamos presentarles nuestros respetos y ofrecerles cualquier servicio que fuese menester.

- Ahora entiendo... - vaciló Fernando durante un instante – Es un placer conocerles don Alonso y doña Dulcinea. Compartan mesa con nosotros.

- Por favor, acompáñennos en esta maravillosa velada – apuntó Leonor.

Fernando había picado el anzuelo. Tanto él como Leonor aparentaban estar ansiosos por ganar adeptos próximos al rey Pedro, tal como había supuesto un avisado Amets. Saltaba a la vista, y Amets lo dedujo rápidamente, que iban a tratar de establecer relaciones con gente que estuviera próxima al rey. Hasta el momento nadie se les había acercado, tal vez porque habían causado una mala impresión inicial. Sin embargo, que Amets y Marion fuesen los primeros en hacerlo, fue decisivo a la hora de captar su atención.

- Y diga don Alonso – preguntó Fernando - ¿Le han tratado bien por estas tierras?

- No cabe duda de que sí, don Fernando. El rey se ha preocupado personalmente de que no nos falte de nada desde nuestra llegada.

- El rey Pedro siempre se preocupa porque todo este bien – dijo Leonor – pero tal como lo hacía mi amado y difunto Alfonso no lo hará nadie.

- Le doy mi más sentido pésame, doña Leonor. Ha sido una gran pérdida para todos...

- Dios ha querido llevárselo con él demasiado pronto, ha sido un palo muy duro, tanto para mí como para nuestros hijos – entonces Leonor miró a Marion – vos tenéis suerte de tener a vuestra amada a vuestro lado aún, con estos tiempos difíciles que nos ha tocado vivir.

- Y ahora por lo que parece Dios también quiere llevarse al joven rey Pedro – tras estas palabras, Amets cambió su semblante a algo más serio - ¿No es así?

- Así parece, don Alonso – contestó Leonor también con semblante serio – Y puede que se trate de una señal divina...

- Dios a veces predispone las cosas según cree más conveniente – irrumpió Marion de forma sorpresiva en la conversación – Créame doña Leonor. Mi padre había dispuesto mi matrimonio con otro hombre, pero el destino quiso que sufriera un accidente y doy gracias por ello, porque si no, no habría conocido a Alonso, que es el mejor hombre que hay.

Inesperadamente, Marion había metido baza en la conversación. Captó la intención de Amets, y se lanzó en tromba a conseguir que Fernando y Leonor picaran el anzuelo por completo.

- Tiene razón doña Dulcinea – dijo Leonor ya no tan triste como antes – A veces Dios nos tiene preparado un papel protagonista en la vida después de grandes tragedias. Y bien sabe Dios que lo del joven rey Pedro es una gran tragedia, al igual que la mi amado Alfonso. Por ello estamos aquí, para conseguir lo mejor para el reino de Castilla.

Amets escuchaba atentamente, ya que era fundamental captar todos los detalles. Y es que la situación iba por los derroteros que él esperaba.

- Estoy seguro de que si mi padre sabe de esta situación, sería partidario de apoyar vuestra causa, don Fernando – dijo Amets - ¿Quién mejor para suceder en el trono que al legítimo hijo del rey Alfonso de Aragón?

- Estáis vos en lo correcto, don Alonso – sonrió Fernando – Mi padre, que murió hace catorce años, también lo habría querido. ¿Qué mejor para los dos grandes reinos peninsulares que estar bajo el reinado de dos hermanos, como somos el rey Pedro y yo?

- No puedo estar más de acuerdo con vos, don Fernando – Amets estaba siguiendo el juego completamente incrédulo – Así los reinos podrían florecer mucho más y serian temidos en todas partes.

Esto último acabó por convencer del todo a los nobles de que el supuesto apoyo de la familia de Amets podía ser una realidad.

- ¡Brindemos por las coronas de Castilla y Aragón! – dijo Amets levantando su copa.

Y cuando justo iban a levantar las copas para brindar junto a Amets, se escuchó un grito que hizo enmudecer la sala. Se giraron rápidamente para ver qué pasaba y pudieron observar que un individuo bastante alto empuñaba un cuchillo manchado de lo que parecía sangre. A su lado, tendido sobre la mesa, yacía el cuerpo inerte de otro hombre, bajo el cual había un charco de sangre que iba creciendo.

- ¡Eso le ha pasado por cobarde! – exclamó el hombre que sostenía el cuchillo - ¡Y el siguiente seréis vos, rey de los cobardes!

El hombre se lanzó en carrera hacia el rey Pedro. Al ser alto, sus zancadas le hicieron avanzar muy rápidamente. En apenas unos segundos, se plantó prácticamente enfrente del rey. Sin embargo, una figura descomunal emergió frente a él. Se trataba de imponente miembro de los *Homini Negrio*.

- ¿Vos también queréis morir, bastardo? – le amenazó el individuo - ¡Maldito malnacido!

El hombre que portaba el cuchillo debía de medir aproximadamente dos metros, pero parecía insignificante frente a aquel titán con armadura negra. Intentó lanzarle una puñalada en el costado izquierdo, pero el cuchillo se partió al chocar contra la armadura. Antes de que el individuo pudiera reaccionar, el *Homini Negrio* le agarró del brazo como un padre que agarra a su hijo pequeño. Con el otro puño, le propinó un golpe en el abdomen que resonó en toda la sala, ya que apenas pudo gritar al quedarse sin aire.

- Creo que vos vais a tener una mala digestión – dijo el imponente soldado con voz muy grave - Pero no os preocupéis, que le daremos el postre.

Como aún lo tenía agarrado del brazo, lo levantó con una facilidad pasmosa, y lo lanzó hacia el centro de la sala. Entonces entro en escena el *Homini Negrio* de menor estatura y que tenía la cara desencajada. Fue corriendo a una velocidad de vértigo hasta el lugar por donde venía volando el atacante, que después del golpe venia casi inconsciente.

- ¡Gracias por el regalo, Tánatos! – gritó el pequeño integrante del misterioso cuerpo de soldados con un agudo tono de voz - ¡La verdad es que estoy hambriento!

Antes de que el cuerpo del malogrado alborotador tocara suelo, desenvainó su espada y esperó a que aterrizara sobre esta. Había quedado tumbado en el suelo, ya que

el veloz *Homini Negrio* había tenido tiempo suficiente de agacharse y poner la espada bien rígida, de forma que al aterrizar le atravesara desde la espalda. De esta forma quedó ensartado, atravesándole el pecho. Después de esto, el pequeño *Homini Negrio* lo ayudó a ponerse en pie, aún con la espada atravesándole el pecho. Prácticamente inconsciente, escupió sangre sobre la espada.

- ¡Magnífica puntería Déimon! – le gritó Tánatos con su voz grave - ¡Y muy gentil por vuestra parte ayudarlo a levantarse!

- ¡Por supuesto! ¡Y ahora le ayudaré a sentarse! – entonces rió maliciosamente y su rostro se volvió todavía más tétrico - ¡Hi hi hi!

Sacó la espada del pecho del alborotador, giró sobre sí mismo, y cuando había dado una vuelta, le cortó el cuello con el puñal que portaba en la otra mano y que había desenvainado de su cintura mientras giraba. Brotó una enorme cantidad de sangre tras el corte y acto seguido el cuerpo inerte se venció hacia atrás.

- ¡Muy amable por vuestra parte, Déimon! – dijo Tánatos con gesto serio pero de aprobación.

La sala había quedado en silencio. Todos estaban absortos ante lo que había ocurrido. Mientras los presentes trataban de recuperar el aliento, Déimon lamió la sangre que había en su puñal a la vez que esbozaba una sonrisa maligna.

- Me encanta el sabor de la sangre de bastardo... - dijo Déimon – Podría bebérmela toda ¡Hi hi hi!

Lord Riqis se acercó hasta donde estaban el cadáver del alborotador y Déimon.

- ¡Rápido! ¡Llevaos esta basura de aquí! – ordenó.

Tánatos también se acercó y cargó con el cadáver. Junto a él, Déimon cargó con el otro muerto, que estaba tendido aún sobre la mesa, y le acompañó fuera del Saló del Tinell. La multitud, expectante, respiró aliviada al ver salir a los dos *Homini Negrio*. Sin embargo, el Barón Erbus se levantó y dijo a los asistentes:

- Como han podido ver, cualquier intento de atentar contra la figura del rey será penada con la muerte. Si es necesario, yo mismo me encargaré de cortar la cabeza del que pretenda algo contra su majestad – dijo esto último mirando de reojo a Fernando y Leonor.

El rey Pedro se levantó e intentó apaciguar un poco los ánimos, ya que la situación se había vuelto bastante tensa.

- Y ahora estimados invitados... ¡Sigamos con el banquete y disfruten de la noche!

El murmullo general volvió al Saló del Tinell mientras dos personas le afanaban en limpiar los charcos de sangre fruto de la trifulca. Tánatos y Déimon volvieron a sus asientos, bajo la atenta mirada del Barón Erbus.

Amets y Marion había asistido atónitos al dantesco espectáculo que acaba de tener lugar. No habían sido los únicos, ya que a su lado, Fernando y Leonor estaban boquiabiertos.

- Bueno... - dijo Amets intentando recuperar el aliento - ¿De qué estábamos hablando?

- Creo que nos vamos a retirar a nuestros aposentos – dijo Fernando – Doña Leonor no se encuentra bien después de presenciar esto. Podemos vernos estos días por palacio si gustan. Si nos disculpan...

Fernando ayudó a levantarse a Leonor, y los dos se despidieron brevemente del rey antes de marchar de la enorme sala. Amets y Marion se quedaron solos en su parte de la mesa.

- ¿Has visto qué crueles pueden llegar a ser esos demonios? – le dijo Marion a Amets con un gesto de enfado.

- No me asustan, la verdad – contestó Amets con tono serio – Además, creo que todo eso ha sido un teatro.

- ¿Me estás diciendo que han muerto dos personas por nada?

- Por nada no, si no para dejar patente el poder militar de quien protege al rey. Gracias a esas dos muertes, no creo que nadie se atreva a acercarse al rey, y ni a Fernando ni Leonor tratar de tramar algo – Amets miró en dirección al Barón Erbus - Ha sido una demostración de fuerza.

Marion se quedó pensativa durante un instante. Pensó que Amets tenía razón, que todo pintaba a estar preparado si lo analizabas fríamente. Así que decidió tener la mente fría ante todo lo que estaba pasando.

- Está bien Amets, ¿qué hacemos ahora?

- Como todo me parece una gran obra de teatro, nosotros tenemos que seguir formando parte del espectáculo – entonces Amets sonrió - ¡Que siga la función!

La cena acabó sin más incidentes, y los asistentes empezaron a abandonar el Saló del Tinell. Guillermo Ferrer saludó a Amets y Marion desde la lejanía antes de abandonar la estancia. Ellos, en cambio, tardaron algo más en salir, pues se formó un poco de cola para salir de la sala. Justo cuando iban a salir, Gelabert llamó a Amets, que acudió hasta donde estaba el veterano jefe de la guardia.

- Amets, mañana a primera hora, su majestad te esperara en la capilla de Santa Ágata(~~cambiar ubicación~~). Espero que hayas tomado nota de todo, se le ve muy interesado en conocer otra opinión.

- Tenga por seguro que allí estaré, Gelabert.

Tras esto, Amets y Marion salieron de la sala y se dirigieron por los corredores del palacio hasta sus aposentos. Una vez dentro, Amets cerró la puerta y se aseguró de que no se pudiera abrir desde el exterior. Mientras tanto, Marion miraba por la ventana que daba al jardín del palacio. Tenía la mirada fija en la fuente y su rostro era de preocupación. Estaba casi ausente.

- Marion, ¿qué te ocurre? ¿Estás bien? – le preguntó Amets.

- Perdóname – contestó ella saliendo de su estado de ausencia – solo que todo esto es mucho más de lo que pensaba. No sé si estoy preparada...

- ¿Crees que yo lo estoy?

- Pero se te ve con confianza...

- Trato de que se me vea así – le dijo él – pero todo esto también es demasiado para mí. Yo también estoy preocupado. Nunca pensé en estar en un banquete en el Palacio Real, ni en estar frente a frente al rey Pedro ni mucho menos tener que vérmelas en medio de la Corona de Castilla y de la Corona de Aragón. Pero una vez ya estamos aquí, tenemos que seguir sin dudar si queremos salir vivos y con éxito. Y con éxito me refiero a que no nos pase nada por el camino. Porque podemos sobrevivir, ¿pero a qué coste?

- Ya... Sí sé que tienes toda la razón... - contestó algo nerviosa – Creía que podía ser más fuerte... Pero he recordado a Markus y me he venido abajo. ¡Lo siento! No valgo para nada...

Marion se puso a llorar desconsolada ante la mirada de Amets, que no sabía si consolarla o dejarla que se desahogara. Él no sabía que ella había presenciado la muerte de su marido en aquel mismo sitio, y los recuerdos de aquella fatídica noche le invadieron la mente.

- Escúchame – dijo Amets - ¿Quieres recuperar el cuerpo de tu marido y aclarar lo que pasó?

- Claro que sí... - le respondió Marion entre lágrimas

- ¿Y quieres que el Barón Erbus siga riéndose de la gente inocente?

El semblante de Marion cambió de golpe, se tornó lleno de ira y dijo:

- ¡Ese maldito asesino hijo de mil padres! ¡Se las haría pagar todas juntas!

- ¡Eso está mejor! – dijo Amets entre sonrisas y mientras le ponía una mano en el hombro – Ahora es hora de descansar, que el día ha sido largo e intenso.

- Sí, tienes razón. La verdad es que estoy muy cansada – dijo mientras se relajaba un poco.

Amets cogió uno de los cojines que había en la cama y una manta que había dentro del armario. La dispuso sobre el suelo, se quitó las botas y se tumbó sobre ella. Marion le miró y le dijo:

- ¿Vas a dormir en el suelo?

- ¿Hay algún problema en ello?

- No me importa que duermas a mi lado... La verdad es que confié en ti, si no, no habría llegado hasta aquí. Además, aquí estarás más cómodo y descansarás mejor.

- ¿De verdad no te importa? – dijo Amets - No quiero que pienses mal de mí y que pienses que quiero deshonrar la memoria de tu marido.

- De verdad, puedes dormir tranquilo – entonces Marion le sonrió – Mientras no ronques mucho, no me importa.

- Eso no puedo prometértelo, porque yo también estoy muy cansado, pero si lo hago, eres libre de darme un codazo para que pare.

Amets cogió el cojín y la manta, se tumbó en la cama bocarriba y Marion hizo lo mismo. Los separaban unos centímetros, lo suficiente para que existiera un respeto mutuo en un mismo lecho. Ella se sentía segura, y él relajado.

- Amets... - dijo Marion.

- Dime – contestó él con los ojos cerrados.

- Gracias...